

Che Guevara Pensamiento y política de la utopía

Por Roberto Massari

[Traducción de José María Pérez Bustero]

Primera edición: Italia, 1987

Se reproduce de la séptima edición,
ampliada y revisada por el autor

Tafalla, Editorial Txalaparta, abril de 2004

[Se reproduce con la autorización expresa
del autor y los editores]

Índice del volumen

1. Los años de la formación

[Por razones técnicas y editoriales este primer capítulo aquí no está reproducido]

2. Filosofía y marxismo

3. Economía y socialismo

4. Revolución y política

5. Humanismo y utopía

Bibliografía general [Por razones técnicas y editoriales aquí no está reproducida]

Cronología de su vida [Por razones técnicas y editoriales aquí no está reproducida]

Índice onomástico [Por razones técnicas y editoriales aquí no está reproducido]

Capítulo II

Filosofía y marxismo

La verdad es que los barrabases siempre andan a contramano de todo y yo no me he decidido a dejar de serlo.

(Carta a la madre, 10 de octubre de 1954).

1. San Carlos (Marx)

Los Guevara «eran una familia católica, pero no practicante», según la descripción del viejo amigo de Alta Gracia, José Aguilar. (El hermano Roberto Guevara nos ha confirmado, sin embargo, recientemente, que la religión no logró nunca poner un pie en aquella casa, dominada por la figura intelectual y brillantemente racional de Celia de la Serna). Es cierto, como sea, que el catolicismo no debe haber ocupado un lugar significativo en la adolescencia del Che, ya que nunca sintió la necesidad de tener en cuenta o de detenerse a reflexionar sobre esto –aunque fuese retrospectivamente– en la fase de su plena y madura adhesión al ateísmo.

Por un simpático episodio ocurrido en el verano de 1952, en el lazareto de San Pablo en el Amazonas, se tiene la impresión de que Ernesto, ya con veinticuatro años, jovencito emprendedor y agitado por problemas intelectuales de todo tipo, mantuviese entonces una relación de pasiva condescendencia con el mundo de la religión. El lazareto era en efecto atendido por monjas que, no obteniendo justificaciones plausibles por parte de los dos vivaces jóvenes (Ernesto y Alberto) sobre la ausencia de ambos a la misa, reducían como castigo sus raciones de comida. En muchos diarios y textos de reflexión íntima del Che no se encuentra mucho más acerca del problema de la religión.¹

El vehículo de la formación religiosa en las familias de tradición católica (máxime de cultura «hispanica» o «latina») era por entonces normalmente la madre. Celia de la Serna, sin embargo, fue siempre una mujer animada por fuertes intereses intelectuales, de orientación racionalista, ciertamente ajenos al conformismo cultural del catolicismo en Argentina. Un país, por añadidura, en el que la Iglesia no tuvo una vida fácil y mucho menos en los años de la presidencia peronista.

En una carta desde La Paz, del 24 de julio de 1953, Ernesto pedía noticias de una conferencia sobre Spengler, dada por su madre en Buenos Aires. Esta referencia al autor del célebre *La decadencia de Occidente*, con su concepción determinista de la filosofía de la historia y con su pesimismo típico del inmanentismo sobre el futuro del hombre, no tiene nada en común con el optimismo voluntarista del joven Che. Pero la teoría cíclico-relativista de la historia y del pensamiento humano propuesta por Spengler, había tenido ya ecos célebres en América Latina. Por ejemplo, en el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, que se basó en ella para su teoría del espacio-tiempo histórico² y en el mexicano José Vasconcelos (*La raza cósmica*, 1926), iniciador de una larga escuela de estudios y teorías inspiradas en el mito conservador de la «especificidad cultural».

Nos es por lo tanto difícil imaginar que podría haber dicho «Doña» Guevara de la Serna

¹ Sobre el tema véase nuestro “El Che e a religião” en *Che Gevara Quaderni della Fondazione*, n.º 3, cit., pp. 7-11.

² Un espacio-tiempo europeo y un espacio-tiempo americano o indoamericano, dos ciclos naturales incommunicables como las civilizaciones de Spengler. Cfr. Juan José Sebeli, *Terzo mondo mito borghese*, Florencia, 1977, pp. 36, 37 y 45.

sobre el tema «Spengler», tratándose de un pensador difícil, empapado como estaba de evolucionismo social, pero dotado también de una muy fuerte formación matemática y técnico-científica. Podemos por lo tanto limitarnos a registrar la complejidad del tema y la seriedad con la que Celia se movía entre los tantos e imprevisibles volúmenes de la rica biblioteca familiar.

Aquella seriedad de estudios se transferirá a Ernesto y lo acompañará durante toda su vida, hasta los últimos días de la guerrilla boliviana, cuando su mochila continuará haciéndose pesada por los textos de formación política.³

Una prueba precoz de aquella actitud hacia el estudio nos la ofrece el *Diccionario filosófico* que el Che comenzó a escribir cuando finalizaba el bachillerato superior. De ello encontramos una referencia vaga e incierta en un discurso suyo de algunos años después, pero tenemos una descripción reciente y muy fidedigna, una vez más gracias al amigo Aguilar:

«... me contó una anécdota muy graciosa: por esa temporada estaba haciendo un diccionario de filosofía para su uso personal y lo hacía en la oficina donde trabajaba en Buenos Aires, y que ello le valió un ascenso, una recomendación, porque un día llegó el jefe a la hora que tenía que estar todo el mundo y el único que estaba en la oficina era él y el jefe lo aplaudió por cumplir tan bien con su tarea. Él estaba haciendo otra cosa que nada tenía que ver con su trabajo».

La oficina era el abasto del municipio de Buenos Aires y Guevara tenía ya casi veinte años: más, por desgracia, no hemos sabido acerca de aquel trabajo que habrá ciertamente tenido las características de un diario intelectual, una especie de memorándum filosófico de las tantas ideas y lecturas que se amontonaban en aquellos años en su mente. La existencia de un «diccionario» tal, sin embargo, sigue siendo un dato importante a modo de confirmación del intento de dotarse de una formación orgánica y sistemática, ya desde la época del bachillerato.

En aquella sistematicidad no faltaba obviamente Hegel. Al padre de la «fenomenología del espíritu», Guevara volvió después en los períodos de su vida que fueron dedicados también al estudio del marxismo y de los cuales hablaremos en breve. Pero será siempre una lectura propedeútica al estudio del Marx «filósofo», del «joven Marx» en particular, según un itinerario que se ha hecho ya clásico. A título de curiosidad podemos citar entre las referencias sueltas al hegelismo, una de enero de 1954 (en Guatemala, por lo tanto, en la época de las primeras lecturas profundas de marxismo).

Ernesto cuenta en una carta a su hermana el haber conocido a un gringo, que no habla español y se dice perseguido por el FBI.

En realidad, añade Ernesto, el gringo mismo es sospechoso de ser un agente provocador, aunque para mérito suyo contará con el hecho de «que escribe unos artículos furibundos antiyanquis» y «lee a Hegel».

³ También las mochilas de los otros guerrilleros se harán pesadas por los libros, siguiendo el ejemplo de su Comandante. «Rolando» (Eliseo Reyes Rodríguez), por ejemplo, lleva consigo una copia de la *Cartuja de Parma* de Stendhal (de esto habla en su *Diario*, el 10 de enero de 1967), mientras se dan cursos más o menos regulares de formación política y cultural: gramática española, matemáticas, historia, lengua quechua, economía política y francés.

Cfr. *Diarios de Bolivia: Rolando Pombo, Braulio*, Fuerte, 1971, pp. 16-18. Véase también el testimonio de Inti Peredo: «Allí surgió también lo que podría denominarse la primera “escuela de cuadros”. Todos los días de 4 a 6 de la tarde los compañeros más instruidos, encabezados por el Che, daban clases de gramática y aritmética, en tres niveles, historia y geografía de Bolivia y temas de cultura general, además de clases de lengua quechua. Por la noche, a los que deseaban asistir voluntariamente (las clases de la tarde eran obligatorias) Che les enseñaba francés. Otro tema al que daba primerísima importancia era al estudio de la economía política». *Mi campaña con el Che*, Pensamiento crítico, 52/1971, p. 4.

«No sé para qué lado patea», escribe Guevara intrigado por aquellas dos modestas pruebas de espíritu progresista.⁴ El hecho es que entre los dos las discusiones existen –aunque sea «en un idioma propio», anota el Che–, lo que atestigua por lo menos un acercamiento al inglés. (De joven, recordemos, Ernesto había estudiado un poco de inglés en la escuela, pero prefirió estudiar francés con la ayuda de su madre).

¿El primer encuentro de Guevara con el marxismo...?

Es difícil decirlo y muchos lo han intentado antes que nosotros, con criterios y resultados en general poco fidedignos. Nos parece plausible que en las reuniones de los exilados antifranquistas, en la casa de los Aguilar, se haya hablado también de «marxismo», pero con relación a la ideología y a las posiciones de los comunistas estalinistas en la guerra de España. Para el joven Ernesto no era en verdad aquella una buena luz bajo la cual entablar conocimiento con la futura filosofía dominante en su vida.

Mucho mejor y más entusiasta fue el encuentro con un intelectual marxista peruano, en Lima, en mayo de 1952, y del que le habla al padre:

«Allá conocieron al doctor Pesce, célebre médico leprólogo, conocido mundialmente, y de quien sabían, a través del recorrido que habían hecho, que era una persona de gran reputación en Perú, un verdadero “maestro”, como lo llamaban, versado en lepra, fisiología, política y filosofía.

Según Ernesto, poseía una cultura marxista formidable y una gran habilidad dialéctica. Hizo amistad con el doctor Pesce y posteriormente tuvo correspondencia con él» (op. cit., p. 399).

Pueden indicarse fácilmente, sin embargo, dos períodos bien precisos de lecturas de las obras de Marx, correspondientes a los años de la estancia en Guatemala y México (1954-1956) y al período del gran debate económico en Cuba (1963-1964).

En Guatemala, Guevara tiene la «suerte» de enamorarse de una mujer como Hilda Gadea, en aquella época mucho mejor formada que él en el campo de la literatura política y del marxismo. El grupo de jóvenes apristas de izquierda, que Ernesto comienza a frecuentar a través de ella, le ofrece la posibilidad de familiarizarse con su debate interno y con su maduración teórica. Son militantes insatisfechos, críticos de las posiciones de Haya de la Torre y que buscan en la lectura de Marx posibles alternativas.

Hilda le presta al Che sus libros entre los cuales hay mucho de Marx y todavía poco de Lenin. Lo mismo hacen sus compañeros de partido. La atmósfera es la de las discusiones más ardientes, pero también la de los grandes y exaltados descubrimientos colectivos. A continuación, un relato bastante detallado de los libros leídos y discutidos en aquel período junto a Hilda:

«La afinidad de lecturas era también motivo para comprendernos y continuar con nuestras interminables conversaciones. Ambos habíamos leído todas las novelas precursoras de la Revolución rusa: Tolstoi, Gorki, Dostoyevski, *Las memorias de un revolucionario* de Kropotkin. Después nuestros habituales temas de discusión sobre: *¿Qué hacer?* y *El imperialismo, última etapa del capitalismo*, de Lenin, *El Antidürhing*, *El manifiesto comunista*, *El origen de la familia* y otros trabajos de Marx y Engels, además *Del socialismo utópico al socialismo científico*, de Engels y *El capital* de Marx, con el que estaba yo más familiarizada por mis estudios de economía. En cuanto a cultura general, habíamos leído casi lo mismo: los clásicos, los modernos, e incluso también nos gustaban las novelas de aventuras y todo lo referente a viajes interplanetarios. Me contó, riéndose, que cuando estaba en la Secundaria se dedicó a leer verdaderamente y comenzó a “comerse” la biblioteca de su padre sin orden alguno, pues los libros no estaban clasificados. Al lado de una novela de aventuras encontraba una tragedia griega y en seguida un libro marxista».⁵

Una imagen más pintoresca de aquellas discusiones la encontramos en una carta del Che (abril de 1954):

«Tomo mate cuando hay y desarrollo unas interminables discusiones con la compañera Hilda Gadea, una muchacha aprista a quien yo con mi característica suavidad trato de convencerla de que largue ese partido de mierda. Tiene un corazón al menos de platino...».

Mario Dalmau, un cubano exilado en Guatemala después del asalto al Moncada, lo encuentra en ese

⁴ ... e ignorando probablemente los criterios indicados por Lenin para la caracterización de los espías, cuando de los archivos zaristas salió a la luz «el caso Malinovski».

mismo período y declarará años después que el Che había leído «toda una biblioteca marxista», disponiendo ya de una notable preparación al respecto.⁶ Es claramente una exageración. Por el contrario, acerca de aquella fase es demasiado cauto el juicio de Hugh Thomas, el gran historiador de Cuba, cuando afirma:

«A fines de 1955 Guevara era un revolucionario, pero no necesariamente un marxista, si con este término se tiene en cuenta la convicción de que el cambio político nace a partir de la tras-formación de los medios de producción».⁷

1. 5. *Che Guevara, Años decisivos*, pp. 35-36.
2. 6. Mario Dalmau, en *Granma*, 29 de octubre de 1967.

7. Hugh Thomas, *Storia di Cuba, 1762-1970*, Turín, 1973, p. 665. Aún más drástico en K. S. Karol que, recordando un encuentro suyo con el Che en 1961, escribía: «El Che no fue nunca un comunista... pero era absolutamente alérgico a las manifestaciones del anticomunismo», en *La guerriglia al potere*, Milán, 1970, p. 50.

El Che mismo resumió su situación ideológica de entonces, escribiendo a su tía Beatriz desde la Guatemala de Árbenz (12 de febrero de 1954), en lo más efervescente de su entusiasta participación en aquella experiencia, destinada a un precoz y trágico fracaso:

«Mi posición no es de ninguna manera la de un diletante hablador y nada más, he tomado posición decidida junto al Gobierno guatemalteco y dentro de él, en un grupo del P. G. T. que es comunista, relacionándome además con intelectuales de esa tendencia que editan aquí una revista».

Es por lo tanto su entrada en un segundo ámbito intelectual, después de los apristas de izquierda. Ahora se trata de comunistas (de tendencia soviética, obviamente, y estalinistas), agrupados en torno a una revista. El Che no puede dejar de advertir la urgencia de acelerar el estudio del marxismo. Pero por las razones políticas que sabemos, debe interrumpir aquellas lecturas y continuarlas después en México, con libros que los amigos continuarán prestándole. Durante un determinado período también con los libros de los cuales se convirtió en vendedor a domicilio, en Ciudad de México, después de haber dejado el trabajo de fotógrafo desempeñado junto a su amigo guatemalteco Julio Roberto Cáceres Valle *El Patojo*:

«Los clásicos del marxismo, la colección de obras de Lenin, textos relativos a la estrategia militar de la Guerra Civil española, pasaban ante los ávidos ojos de Guevara por la noche, y a la mañana volvían al interior de la cartera de cuero con la que recorría oficinas y casas particulares».⁸

Un argentino, Arnaldo Orfila Reynal, director de una casa editora mexicana (Fondo de Cultura Económica), los provee de los tres volúmenes de *El Capital*. Y éstos hacen probablemente milagros, ya que al cabo de pocos meses Guevara se encuentra además impartiendo cursos sobre Marx («San Carlos», como lo llama jocosamente, quizás para rememorar el verso a los «héroes» de *La sagrada familia*). Los alumnos son los cubanos del Movimiento 26 de julio, algunos de sus futu

8. Ricardo Rojo, op. cit., p. 79.

ros compañeros de expedición. En una carta un poco en clave por razones de seguridad, escribe a su madre el 17 de junio de 1955:

«Por otro lado te diré que tengo una cantidad de chiquilines de sexto año encandilados con mis aventuras e interesados en aprender algo más sobre las doctrinas de San Carlos. A eso dedico mis horas de ocio, que son pocas ahora».

Pero en aquella misma carta, el neófito marxista va siempre flanqueado, y en una función casi de contrapunto, por el visionario:

«Todo esto te lo cuento para que te sientas que no cumplís en vano, pues agregado a las moneditas burocráticas que pariste, lanzaste al mundo un pequeño profeta ambulante que anuncia el advenimiento del día del juicio final con estentórea voz che».⁹

Existe otra carta «en clave» que nos ofrece un testimonio directo sobre la cuestión (dirigida a su tía Beatriz, el 8 de enero de 1956):

9. Es ésta la ocasión para explicar el origen de este célebre apodo. Pro-viene del guaraní y su significado en esta lengua indígena es «yo», «mi», dativo *chevé*. En los países de la cuenca del Plata (Argentina, Uruguay y Paraguay) se ha transformado en una especie de vocativo, una interjección familiar para dirigirse a alguien o para llamar su atención. El Che lo utilizaba con tal frecuencia, que sus amigos centroamericanos terminaron poniéndoselo de apodo, que con el tiempo se transformó en un nombre real y verdadero.

Véase la voz correspondiente a cargo de Marcos Augusto Morínigo, en *Diccionario de Americanismos*, Buenos Aires, 1966, pp. 181-182: «CHE. Ciertamente alteración fonética del antiguo *ché!*, utilizado para llamar la atención. //Como interjección en Bolivia, Chile y Río de la Plata, para llamar o dirigirse a alguien: ¡*che*, escucha!, ¡dame *che!*, ¡no puedo, *che!* //En Honduras y Venezuela: ¡quia! no me importa. //Costa Rica: hacerle *che* a alguien, despreciarlo, rechazarlo. La presencia de la interjección *che* es documentada en los campos de Buenos Aires desde fines del s. XVII. Teniendo en cuenta que los guaraníes, que constituían la mayor parte de la servidumbre en las casas y en las fábricas, antepusieron el *che*, “mío”, “me”, a cualquier vocativo, como en “*che* amo”, “*che* señora”, “*che* amigo”, no se puede excluir del todo el origen guaraní y bonaerense del *che* argentino. En Paraguay, donde el guaraní es una lengua viva y donde el *che* conserva el significado vernáculo de “me”, “mi”, la acepción argentina comenzó a difundirse a principios de este siglo entre los jóvenes y es considerada aún como un elemento típico del dialecto de Buenos Aires».

«Estoy fuerte, optimista, subo frecuentemente a los volcanes, voy frecuentemente a visitar ruinas, leo frecuente a *San Carlos* y sus discípulos, sueño con ir a estudiar la cortisona con una francesita de éstas que las sepan todas (para entretenimiento no más) y con todos ustedes, familiares míos que tanto amo. *Arrivederchi my love*».

El tono jocoso continúa, en una carta del 15 de abril a su padre. He aquí como «traduce» su reclutamiento, ya realizado, como médico en la expedición del *Granma*:

«Dentro de poco pasaré a ser una celebridad en la ciencia médica, sino como científico o profesor por lo menos como divulgador de la doctrina de *San Carlos* desde los altos escaños universitarios. Porque me he dado cuenta de que la fisiología no es mi fuerte, pero lo otro sí».

En sus últimas cartas, del otoño de 1956, cuando está próxima la partida, se acumulan las referencias a las lecturas (que se realizan ya en la biblioteca, en el aislamiento y en la espera clandestina del embarco):

«Querida vieja... creo que después de éstas saldré hecho un tanque en cuestiones económicas... Aquello que les contaba del profesorado en fisiología era mentira, pero no mucho... De todas maneras, ahora sí pertenece al pasado. *San Carlos* ha hecho una aplicada adquisición. Del futuro no puedo hablar nada».

Y en otra carta a su madre:

«Antes me dedicaba mal que bien a la medicina y el tiempo libre lo dedicaba al estudio en forma informal de *San Carlos*. La nueva etapa de mi vida exige también un cambio de ordenación: ahora *San Carlos* es primordial, es el eje, y será por los años que el esferoide me admita en su capa más externa».

Por el testimonio de otro militante cubano, López Darío,¹⁰ sabemos que fue el Che quien eligió las obras de marxismo para la biblioteca «subversiva» secuestrada por la policía mexicana en el campo de adiestramiento del 26 de julio.

10. En *Granma*, 16 de octubre de 1967 (ahora en *Conoscere il Che*, op. cit., p. 49)

De este modo Guevara resulta ser el único combatiente del Movimiento 26 de julio con una auténtica formación marxista, a bordo del *Granma*, y lo será después en la Sierra: pero no es ciertamente el único que siente esa necesidad. La voluntad de hacerse con una cultura personal en base a textos radicales y revolucionarios de varias corrientes políticas –y por lo tanto también en base a la obra de Marx– está presente en el grupo de Fidel Castro desde aquellos lejanos días de México. Si hubiese habido por parte de Fidel una hostilidad preconcebida hacia el marxismo –como han sugerido fuentes tendenciosas–, él no le habría nunca encomendado al Che que «adoctrinara» a los participantes en la expedición. Ni siquiera a cambio de la seriedad con la que Guevara se sometía a su vez a los cursos de historia de Cuba que se daban en el mismo campamento.

Según el conocido periodista del *New York Times*, Herbert Matthews, «Che Guevara y Raúl Castro eran ambos de tendencia comunista desde que eran estudiantes». Y aunque eran los únicos que tenían esta orientación, el hecho en sí demuestra la atención del grupo dirigente fidelista hacia las posiciones del marxismo. Y pese a que la experiencia «marxista» de Raúl era diametralmente opuesta a la del Che: se limitaba al hecho de haber participado, a la edad de veintiún años, en un festival mundial de la juventud en Bucarest, realizando en aquella ocasión también una visita a los países de aquel lado del telón de acero.

El segundo período en el que el Che lee y relee intensamente las obras de Marx es el de 1963-1964. El estímulo es dado por la necesidad de afrontar con instrumentos teóricos adecuados el debate económico iniciado en la revista *Nuestra Industria* y del que debemos volver a hablar. Hay también interlocutores europeos, marxistas desde hace tiempo y «profesores» del nivel de Bettelheim o de Mandel, y el alcance teórico de los problemas en discusión es tal que requiere más que una simple lectura de los textos. Se trata ya de hacerles «cantar» a aquellos mismos textos, de sacar de ellos indicaciones de método y conclusiones prácticas, capaces de

11. Herbert L. Matthews, *La verita' su Cuba*, Milán, 1961, p. 127. 90
favorecer o por lo menos de no comprometer el futuro económico y social de la Revolución.

Y esta consideración tiene una importancia epistemológica excepcional, ya que por primera vez en la historia del movimiento obrero –después obviamente de la irrepetible experiencia bolchevique de 1917-1923–, jefes de Estado o ministros recurren a la lectura de Marx para encontrar en ella respuestas teórico-prácticas y no sólo argumentos «ideológicos» para ser utilizados en aras de la excomunió de los adversarios políticos, reales o eventuales.

La frescura de esta nueva relación es además paradójica en el caso de Guevara, ya que precisamente en la introducción a uno de los artículos más rigurosamente «económicos» de este período –“Sobre el sistema presupuestario de financiamiento”, en *Nuestra Industria. Revista Económica* (n.º 5, febrero de 1964)– aparece una larga reflexión de orden metodológico sobre el «joven Marx»: en particular, sobre un pasaje sacado de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*.

No hace mucho que en Europa se han atenuado los ecos de la gran polémica sobre la relación entre el «joven Marx» (precisamente el de los *Manuscritos* y otras obras filosóficas juveniles) y el Marx llamado «maduro» (el de *El manifiesto* y *El capital*, para resumir). Siendo tempestuosa sobre todo en Francia, aquella polémica tuvo de todos modos una resonancia europea e internacional por el alcance de la apuesta teórica que estaba en juego y por los nombres de los estudiosos implicados: J. Hyppolite, M. Merleau-Ponty, J. P. Sartre, H. Lefebvre, P. Naville y otros.

Guevara ha leído mucho, pero conoce personalmente sólo a Sartre, uno de los primeros en interesarse por la Revolución cubana y autor de un reportaje sobre una larga visita a la Isla. Y ahora –primeros años sesenta– aquella polémica, que fue animada por los intentos de reconstruir una lectura «humanista» de Marx, revalorizando precisamente algunos de sus escritos juveniles, está a punto de reanudarse, sólo que ahora por la vertiente opuesta.

El antihumanismo programático de Althusser reconocerá que es efectivamente posible una lectura «humanista» del joven Marx, con el propósito declarado de demostrar que precisamente no se trataría de Marx, sino de otra cosa. Y a la separación («ruptura epistemológica») del presunto «verdadero Marx» de aquella «otra cosa», él dedica sus dos trabajos más célebres (*Leer “El capital”* y *Para Marx*).

Pero Althusser, a su vez, no parece tampoco ignorar la existencia de una literatura marxista «indígena» en los países dependientes, hacia la cual invita a dirigirse con atención en una nota a propósito de su primer trabajo importante. Y su referencia a Cuba puede estar relacionado sólo con la producción teórica del Che:

«La misma es válida para aquellas nuevas obras marxistas que, de forma a veces sorprendente, llevan en sí algo esencial para el futuro del socialismo: lo que el marxismo produce en los países de vanguardia del “Tercer Mundo” que lucha por su libertad, de los guerrilleros de Viet Nam a Cuba. Es vital para nosotros saber “leer” a tiempo estas obras».¹²

Hasta aquí para resumir, muy brevemente, el contexto en el que Guevara se dispone a brindar una lectura *suya* acerca del «humanismo» marxista, con plena conciencia del enredo teórico en el que se adentra.

Él define el período del «joven Marx» como los años en los que el lenguaje teórico del gran alemán refleja abiertamente la esencia de las ideas *filosóficas* que contribuyeron a su formación, manteniendo cierto nivel de imprecisión en el plano de la terminología más propiamente *económica*.

Esto no sería, sin embargo, fruto de la inexperiencia, se

12. L. Althusser – E. Balibar, *Leer «El capital»*, Milán, 1968, p. 75.

Existe toda una escuela de nuevos marxistas latinoamericanos que se ha inspirado en Althusser, después de haber seguido por lo menos sus cursos en París. La más conocida es Marta Harnecker, autora de obras como *Los conceptos elementales del materialismo histórico* (México, 1974) y otros textos de carácter divulgativo que han tenido una amplia difusión en América Latina y de modo particular en el Chile de Allende. Se trata, no obstante, de formas de «marxismo neodogmático», de materialismo neoescolástico (por lo refinado), surgidas en el cauce de la crisis ideológica de los partidos estalinistas y netamente separadas de las corrientes más vivaces intelectualmente y más creativas, entre las que se refieren a las varias tradiciones de marxismo «herético» latinoamericano.

En lo que a nosotros se refiere, hemos expuesto una síntesis muy crítica del pensamiento de Althusser en «Pour Marx... y un poco también por Althusser», en *Quotidiano dei lavoratori*, semanario, 36/1980, p. 29.

gún Guevara, ya que en el año 1844 Marx ha realizado ya la opción política de su vida: del lado de los humildes, y lo teoriza abiertamente.

Es, sin embargo, una opción filosófica bien precisa, es decir, la voluntad de hacer referencia al individuo humano en su proceso de liberación: un proceso en el cual el individuo se realiza y se manifiesta en su *ser social*, en su formar parte de estructuras sociales históricamente determinadas. Estructuras, por lo tanto, que se pueden representar en términos abstractos, es decir, en términos de *contradicciones* y de lo históricamente *ineluctable* de su explotar («resquebrajarse», dice Guevara), en la perspectiva política de abrir de esta forma una dinámica de transición.

Pero en esta lectura del «joven Marx» –añade él– no es aún admitida explícitamente la *necesidad* de aquella identificación entre las estructuras, en las que se organiza el ser social de los individuos, y las relaciones de producción (por consiguiente, tampoco con la lucha de clases tal y como se configura históricamente).

Es interesante observar cómo a esta síntesis de posiciones del marxismo ya lo suficientemente difundidas y discutidas en la literatura marxista de aquellos años (posiciones acerca de las cuales Guevara no parece expresar ahora abiertamente un juicio de valor), se añade además una consideración suya muy personal: la «mecánica de las relaciones de producción» –afirma– con sus consecuencias en el plano de la lucha de clases (a entenderla por lo tanto como manifestación subjetiva de las contradicciones existentes) «oculta en cierta medida el factor objetivo», es decir, el hecho de que son individuos concretos «los que se mueven en el ambiente histórico». Son los hombres, por lo tanto, los que aparecen como el substrato material sobre el que se articula la lucha de clases, y no las categorías económico-sociales abstractas, con su «ineluctable» proyección en la lucha de clases.

Marx no aparecería por lo tanto –y según el Che– tampoco en esta etapa como un filósofo del subjetivismo voluntarista, que movido por juvenil entusiasmo habría abrazado por razones éticas la causa del proletariado. (Una conclusión a la que llegaban más o menos explícitamente muchos de los lectores humanistas del «joven Marx»). Por aquella atribución del carácter de real *objetividad* a la acción histórica de los hombres, a los hombres concretos en su deber de hacerse historia, aparecería, sin embargo, «el carácter humanista (en el mejor sentido de la palabra) de sus inquietudes» (VIII, 2).

Y ya que el interés del socialismo tiene como centro al hombre físico y concreto, añade Guevara, el carácter humanista de aquellas inquietudes de Marx adquiere una importancia fundamental: «revolucionaria» precisamente.

Sigue una larga cita de Marx tomada de los *Manuscritos*,¹³ utilizada para demostrar la unidad y el conocimiento que regulan el paso de la «positiva supresión de la propiedad privada» –como «autoalienación del hombre»– al comunismo, es decir a la «real apropiación de la esencia humana por parte del hombre y para el hombre»: el comunismo que, al devenir pleno humanismo, se hace naturalismo.

«Este comunismo es la resolución genuina del conflicto entre la naturaleza y el hombre: la verdadera resolución de la lucha entre la existencia y la esencia, entre la objetividad y autoconfirmación, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie. El comunismo es el enigma resuelto de la historia, y sabe que él es esta solución».

La clave de lectura del párrafo es explícitamente indicada en aquel «sabe» («tiene la conciencia», en la edición mexicana de 1962 utilizada por el Che). Conocimiento que es para Marx la solución real de las contradicciones –interpreta Guevara– y que desarrolla una función fundamental para el papel del hombre en el movimiento de la historia. El comunismo no es el resultado inevitable de contradicciones llegadas al punto culminante de su maduración (el Che no ignoraba cuántos manuales de «comunismo soviético» contenían precisamente aquella visión mecanicista del desarrollo histórico), sino el producto de la acción del hombre convertido en actor consciente de la historia.

13. Marx-Engels, *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Chile, 1960, p. 102.

«Sin esta conciencia –afirma Guevara– que engloba la de su ser social, no puede haber comunismo».

La posición expresada por el Che con respecto a la cuestión teórica fundamental, sobre la que se apuntaba la elaboración de Althusser –la de la «ruptura epistemológica» entre un «joven Marx no marxista» y el Marx «maduro»– aparece aquí diametralmente opuesta e inequívoca.¹⁵ No sólo es negada tal «ruptura», explicando las diferencias sólo en términos de orientación metodológica y no de contenidos, sino que es operada también una clara revaloración del carácter «humanista» del razonamiento marxista, depositando su confianza no en el terreno de la pura subjetividad (que fácilmente se habría podido traducir en aquellos años en términos cristianos, metafísicos y a veces hasta existencialistas), sino en el de la conciencia. Y con ésta el Che no se refiere a la acción cognoscitiva o puramente especulativa de un yo pensante, sino a la *acción histórica consciente*. La misma debe ser entendida a su vez como acción del individuo que se pone al lado de otro individuo, en el proceso de adquisición de una propia conciencia político-filosófica, de una *autoconciencia* por lo tanto, no sólo de la necesidad, sino también de la posibilidad de su propia liberación. Y es en este proceso donde, según el Che, él se convierte en *ser social*.

Tales enunciados son aún más significativos si se piensa que el ambiente teórico cubano en el que Guevara formulaba estas posiciones no era en efecto favorable a una lectura «antidogmática» y «humanista-revolucionaria» del pensamiento de Marx. Para dar un solo ejemplo –y para ahorrar al lector la enumeración de los artículos de rígida (y tétrica) «ortodoxia» marxista publicados en *Cuba socialista* o en otras revistas editadas por los cuadros estalinistas del viejo PSP–, citaremos la conocida monografía monumental de Auguste

14. De diferente opinión es David Allport que habla además de «una alianza entre el antihumanismo teórico del profesor de la Normal y el humanismo de Fidel y de Guevara».

Una coincidencia que según Allport se verificaría esencialmente en el plano político, mediatizada a través del célebre discípulo de Althusser (después «arrepentido»), Régis Debray. Cfr. *Che Guevara, da Cuba al terzo mondo*, Milán, 1968, pp. 181-182.

Cornú, dedicada a la formación juvenil de Marx y Engels. Del volumen I del *Carlos Marx y Federico Engels* se estaba preparando una edición cubana¹⁵ precisamente en aquellos años. Un proyecto bastante comprometedor y del que Guevara estaba con toda certeza al corriente.

La decisión de publicar aquel texto, entre los tantos dedicados al tema, no era casual, teniendo también en cuenta que los medios a disposición de las editoriales cubanas estaban ya desde entonces muy limitados y que aquel tipo de publicaciones, dirigidas a la formación de los militantes del Partido, respondía siempre a criterios de política editorial muy precisos. Y bien Cornú, como exponente de un «materialismo dialéctico» histórico-filosófico de clara inspiración ortodoxa, advertía en el nuevo prólogo a su vieja obra, que la misma había tenido el defecto de «presentar el paso de Marx del liberalismo democrático al comunismo y del idealismo al materialismo histórico como una evolución lineal». Mientras que por dialéctica habría querido, según Cornú, que se subrayara «el hecho de que, abandonando con el liberalismo los intereses de la clase de la burguesía, Marx comenzaba a defender los del proletariado».

La acusación a Marx –y a todos los que quisieron seguir su camino «juvenil»– era por lo tanto, como se puede ver, un poquito pesada.¹⁶ Pero a través de aquel tipo de posiciones había pasado también Guevara y no fue tampoco demasiado simple, para él, como veremos, liberarse de ellas.

Es probable, sin embargo, que en esta maduración él se haya inspirado para sus propias ideas en el «joven Marx» (para él, por lo tanto, Marx *tout court*) a partir del trabajo de un

1. 15. Por el Instituto del Libro de La Habana. Fue publicado definitivamente en 1967. En aquel voluminoso trabajo se fundía la tesis de doctorado de Cornú (*La jeunesse de Karl Marx*) con un estudio sobre la juventud de Engels (*Marx y Engels*).

2. 16. El prólogo aparece en la edición cubana citada. Al lector le sugerimos, como mejor introducción a todo lo relacionado con este debate, elaborada con singular seriedad y profunda comprensión de los problemas, la investigación de Ornella Pompeo Faracovi, *Il marxismo francese contemporaneo fra dialettica e struttura* (Milán, 1972). En la página 265 hay además una fugaz referencia a la importancia que tuvo Guevara para la inspiración de las nuevas corrientes marxistas contemporáneas.

compatriota suyo, el argentino Aníbal Ponce (1898-1938), publicado nuevamente en Cuba en 1962, quizás por iniciativa del mismo Che.

Ponce había respondido con treinta años de anticipación a aquella exigencia ahora formulada de nuevo por Guevara, de evidenciar en Marx «el carácter humanista (en el mejor sentido de la palabra) de sus inquietudes». Para el viejo marxista argentino, en efecto, también el humanismo iría definido en los términos del materialismo histórico, y se debería por lo tanto hacer una distinción entre un humanismo de la burguesía (regresivo en el plano de sus contenidos sociales) y un humanismo del proletariado. Este último, mirando a la realización del hombre «total», unificaría en su interior teoría y práctica, cultura y trabajo, sociedad y naturaleza, en el marco histórico-revolucionario del proceso de emancipación de los trabajadores.¹⁷ Es evidente la analogía con el procedimiento teórico del Che. Podemos ahora concluir afirmando que la escisión operada en el pensamiento de Marx, entre contenidos humanistas y antihumanistas, se recompone en la interpretación de Guevara en términos de *humanismo revolucionario*. Es una cuestión crucial, a la que volveremos varias veces.

El artículo “Sobre el sistema presupuestario de financiamientos”, hasta ahora citado a propósito del joven Marx, continúa en realidad en su análisis de las posiciones marxistas, operando un salto muy significativo desde los *Manuscritos de 1844* a la *Crítica del programa de Gotha* (1875). Un salto arriesgado, pero en parte justificado en el plano filosófico, ya que aquellas «glosas» representan la más sintética y la más futurista concreción en términos político-estatales dada por Marx, acerca del tema humanista-revolucionario contenido en sus obras filosóficas juveniles.

Guevara, sin embargo, no demuestra estar totalmente consciente de semejante enlace ideal, ya que se limita a citar un célebre párrafo acerca de la transición: allá donde se

17. Ponce fue uno de los pioneros del marxismo en América Latina y su libro, *Humanismo burgués y humanismo proletario*, de 1935, fue publicado por la Imprenta Nacional de Cuba. La influencia del libro de Ponce en Guevara es subrayada también por M. Löwy (*La pensée de Che Guevara*, cit., p. 19).

afirma que en el paso de la vieja a la nueva sociedad, las normas del derecho burgués continuarán en un primer momento regulando la distribución de los bienes, aún cuando ha sido ya suprimido ese mismo derecho en el campo de la producción.

Marx obtiene de aquellas premisas una serie de consideraciones esenciales, todas orientadas hacia la dirección histórica de un creciente igualitarismo social y de una pérdida de funciones represivas por parte del Estado de dictadura del proletariado: las mismas que Lenin recuperará y desarrollará en *El Estado y la revolución* y en las *Cartas desde lejos*. Pero en las palabras del Che no aparece nada de todo aquello y da la impresión de que la preocupación por la discusión económica sobre criterios de cálculo, financiación y repartición del balance, impida una efectiva comprensión del significado real del texto de Marx citado.

La misma impresión, por otra parte, la da otra referencia a la *Crítica del programa de Gotha*,¹⁸ donde se le atribuye a Marx la concepción del «período de transición puro» sin ulteriores periodizaciones (VIII, 264). En este caso se trata además de un notorio error de lectura del texto de Marx, provocado quizás por una versión defectuosa de la célebre obra o por una selección de párrafos infelizmente realizada.

En un artículo que apareció en *Cuba Socialista* (nº 31, marzo de 1964), Guevara expone la formulación más madura y sintética de sus ideas sobre el papel del conocimiento y de la conciencia:

«Nosotros no concebimos el comunismo como la suma mecánica de bienes de consumo en una sociedad dada, sino el resultado de un acto consciente; de allí la importancia de la educación y, por ende, del trabajo sobre la conciencia de los individuos en el marco de una sociedad en pleno desarrollo material» (VIII, 52).

El artículo concluye con una larga cita de Marx del libro II de *El capital*, en la que se resalta la importancia que tuvo la

18. En «El socialismo y el hombre en Cuba» respuesta a Carlos Quijano del semanario uruguayo *Marcha*, que lo publicó el 12 de marzo de 1965 (apareció después en *Verde Olivo*, el 15 de abril de 1965).

economía clásica en cuanto al hecho de disipar la falsa experiencia del proceso de producción de la riqueza social, la mistificación del modo de producción capitalista, la materialización de las relaciones sociales, «el mundo encantado, invertido y puesto de cabeza en el que se mueven los fantasmas» del capital y de la renta, «como personajes sociales a la par que, directamente, como simples cosas». Son éstos en realidad los

contenidos ocultos, el secreto «arcano» –como lo definía Marx– de cualquier sociedad de clases.

Al conferirles tanta relevancia, Guevara refleja –aquí como en otras ocasiones– una particular sensibilidad hacia la problemática del «fetichismo» y de la gran mistificación sistémica operada por el desarrollo de la formación histórico-social capitalista. Son los temas afrontados a fines de los años cuarenta, en la forma quizás más orgánica y rica en intuiciones, por Henri Lefebvre. Esto es real en particular con respecto a los trabajos en los que delinea una continuidad de esencia en el humanismo de Marx. Y la misma se podría reconstruir, según el filósofo francés, precisamente a través de la conjugación de economía y filosofía que se opera internamente en la noción de fetichismo. Una noción efectivamente presente en el establecimiento teórico de *El capital*, como elemento constituyente de la crítica de Marx a la economía política.

De Lefebvre, Guevara podía haber leído y apreciado el viejo *Critique de la vie quotidienne*, nuevamente publicado en París en 1958. Y efectivamente, su campo de intereses –su problemática– refleja algunas de las principales preocupaciones de Lefebvre, anticipando parte de los temas que éste afrontará en años más recientes, estimulado también por los acontecimientos de Mayo de 1968 en su país.

Algunos meses después, en una polémica con Bettelheim, Guevara desarrolla aún más ampliamente sus posiciones acerca del papel histórico del «conocimiento» que se convirtió mientras tanto, según su lenguaje, en forma de «conciencia y autoconciencia», expresada concretamente por la lucha de clases. Él admite que el desarrollo de las fuerzas productivas, llegado a un determinado grado de madurez, puede conducir a un conflicto social de clases. Tal choque, sin embargo, no es «mecánicamente determinado por una acumulación de fuerzas económicas»: el mismo se presenta, sin embargo, como un acontecimiento dinámico, basado en factores cuantitativos y cualitativos al mismo tiempo. Entendiendo por los primeros las fuerzas propiamente identificables con el desarrollo económico y por los segundos «la superación» histórica y política de una clase por parte de otra.

Para el hombre, por lo tanto, –del que Guevara ofrece una definición como «expresión viviente de la lucha de clases» (VIII, 102)–, también la superestructura, es decir, la base jurídica que enmascara las relaciones entre las clases, tendría características concretas y objetivas. Es una «verdad palpable», afirma Guevara, comenzando por otro lado a delinear en este escrito algunas características excesivamente pragmático-operativas que condicionarán las ulteriores evoluciones de su reflexión teórica.

Una reflexión que es sin duda inmune a los vicios del dogmatismo y el escolasticismo. Se pueden percibir por el contrario algunos bandazos en sentido mecanicista, en un período bien preciso de su elaboración (primeros años sesenta), debido en general a ingenuidades de adhesión a posiciones expresadas por otros.

Es el caso del célebre artículo “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana” (en *Verde Olivo*, octubre de 1960), donde el sentido del ser marxistas en el ámbito de las ciencias sociales se mezcla con la autodefinición que da de sí el científico en el campo de las ciencias naturales, físicas o matemáticas. No se le pregunta a un físico, según Guevara, si es «newtoniano», ni a un biólogo si es «pasteuriano». Ellos lo son naturalmente y por definición, aún conscientes de que nuevos descubrimientos, determinados a su vez por nuevos hechos, no borrarán automáticamente cada huella de verdad de aquellos instrumentos teóricos, por el solo hecho de haber sido superados (IV, 203). Einstein con la teoría de la relatividad y Planck con la de los quanta nada debían quitar a la grandeza de Newton: lo superaron, simplemente, pero sólo en el sentido de que «el sabio inglés es el escalón necesario para este desarrollo posterior».

Según Guevara, las verdades sociales del marxismo habrían pasado a formar parte de la cultura y de la conciencia de los pueblos y con la misma naturalidad las mismas habrían sido ya aceptadas. (Esto podía quizás parecerle real desde su observatorio cubano, pero si hubiese mirado mejor, incluso solamente hacia los movimientos políticos presentes al nivel de su Tricontinental...).

Él continúa pues la analogía con la matemática, que en una época fue china, árabe o hindú, rompiendo después todas las fronteras para hacerse universal. Y como hubo en la historia «un Pitágoras griego, un Galileo italiano, un Newton inglés, un Gauss alemán, un Lovachevski ruso, un Einstein, etc.» análogamente en el campo de las ciencias sociales se podría trazar el itinerario de un gran proceso de acumulación del saber, desde Demócrito (citado por Guevara) hasta Marx (y se espera obviamente también otros).

La intención inicialmente antidogmática de estas palabras –demasiado simplificada y lineal, es cierto, pero aceptable por lo que respecta a la realidad histórica de una acumulación del saber (junto a un proceso inherente a ella de difusión y desarrollo, añadimos nosotros)– está sujeta a transformarse en un gris

mecanismo cuando de recurso ana-lógico pasa a ser instrumento metafórico para la construcción de un modelo «de época», fundamento de un evolucionismo cultural, equívoco e inconsistente. Y es precisamente lo que tiene lugar inmediatamente, pocas líneas después, cuando Guevara se sirve de este elemento para trazar una línea de continuidad entre «Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao Zedong», llegando a incluir hasta a los «nuevos gobernantes soviéticos y chinos».

Sería fácil reprocharle a Guevara el haber creado una gran confusión, mezclando bajo el mismo techo a personajes históricos de diferente calibre teórico, expresiones a su vez de clases y estratos sociales diferentes (proletariado, campesinos, alianza entre ambos, castas burocráticas, etc), portadores de programas políticos e ideológicos a veces diametralmente opuestos (revoluciones y contrarrevoluciones, soviets y dictadura, internacionalismo y nacionalismo, etc).¹⁹

19. Este escrito de Guevara ha recibido muchos más aplausos de los que merecía por razones que sería demasiado largo enumerar. Apenas, no obstante, que un estudioso –en otras direcciones brillante y atento –como Charles Wright-Mills haya elegido precisamente semejante texto del Che para insertarlo al final de su célebre antología, publicada en 1962: *The Marxists* (New York, 1962). Recordemos que Wright-Mills fue uno de los primeros intelectuales que captó la originalidad de la Revolución cubana con su *Listen, Yankee* (New York, 1960).

Por lo demás, que no se trata de una inadvertencia momentánea, queda demostrado por otros varios escritos de análoga inspiración. En septiembre de 1961, por ejemplo, en una entrevista al periodista y estudioso norteamericano Maurice Zeitlin, Guevara reanuda la similitud con la biología, aumentando la dosis:

«Nosotros vemos el marxismo como una ciencia en vías de desarrollo, precisamente como la biología. Un biólogo lleva su contribución a lo que han hecho otros, mientras trabaja en su campo específico. Nuestra especialidad es Cuba».²⁰

La verdad es que hubo un período, en los primeros años de la transformación revolucionaria de Cuba, en los que Guevara manifestó abiertamente una adhesión acrítica a algunos modelos de marxismo soviético, importados e ingenuamente aceptados en la Isla, en todo su basto y brutal mecanicismo. Son los años en los que el trabajo ideológico (de propaganda y no ciertamente de elaboración) es abandonado en manos de los cuadros procedentes del PSP estalinista (el viejo Partido Comunista), que entran a formar parte de la nueva dirección cubana.

Con el tiempo y la experiencia, sin embargo, Guevara se libera de estos modelos (veremos más adelante el itinerario recorrido por esta liberación). Y ya en los años del debate económico (1963-1964), su pensamiento aparece mucho más autónomo, capaz de marchar sobre raíles propios y originales, orientado además hacia una crítica siempre más dura y cuidadosa precisamente de aquel «marxismo de tipo soviético» que en Cuba había dominado en los primeros años de la Revolución.²¹

En “El socialismo y el hombre en Cuba” (marzo de 1965), por ejemplo, es criticado duramente «el escolasticismo que

1. 20. La entrevista apareció en apéndice del libro de Robert Sheer y Maurice Zeitlin, *Cuba, an American Tragedy*, Penguin 1964 (III, 186-95). Del mismo Zeitlin recordamos aquí *Revolutionary Politics and the Cuban Working Class*, Princeton, 1967, al que le dedicó una larga reseña polémica Harvey O’Connor, en *Monthly Review*, ed. it, 6/1969. [Traducido de la edición italiana (*N. del T.*)].
2. 21. La mejor exposición crítica y sistemática de aquel modelo de pensamiento importado por la URSS continúa siendo el trabajo clásico de Herbert Marcuse, *Soviet Marxism*, Parma, 1968.

ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista», y se propone francamente reexaminar todas las características del período, para llegar a la formulación de una verdadera teoría económica y política:

«La teoría que resulte dará indefectiblemente preeminencia a los dos pilares de la construcción: la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica» (VIII, 264).

Un ejemplo de adhesión acrítica por parte de Guevara a las formas de pensamiento del «Diamat» (es decir, a las concepciones mecánico-evolucionistas del llamado «materialismo-dialéctico», que abarcaba y sabía todo, de la época estalinista) nos lo da ahora un texto de enero de 1962. La ocasión es ofrecida por el pobre Engels, muy maltratado en nuestros días por la tardía deformación de su pensamiento en sentido cientifista y organicista. Citamos íntegramente el fragmento, porque puede ser verdaderamente útil para

constatar el abismo que separa a éste y a otros textos de inspiración soviética, de las originales reflexiones sobre Marx y el hombre del socialismo propuestas por el mismo Guevara en muchas otras partes más articuladas y originales de su obra teórica:

«El concepto de la vida que da el materialismo dialéctico es diferente al concepto de la vida que da el idealismo; el concepto de las ciencias del materialismo dialéctico es también diferente [teoría equívoca de las “dos ciencias”, la burguesa y la proletaria (N.d.A.)]. Desde hace muchos años Engels se había planteado que la vida era el modo de ser de la materia albuminoide; es una nueva concepción, es algo que en aquella época revolucionaba las ideas [no era nueva, no revolucionó nada y estaba además errada (N.d.A.)]...

Un mundo capitalista, un mundo que impone toda una serie de preconceptos que van quedando en el subconsciente y que se reflejan en la actitud de cada uno, aún cuando sea una cosa inconsciente. Por eso debemos ir buscando estas bases, ir aprendiendo a pensar con propiedad con el método del materialismo dialéctico en todo, no para una discusión política, no para un momento determinado, sino para aplicarlo como método en cada una de las tareas científicas o prácticas que tengamos que realizar [con Stalin se llegó a aplicar el Diamat a la lingüística, a la psicología y a la genética]. Todas las interpretaciones de la técnica, y por sobre todas las cosas la interpretación de la economía, tienen un cambio enorme, si se los ve a la luz del materialismo dialéctico o bajo las falsas luces de los conceptos capitalistas» (VI, 81).

¿Existen rectificaciones por parte de Guevara a estas deformaciones de su pensamiento «marxista», cuya original y contradictoria evolución se ha sin embargo tratado de describir hasta aquí?

Las hay a montones, y aparecerán poco a poco en el transcurso de todo este trabajo. Por ahora nos limitamos a recordar los resúmenes taquigráficos de las conversaciones sostenidas en el Ministerio de Industria en 1964.²² Son materiales informales, pero referidos a cuestiones fundamentales y que reflejan un período de transición en el pensamiento del Che, bien delimitado en el tiempo. Los mismos denotan el abandono, precisamente, del mecanicismo analítico y expositivo del trienio anterior; revelan una participación íntimamente vivida en los temas del debate económico y anuncian de antemano una nueva apertura mental hacia los grandes problemas y las fecundas intuiciones que irrumpirán en su reflexión en el bienio siguiente.

Vale la pena, sin embargo, preliminarmente, hacer un paréntesis sobre una cuestión que podría parecer de detalle, casi anecdótica, pero que, a nuestro juicio, es en realidad muy significativa. A través de un resumen taquigráfico del 12 de septiembre de 1964, se aprecia que Guevara había discutido con sus empleados del Ministerio el conocido caso de la mucama de Engels, de la mujer que durante años fue su compañera de lecho. La muerte de aquella mujer, hacia la que Engels sentía mucho cariño, y el silencio epistolar de Marx al respecto, inducido probablemente por el comportamiento «bienpensante» de su mujer Jenny, resquebrajó esta vez la relación pactada por los dos viejos amigos.

Guevara conocía el asunto por la correspondencia entre ambos, o por la *Vida de Marx*, escrita por Mehring (y publicada

22. Aparecieron en el VI de los 7 tomos de obras del Che, *El Che en la Revolución cubana*, editados por Orlando Borrego en 1966 (Minazucar, La Habana 1967). Pocas centenas de copias y después desaparecieron de todas las colecciones de obras del Che en Cuba. en Cuba); pero lo que nos parece interesante no es sólo el hecho de que el Che afrontara en público un aspecto tan poco «iconográfico» de uno de los fundadores del socialismo científico, sino que todas sus palabras hayan estado inspiradas en una voluntad de secularización, humanización y a fin de cuentas de justificación por el comportamiento de Engels. Se pueden recordar aquellas palabras del Che y confrontarlas con lo que fue ya recordado hace poco, respecto a la crítica al dogmatismo y a sus excesos en la época estalinista:

«El hombre por un lado es un animal fisiológico como todos, tiene una fisiología como todos los animales y por otro lado tiene toda una serie de superaciones que le permite atemperar hasta cierta medida los instintos. El método exacto no se ha podido encontrar en ningún país. En algunos casos se caía en los extremos de lo que se llama hoy ‘estalinistas’...».²³

En un resumen del 5 de diciembre de 1964, Guevara habla acerca de una discusión sostenida en la Embajada cubana en Moscú con estudiantes soviéticos, curiosos por sus posiciones heréticas acerca de los problemas de los incentivos morales:

«Allí es donde se empezó a plantear, claro, era una cosa violenta. La Biblia, que es el manual, porque

desgraciadamente la Biblia no es *El capital* aquí, sino, es el manual. De pronto estaba impugnada en algunos puntos y otra serie de cosas peligrosamente capitalistas, entonces de ahí surge el asunto del revisionismo» (ibidem. p. 566).

Estos comentarios irónicos sobre el «Manual» (era seguramente el *Manual de economía política* de la Academia de Ciencias de la URSS: pero poco importa el autor, teniendo en cuenta el rígido conformismo de este tipo de publicaciones) se diferencian felizmente de la presentación que el propio Che hizo, el 30 de mayo de 1963, de otro «Manual» análogo. En aquella ocasión Guevara escribió un prólogo elogioso, ingenuo, rayano con el boceto oleográfico, para el libro *El Partido Marxista-Leninista*, publicado en Cuba por el PURSC (el nuevo Partido Comunista Cubano). El mismo contenía un ca

23. *El Che en la Revolución cubana*, La Habana, 1967, VI, p. 529.

pítulo de un texto muy difundido en el área «cultural» soviética: el *Manual de marxismo-leninismo* de Otto Kuusinen, un líder del comunismo finlandés que pasó indemne a través de decenios de purgas sanguinarias y permaneció fiel hasta la muerte (1964) a la ideología del viejo Komintern estalinista.

Los elogios de Guevara a la miseria teórica de aquel librito y el intento de mostrar una coherencia del mismo con los discursos de Fidel Castro, insertados artificialmente en la misma publicación, no merecerían siquiera ser mencionados, si no nos brindaran las señas tangibles de un período de extrema confusión, de un pesar interior sufrido en el plano teórico y humano... Sobre todo «humano», habría dicho sin duda el Guevara antidogmático de algunos años después.²⁴

Importante, sin embargo, por sus implicaciones teóricas y metodológicas, es el resumen taquigráfico en el que Guevara traza una línea de demarcación muy clara, casi una contraposición, entre el estudio de la obra de Marx y la de Lenin. En particular, la del Lenin de los últimos años, considerado por Guevara en una luz sustancialmente negativa en su perfil teórico. Es una cuestión muy importante, pero volveremos a ella en breve.

Por muchos otros textos del Che se deduce una lectura muy atenta de los libros I y III de *El Capital*. Esta lectura fue iniciada en México y reanudada con los seminarios de estudio y formación sobre el pensamiento de Marx y Engels, organizados en el Ministerio de Industria por el mismo Guevara en 1961. Ahora aquel estudio continúa, dominando el espíritu y la letra de sus intervenciones en el debate económico. Más adelante hablaremos de esto, pero sólo en relación a aquel debate, porque la utilización que se hace allí de *El Capital* – con citas largas y en general pertinentes– se refiere estrictamente a los problemas prácticos de la planificación y

24. Sobre todo este asunto de los manuales, del escolasticismo y del conformismo de los muchos e injustificados pretendientes a la herencia del pensamiento marxista, aconsejamos la lectura de un librito brioso, mordaz y documentado, del venezolano Ludovico Silva (*Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*, Caracas, 1975).

del cálculo económico, con escasas referencias a un cuadro teórico más vasto. En aquella ocasión, Guevara no parecerá demostrar interés alguno por las discusiones, las interpretaciones y las puestas al día, que tampoco faltaron en los primeros años sesenta para aquella obra fundamental del pensamiento de «San Carlos».

Por lo demás, no sería justo buscar en la obra de Guevara lo que no existe y aquello que difícilmente habría podido existir en ella. Falta, en efecto, una profundización sistemática de algunos temas fundamentales del marxismo,²⁵ que pudiera inscribir además como mérito suyo el habernos propiciado un enriquecimiento personal y original de la teoría marxista: una puesta al día de aquellos «viejos» instrumentos metodológicos, hoy más que nunca indispensable para la formulación de una teoría de la revolución.

Los compromisos en el Ministerio, los viajes y, sobre todo, el trabajo de preparación de la nueva ofensiva guerrillera en el continente, no concedieron a Guevara el tiempo necesario para sistematizar por escrito las aportaciones de ideas, principios y consejos que se agolpaban en su mente y que afloran todavía hoy ante los ojos atentos del lector, a través de sus artículos, breves ensayos y discursos. La muerte hizo lo demás tronchando en la plenitud de su madurez (39 años) una de las inteligencias más vivaces y ávidas de conocimientos de nuestra época.

Deberá probablemente pasar mucho tiempo antes de que se produzca nuevamente en un individuo el

encuentro entre aquel grado de tensión cognoscitiva, llevada hasta la angustia, y una igualmente tenaz fuerza de voluntad, encarnada en una práctica tan frenética y multiforme. Sin embargo, precisamente de aquel encuentro –entre vieja teoría y nueva práctica– podía brotar la chispa de una nueva lectura original, quizás incluso genial del texto de Marx.

Una chispa que, por múltiples razones, tarda en surgir en nuestros días, a pesar de la frotación de millares de nuevas

25. Es lo que pone de relieve también Laura González en su prólogo a *Scritti, discorsi e diari di guerriglia* (Turín, 1974, p. VIII). cerillas en todos los rincones del mundo, en particular en los académicos, que, sin embargo, son también los rincones más húmedos y enmohecidos.

El marxismo del Guevara de los últimos tiempos parecía inmune a deformaciones tecnicistas, intelectualismos forzados; parecía no doblegarse ante la moda ni a consecuencia de titubeos lingüísticos, como los que llenan desde hace decenios, con una insostenible verbosidad, el papel impreso de las publicaciones especializadas en «marxismo». Y por añadidura, el Che no había aún agotado el arco de los descubrimientos teóricos, posibles para quien todavía se aproxime –animado por una sincera curiosidad intelectual– al pensamiento de Marx. Y en esta época nuestra de dominante eclecticismo, continúa siendo siempre esencial y fructífera la confrontación de las teorías del marxismo, por ejemplo, con el pensamiento de Freud, con los datos de la moderna antropología, o con los desarrollos científicos del pensamiento humano, ofrecidos por algunos grandes estudiosos, no siempre conocidos como merecen. Es difícil establecer lo que habría podido nacer de semejantes experiencias culturales, con el paso de los años y mientras se desembrollaba toda una serie de procesos históricos contemporáneos, sobre los que la atención de Guevara estaba fuertemente concentrada. Podemos, sin embargo, afirmar con relativa certeza que de aquella eventual reflexión, difícilmente habrían podido manar contribuciones de Guevara significativas para un enriquecimiento de la instrumentación más propiamente metodológica y cognoscitiva del marxismo.

La suya no era una mente *especulativa*, en el sentido de una natural predisposición a la investigación de los fundamentos gnoseológicos de una determinada teoría. No se había desarrollado aún en él una capacidad de elaboración «minuciosa», ladrillo sobre ladrillo, de las estructuras del razonamiento teórico, hasta llegar a la construcción de un universo de razonamiento, es decir de aquel edificio sistemático de la «gran generalización» a la que se le puede además dar también el nombre de «nueva adquisición teórica». (El destino de un edificio semejante se sabe; por muy bien construido que esté, es el de desplomarse apenas se presente la ocasión teórica, precisamente para abrir el camino a otras especulaciones y generalizaciones).

Es evidente, sin embargo, que la problemática del marxismo que más se aproxima al «campo de intereses» del Che –y evitamos a propósito hablar de «campo de investigación»– está representada por la relación *teoría-praxis*.

Una relación que hay que entender en todo el sentido de la palabra. Es decir, como síntesis teórica (o real en sus consecuencias práctico-políticas) de las diversas fases y de las distintas propiedades cualitativas que se manifiestan en la acción práctico-cognoscitiva del sujeto consciente: un sujeto *individual*, pero que se piensa como *colectivo*; que en *coherencia* con tal conocimiento histórico, transforma su propio ser social; y que, en esta transformación, *libera* nuevas capacidades individuales y nuevas potencialidades teóricas y sociales.

Ésta nos parece la única síntesis fidedigna y presentable de la «filosofía social» de Guevara, de su concepción «marxista» de la relación teoría-praxis. En tal concepción es la *tensión ética* la que le imprime la dinámica necesaria al desenvolvimiento del proceso de transformación histórico-individual. Un proceso que se desarrolla por lo tanto, y en primer lugar, internamente al individuo. Un individuo que tiene *conciencia* de sí mismo y como ser colectivo y real, y que se deja sólo en parte determinar por el sistema de relaciones de producción que lo rodea.

Podría surgir en este punto la sospecha de que en un último análisis no sea otra cosa que *la voluntad* el resorte de la actuación histórica, de la masa-hombre que se hace ser social consciente, revolucionario y transformador: una actuación histórica, pero por un movimiento propio, es decir, en base a un mecanismo intrínseco a su devenir político. En fin, ¿se reduciría quizás todo al mismo banal subjetivismo ético, al voluntarismo individualista, al que se ha siempre tratado, y por varias vías de reducir el marxismo del Che? ²⁶

Nos parece que podríamos responder negativamente, y para demostrarlo no nos queda otra cosa que reanudar la re

26. Citamos entre otros a David Allport, *Che Guevara*, op. cit. (en particular los capítulos titulados «Debray fra Guevara e Althusser» y «Aventureros y diletantes»); Nils Castro, «Che Guevara e la manera contemporaneo de ama-re», en *Ideologie*, 11/1970, pp. 151-2; Eduardo Galeano, «Che Guevara. ¿El Bolívar de nuestro tiempo?», en *Monthly Review* (edición italiana), 10/1969, p. 21.

flexión inicial sobre el *humanismo revolucionario* del Che. Este humanismo se nos aparece ahora como la proyección al exterior –en la dinámica conflictiva de una formación social históricamente determinada (la capitalista, obviamente)– de las potencialidades cognoscitivas y creativas del individuo físi-co-concreto, comprometido políticamente con su hacerse sujeto colectivo y portador de autoconciencia social. Un individuo que en su actuación histórico-cotidiana, se hace mucho más consciente mientras más actúa sobre lo cotidiano. (Esto debe entenderse en términos de actuación cualitativa, pero también cuantitativa, ya que hacia este segundo aspecto pragmático existe una innegable propensión del Che, una auténtica debilidad de su pensamiento).

Las bases prácticas sobre las cuales asentaría un humanismo ético-revolucionario tal, parecerían ser las de la «lucha de clases». Pero tampoco al respecto se le debe atribuir a Guevara el mismo esquematismo, de frases hechas y servil-mente arraigadas a fines propagandísticos sobre las intuiciones más brillantes de los padres fundadores del marxismo. La suya es una concepción *dinámica* de la lucha de clases, hecha de análisis precisos (pero también pasionalmente vividos) y de participación directa en las manifestaciones conflictivas más relevantes, a escala mundial y en el sistema de las relaciones políticas internacionales contemporáneas.

Para el Che, por lo tanto, se debe hablar de una visión de conjunto del marco histórico en el que interactúan hechos conflictivos, sujetos emergentes y nuevas conquistas socio-políticas (como la cubana), que sería reductivo en su caso definir en los términos tradicionales de lucha de clases. Preferiríamos decir entonces que la dimensión histórica real del humanismo revolucionario de Guevara se basa en una *dialéctica de la liberación*, actualizada y materialistamente comprendida. Es éste el nudo *ético y dinámico* de su concepción de la relación teoría-praxis, de ascendencia marxista.

Hablando de dialéctica de la liberación, sin embargo, los problemas se multiplican, en vez de reducirse, debido al uso y abuso del término. En América Latina, el mismo se identifica ya con cualquier impulso dado a la renovación, siempre y cuando esté dotado de un mínimo de relevancia teórica. En la expresión se puede mezclar un auténtico progresismo (por lo tanto una vez más un humanismo ético-revolucionario a la manera del Che), con cualquier forma de rebeldía, utopía soñadora, idealismo evolutivo, hasta la dimensión escatológica más consolatoria de nuestra época (que continúa siendo, siempre según nuestro juicio personal, la del catolicismo, aunque sea en su versión «radical» latinoamericana de una *teología de la liberación*).

De esta dialéctica existe sin embargo una dimensión que es precisamente «guevariana». La misma no se puede reconstruir sólo a partir de textos escritos por el Che y tampoco deducir en base a elecciones personales individuales, por muy emblemáticas y significativas que éstas sean. Se puede obtener solamente teniendo en cuenta el conjunto de su vida, en base a una comprensión íntima de aquella experiencia, humana y teórica al mismo tiempo.

Se podría entonces partir del significado «liberador» de aquella, su originaria *disponibilidad personal* con respecto al conocer y al actuar (la juventud, y después también el resto de su vida); pasar posteriormente a través de la concreción práctica de aquellas dos tensiones en el proceso victorioso de la Revolución cubana; llegando finalmente a la *superación de todo residuo de dualismo* entre pensamiento y acción en el significado político concreto de su ejemplo y de su mensaje revolucionario para los pueblos del mundo.

La *ética* de Guevara está toda en este marco de vida emblemática, lo que no es verdadero solamente a la luz de un análisis retrospectivo. La valoración de aquella ética personal estaba ya en las intenciones y en las expectativas del Che: son muchos y a menudo muy conocidos sus escritos en los que queda atestiguada una brillante conciencia del alcance histórico, ético y ejemplar que su actuación –por ejemplo como «ministro-combatiente»– podría adquirir ante los ojos del mundo. Y hay aquí aspectos simbólicos y expresivos, en ésta superación consciente del dualismo teoría-pra-xis, que quizás merecerían ser mejor desarrollados. Volvemos a ellos.

Ahora quisiéramos, sin embargo, concluir el asunto, recordando que una fuente de inspiración para esta concepción tan fuertemente construida en base a la ética de la historia y del devenir humano, fue ciertamente para él la obra del gran marxista latinoamericano José Carlos Mariátegui.

La revista *Tricontinental* –nacida por inspiración directa del Che y ennoblecida por él con su célebre «Mensaje»– publicó en 1967 precisamente un capítulo sobre la «Ética del socialismo» sacado de un trabajo

más amplio del fundador del Partido Comunista Peruano, con el título de *Defensa del marxismo*. El escrito de Mariátegui –cuya publicación se decidió mientras el Che estaba aún combatiendo en Bolivia– se adapta perfectamente a la concepción ético-revolucionaria del humanismo de Guevara.

Dicho capítulo contiene una polémica con Henri de Man y cuantos «reprochan al marxismo por su supuesta antieticidad, por sus móviles materialistas». La acusación es, sin embargo, derribada, afirmando que no son las condiciones económicas las que determinan el desarrollo ético del trabajador, sino su participación consciente en el movimiento de la lucha de clases. Y la posibilidad de un crecimiento tal de conciencia subjetiva, más allá de la determinación objetiva de la relación de producción, es subrayada aquí en abierta polémica con las degeneraciones mecánico-evolucionistas de la Segunda Internacional (seguidamente irán contra el mismo kautskismo).

Las fuentes con las que polemizar sobre el mismo asunto, a Guevara ciertamente no le faltaron, y de ellas volveremos a hablar a propósito de su crítica a algunos partidos comunistas del continente. Aquí nos interesa resaltar, sin embargo, la línea de continuidad que une aquella dimensión revolucionaria de la ética –presente por lo tanto desde los orígenes del pensamiento marxista latinoamericano– con el papel crucial que la misma asumió internamente en el razonamiento teórico de Guevara.

Las inquietudes por la existencia de una ética del socialismo se pueden quizás ahora entender «en la mejor acepción de la palabra» para parafrasear la interpretación del «joven Marx» dada por el Che. En semejante visión las mismas se convierten en el trámite técnico-práctico mediante el cual su humanismo revolucionario se hace realidad, se va metiendo en el proceso histórico –individual y colectivo– de lo que hemos definido como «dialéctica de la liberación». Estos constituyen puntos firmes en la formación filosófica de Guevara, a los cuales llega a través de un itinerario original en el plano humano y existencial, y gracias también a la pasión y a la lucidez con la que se había dedicado en un día lejano al estudio de la obra de «San Carlos».

2. Leninismo y partido

«La Habana me llama particularmente la atención para llenarme el corazón de paisaje, bien mixturado con pasajes de Lenin».

Es el 27 de mayo de 1955 y Guevara alude jocosamente al proyecto revolucionario en el que está ya trabajando con el grupo de exiliados cubanos. La belleza natural de la isla del Caribe es por ahora sólo un espejismo, un sueño juvenil construido en base a la antigua fama de Cuba, alimentado con dos o tres filmes de ambientación habanera, oído en los versos de alguna vieja guaracha o por el relato conmovido de los exiliados. Lenin, por el contrario, ha dejado de ser un espejismo desde hace algún tiempo.

Guevara conoce ya las obras principales del gran revolucionario ruso, las discute con Hilda Gadea y sus compañeros apristas, y habla de él con pasión al grupo de combatientes cubanos. No está todavía en condiciones de captar el alcance efectivo –y quizás tampoco la real complejidad– del razonamiento leninista, pero advierte ciertamente el llamado concreto a la acción y a la práctica política del autor de *¿Qué hacer?*

Es aquella, por lo demás, la interpretación más corriente del lenguaje leninista y el Che no dispone de los instrumentos teóricos adecuados para sobrepasar el nivel de la «vulgata»: Lenin es el gran teórico del comunismo y del antimperialismo, el que construyó el núcleo de acero del Partido Bolchevique y dirigió la revolución; alguien después, no mejor determinado, guió la Guerra Civil hasta la victoria, mientras que Stalin completaría la obra de construcción del socialismo, destruyendo con un puño de hierro a todos los adversarios de la primera república soviética de la historia.

Es éste el «leninismo» del Guevara que, en diciembre de 1953, en una carta desde Costa Rica declaró a su tía Beatriz su «luciente (?) fe en el porvenir socialista», después de haberle confesado que:

«había jurado ante una estampa del viejo y llorado camarada Stalin no descansar hasta ver aniquilados estos pulpos capitalistas».

Stalin había muerto en marzo de este mismo año y Guevara estaba viviendo una fase de impetuoso descubrimiento y agitada indignación ante los crímenes del imperialismo en las repúblicas «bananeras» de Centroamérica. Nada más fácil que sentirse hermanado con aquel «gran combatiente por la causa de los

pueblos», hasta desengañarse poco años después tras un contacto directo con la realidad soviética. Pero en abril de 1955 vuelve a escribir una carta a su tía en la que firma como «Stalin II».

No obstante, seguramente él no ignoraba que alguna ligera diferencia debía existir entre su persona y la del «Gran hermano», ya que su primer aviso de querer adherirse a un Partido Comunista (al guatemalteco) estaba acompañado de admisiones muy comprometedoras sobre sus tendencias y costumbres decididamente «pequeño-burguesas», como las siguientes:

«Tarde o temprano entraré en el Partido, lo que me impide hacerlo más que todo, por ahora, es que tengo unas ganas bárbaras de viajar por Europa y no podría hacer eso sometido a una disciplina rígida. Vieja, hasta París» (noviembre 1954).

No fue a París con su madre, pero tampoco aceptó nunca la «rígida disciplina» del Partido Comunista guatemalteco, con el que surgieron muy pronto desacuerdos de orden político (que se tornaron en un total y verdadero encono, cuando el Che se dio cuenta de que los dirigentes del PGT –el secretario Fortuny en primer lugar– apoyaban activamente la línea de no resistencia popular a la invasión de Guatemala por parte de los mercenarios).

Volverá a encontrar una relación positiva con un viejo partido comunista sólo en Cuba (con el Partido Socialista Popular de Blas Roca), pero al final de la guerrilla y sólo para absorber en el proyecto de dirección castrista a los cuadros de aquella organización dispuestos a aceptar la nueva disciplina, menos rígida en verdad, pero más revolucionaria.

En el debate económico de 1963-1964, se volverán a encontrar algunas referencias dispersas a la obra de Stalin, que queremos aquí resaltar sumariamente para subrayar el carácter contradictorio de las mismas.

En el artículo “Sobre el sistema presupuestario de financiamiento” se cita un párrafo de *Sobre los fundamentos del leninismo*²⁷ para considerar que Stalin

«sistematizó la idea (antimperialista) hasta extremos de considerar posible la revolución socialista en las colonias» (VIII, 5).

Se trata de un burdo error, y muy curioso también, ya que el párrafo de Stalin citado no contiene las afirmaciones que a Guevara le hubiera gustado leer en él. Por lo demás, es precisamente sobre esa cuestión donde Stalin y Trotsky se contrapusieron violentamente la última vez. Es en efecto ya historia conocida y fácilmente documentable que, en cuanto a la estrategia para los países coloniales, el primero sostenía la posibilidad de «un bloque de las cuatro clases» (burguesía «nacional» incluida) y el advenimiento de un régimen democrático intermedio entre capitalismo y socialismo; mientras que el segundo hizo extensiva al resto del mundo la célebre teoría de la revolución permanente –por Trotsky (y Parvus) originariamente elaborada para la Rusia zarista– precisamente para demostrar la imposibilidad histórica de un régimen tal y la necesidad de ampliar el movimiento nacional hasta transformarlo en revolución socialista, también para realizar las tareas de la revolución democrático-burguesa (la misma Revolución cubana confirmará decididamente la validez de la teoría de Trotsky, ya confirmada positivamente por el triunfo de la Revolución rusa, y negativamente por el fracaso de todos los siguientes intentos revolucionarios). La trágica conclusión de la Revolución china de 1927-1928 dio al segundo la razón de una vez por todas, pero el Komintern estalinista no quiso nunca admitir la naturaleza de su propio error. Y desde entonces

27. El Che había leído aquella obra de Stalin ya en México, como relata uno de los más tenaces y documentados antiestalinistas cubanos: «Recuerdo de aquella época mi discusión en la prisión Miguel Schultz, con el Che y Fidel, a propósito del libro de Stalin *Los fundamentos del socialismo*». Carlos Franqui, *1 miei anni con Fidel*, Milán, 1986, p. 157. Traducción de la edición italiana (*N. del T.*).

la necesidad de la «transformación socialista» de la revolución nacional en los países coloniales o neocoloniales se ha vuelto un tabú. Quizás uno de los principales del mundo estalinista o limítrofe con el mismo. En 1964, sin embargo, Guevara parece simplemente ignorar la existencia de este largo y dramático debate histórico.

En “La Banca, el crédito y el socialismo” (marzo de 1964) el Che toma de nuevo otro largo párrafo de Stalin, de *Cuestiones del leninismo*, pero le añade un comentario muy restrictivo, casi queriendo subrayar con cautela el objetivo limitado de aquella referencia:

«Lo citamos simplemente para demostrar que se impone una tenaz tarea de organización administrativa antes de

poder implantar cualquier sistema» (VIII, 51).

Hemos recordado ya los resúmenes taquigráficos de septiembre del mismo año, en los que el ministro de Industria critica, refiriéndose al campo de la ética, «los extremos que se llaman hoy estalinistas».

Ahora recordamos, sin embargo, también los resúmenes taquigráficos de diciembre del mismo año, en los que la «crisis de teoría» que afecta al movimiento obrero internacional es por Guevara polémicamente atribuida al hecho de «que se olvidan de que existió Marx y toda una época anterior y se basan nada más, digamos, en Lenin y en una parte de Lenin».²⁸

No obstante es el mismo Guevara quien, en septiembre de 1961, había usado otro tono para responder al periodista Maurice Zeitlin, que le pedía explicaciones sobre el papel del leninismo en Cuba:

«el valor del leninismo es enorme, en el mismo sentido en el que el trabajo de un gran biólogo puede ser valorado en relación con el de otros biólogos. Lenin es probablemente el líder que ha hecho la máxima contribución a la teoría de la revolución. Él fue capaz de aplicar el marxismo en un momento dado a los problemas dados del Estado y de sacar a la luz leyes de validez universal».²⁹

1. 28. *El Che en la Revolución cubana*, La Habana, 1967, VI, op. cit., p. 569.
2. 29. *Entrevista del Che con Maurice Zeitlin*. Traducido de la edición italiana

(N. del T.).

Gran parte de la argumentación del Che en el transcurso del debate económico es respaldada por referencias muy amplias y significativas a las obras de Lenin, en particular a las dedicadas a los problemas de la construcción del socialismo en Rusia. Son explícitamente citados dos de los escritos de Lenin más conocidos de aquel período («La consigna de los Estados Unidos de Europa» y «Problemas de la edificación del socialismo y el comunismo en la URSS»), pero se advierte una notable familiaridad con otros textos de análogo asunto y, se debe ahora añadir, de análoga orientación. Esto es debido a que ahora hay algo que está cambiando precisamente en la «orientación» del Che.

Nos hemos ya referido a la transformación que se opera en sentido antidogmático en el carácter de su marxismo precisamente en el transcurso de 1964. Ahora debemos añadir que también su reflexión sobre la contribución de Lenin a la teoría marxista adquiere características críticas, fruto de una reflexión personal y muy relevante por sus implicaciones.

Guevara, en efecto, no se limita a expresar una actitud más favorable hacia la lectura de Marx, con respecto a la de una determinada parte de Lenin, sino que se refiere también a líneas precisas de diferenciación en la obra teórica de este último: líneas efectivamente existentes, pero raramente subrayadas por los autores, y jamás ciertamente por exponentes oficiales del marxismo ortodoxo. Es otro tabú que el Che viola afirmando:

«Lenin del año veinte en adelante y éstos son pocos años, de Lenin, porque Lenin vivió muchos años y estudió mucho. Yo una vez les decía a ustedes de los tres Lenin, y ahora hay una buena bronca que no son tres Lenin, que son dos Lenin. Evidentemente el del *Estado y la Revolución* y el del *Imperialismo fase superior del capitalismo*, al Lenin de toda esa época hay un abismo. Ahora se tomó esa última época (la Nep, nueva política económica) nada más y entonces se han tomado como verdades cosas que teóricamente no son verdades, que fueron impuestas por la práctica, pero que habría que revisar esa práctica y estudiar además, como yo les decía, la Economía Política del período de transición, que es un período nuevo».³⁰

30. 5 de diciembre de 1964, en *El Che en la Revolución cubana*, op. cit., VI, p. 569. Acerca de las oscilaciones teóricas de Lenin y sobre la existencia irre-futable de adaptaciones empíricas al cambiar las situaciones políticas, no es posible estar en desacuerdo con Guevara. En el pasado, nosotros mismos

¿Que le ocurrió durante el año 1964 al imprevisible ministro de la industria cubana?

Del 4 al 18 de noviembre estuvo en Moscú, encabezando una delegación en los festejos del cuadragésimo séptimo aniversario de la Revolución de Octubre. Es su cuarta estancia en la URSS, dedicada esta vez esencialmente a los problemas económicos. Visita la Exposición Industrial permanente de Moscú, el Instituto de Cibernética, algunas fábricas y centros de producción, discute con uno de los máximos exponentes de las reformas económicas soviéticas (Vladimir Trapezhnikov), con altos dirigentes del PCUS, con obreros y con

estudiantes. Por sus posiciones se gana malévolas acusaciones de trotskismo (no por parte de los obreros obviamente, sino de algunos «estudiantes»).

A su regreso parece profundamente desilusionado por lo que ha visto y comienza a hablar abiertamente de tendencias de carácter capitalista en la orientación económica de los dirigentes soviéticos. Y el hecho de que aquellas tendencias hayan estado acompañadas y abiertamente sufragadas por los teóricos de Moscú con montañas de citas de Lenin (el Lenin de la NEP, obviamente), lo impulsa a reexaminar algunas cuestiones teóricas.

Se desploman las certezas dogmáticas y desaparece aquella visión lineal y mecanicista del marxismo que, durante cierto período, caracterizó a su pensamiento y de la que hemos ya hablado. La transformación no es obviamente tan inmediata, entre otras cosas porque hay mucha confusión en la mente del Che a su regreso a Cuba, junto con un gran deseo de comprender y de reanudar sus estudios.

De estas preocupaciones habla francamente con sus colaboradores del Ministerio. Y es una suerte el tener en nuestras manos los resúmenes taquigráficos de algunas de aquellas conversaciones, además de los testimonios verbales de

reconstruimos algunos de los itinerarios más contradictorios de Lenin, con relación a dos cuestiones cruciales: los soviets (en *Las teorías de la autogestión* (Bilbao, 1975) y el terrorismo en *Il terrorismo. Storia, concezioni, metodi* (Roma, 1979/2002). A aquellos trabajos se remite para una profundización de la cuestión.

quienes lo frecuentaban en aquella época. Podemos así reconstruir parcialmente, pero con fundamento, sus tribulaciones intelectuales de aquel período. Quedan no obstante también muchas zonas de sombra, que probablemente no podrán ser esclarecidas jamás.

¿Cómo reacciona Guevara ante las acusaciones de trotskismo recibidas en Moscú? Escuchemos su resumen (pp. 566-567):

«El trotskismo surge por dos lados, uno (que es el que menos gracia me hace) por el lado de los trotskistas que dicen que hay una serie de cosas que ya Trotsky dijo... Ahora sí está claro que del pensamiento de Trotsky se puedan sacar una serie de cosas. Yo creo que las cosas fundamentales en que Trotsky se basaba estaban erróneas, que su actuación posterior fue una actuación errónea e incluso oscura en su última época... Los trotskistas lo plantean desde ese punto de vista y entonces toda una serie de gente que murmura del trotskismo... Y como a mí me identifican con el Sistema Presupuestario también lo del trotskismo surge mezclado. Dicen que los chinos también son fraccionalistas y trotskistas y a mí también me meten el “San Benito”».

¿Pero qué es lo que Guevara sabe de Trotsky? ¿Está al corriente de los términos reales del gran conflicto surgido en el seno del Partido Bolchevique o de las posiciones teóricas del primer gran dirigente del Ejército Rojo?

A decir verdad, en diciembre de 1964, de las muchas obras de Trotsky el Che no ha leído prácticamente nada. Un testigo excepcional –el peruano Ricardo Napuri (uno de los fundadores del MIR peruano) y colaborador del Che durante algunos años– nos contó al respecto un episodio que resumimos seguidamente:

«Encontré al Che en La Habana, en 1959, pocas semanas después del triunfo de la Revolución y desde aquel momento se instauró una relación de colaboración, en vista también de las iniciativas que debíamos tomar en Perú. En una ocasión el Che me pidió que le sugiriera nombres de intelectuales latinoamericanos para la presidencia de la Universidad de La Habana. Entre otros le di el de Silvio Frondizi. “¿Pero no es un trotskista?”, me preguntó preocupado. “Si –le respondí– pero no hay nada de malo en eso. ¿Tú qué sabes del trotskismo?”. “A decir verdad, nada –respondió el Che turbado–; sé solamente que es algo malo”. Me pidió entonces que le diera a leer algo de Trotsky. Tenía conmigo una vieja edición de *La revolución permanente* y se la di. La leyó inmediatamente y al devolvérmela dijo que aquel Trotsky era un tipo duro, que se habría debido hacer como decía el libro, pero que ya para él, para el Che, era –palabras textuales– “demasiado tarde”. A menudo he reflexionado, en los años siguientes y reflexiono sobre esto todavía, que habría querido decir con aquel “demasiado tarde”».³¹

En los años siguientes el Che no lee nada más sobre este tema y sus fuentes de información continúan siendo fundamentalmente las de la historiografía soviética. Ediciones oficiales de las obras de Trotsky en Cuba no las hubo entonces ni las ha habido nunca. La publicación de una edición cubana de *La revolución permanente*, al contrario, había sido impedida por la fuerza algunos años antes, en 1961, y el mismo Guevara expresó una condena pública por aquel episodio de intolerancia y vandalismo político.

La iniciativa de la publicación, en efecto, había sido tomada por el grupo político existente antes del triunfo de la Revolución cubana, reunido en torno a la revista *Voz proletaria* y vinculado a las posiciones del argentino J. Posadas (uno de los dirigentes más conocidos –en lo bueno y en lo malo– de las muchas organizaciones internacionales que en América Latina eran favorables a Trotsky, más preocupadas en general por acoger la prestigiosa herencia que el mismo les legaba, que por desarrollar su pensamiento). Lo relacionado con aquella edición abortada es de todos modos reconstruido también en la entrevista ya citada con Maurice Zeitlin:

Zeitlin: «¿Qué será de los troskistas, por ejemplo? Carleton Beals destacaba recientemente que la prensa de los mismos había sido aquí aniquilada y que no estaba en condiciones de completar la impresión de las copias de *La revolución permanente* de Trotsky».

31. Nuestra conversación con Ricardo Napuri tuvo lugar en Roma, el primero de febrero de 1993, al finalizar una concurrida asamblea sobre el Che en la que Ricardo expuso con lucidez y abundancia de detalles inéditos toda la estimación y el afecto que él conserva aún por esta gran figura de pensador y combatiente revolucionario.

Guevara: «Así fue efectivamente. Fue un error cometido por un funcionario de segundo rango. Han roto las planchas. No debía de haber sucedido».²

Con los mismos cubanos de *Voz proletaria* el Che sostuvo una polémica por las críticas dirigidas por ellos a los Consejos Técnicos Asesores: organismos de representación de base, constituídos también por inspiración del mismo Guevara y después rápidamente extinguidos (habiéndose revelado obviamente como imposible construir desde arriba, por decreto, instrumentos de movilización desde abajo). El choque, sin embargo, aparte de las cuestiones de mérito, fue particularmente mordaz en el tono. Y los cuadros estalinistas del viejo PSP contribuyeron además a empeorar las cosas, soplando las brasas y comenzando a volcar en la Isla todo el material de propaganda antitroskista de las ediciones en lengua extranjera del PCUS.³

El tono de aquella polémica continuará creciendo en los años siguientes, culminando con el violento ataque que Fidel Castro pronunciará contra algunas organizaciones trotskistas (una de Guatemala en primer lugar) en el discurso de clausura de la Primera Conferencia de la Tricontinental en enero de 1966. Después cesará de golpe.

A Cuba será invitado entre otros el más conocido exponente del trotskismo europeo, el economista belga Ernest

1. 32. Sobre aquel episodio Guevara había ya discutido en un encuentro con una delegación de trotskistas uruguayos, acaecido en Punta del Este, el 13 de agosto de 1961. Es interesante observar que aquel encuentro público tuvo lugar, a pesar de la firme oposición del Partido Comunista Uruguayo. Cfr. «Uruguay: entrevue avec Che Guevara», en *Quatrième Internationale*, 14/1961, pp. 22-23. Traducido de la edición italiana (*N. del T.*).

2. 33. Informaciones y comentarios sobre estos hechos nos fueron dadas en La Habana en el otoño de 1968, por Javier de Varona, en aquella época uno de los exponentes más preparados y brillantes de la nueva generación de marxistas cubanos.

Crítico, lúcido y apasionado de las nuevas orientaciones del grupo dirigente castrista en los años siguientes a la muerte del Che, expresó en las conversaciones con nosotros una estimación profunda y sentida por la evolución positiva del «marxismo» de Guevara. De Varona, marginado políticamente y en dificultades por su comportamiento crítico, se suicidó en marzo de 1970, a los treinta y cuatro años.

Mandel. Se traducirán escritos suyos y de otros estudiosos (por ejemplo en la revista teórica *Pensamiento crítico*), y en 1967 será además publicado –aunque sólo para los cuadros del Partido– el *Stalin* de Isaac Deutscher: una obra fundamental para restablecer la verdad histórica sobre una serie de cuestiones candentes, con respecto al Octubre soviético y a su Revolución.

Cuestiones sobre las cuales Guevara había, sin embargo, demostrado una notable desinformación, desde la época de la entrevista con Zeitlin: por ejemplo sobre la relación mantenida por Trotsky con el Partido Bolchevique hasta su expulsión de la URSS, o algunos años después, con respecto al debate entre Lenin y Trotsky sobre los sindicatos.

La misma desinformación, entre paréntesis, que Guevara demostró con relación a la figura histórica de otra gran «hereje» del movimiento obrero internacional, Rosa Luxemburgo: acerca de ella, Guevara parece haberse pronunciado una única vez, con un juicio lapidario y decididamente parco: «Fue una gran revolucionaria y murió como revolucionaria, a consecuencia de sus errores políticos» (entrevista a Zeitlin).

¿Qué podría impedirle a un crítico de mala fe el usar hoy en día aquel mismo tono para expresar un juicio igualmente eliminatorio sobre la experiencia boliviana del Che? Es ésta, por lo demás, la célebre astucia de la Historia que, como se ve, continúa operando, lenta pero inexorable, en su acción de reparación de entuertos.

Con estas afirmaciones, por lo tanto, podemos ahora volver a diciembre de 1964. Después de haber recibido las acusaciones de trotskismo en Moscú, Guevara se da cuenta que no podía aplazar más una rendición de cuentas con el gran revolucionario ruso. Continúa, sin embargo, ignorando sus principales obras teóricas y lo demuestra una vez más en el transcurso de las discusiones en el MININD. En aquel momento parecería, sin embargo que su pensamiento crítico se centraba mucho más en Lenin. El choque con la personalidad teórica de Trotsky no podía, no obstante, tardar mucho más.

Guevara fue impulsado al mismo por el carácter antidogmático de su formación marxista, por su carácter instintiva-mente rebelde hacia cualquier forma de injusticia, por el deseo de ir al fondo de los problemas y hacerse ideas por cuenta propia.

Se podrían sin embargo enumerar todas las coincidencias, importantes desde el punto de vista político e ideológico, con el patrimonio teórico de Trotsky (sobre la revolución permanente, el análisis de las burguesías nacionales, la democracia obrera, el rechazo a la teoría del «socialismo en un solo país», la lucha armada y el internacionalismo),³⁴ pero por el momento Guevara permanece completamente a oscuras.

Sabemos por testimonios verbales que logra conseguir la trilogía de Deutscher sobre Trotsky (alguna copia de una edición mexicana estaba en circulación en los ambientes del Partido, como refiere también Karol con respecto a Fidel Castro). Y obviamente había ya leído la intervención de Mandel en el debate económico, captando su evidente afinidad de posiciones (mientras se profundizaban sus divergencias con la ortodoxia prosoviética, representada en aquel debate por Charles Bettelheim).

Parte finalmente hacia África, hacia el Congo, y posteriormente hacia la empresa boliviana.

En La Paz encuentra a dirigentes de los dos POR, los principales grupos que en aquel país son favorables a las posiciones de Trotsky, ambos unidos por una larga tradición al movimiento sindical de mineros. Y ya sabemos también que dos de sus cuadros serán acogidos como combatientes en las filas del ELN.³⁵ Es en Bolivia, finalmente, donde el Che decide leer *La historia de la Revolución rusa* de Trotsky.³⁶

Lleva consigo una copia de la misma a la guerrilla. Por el *Diario* se sabe de su disgusto ante la noticia de que el libro se ha perdido, después del descubrimiento de un escondite por obra de los soldados de Barrientos. No hemos podido conocer cuáles hayan sido sus reacciones ante aquella lectu

34. Temas todos desarrollados por nosotros en un trabajo más reciente, al cual pensamos poder remitir: *Trotsky e la ragione rivoluzionaria*, Roma, 1990.

35. Cfr. la revista *Oclae*, octubre de 1969, p. 42.

2. 36. Para este asunto ver, además del *Diario del Che* (op. cit.), también Hugo Gambini, *El Che Guevara*, Buenos Aires, 1968, p. 490.

ra, como no conoceremos jamás tampoco muchos otros aspectos de su amarga y profunda reflexión acerca de la experiencia estalinista y la de sus epígonos en la dirección del Estado soviético.

Sabemos, sin embargo, que aquella reflexión existió –nos lo confirman los escritos y los testimonios– y que fue radical en su esencia y perentoria en su forma, como era el carácter del Che. Lo demás se puede deducir rápidamente por sus elecciones políticas concretas.*

Es difícil resumir en un cuadro homogéneo las posiciones expresadas por Guevara sobre la cuestión de la «forma-parti-do». En lo que respecta a su experiencia directa, ya sabemos que habría querido adherer al PGT desde los primeros momentos de su radicación política. Esto no sucedió, sin embargo, y él llevó a cabo las grandes y decisivas experiencias políticas de su vida –después de la del movimiento de masas guatemalteco– en el ejército rebelde de Fidel Castro. Es decir, en una estructura de movimiento político-militar, jerarquizada como un partido, pero destinada a permanecer en los montes y arraigada en un ambiente social particular, es decir, entre los campesinos. Habría que tener en cuenta, sin embargo, la rica tradición del movimiento político en las ciudades –el otro aspecto del Movimiento 26 de julio–, pero el Che no pasó por aquella experiencia.

Del «partido», el ejército guerrillero en la Sierra no podía ni siquiera llevar a cabo las funciones más

elementales y tradicionales. Y esto se debía a que el objetivo militar prevalecía constantemente sobre cualquier otra consideración de orden programático, formativo y organizativo.

*Después de la última edición de este libro aparecieron los así llamados *Cuadernos de Praga* (en Orlando Borrego, *Camino de fuego*, La Habana, 2001) escritos por el Che entre 1965-1966. No tenemos aquí la posibilidad de analizarlos, pero queremos reproducir una cita que confirma todo lo precedente. En la prefación (p. 382 del libro de Borrego) el Che afirma: «Nuestra tesis es que los cambios producidos a raíz de la Nueva Política Económica (NEP) han calado tan hondo en la vida de la URSS que han marcado con su signo esta etapa. Y sus resultados son desoladores: la superestructura capitalista fue influenciando cada vez en forma más marcada las relaciones de producción y los conflictos provocados por la hibridación que significó la NEP se están resolviendo hoy a favor de la superestructura: *Se esta regresando al capitalismo*».

Durante un largo período siguiente a la victoria revolucionaria, el Partido Comunista Cubano continuó sin existir. Un estado de cosas que no termina tampoco cuando son creadas oficialmente las ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas), a partir de la fusión del Movimiento 26 de julio, el Directorio revolucionario, el viejo PSP y otros organismos menores. En aquella híbrida formación política, sin embargo, Guevara es desde el principio uno de los miembros de la dirección nacional.

En marzo de 1962 también las ORI son reestructuradas (en Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba, PURSC), después de la expulsión de una parte del viejo grupo estalinista, los llamados «sectarios» reunidos en torno a Aníbal Escalante. El PURSC cambiará después su nombre por el de Partido Comunista Cubano (PCC), que no tendrá un primer congreso y no comenzará a dar señales de vida política hasta los primeros años setenta. Y también entonces con cierta parsimonia. El régimen además era el del partido único, con todas las restricciones respecto a las ideas, al crecimiento de los cuadros y al desarrollo de la democracia revolucionaria que el mismo comporta.

De aquí se desprende, por lo tanto, que en la vida del Che no existió nunca la experiencia *práctica* de la militancia (en su caso sería de todos modos a nivel de la dirección) en un partido de tipo leninista, basado en el centralismo democrático y ligado a las masas trabajadoras (como él declaraba necesario, en las ocasiones en las que tuvo que ocuparse de este asunto).

En “El Socialismo y el hombre en Cuba” (marzo de 1965), Guevara expone en forma sistemática su ideal de partido obrero, no muy diferente del que es normalmente indicado como un modelo histórico, deducible a partir de los principios teóricos del leninismo: partido de vanguardia; admisión selectiva; minoría de cuadros formados; compromiso de elevar el nivel de las masas; comunismo como programa (en realidad como ideología); carácter ejemplar y pedagógico de la militancia; espíritu de abnegación y sacrificio.

Se puede captar fácilmente la intención propagandística que anima esta exposición sintética de Guevara acerca de los rasgos que debían caracterizar a un «moderno» partido revolucionario, antes y después de la conquista del poder. Pero los ojos del Che parecen dirigidos más al *después*, ya que para el *antes* no reconoce la necesidad de un partido organizado, aunque estuviese dotado de un programa adecuado y de un aparato militar. El Che, como es sabido, rechazaba la idea de que para hacer la revolución era necesario construir un partido revolucionario. (Ni estaban los primeros años sesenta todavía maduros para una reflexión acerca de las dinámicas de los *movimientos políticos revolucionarios* que, sin embargo, después de entonces, fueron adquiriendo poco a poco una importancia práctica y teórica siempre creciente: y son dichos movimientos los que se anuncian –por lo menos a nuestros ojos, y por suerte no sólo a los nuestros– como el verdadero terreno de confrontación revolucionaria, práctica y teórica para el nuevo siglo).

Por lo demás, refiriéndonos siempre al texto citado, inmediatamente después de la enumeración de buenos propósitos, él mismo se apura a añadir un razonamiento típicamente «guevariano», en oposición a principios tradicionales del leninismo sobre la cuestión del partido, y que demuestra su verdadero criterio al respecto, más que cualquier comentario posterior:

«Quisiera explicar ahora el papel que juega la personalidad, el hombre como individuo de las masas que hacen historia...» (VIII, 269).

A estas posiciones personales de híbrido «humanismo de partido», Guevara llega lentamente, a través de un proceso de maduración y de reflexión teórica sobre una serie de experiencias negativas vividas en los primeros años de la Revolución.

Y en efecto, ya en mayo de 1961, había tenido que repartir una circular suya que prohibía en el Ministerio las investigaciones por parte de la Administración acerca de la orientación ideológica de los funcionarios.

Eran aquellos los primeros abusos de una nueva leva de aspirantes a burócratas que ya se disponía a invadir todos los posibles niveles de decisión del partido en formación.

En septiembre de 1961, en la entrevista a Zeitlin varias veces citada, Guevara parece querer buscar un antídoto contra aquellas desviaciones originales. Pero su pensamiento está orientado hacia una dirección francamente economicista, precursora, en el caso de que llegara a aplicarse (que, sin embargo, no sucedió nunca) de degeneraciones burocráticas más profundas y sustanciales que las denunciadas por él mismo.

Respondiendo a una pregunta sobre el «centralismo democrático», Guevara expresa su voto, a favor de que los organismos de la Administración, a los diferentes niveles, pueden funcionar como intermediarios para la transmisión de ideas hacia los niveles más altos en la jerarquía del partido, ejercitando una función de control sobre los mecanismos de decisión del mismo partido.

En esta ocasión, Guevara llega a afirmar además que el centralismo democrático podría transformarse en una estructura de la planificación económica, confundiendo claramente el funcionamiento del partido y el de la sociedad: dos entidades históricas que cuanto más quedan separadas distintas, tanto más ventajoso resulta esto para el desarrollo social de un pueblo.

También con relación a este aspecto no obstante, él cambiará muy pronto de opinión, probablemente después de haber comprobado en la práctica el caos económico y el burocratismo partidista que una mezcla semejante o identificación de funciones puede acarrear, hasta en el mejor intencionado partido de este mundo.

A esto se añade además que Guevara no se pronunció nunca contra el principio del partido único –en abierta contradicción con sus ideas acerca de la democracia social a las que acudiremos nuevamente– y que, en la misma entrevista a Zeitlin, se pronuncia explícitamente contra la formación de corrientes en el seno del partido, es decir, contra los principios irrenunciables de la democracia política, y de la revolucionaria en particular, inclusive en la sociedad de transición.

Las corrientes son reducidas por él, según la terminología obligatoria, a puros y simples focos de fraccionalismo, sin tener en cuenta que las mismas existen en todo caso internamente en cada partido (de un modo obviamente oculto, sino clandestino) y que la expresión pública de las mismas puede, sin embargo, favorecer el debate y el mismo crecimiento político de los militantes. Guevara no podía ni siquiera imaginar que de allí a algunos años sus mismas posiciones –con respecto a la economía, primero, y a la revolución continental, después– se harían patrimonio de una «corriente de minoría», no declarada, pero físicamente presente durante todo un período, y ciertamente incómoda también para el nuevo Partido Comunista Cubano.

La historia de las primeras degeneraciones de la vida de partido es reconstruida por Guevara en una de sus intervenciones más orgánicas sobre el tema de la organización política. En “El cuadro, columna vertebral de la Revolución” (septiembre de 1962), se analizan las razones de las primeras deformaciones burocráticas en la construcción del nuevo aparato y es indicado, en el proceso de formación de cuadros, el instrumento político mejor para combatir y destruir tales desviaciones en el momento de su surgimiento.

Del cuadro del partido, él exalta ahora su formación teórica, su sentido práctico, su preparación profesional, su disciplina ideológica, su autonomía de análisis, su creatividad y obviamente, una vez más, su espíritu de sacrificio (hasta la renuncia a la vida, si es necesario). Él no parece, sin embargo, tener mucha confianza en la espontaneidad de una selección natural de los cuadros que surgen del seno de la masa trabajadora, pero sugiere una buena y eficaz política de selección y formación (VI, 239-245). Conceptos todos que serán después confirmados (en marzo de 1963) en una asamblea para la aceptación de los nuevos candidatos al ingreso en el PURSC, en un discurso en el cual el Che declara: «No hacer el sacrificio es el verdadero sacrificio para un revolucionario» (VII, 45).

En mayo de 1963, en el prólogo al *Manual* de Kuusinen ya citado (editado por el PURSC), Guevara se hace eco, de la forma más explícita y más ingenua, de las fórmulas estereotipadas y propagandísticas, con las que los partidos de inspiración soviética se alaban normalmente a sí mismos y a su régimen interno burocrático. Él defiende ahora el papel de ejemplo y guía del PCUS y de los partidos hermanos marxistas de todo el mundo, haciendo votos, según la fórmula convencional por «la aplicación práctica de estas ideas generales a nuestras especiales características».

También el marxismo-leninismo es repetidamente presentado como un estandarte, una especie de «profesión de fe», mientras que para la descripción del papel del militante es agotado todo el bagaje retórico propagandístico más tradicional, imprimiéndole un «superhombre» equívoco y ajeno a toda la anterior formación intelectual del Che:

«Los marxistas (los cuadros del partido) deben ser los mejores, los más cabales, los más completos de los seres humanos... militantes de un partido que vive y vibra en contacto con las masas, orientadores que plasman en directivas concretas los deseos a veces oscuros de las masas; trabajadores incansables que entregan todo a su pueblo; trabajadores sufridos que entregan sus horas de descanso, su tranquilidad personal, su familia o su vida a la Revolución, pero nunca son ajenos al calor del contacto humano» (VII, 12).

Hay un eco de Ortega y Gasset, como se ve, y también mucho de Sorel y Nietzsche, en la versión más retóricamente irracional de los mismos. Se debe tener, no obstante, presente, una vez más, el momento particular que Guevara atraviesa en 1963-1964, hecho de confusión y oscilaciones teóricas con respecto a muchas cuestiones, unidas a un momentáneo entusiasmo de neófito por las posiciones mecanicistas y más dogmáticas del marxismo-leninismo de inspiración soviética.

Pero de esto ya se ha hablado. Ahora podemos sólo añadir que aquellas posiciones con respecto a la cuestión del partido tan exasperadamente voluntaristas, idealistas rayanas en el espiritualismo, contaban ya con ilustres precedentes en la historia del marxismo europeo. Por ejemplo, György Lukács escribió en 1920, en un artículo con título ya de por sí muy significativo («La misión moral del Partido Comunista»):

«El partido comunista debe ser la primera personificación del reino de la libertad. Es aquí que debe inmediatamente reinar el espíritu de la fraternidad, de la verdadera solidaridad, de la abnegación y de la entrega al sacrificio».³⁷

A lo largo del año 1963 existen otras alusiones a la problemática del partido, análogas a las citadas. Seguidamente, este asunto desaparece casi inadvertidamente de la reflexión del Che. Lejos de extinguirse en la sociedad de transi

37. G. Lukács, *Escritos políticos juveniles 1919-28*, Bari, 1972, p. 102. Traducido de la edición italiana (*N. del T.*). Muchos son los temas en común entre el joven Lukács y el Guevara de este período. Acerca del papel de la moral en la producción hablaremos más adelante. Aquí podemos observar que, en contra de las concepciones deterministas sobre la formación de la conciencia política, además del célebre *Historia y conciencia de clases*, Lukács formuló conceptos muy cercanos a los de Guevara, como el siguiente: «Depende de la autoconciencia, de la esencia espiritual y moral, de la capacidad de juicio y del espíritu de sacrificio del proletariado, el establecer la dirección que se le debe imprimir a la evolución de la sociedad» *ibid.*, p. 71.

ción cubana y más bien reforzándose el papel del Estado, del partido y de los organismos encargados de la represión –por razones que sería largo analizar aquí– el papel de los mismos parece, sin embargo, extinguirse poco a poco en la mente de Guevara. Como veremos para el Estado, también el partido desaparece de sus preocupaciones de orden metodológico y político. Es ésta una segura confirmación de que el período de las eflémeras y más burdas certezas dogmáticas es reemplazado por una dosis de saludable duda problemática.

El Che se deja absorber completamente por cuestiones económicas aún durante todo el año 1964, antes de reanudar sus peregrinaciones diplomáticas en el exterior, en busca de una nueva dimensión internacional de la revolución. En sus viajes y en sus estancias en Cuba, trabaja incansablemente en la construcción de nuevos organismos políticos supranacionales como la futura OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) –originalmente una creación directa suya– y la Tricontinental.

Mas allá de las palabras, él demuestra con estos hechos que considera superada la vieja «forma-partido», muerta y enterrada la experiencia de la organización política marxista-leninista, sobre todo en su versión *nacional*. Un instrumento tal, comprometido en la gestión cotidiana de lo existente –es decir, en la traducción práctica de directivas centrales, acerca de las cuales él tendría, no obstante, mucho que objetar– carente de una efectiva capacidad de proposición autónoma, le parece a Guevara ya como un organismo sin vida, sin dinámica y sin potencialidades revolucionarias.

La construcción de los nuevos organismos de coordinación *continental* sustituye ya en la concepción del Che la función de los viejos pequeños partidos revolucionarios de base nacional. Pero hay también una diferencia importante, determinada por la estructura misma de estos embriones de formaciones políticas supranacionales: la existencia de las mismas es factible sólo en un contexto de lucha y sólo prescindiendo de las divisiones ideológicas tradicionales. Así por lo menos le parece al Che. Y también este hecho contribuye a hacer añicos a todo el modesto aparato dogmático-ortodoxo propagandizado por él mismo durante unos cuantos años.

En realidad, algunas barreras ideológicas continúan permaneciendo en la práctica y en la orientación política de la dirección cubana, pero no por iniciativa y responsabilidad directa del Che. La conferencia de la OLAS, por ejemplo, es convocada mientras Guevara ejecuta su acción en Bolivia y no invita a delegaciones

oficiales de partidos latinoamericanos de orientaciones trotskista y marxista-leninista (es decir de tendencia china) con el resultado, de encontrarse dominada esencialmente por partidos comunistas de tendencia soviética, que declaran con palabras estar a favor de la lucha armada continental, pero que, de hecho, continúan preocupándose sólo por su propia inserción en los mecanismos electorales de los respectivos países. El ejemplo más dramático es el que da el PCB (Partido Comunista Boliviano) que, mientras que en La Habana vota por las resoluciones de la OLAS, en Bolivia abandona a su suerte a la guerrilla del Che, a pesar del compromiso de sostenerla contraído inicialmente.

En la clandestinidad boliviana, sin embargo, Guevara se mueve con otra orientación «suprapartidista», estableciendo contacto con todas las formaciones de izquierda, desde los trotskistas a los radicales «demócratas» de Juan Lechín e insiste incansablemente en las directivas a sus hombres para que también ellos se muevan en esa dirección.³⁸ La prueba concreta de esta orientación está dada por el papel de primer plano atribuido en la guerrilla de Ñancahuazú a Moisés Guevara y a su grupo de orientación maoísta disidente.

La superación de la forma-partido adquiere en los últimos años de vida del Che connotaciones claramente *militaristas*, con la teoría del «foco» guerrillero: en este sentido, no sería ni siquiera correcto hablar de «superación», tratándose de dos funciones insustituibles entre sí, la política y la militar. Pero de esto volveremos a hablar. Se puede mientras observar, sin embargo, que el modo en el que Guevara concibe la vida interna del grupo guerrillero se acerca por muchas

38. Véase *El Che in Bolivia: l'altro diario* (Milán, 1970), con la introducción documentada de Saverio Tutino. El diario de «Pombo» (Harry Villegas Tamayo) ofrece la demostración de esta orientación, por ejemplo en las pp. 77, 88, 90 y sobre todo en la 109.

cuestiones a la de un organismo político: muy dinámico en el plano organizativo (sin rígidas jerarquías militares), democrático en su interior, dotado de instrumentos de formación (las «escuelas de cuadros» de las que habla Inti Peredo) y externamente proyectado hacia la realización de funciones sociales y de propaganda política, estrechamente unidas, sin embargo, a las exigencias militares del grupo.

Por el *Diario* boliviano conocemos acerca de las discusiones internas o, por lo menos, de los intentos llevados a cabo para alimentar y disciplinar tales discusiones, por obra de un comandante Guevara profundamente amargado y desilusionado. Él advierte las debilidades humanas de sus cuadros y hace lo imposible para crear una atmósfera de franca colaboración, de fraternal solidaridad, por lo tanto, de crecimiento colectivo, humano y político. Es un intento empírico de concretar por primera vez los principios de su humanismo ético-revolucionario del que hemos ya hablado. Pero el marco políticoorganizativo se revela bien pronto como inadecuado. De esto él parece darse cuenta en los últimos meses, antes de su muerte. No podía, por otra parte, ni siquiera cerrar los ojos ante el gran número de desertiones (diecisiete de entre algunas decenas de bolivianos), ni ante episodios graves, o menos graves (el robo continuo de leche condensada, por ejemplo).

Aquel intento representa quizás el verdadero «quijotismo» de la empresa boliviana del Che –aparte de otras consideraciones que haremos–, porque es el aspecto que menos tiene en cuenta la procedencia del material humano con el que tiene que manejar la guerrilla. Cerrada la puerta a la influencia negativa y desmoralizadora del PCB de Monje, el Che constata, no obstante, que en el interior del pequeño «ejército» se reproducen aquellos comportamientos de incomprensión, hostilidad y competencia, que él creía haber eliminado con el paso de la vida alienada en una sociedad burguesa-de-pendiente, a la acción práctica, a la lucha armada.

Su rechazo a la «forma-partido», aunque visto bajo esta luz particular, parece más bien un exorcismo, que una auténtica solución práctico-política. Un problema, por lo tanto, que queda abierto e irresoluto y para el cual las sugerencias simplificadoras y tendencialmente militaristas del último período no representaron paso hacia delante alguno. Queda, no obstante el hecho de que la riqueza de los significados que se pueden obtener a partir de la práctica del Guevara de los últimos años, no tiene nada que ver con la miseria y la fragilidad de las teorías antipartidistas que acompañaron la empresa boliviana.

El ejemplo más conocido de aquella miseria teórica es representado ciertamente por el opúsculo de Régis Debray, *¿Revolución en la revolución?*, del que no valdría ni siquiera la pena hablar, ya que el mismo autor desde hace tiempo reniega de él y no queda un sólo defensor entre los grupos intelectuales que en su momento se levantaron para aplaudir las refutaciones a la «forma-partido», hechas en la clave exasperadamente militarista de aquel trágico librito. Pero nos parece igualmente útil reafirmar que el Che no tuvo nunca

responsabilidad alguna en cuanto a aquellas ingenuas simplificaciones dignas de un diletante acerca de la relación partido-guerrilla, ni en cuanto a la utilización que algunos ambientes políticos quisieron hacer de ellas.

Sabemos además por el *Diario* boliviano que Guevara hizo anotaciones críticas en los márgenes del librito de Debray y que desconfió instintivamente del personaje, bajo su perfil humano y político, desde su primera aparición en la guerrilla. No debió pasar mucho tiempo, para que la experiencia hiciera justicia de aquellas simplificaciones poniendo nuevamente las cuestiones en su efectiva y saludable dimensión problemática. Y el Che habría seguramente tenido algo que decir al respecto, sobre todo en la nueva fase que se abrió después de 1968 con el nacimiento de los nuevos movimientos políticos de masas en todo el mundo, incluida aquí la realidad del continente latinoamericano.

3. El papel de la personalidad

En la elaboración clásica del marxismo la función histórica del hombre, considerado en su dimensión existencial e individual, no ha tenido nunca la atención que habría merecido. Preocupado sobre todo (y justamente) por cortar los lazos originarios con el viejo idealismo subjetivo, el materialismo histórico ahogó también en el momento de su nacimiento a los propios gérmenes fecundos de su reflexión sobre el papel del individuo, sobre el hombre entendido como «personalidad». Nacida a partir de una ardiente polémica con la antropología de Feuerbach y con el humanismo de Moses Hess, la crítica de Marx y Engels terminó sustancialmente olvidando este aspecto esencial de la realidad, para recuperarlo después desde otro no menos importante ángulo: el encaminado a determinar el proceso de enajenación del individuo en el modo de producción capitalista y el proceso inverso de su reafirmación como entidad social, en el desarrollo de su lucha por el comunismo.

Y así, mientras que por una parte la sucesiva reflexión antropológica del marxismo se adentraba, con Engels, en el callejón sin salida del organicismo sociobiológico (el proceso de «humanización del mono»),³⁹ por otra parte muchos decenios tuvieron que pasar y muchas revoluciones fracasar, antes de que la problemática de la alienación volviera a tener actualidad y se encaminara nuevamente a su cauce natural: el redescubrimiento del hombre físico-concreto, pero en el marco de su función específica histórico-social.

Todavía hoy, como hemos visto, se continúa combatiendo duramente a esta componente humanista del marxismo. Dada por liquidada a frente de toda nueva revelación de los crímenes ejecutados en cualquier parte del mundo en nombre del comunismo –que obviamente no es comunismo–, la misma continúa a pesar de todo floreciendo, imponiendo perentoriamente un nuevo examen de toda la cuestión.

Esto explica también la suerte cíclica de un breve artículo de Gueorgui Valentínovich Plejánov, con un título célebre y significativo: *El papel del individuo en la historia* (1898). El escrito de Plejánov reivindica la coincidencia entre necesidad y libertad del individuo, como corolario en el plano de la existencia humana del entrelazamiento inseparable entre realidad e ideales que se manifiesta en el desarrollo del movimiento histórico. Animado por una concepción fundamentalmente positiva de tal movimiento, él mismo expresa, sin embargo, con relación al destino del individuo histórico concreto, una

39. Para una introducción al problema, es útil el trabajo de Antonella Marazzi *Evoluzionismo biologico ed evoluzionismo culturale*, Trabajo de diploma en biología, Roma, 1973.

visión catastrofista que anticipa análogos acentos de muchos brillantes marxistas posteriores.

Entre ellos Guevara que, setenta años después, traducirá a su lenguaje característico conceptos y expresiones de Plejánov, como la siguiente:

«En tanto que el individuo no ha conquistado esta libertad mediante un esfuerzo viril del pensamiento filosófico, no es aún plenamente dueño de sí mismo y, con sus propios sufrimientos morales, paga un tributo vergonzoso a la necesidad exterior, con la que se enfrenta».

Pero después, añade el marxista ruso, mostrándose una vez más como el verdadero padre espiritual de Lenin:

«la conciencia de la necesidad absoluta de un determinado fenómeno sólo puede acrecentar la energía del hombre que simpatiza con él y que se considera a sí mismo una de las fuerzas que originan dicho fenómeno».

La polémica está dirigida por una parte contra las posiciones del determinismo filosófico que, empapadas de naturalismo positivista, niegan una real libertad de elección en las funciones del individuo; pero por otra, también contra el subjetivismo idealista que no quiere admitir el papel contradictorio, pero determinante, de las leyes que regulan el movimiento histórico de la humanidad: para Plejánov, las del modo de producción capitalista y las de la lucha de clases que se contraponen a ellas.⁴⁰

Su razonamiento concluye con la siguiente afirmación:

«Así pues, particularidades de las personalidades eminentes determinan el aspecto individual de los acontecimientos históricos».

40. En cuanto a esto, él hace suyas casi íntegramente las reflexiones de Sainte-Beuve acerca de la Revolución francesa y del papel que jugaron en la misma los conflictos intersubjetivos, las cualidades individuales de las personalidades más directamente comprometidas, sin perder sin embargo de vista los límites que a la acción de aquellas mismas personalidades le imponía el proceso histórico más general. También la «casualidad» viene a la luz de todo esto a tener una función, con tal de que la misma no se convierta en un sinónimo de *incognoscibilidad* (por lo tanto, una vez más, de expresión de un movimiento histórico aparentemente «irracional»).

Las citas son tomadas de G. V. Plejánov, en *El papel del individuo en la historia*, Moscú, 1946, pp. 13 y 142.

ricos y el elemento casual, en el sentido indicado por nosotros, desempeña siempre cierto papel en el curso de estos acontecimientos, cuya orientación está determinada, en última instancia, por las llamadas causas generales, es decir, de hecho, por el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones mutuas entre los hombres en el proceso económico social de la producción».

Guevara conoce muy bien el escrito de Plejánov. No lo cita expresamente, pero algunas de sus formulaciones vuelven a reproducir casi a modo de eco la letra de los planteamientos del viejo marxista ruso. Esto ocurre en varios textos, pero sobre todo en *El socialismo y el hombre en Cuba*. Y no es algo casual, ya que aquel trabajo es la sistematización más orgánica dedicada por el Che al problema del individuo: un individuo que es descrito y prefigurado en su devenir, en su ser parte («eje dinámico», dirá en otro trabajo) del proceso histórico del socialismo cubano, pero insertado más allá de éste también en el proceso más general de su nueva «humanización revolucionaria» (del pleno redescubrimiento de sí como sujeto capaz de una auténtica acción social y revolucionadora al mismo tiempo).

Guevara parte, como Plejánov, de la definición precisa del lugar que el individuo ocupa en la jerarquía de valores sociales del capitalismo y en su modo de producción. Lo hace con un lenguaje propio que ahora presta mucha más atención a las elaboraciones más recientes del marxismo europeo (estamos en 1965):

«(En la sociedad capitalista) el hombre está dirigido por un frío ordenamiento que, habitualmente, escapa al dominio de su comprensión. El ejemplar humano, enajenado, tiene un invisible cordón umbilical que lo une a la sociedad en su conjunto: la ley del valor. Ella actúa en todos los aspectos de su vida, va modelando su camino y su destino.

Las leyes del capitalismo, invisibles para el común de las gentes y ciegas, actúan sobre el individuo sin que éste se percate. Sólo ve la amplitud de un horizonte que parece infinito... Intentaré, ahora, definir al individuo, actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble existencia de ser único y miembro de la comunidad» (VIII, 257).

El conflicto individuo-comunidad es una cuestión añeja en la historia del pensamiento social. Para no remontarnos demasiado atrás en el tiempo, bastaría pensar en el papel que el mismo ocupa a la hora de encauzar un pensamiento «sociológico» en sentido estricto: en Alemania, por ejemplo. No es por lo tanto el escrito de Guevara el que puede dar una respuesta final a semejante problemática, siendo como es un verdadero manjar para los ímpetus teóricos de las mejores inteligencias de nuestra época.

Guevara indica, sin embargo, una dirección de búsqueda en la que esta cuestión pudo al menos ser afrontada, si no resuelta. Es el asunto acerca de «lo inacabado» del hombre histórico-concreto, visto en sus determinaciones políticas y sociales (el viejo «citoyen» en *La cuestión judía* de Marx). Esta imperfección con respecto a la época —es decir, su ser encaminado hacia la vía de la emancipación política, pero sin poder llevarla aún a cabo— haría del individuo contemporáneo un sujeto inadecuado para afrontar una relación equilibrada y madura —constructiva, por lo tanto— con la comunidad.

Es necesario reconocer, según el Che, «su cualidad de no hecho, de producto no acabado», tanto en

sentido personal,

o como herencia inacabada de un pasado histórico-capitalista que, actuando sobre varias generaciones, ha determinado al mismo tiempo una deformación de las mismas. El pasado, es decir, el proceso de formación de la sociedad capitalista, con su perpetuación actual y a través de la producción de sus categorías mercantiles, determina la «conciencia» de este «producto no acabado».

El «aislamiento del individuo», el «subdesarrollo económico», el «interés material» y las «quimeras» egoístas de diversa naturaleza, que el desarrollo de la formación social capitalista implica para el individuo, son los límites que Guevara cita explícitamente como determinantes para la imposición de aquella mutilación social del individuo del que se ha hablado aquí. El conflicto individuo-comunidad está por lo tanto destinado a sobrevivir durante toda una época –la de la fase de transición al socialismo– produciendo efectos negativos y retrasos de orden histórico, como condiciones inevitables del parto histórico-político representado para Guevara por el nacimiento del «hombre nuevo».

No se trata entonces de una solución teórica del problema, sino de una enunciación del mismo. Pero es ya relevante que un dirigente estatal –un ministro de Industrias, además– se plantee orgánicamente semejante problema *después* de la conquista del poder y no sólo *antes* (como por ejemplo en el ilustre precedente de *El Estado y la Revolución*), demostrando por otra parte datos de notable lucidez y sensibilidad con respecto a esta cuestión.

A esto lo lleva en primerísimo lugar su formación personal, es decir, aquella historia de exaltación ilimitada de sus capacidades intelectuales y físicas que entretejió los años de su adolescencia y de sus posteriores peregrinaciones por América Latina. Hay mucha autobiografía de orden psicológico en esta inclinación suya por la observación de la evolución del individuo en el interior de la sociedad capitalista.

Y además, si el lenguaje refleja ahora la nueva maduración adquirida acerca de la instrumentación teórica del marxismo –por ejemplo cuando describe el efecto que la supervivencia de las categorías mercantiles ejercita en la conciencia individual, la «reificación» de la época de Lukács– es a fin de cuentas el individuo Guevara el que habla de *su propio conflicto* con la sociedad. El hecho de que él se encuentra en la dirección de dicha sociedad –y por lo tanto implícitamente también del conflicto– no parece alterar los términos del problema. Aquí es, sin embargo, necesario hacer un paréntesis.

El conflicto individuo-comunidad se expresó en Cuba abiertamente desde los primeros años del nuevo poder. Son páginas no siempre gloriosas, sobre todo cuando las justificaciones para delimitar determinadas libertades individuales aparecen políticamente pretenciosas y en contraposición con los mismos valores humanistas abiertamente declarados por el grupo dirigente castrista: la represión de los homosexuales, de ciertos intelectuales y opositores «democráticos»... son los ejemplos más conocidos de lo anterior. Se podrían añadir otros.

Guevara no está a favor, por carácter y formación, con estas iniciativas de orden represivo. Esto resulta claro también a partir de testimonios directos y muy críticos (como el de Carlos Franqui, en el libro sobre Fidel), además de declaraciones y medidas adoptadas por el mismo Che (por ejemplo, contra las investigaciones sobre la orientación ideológica de los trabajadores). Pero, de aquellas iniciativas, no pude no compartir la responsabilidad política como miembro de una dirección colectiva.

La verdad, sin embargo, es que aquella dirección no es verdaderamente colectiva. En su interior hay una personalidad que domina a todas las otras. Más bien, sería más justo decir que sustituye a las otras, atribuyéndose en cuanto a los hechos el papel de dirección única central. Nos referimos a la figura, contradictoria e imprevisible, pero, siempre autoritaria, de Fidel Castro. Un solo tomo no bastaría para describir el papel de su personalidad a lo largo de toda la experiencia cubana, a partir como mínimo de aquel lejano 26 de julio de 1953, día del asalto al Cuartel Moncada.

El Che es consciente también de la existencia de este segundo aspecto, en la problemática de la relación individuo-comunidad-historia. Y en efecto él le atribuye a la personalidad del dirigente revolucionario, en general, una función histórica fundamental: esto sobre todo en la fase inicial del movimiento de masas, es decir, cuando se buscan todavía desordenada y espontáneamente los caminos de la liberación.

Guevara admite, sin embargo, explícitamente, que semejante papel de guía del movimiento puede ser asumido también por políticos burgueses, siempre y cuando estén dotados de determinadas características personales y sean capaces de actuar como auténticos conductores de las masas. Las diferencias entre el líder del primer y del segundo tipo terminarán, no obstante, manifestándose en el desarrollo del movimiento.

Cuando este mismo movimiento triunfa, como en el caso de la Revolución cubana, el individuo-masa puede efectivamente encontrarse en una situación de aparente sumisión al Estado. Pero esto es real, según el Che, sólo si no se ve que el proceso se desarrolla en el interior de una sociedad de transición. Y es precisamente en esta dinámica histórica que al individuo-masa se le ofrece una única gran posibilidad que le es concedida para elevarse de su condición de sumisión y para realizarse de forma acabada en la acción colectiva de construcción de un nuevo orden social. En este proceso, las distancias culturales y políticas entre las personalidades dirigentes y los individuos históricos concretos van desapareciendo, hasta que se realiza una coincidencia exacta entre los dos polos, pero al nivel más alto: es entonces cuando se puede hablar de formación del *hombre nuevo*. Un proceso formativo que, para el marxismo de Guevara, «marcha paralelamente al desarrollo de nuevas formas económicas».

Este modelo interpretativo de la dinámica social, que haría posible la plena afirmación del individuo, puede quizás presentar analogías –admite el Che– con la experiencia histórica del nacimiento y formación de una conciencia de clase del individuo «burgués» en los orígenes del capitalismo. Pero la diferencia está determinada, en esta época nuestra, por el papel de la conciencia. No sometido al dominio ciego de la casualidad, dominante en los albores de la sociedad capitalista y que permanece después en la misma como característica socioeconómica permanente, el individuo que *se hace y se sabe* revolucionario, cuando actúa está consciente de su función histórica y mide la conciencia que ha conquistado con la orientaciones del nuevo poder social. Su contribución, más bien, puede representarse directamente en aquel poder, influenciándolo y determinando su desarrollo.

«No obstante la carencia de instituciones, lo que debe superarse gradualmente, ahora las masas hacen la historia *como el conjunto consciente de individuos que luchan por una misma causa*. El hombre, en el socialismo, a pesar de su estandarización, *es más completo...* su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor» (VIII, 262).

Es en este punto donde el Che inserta y desarrolla el aspecto más relevante de su razonamiento, analizando «el papel que juega la personalidad, el hombre como individuo dirigente de las masas que hacen la historia».

El ejemplo más significativo de personalidad presente en su mente y en su experiencia es sin duda, como ya recordábamos, el de Fidel Castro. Pero él extiende el tema a la personalidad del revolucionario más general, declarando con su habitual lenguaje apasionado que «la tarea del revolucionario de vanguardia es a la vez magnífica y angustiosa».

Es «magnífica» por lo grandioso de la empresa, por la inmensa dosis de humanidad que se necesita del individuo: éste, al colocarse a la cabeza de un proceso histórico de liberación debe convertirse ya en símbolo y portador de valores humanos, mente de aquella misma lucha de liberación. La adquisición de características tales es un deber, por lo tanto, un camino obligatorio, afirma Guevara, haciéndose nuevamente eco del razonamiento de Plejánov sobre la relación entre libertad y necesidad: «hombres que luchan por salir del reino de la necesidad y entrar al de la libertad» (VIII, 271).

Una necesidad histórica que no se agota con la muerte del individuo, sino que continúa estando en el proceso de la «revolución mundial» –declara el Che– única garantía verdadera de la realización definitiva de aquellas tareas de liberación colectivas que habían animado la primera rebelión del movimiento de clases y de su vanguardia.

«La personalidad juega el papel de la movilización y dirección en cuanto que encarna las más altas virtudes y aspiraciones del pueblo» (VIII, 272).

De aquí también la «angustia». La angustia de ser hombres, padres, individuos de carne y hueso y, por tanto, de estar sujetos a debilidades físicas (el asma, por ejemplo) o de carácter, típicas de la condición humana. Es éste, sin embargo, el itinerario que se ha de recorrer y es, una vez más, el proceso en el que se forma el hombre nuevo, es decir, el individuo plenamente realizado como individuo, precisamente por estar insertado en un proceso colectivo de construcción y liberación social.

En el pasado, Guevara había planteado posiciones análogas en muchas otras ocasiones, demostrando así una notable continuidad con relación al tema de la personalidad y al papel del individualismo en el proceso revolucionario. Por ejemplo, en un discurso de agosto de 1960:

«El individualismo como tal, como acción única de una persona colocada sola en un medio social, debe desaparecer en Cuba. El individualismo debe ser, en el día de mañana, el aprovechamiento cabal de todo el individuo, en beneficio absoluto de una colectividad» (IV, 180).

Él reconoce, sin embargo, que semejantes cambios, aunque muy deseados, se pueden alcanzar solamente a través de un profundo y dramático proceso de transformaciones sociales, las únicas capaces de obrar y hacer estables auténticas transformaciones en el individuo.

El Che teoriza una función para la intervención consciente del individuo en el movimiento de la historia que oscila continuamente entre dos significados distintos del término *personalidad*, y desde este punto de vista no faltan notables márgenes de ambigüedad. Es una «personalidad» el conjunto de los rasgos que constituyen la individualidad particular como distintiva de las otras (y en este sentido puede ser sinónimo de *individuo*); pero es «personalidad» también la figura del dirigente, del hombre célebre o revestido de autoridad: un sujeto, por lo tanto, del que es posible crear un «culto», el *culto a la personalidad*.

La admiración sincera y sentida que Guevara ha manifestado en todas las ocasiones posibles por el dirigente Fidel Castro, tuvo connotaciones verdaderamente mucho más cercanas a este último significado y puede haber influenciado en tal sentido algunas valoraciones excesivamente subjetivas acerca de las potencialidades encerradas en el factor «personalidad» de los dirigentes y, asimismo, de los cuadros formados por ellos en el transcurso del proceso revolucionario. Junto a aquella admiración, existía además, sin embargo, una íntima e indiscutible carga afectiva por el compañero, que no parece tener aparentemente relación con el asunto que aquí nos ocupa. Y que por el contrario sí lo es, como lo demuestra la presencia de ambas posturas en la carta de despedida a Fidel (punto de llegada más maduro de una relación ingenuamente elogiosa iniciada en 1956 en México, con la conocida poesía de Guevara *Canto a Fidel*).

Es lógico preguntarse si sería posible imaginar una relación político-intelectual distinta por parte del Che hacia una personalidad como la de Castro, después de haber vivido con él la impaciencia de México y la victoria cubana, después de haber compartido el nacimiento, la realización y el naufragio de las tantas otras esperanzas más íntimas, personales y políticas.

Es difícil pronunciarse sobre unas relaciones humanas tan excepcionales e irrepetibles. El único que podría hacerlo es ya sólo Fidel, esclareciendo preliminarmente su posición frente al mensaje de Guevara y dando una valoración personal y general de la obra del Che, con términos capaces de profundizar mucho más de lo que lo hizo en los dos célebres discursos conmemorativos (15 y 18 de octubre de 1967); ambos conmovedores, pero insuficientes en el plano de la valoración histórica de una personalidad como la del Che. Como insuficientes resultan la recuperación tardía de las ideas económicas de Guevara⁴¹ y las referencias a hechos episódicos contenidos en las entrevistas a Frei Betto y a Gianni Miná.⁴²

Podemos afirmar, sin embargo, que de aquel «culto a la personalidad» hacia Fidel, Guevara no dejó para sí mismo ni siquiera una gota, quedándose anclado hasta el final en una visión modesta y realista de su propio papel individual: quizás demasiado modesta y quizás poco realista. Él nunca logró –no lo quiso jamás– verse a sí mismo como a la personalidad dirigente de primerísimo plano que efectivamente era, tanto en Cuba como en el proceso de la revolución continental. Y lo anterior lo condujo a infravalorar trágicamente el empeño que las fuerzas del imperialismo pondrían en librarse de él, es decir, de matarlo.

La personalidad del Che ha sido aproximada, en el plano de las analogías, a la de otras figuras legendarias o históricamente significativas, como revolucionarias o conductoras de pueblos: desde el Cid Campeador hasta Garibaldi, desde Galahad⁴³ a Robin Hood.

Todas las analogías pueden ser buenas, obviamente, siempre y cuando a las mismas se les atribuya un valor puramente evocador y no se transformen en instrumentos de

1. 41. En el discurso conmemorativo del 8 de octubre de 1987, traducido por nosotros e insertado en *Conoscere il Che*, op. cit., pp. 121-130.

2. 42. Frei Betto, *Fidel e a religião*, Sao Paulo 1985 (Milán, 1986) y Gianni Miná, *Il racconto di Fidel (El relato de Fidel)*, Milán, 1988.

3. 43. Legendario hijo de Lancelote, en el ciclo de los Caballeros de la Tabla Redonda participa en los misterios del Santo Grial. La comparación fue hecha por I. F. Stone, «The Spirit of Che Guevara», en *New Statesman*, 20 de octubre de 1967.

análisis, en comparaciones históricas imposibles, en metáforas forzadas, siempre y de cualquier modo filológicamente inconsistentes.

Con esta premisa, se puede quizás encontrar más sugestiva que las otras –en un plano por lo tanto meramente evocador– la analogía con la personalidad de Saint-Just, propuesta por muchos, pero raramente desarrollada con la eficacia de Allport. Este subraya preliminarmente el «rasgo malrauxiano del Che» y de allí saca el estímulo para analizar el juicio dado por Malraux acerca de la figura histórica de Saint-Just, concluyendo con una imagen que nos parece útil referir:

«El mismo tipo clásico-romántico; ambos utópicos –uno en las *Instituciones republicanas*, el otro en *El hombre y el socialismo*– y la idéntica intransigencia de principios, la idéntica fuerza de carácter, la idéntica confianza en el hombre. Si Saint-Just introducía la fraternidad en el corazón de la moral republicana, Guevara la injertaba en el tronco de la moral socialista».⁴⁴

Y se puede también citar la definición dada por Allport sobre Guevara como el más «militante» de los héroes de Malraux. Esto nos trae a la memoria –y no sólo por asonancia del nombre– la personalidad inolvidable de Chen, el héroe comunista de *La condición humana*.

Comprometido hasta el extremo de sus propios recursos humanos, pero impotente en un último análisis frente al juego de fuerzas políticas y sociales más fuertes que él, cumple, no obstante, su deber hasta el final, en la brillante consciencia de que la Revolución china «en lo alto» ha sido ya condenada al fracaso... por Stalin, por los hombres del Komintern en el que él mismo un día había depositado su confianza.

44. D. Allport, op. cit., pp. 193,194 y 200. Traducido de la edición italiana (*N. del T.*). Se podría también profundizar en la analogía recordando la gran amistad que unió a Saint-Just con Robespierre y que lo llevó a compartir su suerte en la guillotina, después de haber tratado en vano de salvarlo. Una alusión pintoresca a Saint-Just se encuentra en el comentario final de Jean Daniel en su entrevista con el Che realizada en Argel en julio de 1963: «Guevara acaba de tener los acentos de Saint-Just al pronunciar estas últimas palabras (citadas por nosotros al comienzo del próximo capítulo). Repentinamente suenan tiros en la noche cálida y azul que envuelve las alturas de Argel. Guevara sonrío» (*El Che en la Revolución cubana*, La Habana, 1967, IV, 470).

Aquella visión transfigurada del hombre moderno, que combate contra una voluntad inexorable, puesta fuera de su ímpetu de combatiente y de sus posibilidades de acción, y a la que él contrapone en el fondo sólo la fuerza y el ejemplo arrollador de su voluntad, nos parece que puede evocar eficazmente, en términos literarios, la real dimensión aventurera y revolucionaria de la personalidad del Che.

Las formulaciones angustiosas y visionarias, que sellan muchas de sus cartas, demuestran sin lugar a dudas hasta que punto él se reconocía, aunque fuese inconscientemente en aquella visión de Malraux respecto al héroe moderno, a la relación entre su ser «individuo» y su «personalidad» histórica.

Capítulo III

Economía y socialismo

El socialismo económico sin la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo luchamos contra la alienación.

(Entrevista a Jean Daniel, Argel, julio de 1963).

Vencer al capitalismo con sus propios fetiches, a los que se les quitó su cualidad mágica más eficaz, el lucro, me luce una empresa difícil.

(Carta a J. M. Mestre, febrero de 1964).

1. Reforma Agraria y campesinos

Desde el otoño de 1956 –cuando el Che le escribía a su madre: «después de éstas saldré hecho un tanque en cuestiones económicas»–, a la transformación de aquel «tanque» en principal responsable de la economía cubana, pasan casi tres años: los años de la guerra revolucionaria.

No es solamente un proceso de maduración personal el que lleva a Guevara a asumir aquel cargo, y tampoco un producto de la casualidad y de la improvisación, como se ha querido a menudo hacer creer, explotando también la verosimilitud del archiconocido y simpático chiste sobre su elección para «economista».1 En aquel importante nombramiento decidido por Fidel Castro concurrían las necesidades materiales inmediatas de la Revolución cubana y el hecho de que Guevara fuese el único comandante guerrillero dotado de una formación económica (aunque fuese vaga y la hubiese obtenido en general a través de su estudio de marxismo o de las conversaciones con Hilda Gadea). Pero sobre todo concurrían en el mismo motivaciones de orden político, que no fueron nunca lo suficientemente subrayadas. Y sin embargo, es precisamente en la primera auténtica discusión política después de la Revolución –a propósito de la Reforma Agraria– cuando se decide el destino del Che como futuro dirigente de Industria.

Para demostrarlo basta con examinar de cerca una serie de acontecimientos.

Ya durante la guerra revolucionaria, el Che había sido partidario empedernido de un proyecto de Reforma Agraria radical, que apuntará decididamente a la expropiación de los latifundios. Pero aquellas posiciones no eran compartidas por una gran mayoría del Movimiento 26 de julio e iban a incrementar la larga lista de divergencias e incomprensiones surgidas entre el Che, como comandante de la Sierra, y el «llano».²

La primera ley de Reforma Agraria había sido proclamada para las zonas libres ya en octubre de 1958, cuando el Ejército

1. «¿Hay entre ustedes algún economista?», les preguntaría Fidel al grupo de barbudos comandantes de la Sierra. «Yo, yo soy comunista», respondería medio soñoliento el Che, levantando la mano.

2. De el «llano» hablaremos ampliamente en el capítulo IV. La atmósfera de aquel debate, en el período de la campaña de Las

Villas, es eficazmente reconstruida por Enrique Oltuski, donde relata un choque con el Che por la cuestión de las expropiaciones, que tuvo lugar en noviembre de 1958. La narración es animada y la fuente atendible, ya que en aquella fase Oltuski, como exponente de las posiciones del «llano», se atribuye las posiciones más tímidas y atrasadas sobre la Reforma Agraria. A su juicio, el Che se daba cuenta ya entonces de que la expropiación de los latifundios implicaría necesariamente un choque con Estados Unidos. Y esto también nos parece muy probable después de la experiencia de Guevara en Guatemala. Cfr. Enrique Oltuski, «Gente del llano», un capítulo de su libro de recuerdos, publicado en la *Casa de las Américas*, 40/167, pp. 52-53 (en *Conoscere il Che*), op. cit., pp. 52-58.

to Rebelde no había llegado aún al poder. Aquella disposición trataba mal que bien de responder a las necesidades políticas y militares del momento. Y por tal razón, mientras concedía la propiedad de la tierra «a quien la trabajaba» –es decir, a los pequeños campesinos, base social de la guerrilla– la misma no se había pronunciado sobre las propiedades extranjeras, dejando en la ambigüedad también al destino futuro de los latifundios. Se delineaba la posibilidad de expropiación de éstos últimos, pero sin cuantificar la extensión de tierra que para cada núcleo familiar sería admitida por la Revolución. Era una forma de garantizar el apoyo de los campesinos pobres y no perder el de los propietarios medios o de ciertos sectores de la burguesía indígena,³ contra los cuales, sin embargo, estuvo encaminada la siguiente Ley Agraria, la verdadera, del 17 de mayo de 1959.

El grupo dirigente del Ejército Rebelde y del viejo Movimiento 26 de julio llegó a la redacción de aquel texto de ley después de un debate interno cerrado, tempestuoso y que se hizo más dramático por la inestabilidad política que caracterizó a los primeros meses de la revolución victoriosa.

Vale aquí la pena recordar que la nueva Reforma Agraria no se limitaba a expropiar los latifundios, como lo imponía la mejor tradición democrática latinoamericana –desde el México de 1911 hasta la Bolivia de 1953 y la Guatemala del año 1954. La misma se oponía también a la difusión de los minifundios, tomando precauciones desde el principio contra la dispersión y el fraccionamiento de la propiedad de la tierra. Para una economía fundamentalmente agrícola, basada en el monocultivo y en la relativa monoindustria azucarera, la creación de un ejército de miniproductores independientes habría significado, en efecto, el suicidio.

Con la decisión histórica de no distribuir nuevamente la totalidad de los latifundios expropiados, la Reforma Agraria cubana estableció, por lo tanto, desde el inicio, las premisas sociales para el desarrollo posterior de un fuerte sector estatal, base irrenunciable para cualquier transformación en sentido socialista de una economía de transición.

3. Cfr. Michel Gutelman, *La política agraria della rivoluzione cubana 1959-1968*, Turin, 1969, pp. 69-73.

Esto condicionará también el funcionamiento del INRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria) que, nacido como instrumento de asistencia técnica y económica a los campesinos, se verá proyectado en una dimensión destinada a tareas de gestión: de administración precisamente de la propiedad estatal de la Tierra. El principal recurso industrial de la Isla –el procesamiento de la caña de azúcar– no podía dejar de estar a su vez condicionado por dicha institución.

Carlos Franqui, el más conocido periodista de los primeros años de la nueva Cuba, actor y testigo de los primeros tiempos de la Revolución –de la que se alejó posteriormente–, delineó un cuadro muy vívido de los antecedentes de aquella decisión.⁴ Él reconstruyó la atmósfera de desorientación política en la que se encontró actuando el grupo dirigente castrista, ante el surgimiento de un movimiento semiespontáneo de ocupaciones individuales de tierras.

La situación en los campos, en efecto era ya explosiva. Y las decisiones del nuevo gobierno no podían no tener esto en cuenta. Y así, mientras Fidel Castro declaraba públicamente, por televisión, que aquellas ocupaciones no serían toleradas, dos proyectos diferentes de Reforma Agraria estaban ya siendo frenéticamente elaborados. Uno por obra de Humberto Sori Marín, un abogado amigo de Fidel, nombrado por éste ministro de Agricultura (que pasó a la contrarrevolución y fue fusilado dos años después). Preveía la asignación

4. En *I miei anni con Fidel*, op. cit., pp. 37-42. El libro de Franqui ofrece una lectura amargamente crítica acerca de los exordios de la Revolución cubana. Es, sin embargo, una lectura «interna» del proceso, basada en datos reales y críticas detalladas, sobre todo en lo que respecta al papel de algunas personalidades dirigentes. Sin embargo, antes de la ruptura con la dirección castrista, Franqui se había hecho conocer en el exterior como propagandista encarnizado y a su vez «simplificador» del itinerario histórico de aquella misma dirección. Nos referimos a la célebre antología de textos, conocida como *El libro de los doce* (La Habana, 1968 (Milán, 1968)), donde

precisamente se volvía a tomar la teoría de la Revolución cubana como el producto de la iniciativa de un puñado de héroes (reduciendo el puñado a los «doce» permitidos en aquella época) y alimentando de tal manera la lectura equivocada de aquel proceso revolucionario que se mantuvo en auge durante mucho tiempo y parece aún firme hasta la muerte. El libro, no obstante contenía una apasionante dedicatoria al «Che Guevara y a sus compañeros del nuevo Moncada de América».

individual de los terrenos sometidos a expropiación, con la formación de cooperativas y la protección de la propiedad media agrícola (un modo este de mantener el principio de la supervivencia de los grandes latifundios).

El otro estaba, sin embargo, elaborado por Guevara y un grupo del que formaba parte el futuro presidente de la República Osvaldo Dorticós (en aquella época, ministro encargado de divulgar las leyes revolucionarias). Mucho más radical, abolía la propiedad del latifundio, no preveía la asignación individual, y se orientaba decididamente hacia el rumbo de la nacionalización, es decir, de la constitución de un gran sector de propiedad estatal (con todas las consecuencias referidas). Relata Franqui:

«Fidel participaba en los trabajos de ambos proyectos; el de Sori le servía para ganar tiempo y para mantener calmada a la vieja clase dirigente; el del Che, que compartía más, le servía para ponerles freno a los impacientes y como reserva para utilizarla en el momento oportuno... Ambos proyectos eran secretos y en la preparación de los mismos participaban sólo las altas esferas... Finalmente el verdadero autor de la ley y de su aplicación fue Fidel y no el Che y los otros».⁵

Al contrario: el autor de aquella ley, queda, Guevara. Y decimos esto no por una exigencia de justicia formal o por un justo reconocimiento de paternidad intelectual. El Che era en efecto el único del grupo dirigente castrista capaz de pensar y elaborar aquel proyecto de reforma tan radical desde el punto de vista de sus contenidos. Era también el único que había vivido en primera persona la experiencia de la reforma agraria en otras revoluciones del continente (Bolivia y Guatemala), que a su vez fracasaron precisamente por la indecisión con la que las respectivas direcciones políticas se movieron en el terreno social.

Guevara, por lo demás, había anticipado aquellas posiciones acerca de la Reforma Agraria en las discusiones en la Sierra, encontrándose relativamente aislado y criticado, ya desde entonces, como «comunista». Y ahora quedaba claro,

5. Carlos Franqui, *I miei anni con Fidel*, op. cit. Traducción de la edición italiana. (N. del T.)
sin embargo, que era también el único que había madurado hasta el fondo la convicción de que solamente la audacia de Dantón⁶ –aplicada al campo de las medidas económicas– salvaría a la Revolución y le daría una justificación social al proceder de su grupo dirigente. Era con este ánimo, en todo caso, que él veía las tareas de la economía y de esto resultó ser una primera demostración precisamente aquel primer proyecto de Reforma Agraria.

De lo contrario, no podría explicarse lo radical del texto definitivo, no sólo en comparación con lo moderado de las posiciones anteriores de Castro al respecto, sino también en el contexto de las fuertes presiones conciliadoras y mediadoras en las que el nuevo gobierno se encontró dando sus primeros pasos. A Fidel le pertenece obviamente el mérito histórico de haber hecho suya aquella primera contribución fundamental del Che, tomando de ella en gran medida su espíritu anticipador de futuras opciones radicales, y haciéndolo extensivo a medidas legislativas posteriores del Gobierno revolucionario.

Además de la cuestión de la expropiación de los latifundios, había un segundo aspecto del radicalismo de la Reforma Agraria que reflejaba una orientación teórica y política característica del Che: el rechazo a dar vida a la constitución de los *minifundios* a gran escala daba cuerpo a otra convicción, en aquella época arraigada en el pensamiento de Guevara, sobre la desconfianza en los campesinos (propietarios) como base social de una revolución orientada hacia el socialismo.

Esta afirmación nuestra choca obviamente con una larga tradición de «guevarismo» superficial, que ha creído poder simplificar las posiciones del Che acerca de la cuestión de la guerrilla rural, confundiéndolas con una presunta adhesión suya, más o menos incondicional, a las teorías del «campesinismo» tercermundista. A este punto volveremos cuando hablemos de las concepciones militares del Che. Desde ahora, sin embargo, se puede esclarecer esta cuestión, mostrando cómo él expresó siempre una desconfianza radical y de fon

6. La célebre máxima de Dantón es citada por Guevara en el prólogo a *La guerra de guerrillas* (1959-1960, I, 27).
do en las potencialidades revolucionarias de los campesinos, entendidos como sujeto autónomo de transformación social (que es algo muy diferente a considerarlos aliados de la clase obrera, base de movilización y reserva física de reclutamiento militar).

Esto es real ya en los primeros tiempos después de la victoria de la Revolución, es decir, en un momento en el que Guevara es ya veterano de un bienio de guerrilla con base rural, en el que aflora, por lo tanto, un efímero y comprensible entusiasmo hacia los campesinos de la Sierra y aparecen en sus escritos (para 1959-1961) algunas de las formulaciones más abiertamente «campesinistas» que han dado pie a posteriores interpretaciones forzadas y erróneas.

En “Guerra y población campesina” (que apareció en *Lunes de Revolución*, el 26 de julio de 1959), es descrito bastante pintorescamente el modo en el que los habitantes de la Sierra acogieron a los primeros núcleos de la guerrilla y cómo terminaron apoyándola.

Pero aparte de la ocasión conmemorativa, el Che subraya ya en aquel artículo, el carácter individualista y conservador del campesino de la Sierra:

«En un nuevo milagro de la Revolución, el individualista acérrimo que cuidaba celosamente los límites de su propiedad y de su derecho propio se unía, por imposición de la guerra, al gran esfuerzo común de la lucha» (I, 202).

Un juicio análogo es repetido un año después (“Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?” (en *Verde Olivo*, abril de 1961):

«... en la lucha primera, el campesino, centro y médula del Ejército Rebelde, es el mismo que está hoy en la Sierra Maestra, orgullosamente dueño de su parcela e intransigentemente individualista» (IX, 37).

En el transcurso de este mismo artículo, el Che aclara mejor la cuestión, examinando el comportamiento de varios estratos sociales con respecto a la guerrilla. Él afirma que los campesinos de la Sierra, entre los que el Ejército Rebelde dio sus primeros pasos, no pertenecían a aquellos sectores de proletarianización rural que podían asemejarse en parte al proletariado jornalero de los llanos, y que estaban dotados en su opinión de «una magnífica conciencia de clase». Era, por el contrario,

«un campesinado de raíces sociales y culturales diferente a las que pueden encontrarse en los parajes del gran cultivo semi-mecanizado cubano... la parte de esta clase social que demuestra más agresivamente su amor por la tierra y su posesión, es decir, que demuestra más perfectamente lo que puede catalogarse como espíritu pequenoburgués...

A pesar de su espíritu pequenoburgués, el campesino aprende pronto que no puede satisfacer su afán de posesión de la tierra, sin romper el sistema de la propiedad latifundista... La burguesía teme chocar con esos intereses. El proletariado no» (IX, 25-6).

Estos análisis parecerían entrar en contradicción con otras posiciones formuladas en el mismo período en forma más genérica y propagandística. Por ejemplo, en un discurso del 27 de enero de 1959, pocos días después de la toma del poder, el Che hizo un explícito llamamiento a «hacer revoluciones campesinas», a «luchar en los campos, en las montañas y de allí llevar la revolución a las ciudades». Queda implícito que aquella invitación, aún estando dirigida a los «hermanos de América», se refería en particular a aquellos que se encontraban en «la misma condición agraria» de Cuba. Del mismo modo en *La guerra de guerrillas*, la afirmación según la cual «el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo» es reducida a las zonas de la «América subdesarrollada». Aquella indicación aparece, no obstante, en más de una ocasión como una de las enseñanzas fundamentales de la Revolución cubana. También en el artículo de abril de 1961 ya recordado, se vuelve insistentemente «a la toma de las ciudades partiendo de los campos»:

«Un movimiento revolucionario que actúa desde el campo, que se ligue a las masas campesinas, que crezca de menor a mayor, que destruya al ejército en lucha frontal, que tome las ciudades desde el campo» (XI, 36).

Afirmaciones análogas –siempre dotadas del mismo carácter propagandístico y a menudo acompañadas de apuntes restrictivos con respecto a países del continente en los que dicha fórmula podría ser aplicable– concurren en otros textos del mismo período: hacia 1961 se harán más esporádicas, hasta desaparecer completamente. Pero aunque sólo fuese con relación a aquellos primeros años, ¿cómo explicar la evidente contradicción entre el juicio negativo expresado sobre la función *social* de los campesinos y la apelación *política* a utilizarlos como base principal de la guerrilla (aunque fuese en una primera fase y en determinadas

condiciones)?

La respuesta viene dada a partir de la experiencia de la Revolución cubana, a través de la lectura que al respecto nos ofrece el Che (véase más adelante) y por la enseñanza estratégica que él saca de ella, resumiéndola precisamente en el artículo de *Verde Olivo* citado aquí:

«El escenario de esta lucha debe ser el campo, y que, desde el campo, con un ejército campesino que persigue los grandes objetivos por los que debe luchar el campesinado (el primero de los cuales es la justa distribución de la tierra), tomará las ciudades.

Sobre la base ideológica de la clase obrera, cuyos grandes pensadores descubrieron las leyes sociales que nos rigen, la clase campesina de América dará el gran ejército libertador del futuro, como lo dio ya en Cuba.

Este ejército creado en el campo, en el cual van madurando las condiciones subjetivas para la toma del poder, que va conquistando las ciudades desde afuera, uniéndose a la clase obrera y aumentando el caudal ideológico con esos nuevos aportes, puede y debe derrotar al ejército opresor» (IX, 30, cursivas nuestras).

He aquí, por lo tanto, el sentido real del presunto «campesinismo» del Che. Los habitantes de los campos, por sus condiciones de miseria y la sed de tierras de los latifundistas, constituyen la fuerza social más fácilmente reclutable para la perspectiva *inmediata* de la lucha armada. Su programa es inevitablemente el de la apropiación de la tierra (elemento principal de la Reforma Agraria), que no puede constituir, sin embargo, el sostén de todo el programa social de la Revolución. Ésta será, sin embargo, *obrera* en cuanto a los contenidos y las formas finales que asumirá la nueva estructura estatal, después de que las ciudades hayan sido conquistadas, desde afuera (ejército campesino) y desde adentro (movimiento urbano y suburbano, huelgas y redes clandestinas). Y por lo tanto, afirma Guevara, es *sobre la base ideológica de la clase obrera* (y de sus «ideólogos», es decir, el marxismo), que los campesinos pueden constituir el ejército combatiente de la Revolución, aunque esto es válido sobre todo en la fase inicial y sin que los mismos asuman nunca su dirección *como clase*.

En “La guerra de guerrillas: un método” (en *Cuba Socialista*, septiembre de 1963), la cuestión es definitivamente esclarecida en el párrafo titulado “La necesaria dirección de la clase obrera”. El mismo está precedido por una serie de importantes rectificaciones con respecto a las posiciones anteriores.

En este artículo, todavía se afirma que el campo debe ser el lugar preferido de las operaciones militares, reduciéndolo, sin embargo, a puro lugar *táctico* de elección.⁷

La hipótesis de la guerrilla, sin embargo, se comienza a llenar de contenidos sociales en el momento en el que la misma se indica como un sector de vanguardia de toda la población trabajadora, «apoyada por las masas campesinas y obreras de la zona y de todo el territorio de que se trata» (I, 204).

Sigue un largo párrafo sacado de la Segunda declaración de La Habana (febrero de 1962) que les adjudica un papel decisivo a la clase obrera y las masas urbanas:

«El campesino es una clase que, por el estado de incultura en que lo mantienen y el aislamiento en que vive, necesita la dirección revolucionaria y política de la clase obrera y los intelectuales revolucionarios, sin la cual no podría por sí sola lanzarse a la lucha y conquistar la victoria» (I, 206).

Aún siendo esquemático y estando formulado en términos propagandísticos, el juicio de Guevara acerca de las potencialidades sociales de los campesinos y sobre la debilidad política de los mismos no podría ser más explícito. En cuanto a estas convicciones, por lo demás, él se mantenía co

7. «Esta afirmación atrajo sobre el Che una acusación de instrumentalismo, porque –ya se ha dicho– el campo no es elegido como campo de batalla en base a criterios político-sociales, sino solamente por motivos táctico-militares. La acusación no parece, sin embargo, fundada», comenta Sergio de Santis, que expresa un punto de vista contrario al nuestro con respecto a las posiciones «campesinas» de Guevara. Cfr. S. De Santis, «Guerriglia e rivoluzione nel pensiero del Che Guevara», en *Rivista storica del socialismo*, 30/1967, pp. 121, 129 y 130.

herente con una determinada tradición teórica del marxismo. En particular, con las posiciones referentes a la cuestión campesina, que en el pasado habían sido difundidas contra el «bujarinismo» por Evgeni Preobrazhenski. Del padre teórico de la «acumulación originaria socialista», el Che conocía ciertamente su obra más notoria y a su pensamiento lo acercaban muchas de sus ideas expresadas acerca de la economía del socialismo, como veremos en breve.

Pero en aquellas convicciones suyas, Guevara se sentía respaldado, además de por su propia formación marxista, también por el modo intenso y directo con el que había vivido en su juventud la dimensión dramática del campesinado andino y latinoamericano. Nos referimos a su asimilación cultural –y a la superación posterior– de la problemática del indianismo continental. Aquellas posiciones teóricas, y las consiguientes ilusiones populistas, el Che las tenía desde hace tiempo en cuenta en el plano teórico y político, como hemos ya recordado. Ahora se trataba de llevar a la política aquellas mismas ideas, en un contexto campesino diferente, aunque igualmente atrasado y disgregado como era el caso de los campos cubanos.

Por una discusión con René Dumont –uno de los más conocidos estudiosos de problemas agrícolas y crítico fraternal de las primeras decisiones económicas cubanas– tenemos una confirmación directa de otro aspecto de la desconfianza del Che hacia la autonomía del mundo campesino. Rebatiendo las críticas del economista francés, Guevara se declara contrario a la formación de establecimientos agrícolas individuales, privados o mixtos, y contrario por lo tanto también a la perspectiva de un eventual desarrollo de los mismos en forma de cooperativas.⁸

8. La conversación a la que nos referimos tuvo lugar a mediados de agosto de 1960, en la sede del Banco Nacional de Cuba. Dumont incluye algunos fragmentos en *Cuba. Socialisme et développement*, París, 1964, pp. 53-54. Fragmentos que volvió a tomar y desarrolló en un trabajo de fuerte crítica a las orientaciones económicas de la dirección castrista, *Cuba est-il socialiste?* París, 1978, pp. 27-29. Admirador de los aspectos humanistas y soñadores de Guevara, Dumont expresa en ambas obras un fuerte desacuerdo con sus posiciones económicas, en plena coherencia con las propias concepciones «desarrollistas» acerca de la superación del atraso en los países subdesarrollados.

Defendiendo resueltamente el papel dirigente y planificador del Estado cubano, dentro de la nueva división del trabajo que le fue impuesta a la agricultura con la creación del INRA y las granjas del pueblo, el Che le declara a Dumont:

«No se trata en lo absoluto de darles (a los campesinos) el sentido de la copropiedad colectiva, de la propiedad de grupo. Sino de desarrollar su conciencia revolucionaria, al punto de hacer de ellos trabajadores totalmente devotos de su Revolución».

Según Guevara, no se debe cometer el error de sustituir la mentalidad del pequeño propietario campesino –conservadora en Cuba como en cualquier otro lugar– por la del propietario colectivo. Lo anterior, con el objetivo de evitar las deformaciones y las degeneraciones para las tendencias hacia criterios de privatización que, a su juicio, estaban verificándose en las economías de los países del Este (en aquella época Guevara pensaba fundamentalmente en Yugoslavia, pero con el tiempo hará extensiva la crítica a orientaciones análogas que prevalecían en las instalaciones agrícolas koljozianas de la URSS).

Afrontando el mismo tema con Karol (9 de mayo de 1961, en el MININD), el Che es mucho más explícito:

«En la URSS la resistencia encontrada en cuanto a la colectivización de las tierras fue determinante para el desarrollo del estalinismo. En Cuba la Revolución Agraria está encaminada hacia las reivindicaciones más inmediatas de los campesinos y los satisface plenamente. Es por eso que faltan en Cuba las condiciones para una evolución en sentido estalinista».

Las «condiciones para una evolución en sentido estalinista» en Cuba faltan obviamente, porque –entre otras razones– la Reforma Agraria impidió desde el principio la formación de un fuerte estrato social campesino, propietario y autónomo, capaz de acondicionar con el chantaje económico –introducir o no los productos en el mercado– las orientaciones de la planificación estatal. Guevara no lo dice explícitamente a sus inter

9. Entrevista publicada en *New Statesman*, 19 de mayo de 1961, y reproducida parcialmente en K. S. Karol *La guerriglia al potere*, op. cit., p. 53.

locutores, pero cuando habla de «campesinos» de la nueva Cuba, él da ya por adquirida la perspectiva de su extinción como fuerza social. Y en efecto, no se refiere nunca a aquel grupo de pequeños propietarios parcelarios, admitidos por la primera Ley de Reforma Agraria (y reducidos después drásticamente por la segunda). Los nuevos campesinos de la revolución en realidad son para él *asalariados*, trabajadores agrícolas

que él considera parte integrante del proletariado cubano y es entre ellos, a su juicio, donde debe ser destruida desde el principio cualquier ilusión de poder volver algún día a ser propietarios de tierras asignadas a ellos, aunque sea en forma colectiva o cooperativista.

Un radicalismo sustancial, como se ve, que en aquella época atrajo hacia Guevara críticas de todo tipo, engendrando paralelismos errados entre sus posiciones y la tristemente famosa liquidación de los *kulaki* (en realidad millones de campesinos pequeños y medios) hecha por Stalin. El contexto histórico diferente y el acierto de algunas decisiones iniciales del nuevo gobierno, habían, sin embargo, hecho que la cuestión «campesina» fuese efectivamente tratada en Cuba con términos muy diferentes a los utilizados en la URSS y en las otras llamadas «democracias populares». Esto fue el fruto de un inteligente empirismo y también de la naturaleza particular de la estructura agrícola cubana (el régimen de la monoproducción) en el que sería ahora demasiado largo de-tenernos.¹⁰

Queremos sólo añadir que el tiempo parecería haberle dado la razón a Guevara, demostrando el realismo de la posibilidad de una extinción en Cuba de la mentalidad campesina, de la aspiración a la propiedad de la tierra individual o cooperativa.

Esto lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que entre los hijos de los pequeños propietarios parcelarios – es decir, las nuevas generaciones campesinas– también se desarrolla claramente la tendencia a deshacerse de la propiedad indi

10. Aconsejamos consultar al respecto la introducción de nuestra *Storia de Cuba*, Roma, 1987, pp. 9-18. vidual y a insertarse íntegramente en los grandes planes productivos del país. Y esto, a pesar de las oscilaciones o los errores económicos del Gobierno.”

Es al mismo tiempo importante resaltar el juicio negativo expresado por el Che acerca de la «colectivización forzosa» de la agricultura soviética, porque demuestra que su pensamiento al respecto no se orientaba en lo absoluto en un sentido extremista o administrativo-burocrático, como sucedió por el contrario en la tradición del estalinismo. Pero a pesar de todo, algo de aquella vieja experiencia queda en la terminología empleada por Guevara. Aún cuando a medida que pasan los años se va reforzando su desconfianza política con respecto al mundo campesino, probablemente también por las nuevas experiencias realizadas con los sistemas agrícolas de otros países que él observa en sus largos viajes a Asia y África, además de algunos acontecimientos nacionales.

Véase, por ejemplo, lo que afirma el Che en diciembre de 1964: una confirmación, si fuese necesario, de su real orientación ideológica cautelosa respecto a la cuestión campesina y a su aporte a la Revolución:

«Como muchas veces aquí, hemos tenido que hablar sobre una serie de cosas, hasta del pequeño campesino, pobre y pequeño campesino; nosotros no decimos en general, que el campesino por más pequeño y pobrecito que sea, es un generador claro del capitalismo. Pero eso no se dice; ahora es así, es real.

Entonces no se puede decir de pronto: “Oye, el pequeño campesino hay que mantenerlo porque Fidel dijo una vez que el campesino era uno de los puntales de la Revolución”. Bueno es verdad, el campesino ha sido uno de los puntales de la Revolución, ha estado en todos los momentos al lado de la Revolución, ha luchado en la Sierra, ha sido de los primeros componentes del Ejército Rebelde, pero con todo eso *hay que liquidarlo*. Ahora, ¿la forma de liquidarlo?

Bueno, tienen que ser formas distintas, no puede ser la misma que a un explotador directo porque no es un explotador directo, se va transformando en explotador poco a poco, las condi

11. No disponemos de datos oficiales sobre esta cuestión, pero nos basamos en una pequeña selección de entrevistas a campesinos directamente interesados, hechas por nosotros en 1968 en Cuba, en la provincia de Oriente. ciones de explotación están limitadas, es pequeño, pero tiene todas las características que retardan el desarrollo de la sociedad. Entonces hay que liquidarlo, todos somos conscientes de que hay que liquidarlo.”

«Liquidarlo» era en realidad una expresión muy fuerte y poco feliz, aunque el Che no pretendía con esto referirse al trágico precedente de la «liquidación de los campesinos como clase» (y la orientación teórica reconstruida hasta aquí deberá testimoniarlo suficientemente).

Hacia fines de 1964, su miedo era, sin embargo, que a partir de una reintroducción en Cuba de criterios mercantiles y categorías típicas del capitalismo, el campesino pudiese sacar ventajas económicas y estímulos para su espíritu conservador y el renacimiento de una mentalidad de pequeño propietario.

No se encontrará nada en los principales escritos teóricos del Che que cambie aquel criterio y pueda hacer pensar en una tardía aproximación por parte suya al «campesinismo», como factor estratégico revolucionario, que le ha sido por el contrario atribuido. En realidad, él no volverá a dedicar atención alguna al problema, todo lo contrario de lo que sucedió con la mole de escritos dedicados a la «cuestión obrera» de la que vamos a hablar a continuación.

Tampoco en el proyecto de guerrilla boliviana afloran valoraciones en este sentido, lo que demuestra la falta de fundamento de una opinión muy difundida en aquella época. En el *Diario* de Bolivia, cuando se habla de campesinos –fundamentalmente en los resúmenes hechos al finalizar cada mes– es sólo para anotar lapidarias constataciones acerca de

12. *El Che en la Revolución cubana*, op. cit., VI, pp. 580-581 (cursiva nuestra). La originalidad de la orientación cubana con respecto a la cuestión campesina –vista en relación con las experiencias soviéticas, china y vietnamita– es reconocida por Leo Huberman y Paul M. Sweezy en su primer trabajo sobre Cuba: *Anatomy of a Revolution*, New York, 1960, pp. 114-124. Ellos analizan el problema, colocándolo en el marco de aquellos primeros años en los que el Che tuvo la responsabilidad directa de las principales decisiones económicas. Entre paréntesis, dichos autores dedicarían a la memoria de Guevara su segundo trabajo sobre la Revolución cubana, *Socialism in Cuba* (New York, 1969).

las dificultades existentes para el reclutamiento de los mismos. Hasta que se llega al último resumen, el de septiembre de 1967, en el que también la amargura del tono parece anunciar de antemano la inminente derrota:

«La masa campesina no nos ayuda en nada y se convierten en delatores».

2. Ministro de Industria

La primera Ley de Reforma Agraria es firmada el 17 de mayo de 1959. Nadie ignora que la misma, a grandes rasgos, se corresponde con el proyecto elaborado por el grupo de Guevara. En los ambientes de la dirección nacional esto hace acrecentar notablemente el prestigio del Che, que se había ya materializado con la campaña de Las Villas y la conducción militar de la invasión junto a Camilo Cienfuegos. El 12 de junio él puede por lo tanto partir para realizar un viaje de tres meses como representante oficial del nuevo gobierno.

Visita Egipto, India, Japón, Indonesia, Sri Lanka, Pakistán, Yugoslavia y Marruecos. Dondequiera encuentra a ministros y jefes de Estado, visita fábricas y lugares de producción, firma convenios económicos y culturales. En septiembre, a su regreso, es inmediatamente puesto por Fidel Castro como jefe del Departamento de Industrialización del INRA. Es su primer cargo económico oficial. El 26 de noviembre es electo presidente del Banco Nacional de Cuba (pero le confesará algunos meses después a Huberman y Sweezy el «no sentirse atraído por el trabajo en el Banco, y el preferir su cargo anterior como jefe del Departamento de Industrialización»¹³).

Demuestra de una forma espectacular este estado de ánimo suyo firmando los nuevos billetes de banco con el nombre de batalla (*Che*): una señal premonitrice de su actitud futura acerca de la importancia que debía atribuírsele al dinero y a las relaciones mercantiles en la sociedad de transición.

En su calidad apenas inaugurada de «financiero» público y un poco *sui generis*, parte nuevamente –en octubre de 1960–

13. *Anatomy of a Revolution*, op. cit., p. 130.

a realizar un viaje por los países del Este. Al frente de una delegación comercial visita Checoslovaquia, la URSS, China, Corea del Norte y la RDA. Regresa a Cuba a fines de diciembre, siendo portador de importantes acuerdos y después de haber visitado centenares de fábricas, instalaciones siderúrgicas y centros mineros, en aquellos mismos países de los cuales empieza ya a depender la economía nacional, después del embargo sobre el comercio con Cuba que Estados Unidos adoptó en el mes de octubre.

Es la época de las grandes nacionalizaciones de las fábricas extranjeras y de las compañías de servicios norteamericanas. El 23 de febrero de 1961, se crea el Ministerio de Industria (MININD) y Guevara es su primer titular. Debe inmediatamente ponerse a la altura de la nueva tarea y por esto comienza a frecuentar cursos acelerados de matemáticas, cálculo diferencial, programación y organización administrativa. En agosto es promulgada, por obra suya, la regulación del MININD, que servirá de modelo a todos los otros ministerios. En ese mismo mes, el Che va a Punta del Este encabezando la delegación cubana para la Conferencia del Consejo Interamericano económico y social, que adoptará –con el único voto contrario de Cuba– el proyecto de Kennedy conocido como *Alianza para el progreso*.

El 1962, *Año de la planificación*, ve a Guevara ocupado en congresos sindicales, conferencias de producción, discursos televisivos y campañas de propaganda a favor del trabajo voluntario y la emulación, además de estarlo en las primeras discusiones sobre el plan cuatrienal presentado por el ministro de Economía, Regino Boti.

“El primer plan económico” (abril de 1961) es el título de un ciclo de conferencias dadas por el nuevo ministro de Guevara en un programa radiotelevisivo llamado *Universidad popular*. Es una obra de divulgación de la teoría económica, que continúa en parte con el artículo “Tareas industriales de la Revolución en los años futuros” (en *Cuba Socialista*, julio de 1962) y otros textos menores.

El estudio titulado “Contra el burocratismo” aparece a su vez en *Cuba Socialista* en febrero de 1963. Es un primer balance crítico de los pasos dados en el terreno industrial. La autocrítica se profundiza pocos meses después, en una intervención en el Seminario Internacional de Planificación en Argel (“Inventario de errores, éxitos y experiencias en la economía”, julio de 1963). En junio, no obstante, Guevara había ya publicado un trabajo muy importante en *Nuestra Industria*, que contenía valoraciones personales, originales y heterodoxas, sobre temas de la planificación (“Consideraciones sobre los costos de producción como base para el análisis económico de las empresas sujetas a sistemas presupuestarios”, del que hablaremos en breve). El ministro de Comercio Exterior, Alberto Mora, se levanta en contra de él en nombre de los sectores más conservadores del aparato y le responde con el artículo “En torno a la cuestión del funcionamiento de la ley del valor en la economía cubana” (en *Comercio Exterior*, y que es nuevamente publicado junto a la réplica de Guevara en *Nuestra Industria*, nº 3, octubre de 1963).

Es el inicio del célebre *debate económico*. El choque será amplio y prolongado, e involucrará a otros responsables de la economía, además de algunos «expertos» extranjeros. Concluirá de hecho sólo en el verano de 1964, con las últimas intervenciones de Guevara, Luis Alvarez Rom y Juan Infante, en la misma época en la que según Huberman y Sweezy (*Socialism in Cuba*, cit) a «fines de 1964, el Che cesó de desempeñar un papel personal en la economía cubana». Y precisamente, en noviembre de 1964 tuvo lugar el último viaje a la URSS de carácter económico por parte de Guevara. De diciembre datan sus conversaciones en el MININD, que marcan una neta radicalización de las posiciones por él expresadas, o en parte sólo señaladas, en el transcurso del debate económico.

La larga gira que realiza entre finales de diciembre y marzo de 1965 –a Argelia, Mali, Congo, Guinea, Ghana, Dahomey, China, Tanzania, Egipto– no tiene ya relación con problemas de orden económico, sino político. El viaje está encaminado esencialmente a echar las bases para «un frente común de lucha contra el colonialismo, el imperialismo y el neocolonialismo» (conferencia de prensa en Dar es Salam). El 14 de marzo de 1965, el regreso a La Habana, es prácticamente su última aparición en público. Las cartas de despedida a Fidel y a sus familiares, reveladas en el octubre siguiente, llevarán la fecha del primero de abril.

La economía desaparece repentinamente de la vida del Che, así como también él desaparece de la vida económica cubana. De sus divergencias, de las huellas dejadas por él y de las siguientes «rehabilitaciones» de su proceder como ministro de Industria, hablaremos más adelante. Ahora debemos detenernos, sin embargo, en el significado y en el alcance de aquel debate, que se volvió histórico también por la ausencia de discusiones reales en otras economías de transición o países presuntamente socialistas. Es una ocasión también para examinar más de cerca los problemas de la economía cubana de aquellos primeros años, de la que el Che se encontró siendo uno de los principales responsables: ciertamente el más preparado «ideólogo» en el país y el más entusiasta propagandista en el exterior.

Uno de los primeros estudiosos de la Revolución cubana, Sergio de Santis, propuso una subdivisión de la epopeya de las grandes transformaciones económicas –de 1959 a 1963– en tres fases diferentes: redistributiva, de transición y del comienzo de la socialización real y verdadera. “Una división correspondiente a la realidad y

que también puede resultar útil a condición de fijar términos de referencia y límites cronológicos diferentes de los indicados por De Santis, demasiado breves y anticipados con respecto a la dinámica efectiva de la transformación económica en Cuba.

Se puede por lo tanto hablar –a nuestro juicio– de una *primera fase*, que duró todo 1959 y los primeros meses de 1960, hasta más o menos el inicio de los primeros actos de agresión abierta por parte norteamericana y la creación de la JUCEPLAN (Junta Central de Planificación) el 16 de marzo de 1960. En el caos económico posterior a la victoria, el Gobierno hace énfasis sobre todo en los problemas de una repartición

14. S. De Santis, «Il dibattito sulla gestione socialista a Cuba», en *Critica marxista*, 5-6/1965, pp. 285-327. Poco fidedigna, sin embargo, nos parece la periodización (y muy simplista la reconstrucción) del itinerario económico cubano propuesto polémicamente por Francisco Vergara, «Cuba: vingt années de transformations économiques. Trois strategies pour un echec», en un número de *Les Temps modernes* de 1979, pp. 1005-1034. Vergara habla además de un «prejuicio moral de los dirigentes cubanos hacia la propiedad individual y cooperativa» (p. 1009), y de «una actitud dura, errada, hacia la burguesía nacional y los campesinos ricos» (p. 1017), que resultarían ser el principio de gran parte de los problemas de la economía cubana.

ción más justa de la cuenta nacional, concentrando la atención productiva en el sector de los bienes de consumo, pero en realidad dejando inalterada la estructura de la dependencia económica preexistente. La única gran novedad está representada por la Reforma Agraria, cuyos efectos, sin embargo, comenzarán a hacerse sentir sólo a partir del año siguiente.

La *segunda fase* ve una potenciación del sector público, el inicio del embargo económico de Estados Unidos, las primeras grandes nacionalizaciones y el comienzo de relaciones económicas más estrechas con países del bloque soviético. Es una economía mixta la que domina el país, en forma de un híbrido «capitalismo de Estado», en el cual los sectores de nueva nacionalización no logran aún desempeñar un papel efectivamente de arrastre. Este período da vueltas confusamente alrededor del intento de invasión a Playa Girón (abril de 1961), del embargo total de Estados Unidos respecto al comercio con Cuba (en ese mismo mes), el cambio de moneda y el bloqueo a las cuentas bancarias (agosto), el inicio del racionamiento y otras medidas que tienen un carácter de «comunismo de guerra».

Con la Segunda Declaración de La Habana (4 de febrero de 1962), la Revolución declara oficialmente su carácter «socialista»: en la realidad, el camino demostrará ser mucho más largo y difícil. El 1962 es también el año que ve la mayor entrega del Che a los programas de industrialización y a la construcción de las nuevas estructuras económicas cubanas.

El inicio de la *tercera fase* puede ser indicado simbólicamente por el trauma de las crisis de los misiles (21-28 de octubre de 1962), por la primera gran desilusión con respecto al bloque soviético y la persuasión que comienza a madurar en el grupo dirigente castrista de tener que depender sobre todo de sus propios recursos humanos y económicos. La reestructuración de los ministerios, la segunda Ley de Reforma Agraria (que reduce a 47 hectáreas la extensión permitida de propiedad agrícola), el fomento del sector agrario nacionalizado (*las granjas del pueblo*) y el comienzo de un proceso autóctono de industrialización, pueden ser indicadas como las medidas más significativas del régimen de socialización creciente de la economía del país (bienio 1962-1963). Medidas que obviamente implican como primera condición irrenunciable, la instauración de un rígido control estatal sobre el comercio con el exterior, además de un mayor control del mercado interno de los bienes de consumo, realizados respectivamente a través del MINCEX (Ministerio de Comercio Exterior) y el MINCIN (Ministerio de Comercio Interior). A la JUCEPLAN se le encarga, en el verano de 1961, que elabore el primer Plan cuatrienal para 1962-1965.

El punto nodal de este plan, criticado por muchas partes y considerado como el principal responsable de la siguiente grave crisis económica, es el programa de *acelerada conversión industrial* de los recursos económicos de la Isla. Se considera ya una aborrecida herencia colonial la monoproducción azucarera; se reducen las plantaciones; se procede a un programa prematuro de diversificación, mirando hacia una ampliación de la producción para el mercado interno de los bienes de consumo; se impone artificialmente una política de total empleo. Se apunta, en fin, hacia un proceso autónomo de industrialización acelerada, del cual se espera –justamente, a nuestro juicio y al de otros pocos– el papel principal de factor de arrastre de la economía cubana.

Pero lo anterior es ejecutado con falta de preparación, mezclando el programa a largo alcance de la socialización, con las necesidades primarias e inmediatas de la economía. Demasiado brusco y artificial resulta ser, por otra parte, el proyecto de reconversión. La zafra que en 1961 había alcanzado un record de 6,5

millones de toneladas de azúcar –gracias a la impetuosa participación popular en el corte y recogida de caña– descendiendo así en 1962 a 4,8 millones y en 1963 a 3,8.

Es en este punto cuando los dirigentes cubanos comienzan a tomar en consideración las sugerencias de expertos externos al área de influencia soviética y también las de economistas de orientación francamente capitalista,¹⁵ que aconsejan volver a valorar los recursos tradicionales, apuntando hacia la exportación del principal producto agrícola (el azúcar). Y esto para financiar determinada forma de «acumulación so

15. Como Dumont, ya citado, o como Max Nolff. Cfr. D. Seer, A. Bianchi, R. Jolly y M. Nolff, *Cuba, the economic and social revolution*, Chapel Hill, 1964.

cialista», con la que suplir en el tiempo la total carencia de materia prima (con la excepción del níquel, del que Cuba era uno de los primeros productores en el mundo), la ausencia de fuentes de energía hidráulica y de combustible, el atraso de las instalaciones y la falta de personal cualificado: condiciones todas indispensables, se decía con una buena dosis de abstracción académica, para una futura «equilibrada» industrialización del país.

Estas críticas tenían un fundamento indiscutible, pero precisamente sólo en abstracto, ya que la realidad cubana de los primeros años sesenta era la de un país en pie de guerra, sometido al embargo continental, abastecido casi exclusivamente por el CAME, obligado a emplear recursos humanos y financieros notables en la defensa, imposibilitado de razonar en términos de planes económicos a largo plazo. Y todo lo anterior por el contexto de inestabilidad política y militar en el que el país se encontraba (y se encuentra todavía) obligado por la política abiertamente agresiva de Estados Unidos. No se puede olvidar, por ejemplo, que en la crisis del Caribe en octubre de 1962, Cuba vivió por primera vez y muy concretamente la amenaza de la *hecatombe nuclear* y que no se tuvo por parte de la URSS garantía alguna de que en el futuro semejante amenaza no pudiera convertirse en realidad. En 1963, por otra parte, mientras que el ciclón Flora devastaba las regiones orientales de la Isla, en Vietnam se iniciaba la intervención militar abierta de la administración Kennedy, destinada a transformarse en un aterrorizador internacional con la escalada del nuevo presidente Johnson.

Estamos sólo tratando de recordar en resumen los episodios relevantes de este período, para colocar el debate económico de aquella época en su justa perspectiva. No se entendería de otro modo porque aquel plan veleidoso y descabellado de industrialización «acelerada» llevaba también la firma del Che, cabe decir, de un ministro que estaba al mismo tiempo a la vanguardia en la lucha por la racionalización productiva, contra el derroche, los malos funcionamientos técnicos, la incompetencia y las degeneraciones burocráticas. Que lo era al punto de preferir cualquier forma de administración rígidamente centralizada, antes que la redundancia de cuadros incapaces, las estrangulaciones distributivas o la improvisación de decisiones a todos los niveles. El análisis de Guevara denuncia, en efecto, y en varias ocasiones, todos los inconvenientes típicos de una economía atrasada, que intenta superar su propia condición de desventaja, pero que está obligada a hacerlo con instrumentos inadecuados y obsoletos, heredados de aquel mismo régimen secular de subdesarrollo. Es en aquel marco histórico, por lo demás, donde Guevara ve el caldo de cultivo de la nueva e incompetente *burocracia* que va propagándose.

El Che no es un ingenuo soñador como se ha querido hacer creer. Él demuestra que no confía ni siquiera en el milagro de soluciones *técnicas* que precisamente por el hecho de ser tales no cambian las estructuras, no movilizan los recursos humanos o no producen una nueva cultura científica y revolucionaria. Ante las carencias que son evidentes a sus ojos –quizás todavía antes que a los de los expertos extranjeros convocados más o menos oficialmente a la Isla–, él comienza nuevamente a valorar, al principio gradualmente, después cada vez de manera más intensa, aquel componente de su propio marxismo filosófico que hemos resumido en los términos de su *humanismo revolucionario*.

Él vuelve a descubrir así el valor del *hombre*, del hombre trabajador, como colectivo histórico-concreto, de su ser social y de su hacerse objeto de transformación revolucionaria en el proceso de adquisición de una nueva conciencia de sí y sobre todo en el proceso de experimentación práctica de esta nueva conciencia. *La economía no es una excepción* para esta visión filosófica de la transformación social; por el contrario, para el ministro Guevara se convierte incluso en un banco de pruebas de su validez.

Ningún terreno como el de la economía –afirma él en aquellos años contra toda sugestión tecnicista o malévola crítica neomarginalista– puede valorar realmente y a fondo los grandes recursos colectivos del

hombre nuevo, visto en su devenir, fundiendo práctica y teoría, interés privado y general, experiencia y conocimiento. Y ningún campo de actividad humana puede concurrir mejor que la economía, al comienzo de la fase de transición para superar el atraso heredado a partir de la relación secular de dependencia, y a la superación material y personal del trabajador. Veremos, sin embargo, como el Che cambiará a continuación de opinión nuevamente, y no sólo con respecto a este último punto (es decir, con relación al papel prioritario de la economía), cuando abandone desilusionado el campo del empeño productivo, para regresar al de la acción política, armada y guerrillera. Pero no renegará de los principios ideales y filosóficos que presidieron ambas elecciones, de una y otra forma de compromiso.

Las críticas por las dificultades económicas cubanas son dirigidas (a partir de finales de 1962, inicios de 1963) hacia el ministro Guevara, porque él aparece como el principal responsable de la orientación *centralizadora e industrializadora a ultranza*. Los que lo critican más o menos abiertamente son en primer lugar economistas, extranjeros, de tendencia reformista y neodesarrollista, que desconfían –justamente, desde su punto de vista– de su radicalismo programático y de sus reiterados llamados a seguir la vía cubana en los otros países del continente. Por otra parte, dichas personas no carecen tampoco de razón cuando declaran insuficientes los recursos económicos y mal preparada la infraestructura técnica para dar el salto tan necesario como futurista (en el caso de Cuba, «aventurero»), hacia el desarrollo de una economía industrial, diversificada y moderna.

Ante un contexto casi autárquico de aislamiento y obligada construcción del «socialismo en un solo país» –mejor dicho, peor todavía, en una sola isla–, aquellos economistas resultan tener en el fondo muchos elementos de razón a su favor, tanto en el plano de los números, como en el de las estrategias económicas experimentadas en el pasado por otros países empeñados a su vez en superar los límites del subdesarrollo.

Sólo algunos de ellos¹⁶ se dan cuenta de que la visión económica de Guevara se coloca en otra dimensión, construi

16. Al respecto, un punto y aparte sería hecho obviamente con relación a los intelectuales norteamericanos de orientación más radical, agrupados en torno a la revista y a las ediciones de *Monthly Review*, entusiastas defensores desde el principio de las principales decisiones de la dirección cubana. Es por ejemplo muy significativo que el texto de teoría económica más importante, elaborado en aquellos años y en aquel ambiente, haya sido dedicado «Al Che», mientras éste estaba aún vivo: Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital*, New York, 1966 (*Il Capitale monopolistico*, Turín, 1968).

da no sólo con datos y diagramas, sino también con expectativas políticas y con anticipaciones –más o menos fundadas– acerca de los efectos materiales de una movilización extraordinaria de los recursos humanos existentes en la Isla. Una movilización que para el Che se debía realizar inmediatamente y mantener en pie por el breve espacio de años necesario para la extensión de la revolución en el resto del continente.

En los análisis que en aquella época reflejan las orientaciones económicas cubanas, se puede fácilmente captar la tendencia a no formular un juicio definitivo sobre la perspectiva general del Che, ya que su proyecto de transformación económica del país aparece en un último análisis como un *razonamiento político*, que como tal deja también de ser de competencia exclusiva de los economistas.

La ironía de la historia quiere, sin embargo, que los críticos más duros de la orientación guevariana emerjan por la vertiente opuesta, entre las filas más «ortodoxas» de la misma administración cubana y entre las de algunos países «hermanos» del bloque soviético. Y todo esto, no a causa de las premuras industrializadoras del Che (por *ninguno* de aquellos jamás criticada abiertamente, estimamos necesario precisarlo, por lo menos en la etapa de debate que nos interesa), sino por sus «ilusiones idealistas» con respecto al papel de la conciencia, la abolición casi total de las categorías mercantiles en la sociedad de transición, el recurso a los incentivos morales, la participación obrera desde abajo en los mecanismos de la planificación, el desconocimiento de la validez de la ley del valor aún en la primera fase del socialismo y, en un último análisis, el rechazo a admitir la bondad del modelo soviético. De éste, en efecto, las concepciones de Guevara comienzan a apartarse, como veremos, de manera más clara y polémica a partir de los primeros años sesenta.

A este segundo tipo de críticos, no les da miedo el régimen de creciente autarquía en el que la Revolución cubana se ve obligada a construir sus infraestructuras productivas, sino el abandono que propone el grupo de Guevara de algunas categorías consolidadas en los análisis de los economistas del CAME,¹⁷ además de la transformación radical de algunos mecanismos de planificación y gestión burocrática desde arriba, que entrañan el riesgo de un completo desbarajuste de sus propias funciones, en la nueva perspectiva humanista e internacionalista del Che.

Es evidente, por otra parte, que Cuba no puede continuar dependiendo estrictamente –para su supervivencia cotidiana además– del petróleo y del sostén comercial de la URSS, y no puede al mismo tiempo rechazar el uniformarse a los cánones de funcionamiento económico de los países del bloque soviético. La economía tiene a fin de cuentas sus leyes que a la larga, como se sabe, terminan prevaleciendo por encima de cualquier otra consideración. Y Cuba no puede pensar ni siquiera en cometer errores «nuevos» y «originales», por su cuenta, sin escuchar las indicaciones de gestión económica que provienen de la historia reciente de la URSS y que mal que bien, se reflejan y se aplican en todas las otras sociedades que forman parte, de una u otra forma, del bloque soviético (incluyendo Vietnam y China).

Ésta es la verdadera contradicción en la que se encuentra la Isla en 1963 (y el ministro Guevara con ella). Las oscilaciones en el terreno económico y los siguientes virajes de la dirección castrista (sobre todo en 1966 y 1970)¹⁸ constituyen la expresión más llamativa de aquella contradicción inicial. Con ella el Che sabía que tenía que enfrentarse.

En el debate económico de 1963-1964, las críticas al proceder y a las propuestas de Guevara parecen provenir sobre todo de este segundo frente: un dato importante a tener en cuenta, porque muestra cómo los responsables económicos del Estado cubano, más allá de las tomas de posición propagandistas, no han vivido aún la experiencia teórica de un verdadero choque, profundo y orgánico, con las hipótesis económicas de procedencia burguesa, reformista y desarrollista.

1. 17. Expuestas en varios «manuales» publicados en lengua española, co-mo por ejemplo en la edición cubana del célebre texto de S. G. Strumilin, *La planificación en la URSS*, Publicaciones económicas, La Habana, 1964.

2. 18. Para una interpretación del viraje económico de 1970 véase nuestro artículo «Che cosa sta sucedendo a Cuba?», en *La crítica sociológica*, 15/1970, pp. 196-205.

Las mismas se presentan hoy en día en la escena latinoamericana con experiencias muy diversas, más atractivas y menos nacionalistas, que aquellas que en los años sesenta confluían con absoluto conformismo en los planes de la Alianza para el Progreso. La historia de los próximos años dirá si la dirección cubana será realmente capaz de medirse con este nuevo tipo de críticas y modelos, superándolos en una nueva original y futurista dimensión suya de la Revolución, o encerrándose una vez más en una visión restringida, autárquica y nacionalista de su desarrollo económico.¹⁹

En la época en la que las posiciones de Guevara eran puestas bajo acusación, eran, una experiencia práctica (aunque breve) y un modelo bien preciso de construcción del socialismo que eran criticados y considerados fruto de puro

19. Escribíamos estas palabras a principios de 1987. Nos parece correcto mantenerlas inalteradas aunque, mientras tanto, se ha producido el derumbe del sistema estalinista-soviético, y Estados Unidos ha agravado el bloqueo económico contra Cuba, a través de la Ley «Torricelli».

Más en general, quisiéramos llamar la atención del lector hacia el hecho de que no hemos cambiado nada, en esta nueva edición del libro, con relación a la crisis de los países del Este. Esto en primer lugar por coherencia histórica (con respecto a los propósitos iniciales de nuestro trabajo); en segundo lugar porque no se tiene el derecho de cambiar retrospectivamente los términos de un debate históricamente determinado, a la luz de lo que ocurre seguidamente al mismo; en tercer lugar porque no tendríamos mucho que cambiar, ya que la crisis de los países del Este, es decir, *la crisis del modelo estalinista-soviético*, no nos ha sorprendido sin preparación (como lo demuestra además este libro nuestro).

No hemos nunca considerado a aquellos países –desde la URSS hasta China, desde Rumania hasta Corea (excluyendo a Cuba, obviamente)– como expresiones de una transición hacia el socialismo (ni siquiera de una transición larga, pesada y contradictoria, con respecto a la cual demasiados entonces y por desgracia, alimentaban ilusiones): las considerábamos por el contrario, como sociedades en las cuales, sin ser ya capitalistas, la transición al socialismo había sido bloqueada –en diferentes momentos históricos– por *la estructura de poder de burocracias de origen estalinista*, socialmente antiobreras y políticamente anticomunistas. La historia se tomó su tiempo, pero después confirmó definitivamente la validez de este análisis «clásico», que se remonta a Trotsky y que echa por lo tanto sus raíces en el debate que hizo estremecerse desde los primeros años a la Revolución de Octubre. Ésta, en último análisis, guste o no, es la única base razonable y teóricamente fundamentada para una comprensión de los acontecimientos en curso en cada uno de aquellos países (*nota de la cuarta edición*, 1993).

idealismo y voluntarismo pequeño-burgués. El primer objeto de aquellas críticas fue precisamente la teorización –que se comenzaba a difundir en el MININD– con respecto a la validez general de la experiencia allí realizada, con sus unidades empresariales y sus criterios de previsión y contabilidad, con el funcionamiento del modelo de empresa administrada según el *sistema presupuestario de financiamiento*, que se distinguiría del modelo de empresa con *el sistema presupuestario autónomo*. Partiendo de allí, las críticas y

las ulteriores respuestas a los críticos debían después hacerse extensivas a la utilización de otras categorías económicas más generales y de las cuales hablaremos ahora.

Pero antes de examinar la discusión que bajo el perfil teórico es ciertamente la más importante –respecto a la permanencia de la ley del valor en la sociedad de transición–, será bueno resumir sintéticamente el funcionamiento diferente de los dos modelos de empresa mencionados, ya que ambos existían y funcionaban concretamente en la Cuba del ministro Guevara.

Las empresas con el *sistema presupuestario autónomo* se fundamentan en el principio del cálculo económico: es decir, se insertan en la escala de prioridades de los objetivos indicados por el plan, con una propia autonomía contable. El Estado les concede medios mínimos para la gestión ordinaria, pero la actividad económica real y verdadera de las mismas depende de los créditos que los bancos les concedan, imponiendo un interés y valorando la tasa de rentabilidad de la hacienda. La estructura financiera externa, el banco, puede, por lo tanto, ejercer un control sobre la gestión de la empresa, sobre la elaboración de sus programas, mientras que las transacciones entre una empresa y otra tienen lugar sobre la base de criterios comerciales. Criterios que a su vez se reflejan en la organización del trabajo dentro de la misma empresa, donde prevalecen métodos de incentivación material, en forma de destajo y premios de producción. La relación con los instrumentos centrales de la planificación tiende a hacerse, como se ve, extremadamente inestable y se puede hablar con respecto a estas empresas de una relativa descentralización del poder de decisión y administración.

Las mismas prefiguran muchas de las características que en los países del Este son propuestas en aquellos mismos años por los «reformadores» (por ejemplo Liberman y Trapezhnikov en la URSS) y que en la misma Cuba prevalecen como modelo administrativo para las empresas dependientes del INRA (en aquella época dirigido por Carlos Rafael Rodríguez, uno de los más competentes cuadros provenientes del PSP).

Las empresas reguladas según el *sistema presupuestario de financiamiento* no tienen, sin embargo, autonomía real ni individualidad jurídica. Son rígidamente insertadas en el plan nacional, no singularmente, sino como parte del respectivo *trust* de su rama económica de producción, es decir, como parte de las *empresas consolidadas*, en las que se agrupan todas las contadurías administrativas de las unidades productivas de cada sector. La dependencia del Banco Central es unívoca, en el sentido de que el presupuesto es establecido por el plan y no depende de la rentabilidad de la empresa en particular. El paso de productos de una empresa a otra no es considerado un intercambio comercial, sino una simple transferencia o incremento de valores sin la adquisición de nuevas propiedades. No existen incentivos para la productividad empresarial, cuyas metas son fijadas por el plan. Ni, como consecuencia, incentivos para la productividad individual, sino en formas muy reducidas, que según la tendencia, estaban destinadas a desaparecer, para ir cediendo el puesto a los incentivos de orden moral. Es éste el modelo de empresa que prevalece en las que dependen del MININD dirigido por el Che.

En el período en el que Guevara comienza a poner por escrito algunas reflexiones propias y originales sobre la economía de la sociedad de transición, las posiciones soviéticas favorables al hecho de recurrir a los incentivos materiales han sido ya ilustradas en Cuba con la traducción de un artículo de Serguéi Shkurco, titulado «El principio del interés material y la remuneración del trabajo en la URSS» (*Cuba Socialista*, nº 15, noviembre de 1962).

No es éste, sin embargo, el problema central que al iniciarse el debate parece atraer la atención del Che. Él trata de razonar desde el primer momento en términos de teoría general y por lo tanto las cuestiones más relevantes le parecen hacer referencia a la validez y a la aplicación de la *ley del valor* en la sociedad de transición. Y efectivamente, para un marxista se trata de temas esenciales, reales y verdaderas cuestiones de principio, de las que se pueden derivar también divergencias y consecuencias prácticas muy significativas.

3. La ley del valor

Una exposición general de las ideas de Guevara al respecto aparece en el primer número de la revista del Ministerio, *Nuestra Industria*, en junio de 1963 (“Consideraciones sobre los costos de producción como base para el análisis económico de las empresas sujetas a sistema presupuestario”). Aquí se afirma que la forma histórica o la expresión más directa en la que se manifiesta la ley del valor en nuestra época, es el mercado capitalista y que la misma no es pensable aislada de aquél su contexto «natural». En la sociedad de transición,

sin embargo, a medida que va cambiando la función específica del mercado, no puede dejar de cambiar también la extensión y la aplicación de esta ley.

En el caso cubano, según el Che, el cambio se manifestó drásticamente, ya que el nuevo gobierno se vio obligado a adoptar desde el principio medidas de racionamiento de la distribución de los bienes de consumo, de congelación de los precios y, por lo tanto, de determinaciones artificiales del valor real de las mercancías. Él añade, sin embargo, que también cuando deba cesar una situación transitoria de este tipo, los efectos de la economía planificada harían imposible un regreso a la situación anterior de libre juego de oferta y demanda, y por lo tanto a un restablecimiento puro y simple de la ley del valor, en su función clásica de medida de los términos de intercambio (dentro de la relación económica fundamental, de competencia, del modo de producción ca-pitalista).²⁰

20. Recordemos que, para Marx, el valor de intercambio de una mercancía está determinado por la *cantidad de trabajo socialmente necesario incorporado a la misma* y que, por lo tanto, cada aumento de la cantidad de trabajo necesaria para su producción debe aumentar en ella el valor, cada disminución debe disminuirlo. De aquí se obtiene la ley general según la cual «los valores de las mercancías están en proporción directa al tiempo de trabajo empleado para la producción de las mismas, y en proporción inversa a las fuerzas productivas del trabajo empleado».

A partir del momento en el que las oscilaciones de mercado se congelan y el Estado interviene en la determinación artificial de los precios, afirma Guevara, se crea una nueva relación entre los precios mismos, separada de su valor (que él considera a su vez como determinación media del trabajo incorporado, pero teniendo presente como parámetro la dimensión internacional).

«¿Cómo hacer para que los precios coincidan con el valor? ¿Cómo manejar conscientemente el conocimiento de la ley del valor para lograr el equilibrio del fondo mercantil por una parte, y el reflejo fiel en los precios por otra? Esto es uno de los problemas más serios planteados a la economía socialista, donde el dinero cumple la función de medida de valor, y que por lo tanto los precios se expresan solamente en forma ideal, en dinero aritmético».²¹

La respuesta de Guevara a este interrogante es bastante evasiva, en el sentido de que él cita la experiencia de la URSS, pero sólo para explicar que los mecanismos medibles de la planificación allí fueron adoptados por las grandes elecciones de la política económica, dejando sin embargo, que las relaciones entre las empresas se autorregularan en «un juego más o menos libre» de cálculo económico y autofinanciamiento, sometidos al control general de los bancos, de los cuales depende en última instancia la concesión de créditos y la determinación de las tasas de interés.

En Cuba, la posibilidad de centralizar efectivamente la determinación de todas las actividades financieras de las empresas (gracias a las modestas dimensiones de la Isla y a las buenas posibilidades de comunicación heredadas del régimen capitalista anterior) permitió desde el principio con-

El precio de mercado, a su vez, expresará sólo la *cantidad media de trabajo social* necesario para producir en condiciones medias una cantidad dada de una mercancía. Aún tendiendo a coincidir con el valor de la mercancía, el mismo oscilará, sin embargo, hacia arriba y hacia abajo de su valor según las oscilaciones de la demanda y de la oferta. A largo plazo, éstas tenderán, sin embargo, a equilibrarse y compensarse, por lo que de esto resulta –en un último análisis– que las mercancías son vendidas más o menos a los valores reales de las mismas y que las ganancias se derivan del hecho de que las mercancías se venden según sus valores reales, es decir, proporcionalmente a la cantidad de trabajo incorporado a las mismas.

21. Obras 1957-1967, cit., II, p. 212.

trolar todos los pasos internos del flujo de producción de un determinado artículo, hasta su transformación en *mercancía*. Un cambio que sobreviene, sin embargo, según Guevara, sólo cuando se verifica el primer paso de propiedad, es decir, cuando «el producto sale del sector estatal y pasa a ser propiedad de algún usuario».

El paso de una empresa a otra del mismo o de otro Ministerio no puede ser considerado, consiguientemente, como una transacción comercial, sino como una fase del proceso de producción que le confiere valor al producto, sin transformarlo aún en una mercancía.²² En esta situación, afirma Guevara, el papel del banco que financia la empresa se circunscribe al de una simple caja contable, que no determina el precio de mercado, sino que se limita a registrar los movimientos del artículo producido.²³

La empresa, a su vez, no tiene fondos propios y sus entradas son transferidas hacia el sistema de contabilidad centralizado, hacia el presupuesto nacional. No funcionando la ley del valor dentro del sector socializado y no subsistiendo una relación de mercado, continúa existiendo el problema de la determinación

del costo, ya que el costo de producción y el precio no tienen que coincidir necesariamente.²⁴

1. 22. «En lo que concierne a la primera categoría (el intercambio internamente en la misma esfera económica estatal) no es en realidad posible prefijarse objetivos positivos en cuanto a los fines de la acumulación socialista. La economía de intercambio se reduce aquí a la regulación económica del cambio, a la reducción de los costos de circulación», Evgueni A. Preobrazhenski, «La ley fundamental de la acumulación originaria socialista» en N. Bujarin, E. Preobrazhenski, *L'accumulazione socialista*, Roma, 1969, pp. 27-28. Traducido de la edición italiana (*N. del T.*).

2. 23. «Si la Banca del Estado saca un elevado tipo de interés de las empresas estatales que hacen uso del crédito a largo o a corto plazo, en este caso no se lleva a cabo un proceso de acumulación en la esfera estatal, sino esencialmente un proceso de redistribución de recursos internamente en la esfera estatal» *Ibid.*, p. 25.

3. 24. «Pero si no se puede juzgar la fuerza y la consistencia de las leyes específicas de la producción mercantil en base a las dimensiones del intercambio monetario, porque semejante enfoque del problema es puramente formal y superficial, sería igualmente formal y superficial juzgar la influencia de las leyes de la producción mercantil en la economía estatal asumiendo como criterio los volúmenes de mercancías que se dirigen desde la economía privada a la estatal y viceversa» *Ibid.*, p. 67. Ambas citas fueron traducidas de la edición italiana (*N. del T.*).

El costo de producción puede constituir efectivamente el elemento de medición objetiva, que permita al administrador de la unidad económica –a nivel de empresa, o Ministerio– tener un cuadro preciso del funcionamiento de la unidad en cuestión. Por tal razón, según Guevara, la estructura general de los precios (establecidos fuera del sector socialista y con respecto al mercado internacional) no va completamente apartada de la determinación de los costos de producción, para no perder la utilidad aritmética del dinero, su capacidad de medición, de la que depende, al fin y al cabo, la posibilidad de mantener una visión objetiva, de conjunto, sobre la marcha general de la actividad productiva.

El cuadro se hace más difícil, sin embargo, por las distorsiones provisionales o estables que el progreso tecnológico o la acción de los monopolios sobre los mercados externos hacen incidir diariamente en los precios del mercado internacional, y que por lo tanto se reflejan en el mercado interno. Guevara formula el problema, pero no ofrece por el momento una solución practicable (fuera de vagas referencias a una medición, quizás algún día posible, de los precios y de la rentabilidad comparada de cada uno de los aparatos productivos en términos de valor mundial).

«La ley del valor se expresa relativamente pura en el mercado mundial», continúa el Che, mientras que en la sociedad de transición la misma resulta alterada en su funcionamiento debido a la existencia de un sector socializado y por la necesidad de elaborar algunas prioridades según criterios no económicos, fundamentados en valoraciones de estrategia política y de utilidad social para la población.²⁵ Sólo el costo sería por lo tanto el elemento que puede dar el índice de la gestión de la empresa, independientemente de su mayor o menor correspondencia con los precios practicados en el sector socializado, mientras que «en el precio se reflejaría el análisis

25. «Si este proceso no se desarrolla en la línea de la ley del valor, sino opuesta a la misma, si la industria de Estado se desarrolla y se consolida en oposición a la ley del valor, esto es posible solamente porque otra ley se contrapone a la ley del valor, la modifica, la desvía y en parte la elimina. Hemos ya visto que ley es ésta (la de la «acumulación socialista»)» E. Preobrazhenski, *ibid.*, p. 65. Traducido de la edición italiana (*N. del T.*).

sis automático de la rentabilidad en relación con los precios mundiales».

El resto del artículo se adentra en criterios de repartición de cada una de las voces relevantes para el análisis de los costos, haciendo propuestas en cuanto al modo de reducir estos últimos (a través del ahorro productivo) y acerca de las medidas de control aptas para reducir las diferencias encontradas en el pasado, tanto en el plano de la responsabilidad individual, como colectiva. Por el momento es todo, aunque en la conclusión se hace referencia a la relación entre ciencia aplicada y papel subjetivo del individuo, al que veremos adquirir una relevancia que irá creciendo poco a poco en la siguiente reflexión económica del Che:

«En ese instante, adquirirán su importancia los métodos modernos de planificación y será posible acercarse al ideal de que la economía se rija mediante análisis matemáticos y, mediante ellos, elegir las proporciones más adecuadas entre acumulación y consumo y entre las distintas ramas productivas;²⁶ sin olvidar, claro está, que el ser humano, razón de ser de nuestra Revolución y nuestros afanes, no puede reducirse a una mera fórmula y sus necesidades serán cada vez más complejas, desbordando la simple satisfacción de las necesidades materiales. Las distintas ramas de la producción se irán automatizando, aumentando inmensamente la productividad del trabajador y el tiempo libre será dedicado a tareas culturales, deportivas, científicas en su más alto grado y el trabajo será una necesidad social» (VII,

106).

En el mismo mes de junio de 1963, mientras que el artículo de Guevara aparece en *Nuestra Industria*, el ministro de Comercio Exterior, Alberto Mora, publica un ataque frontal contra las posiciones del Che en la revista del mismo Ministerio, *Comercio Exterior* («En torno a la cuestión del funcionamiento de la ley del valor en la economía cubana en los actuales momentos»). Junto a la réplica de Guevara, este artículo será publicado nuevamente en octubre en *Nuestra Industria*.

26. Guevara fue lector atento y admirador de uno de los estudiosos marxistas más conocidos en el campo de la utilización de los modelos matemáticos en economía: el polaco Oscar Lange. Poco tiempo después debía ser publicado en Cuba su amplio tratado de *Economía política*, Publicaciones económicas, La Habana, 1966.

«Algunos compañeros plantean que la ley del valor no funciona actualmente dentro del sector estatal de la economía cubana. Estos mismos compañeros reconocen la vigencia de la ley del valor en las relaciones entre el sector privado y estatal de la economía, pero no lo hacen entre las empresas estatales. Para ellos, todo el sector estatal o socializado constituye “una sola gran empresa” ya en estos momentos en Cuba».

Es el comienzo del artículo de Mora y no podría ser más explícito en cuanto a su intención de abrir una real y verdadera polémica teórica de carácter general. El mismo no deja dudas en cuanto a quiénes son los «compañeros» en cuestión y cuál es el objeto central de la disputa. Nosotros nos limitaremos a resumir las posiciones esenciales de Mora, sin expresar nuestro punto de vista, de modo que se pueda captar mejor el significado de las respuestas y de las siguientes críticas de Guevara (que es además lo que interesa en este punto).

La producción es regulada en su conjunto, según Mora, por la ley del valor, que establece también los criterios a través de los cuales tiene lugar el intercambio de productos. Él recuerda cómo la cuestión del funcionamiento de esta ley fue afrontada con hechos alternos desde los primeros años del poder soviético, teniendo que contar con posiciones que negaban no sólo su persistencia, sino también la permanencia de la economía como ciencia. Mora cita como casos extremos a Rosa Luxemburgo y al Bujarin de *La economía en el período de transición*. Un Bujarin que, sin embargo, como se subraya, cambiaría después radicalmente su posición en el período de 1924-1928, en la época del gran debate con Preobrazhenski y la oposición de izquierda, volviendo a reconocer –en una polémica con los mismos– el pleno funcionamiento de la ley del valor. Otras críticas a esta ley, aunque en sentido diferente, son citadas por Mora en lo que respecta a los términos del «comunismo de guerra», las posiciones de Lapidus y Ostrovitianov, y finalmente las de von Mises. Fue por el contrario grande el mérito de Lenin y de la orientación económica de la NEP de restablecer el funcionamiento del mercado, en el ámbito de un sistema mixto, fundado en base a un sistema privado y a otro socialista, restaurando plenamente un sistema de economía monetaria.

La cuestión, continúa el artículo de Mora, no fue afrontada durante todos los años treinta ni en la época de Stalin ya que en el cálculo de los precios y de los planes elaborados por el Gosplan estaban incluidos todos los factores de rendimiento y de costo. Cuando en la posguerra la cuestión fue nuevamente elevada, gracias sobre todo a la obra de Stalin, *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, la respuesta oficial fue que «la ley del valor funciona en la URSS, dado el carácter aún mercantil de la producción y como consecuencia de la subsistencia de un sector privado al lado del sector estatal de la economía». Pero Mora subraya cómo Stalin añadía una delimitación muy importante al área de funcionamiento de aquella ley, gracias a la existencia en la URSS del plan y de la propiedad socialista de los medios de producción. En los debates sobre este asunto reanudados en Moscú entre 1956 y 1958, a pesar de la diversidad de posiciones, existía aún el acuerdo común de que «al menos en la primera etapa, la ley del valor funcionará en el socialismo». Ésta es la historia del debate y, en la práctica, el cuadro general de las posiciones comúnmente aceptadas por los economistas de inspiración soviética.

Mora procede por lo tanto a dar su propia contribución a esta cuestión, afirmando que Marx «no identifica, de ninguna manera, valor y trabajo, que el trabajo es la sustancia creadora del valor, que el trabajo es el creador del valor». Guevara y sus compañeros confundirían «el tamaño del valor», es decir, su medida –de la que habla Marx– con el valor en sí.

Es necesario, sin embargo, distinguir entre «valor» y «valor de cambio», llegando a la conclusión de que el valor expresa en realidad «una relación bien objetiva, existente entre los recursos limitados disponibles y

las necesidades crecientes del hombre». El tamaño del valor se expresa en la cantidad de trabajo socialmente necesario para producir un bien y sólo en este sentido el trabajo crea valor, es decir, como trabajo socialmente necesario.

Sólo al llegar a una libre y plena disponibilidad de recursos –afirma Mora– «la necesidad de expresar dicha relación perdería su sentido» y entonces sí se podría afirmar que la ley del valor ha dejado de funcionar. No es olvidado, sin embargo, el hecho de que ante el surgimiento recurrente de nuevas necesidades se pueden volver a crear nuevas relaciones deficitarias, y que en este sentido la ley del valor continuaría, no obstante, teniendo su aplicación, aunque limitada, también en una fase muy avanzada de la construcción del socialismo.

No pudiéndose realmente hablar con respecto a Cuba de una plena disponibilidad de recursos, es evidente que tampoco en su economía planificada el valor desaparece, sino que más bien el mismo reaparece en el funcionamiento objetivo de la JUCEPLAN, como «criterio económico y regulador de la producción». Si en la producción mercantil la acción del valor es automática, en el socialismo la misma se expresa, a través de la actividad planificadora. Y para estas afirmaciones suyas, Mora recurre explícitamente al economista soviético Novozhilov.

En una economía planificada no hay contradicción entre el funcionamiento objetivo de la ley del valor, como guía para la determinación de las inversiones, y los otros criterios de naturaleza política social, etc. Una nueva larga cita de Stalin reafirma a Mora en su convicción de que las leyes de la naturaleza y de la ciencia coinciden y que sólo la aplicación de las mismas a la sociedad puede salvar a esta última de la ruina.

En Cuba, por lo tanto, la ley del valor, según Mora, conservaría plena validez en el sentido antes mencionado, pero con la advertencia final de no ilusionarse en cuanto a la existencia de un único gran sector estatal, como forma general de propiedad. «La propiedad estatal no es, aún, la propiedad social plenamente desarrollada que solamente se alcanzará en el comunismo».

Mora puede concluir, afirmando con decisión que «en los actuales momentos en Cuba, la ley del valor mantiene, todo su sentido: opera, como criterio económico, aún dentro del sector estatal».

“Sobre la concepción del valor. Respondiendo a algunas afirmaciones sobre el tema” es el título del artículo de respuesta de Guevara (en *Nuestra Industria*, octubre de 1963).

Él niega ante todo que la ley del valor sea una creación del hombre.

«Esto está en contradicción plena con las ideas de Marx sobre las leyes económicas de la sociedad. Todo su trabajo estuvo dedicado a desentrañar la esencia de los fenómenos bajo su apariencia, demostrando que los diversos fetiches adquiridos por la humanidad sirven sólo para disimular su ignorancia» (VIII, 122).

Son las relaciones de producción las que han hecho surgir el «valor», y el hombre, aunque puede cambiar a la sociedad en condiciones determinadas, no puede en verdad «inventar» sus leyes.

En lo que respecta a la cuestión del «trabajo socialmente necesario», Guevara no tiene dificultad a la hora de mostrar que Mora confundió el concepto marxista de «necesidad social» con la «utilidad social» y de ahí saca después sus afirmaciones sobre la relación entre necesidades y recursos disponibles. Es cierto que sin la utilidad social del producto no puede existir un valor de cambio del mismo, pero es también real que en la concepción de Marx se trata de «trabajo abstracto», y la medida de aquel trabajo es la medida del valor.

Guevara cita como apoyo un pasaje de *El Capital* y después afirma que la relación entre necesidades y recursos se puede expresar mucho mejor en la fórmula de la demanda y de la oferta, que hace referencia directa a la existencia de un mercado y «que constituye uno de los eslabones en el funcionamiento de la ley del valor o de la relación-valor».

(Probablemente, Guevara no se daba cuenta en aquella época de que el razonamiento de Mora sobre las necesidades, sobre la «utilidad» y la «disponibilidad» de recursos, estaba sacado directamente de textos de algunos teóricos soviéticos como Novozhilov y Kantoróvich, que a su vez los sacaban a manos llenas de teorías neomarginalistas, que se hicieron clásicas en el desarrollo del pensamiento económico burgués. Por eso, probablemente, él se muestra en general cauto al respecto, cuando habría podido llevar adelante un ataque a fondo más radical contra la repetición de aquellas posiciones por parte de sus adversarios).²⁷

27. Sobre las posiciones de los economistas soviéticos véanse Alec No-ve, *Was Stalin really necessary? Some problems of Soviet*

political economy, Londres, 1964 (Turín 1968) y Piero Bernocchi, *Le «riforme» in URSS* (con ensayos de Birman, Kantoróvich, Leóniev, Novozhilov, Omarov y otros), Milán, 1977.

El Che recapitula las posiciones ya expresadas sobre el funcionamiento de la ley del valor en relación con la existencia de un mercado capitalista, con respecto al cual la existencia de un proceso de socialización de los medios de producción no puede dejar de introducir un elemento de choque y diferenciación. Afirma después que Marx y Engels «no previeron que la etapa de transición pudiera iniciarse en países económicamente atrasados y, por ende, no estudiaron ni meditaron sobre las características económicas de aquel momento». Mientras que Lenin, aún habiendo formulado su concepción fundamental sobre el desarrollo desigual del capitalismo, no tuvo después posibilidad de profundizar en el tema. A los trabajos de Lenin les faltarían al respecto «el desarrollo y la profundización que el tiempo y la experiencia debían darle». Es el primer indicio de crítica, que aparece en los escritos del Che, sobre algunos aspectos de la elaboración leninista: una crítica que ya sabemos destinada a profundizarse (véase el capítulo anterior).

Guevara se detiene después en los aspectos de aquella discusión relevante para la elaboración del plan y niega el haber dicho nunca que el sector estatal constituya «una sola gran empresa». Es consciente, sin embargo, de las contradicciones existentes, entre las empresas y, dentro de éstas, entre las brigadas y, además, entre los obreros de una misma brigada. Él considera una meta decisiva, sin embargo, el llegar a una situación de aquel tipo, pero afirma que esto no será posible a corto plazo, al menos mientras continúen existiendo dos sistemas diferentes de financiación. Añade después que, por la misma definición que Marx y Engels dieron de la mercancía, no se puede decir que en el paso de un producto de una fábrica a otra, en el ámbito del sector estatal fundamentado sobre el sistema presupuestario de balance, se realice un acto de cambio:

«Es simplemente un acto de formación o agregados de nuevos valores mediante el trabajo... el producto solamente adquirirá características de mercancías cuando, llegando al mercado, pase a manos del pueblo consumidor» (VII, 128).

Guevara concluye con una fraternal invitación a la corrección, mostrándose favorable a la expresión pública de una dialéctica de posiciones diferentes y defendiendo a la democracia socialista. Es importante observar cómo, sin ser todavía él quien expresa una posición de minoría, se preocupa no obstante porque el desarrollo de la discusión tenga una evolución fraternal y educativa.

«Queremos dejar constancia de que esta polémica, que se inicia con nuestra réplica, puede tener un valor alto para nuestra formación en la misma medida en que seamos capaces de llevarla con el mayor rigor científico posible y con la mayor ecuanimidad. No rehuimos confrontaciones pero, ya que estamos en el centro de una discusión que alcanza a los niveles superiores del Gobierno y el Partido, donde se mantienen dos líneas de pensamiento sobre el sistema de financiación, creemos que es importante el cuidado de la forma y del método de discusión» (VII, 129).

Otras intervenciones en la discusión –anteriores o contemporáneas a las citadas– son propuestas por Luis Álvarez Rom, ministro de Finanzas, muy cercano al Che y objeto también él de las críticas de Mora, que había publicado un artículo sobre «El contenido político y económico del presupuesto estatal» (en *Trimestre*, mayo-junio 1963); por Miguel Cossío, que intervino en *Nuestra Industria*, con un artículo contra las posiciones de Mora («Contribución al debate sobre la ley del valor», diciembre de 1963); por Marcelo Fernández Font, presidente del Banco Nacional, que en junio asumirá el cargo de Mora y que, en *Cuba Socialista* de febrero de 1964, publica un artículo sobre «Desarrollo y funciones de la Banca Socialista en Cuba», contrario a las posiciones de Guevara.

En febrero de 1964, el Che elabora su texto más amplio e importante en este debate, «Sobre el sistema presupuestario de balance» (en *Nuestra Industria*, nº 5), del cual hemos ya hablado ampliamente, refiriéndonos a la importancia crucial que el mismo tiene en la reflexión guevariana sobre el humanismo del joven Marx y sobre el carácter antidogmático más general de la filosofía marxista.

El ámbito de los problemas se amplía notablemente con esta intervención, también en relación con temas específicos del debate. Son en efecto mejor precisadas y desarrolladas las concepciones del Che sobre el cálculo económico y el papel de los incentivos morales (temas a los que regresaremos).

También sobre la cuestión de la ley de valor, el artículo añade algunos nuevos elementos de reflexión, partiendo de una lectura crítica de posiciones contenidas en el *Manual de economía política* (de la Academia de Ciencias de la URSS) brindando un resumen muy preciso de las posiciones de Guevara ya expresadas, y concluyendo con algunas nuevas formulaciones de notable interés.

Ahora se afirma, en efecto, que la ley del valor

«actúa fundamentalmente como tendencia y, en los períodos de transición, su tendencia debe ser lógicamente a desaparecer» (VIII, 22).

La *tendencia a la desaparición*, según Guevara, debe, sin embargo, caracterizar a todas las otras categorías mercantiles, de las que puede depender al fin y al cabo también el funcionamiento de la ley del valor. Entre estas categorías, el Che indica explícitamente el mercado, el dinero y el aliciente del interés material. Él afirma con decisión que el principio según el cual el comportamiento del plan socialista con respecto a las categorías híbridas, intermedias, de la fase de transición debe ser el de apuntar hacia la extinción y no hacia la «consolidación» de las mismas. Se corre el riesgo de lo contrario, de llegar a considerarlas como correspondientes a una determinada fase histórica.²⁸

Si la ley del valor continúa haciendo sentir su propio peso, aunque sea parcialmente, es sólo como una herencia de la vieja sociedad mercantil y no por efecto del cambio social que está teniendo lugar en las relaciones de producción. (Si se hubiera desarrollado, esto habría podido revelarse como un tema polémico crucial, por parte del Che, con respecto a

28. «Cuando nuestros *trust* fueron constituidos e introducidos en ellos el cálculo económico, su apariencia externa, su perfil capitalista y los métodos capitalistas de cálculo aplicados, les permitieron a un cierto número de economistas vulgares el poder elaborar una especie de “teoría” de la competencia entre empresas estatales individuales y empresas capitalistas, una teoría que estremeció de modo equívoco a personas de formación marxista

o que al menos conocían los abecé del marxismo y vulgarizadores de la “ciencia” burguesa» E. Preobrazhenski, op. cit. p. 55. Traducido de la edición italiana (*N. del T.*).

los economistas del área soviética, «reformadores» incluídos, cuyas elaboraciones de aquella época tendían a dar una justificación histórica, una especie de racionalización, en los límites objetivos de la sociedad que se define precisamente como de «transición», tratando de conferirles a los mismos la dignidad de nuevas categorías económicas destinadas a durar toda una época).

Guevara añade ahora mayor énfasis a los efectos que en la economía socializada produce la permanencia de la ley del valor a escala internacional, pero en ese contexto se comienza por primera vez a hablar además de diferencias y desventajas en las condiciones de intercambio, en las relaciones comerciales que median entre el campo socialista y los países atrasados. El tema será reanudado en términos más explícitos, un año después (en Argel, como veremos), por el mismo Guevara, que ahora concluye sin embargo su nueva intervención sobre la ley del valor afirmando: 1) que no es posible un uso consciente de la misma por parte del hombre; 2) que no existe una categoría *mercancía* en la relación entre empresas estatales; y 3) que la ley del valor y el plan «son dos términos ligados por una contradicción y su solución» (VIII, 25).

Es de este mismo período una carta que Guevara escribe al ciudadano José Medero Mestre (26 de febrero de 1964). La misma es importante porque nos ofrece un cuadro vívido del estado de ánimo del Che, en este período, y de su actitud personal hacia el debate económico que lo ocupa.

«Sólo una afirmación para que piense», escribe el imprevisible ministro de Industria al ciudadano, ilustre desconocido, que le había dirigido una carta de críticas fraternales (y que probablemente habrá también encontrado normalísimo que un ministro le respondiera personalmente...):

«Anteponer la ineficiencia capitalista con la eficiencia socialista en el manejo de la fábrica es confundir deseo con realidad. Es en la distribución donde el socialismo alcanza ventajas indudables y en la planificación centralizada donde ha podido eliminar las desventajas de orden tecnológico y organizativo con el capitalismo...

Se ha pretendido establecer la sociedad nueva con un híbrido; al hombre lobo, la sociedad de lobos, se reemplaza con otro género que no tiene el impulso desesperado de robar a los semejantes, ya que la explotación del hombre por el hombre ha desaparecido, pero sí impulsos de las mismas cualidades (aunque cuantitativamente inferiores), debido a que la palanca del interés material se constituye en el árbitro del bienestar individual y de la pequeña colectividad (fábricas por ejemplo), y en esta relación veo la raíz del mal. Vencer al capitalismo con sus propios fetiches a los que se les quitó su cualidad mágica más eficaz, el lucro, me parece una empresa difícil.»²⁹

En marzo de 1964, Guevara interviene nuevamente para hacer una puntualización con respecto al artículo de Marcelo Fernández Font («La banca, el crédito y el socialismo», en *Cuba Socialista*, nº 31), defendiendo el sistema presupuestario de balance. En esta intervención son resumidas sustancialmente las teorías de Marx acerca de la circulación y la transformación comercial en el proceso «Mercancía-Dinero-Mercancía» (del

primer libro de *El Capital*) y las posiciones de Lenin sobre la función imperialista del capital financiero. Además, el resto del artículo está constituido sobre todo en base a citas de largos párrafos sacados del tercer libro de *El Capital*. El objetivo es demostrar que en cuanto a la determinación de los criterios de elaboración del presupuesto

«los compañeros del Banco usan los conceptos económicos aquí tratados, en la forma fetichista de la economía clásica y aún de la economía vulgar» (VIII, 58).

Es ciertamente la intervención menos original y más escolástica del Che en el transcurso de todo el debate. El mismo probablemente pone también de manifiesto el cansancio que el autor ha ido adquiriendo durante la polémica y quizás también el surgimiento de las primeras amarguras ante la obstinada resistencia de sus adversarios. La resonancia del choque está a pesar de todo destinada a ampliarse en el mes de abril, cuando aparece en *Cuba Socialista* la intervención de Charles Bettelheim: «Formas y métodos de la planificación socialista y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas».

29. XI, 384, cursiva nuestra.

El artículo es bastante conocido y refleja posiciones expresadas por el economista francés en otras numerosas publicaciones. Recordaremos solamente que, ya en el año anterior, Bettelheim había dado una conferencia en la Universidad de La Habana sobre el tema «La ley del valor y la construcción del socialismo». En aquella ocasión se refirió explícitamente al debate que estaba teniendo lugar y anticipó los temas principales de su larga y compleja intervención, afirmando por ejemplo que en Cuba,

«en el estadio actual de socialización de las fuerzas productivas, el tiempo de trabajo socialmente necesario (en todos los sentidos de este término) no es aún plenamente medible de manera directa; por eso las categorías mercantiles se imponen objetivamente como el único medio de medida, y de medida indirecta, del tiempo de trabajo socialmente necesario».

En este cuadro él expuso también una concepción muy restrictiva de las tareas económicas de la Revolución –y que no podía ciertamente obtener el consenso de Guevara– según el cual

«la planificación socialista representa el primer esfuerzo de la humanidad para calcular de antemano el tiempo de trabajo que la sociedad deberá consagrar a las diferentes producciones y cuál deberá ser el costo social de cada unidad producida» (ibid, p. 22).

En la nueva intervención, Bettelheim afirma, explícitamente, la total vigencia de la ley del valor también internamente en el sector de la propiedad estatal. Niega que el desarrollo de las relaciones de producción haya llegado al punto de poder hablar de una coincidencia entre la expresión jurídica de aquellas relaciones y el poder efectivo de las mismas, y delinea un cuadro general de las sociedades de transición en el que las leyes del mercado (capitalista) continúan obrando activamente. Para el economista francés, también los intercambios internos en el sector estatal mantendrían

30. El texto está en C. Bettelheim, *Planification et croissance accélérée*, París 1965. Acerca de los mismos temas se pueden consultar también *Problèmes théoriques et pratiques de la planification*, París, 1966; *La transition vers l'économie socialiste*, París 1968; *Calcul économique et formes de propriété*, París, 1970.

por lo tanto un carácter comercial y la tarea de la planificación consistiría esencialmente en poner orden en ese «mercado socialista», oponiéndose al libre juego de las leyes del mercado. Descentralización relativa de los niveles de decisión empresarial, autonomía financiera e incentivos materiales le parecen a Bettelheim elementos irrenunciables de esta planificación mercantil. Cualquier concesión al voluntarismo, a su juicio, no podría menos que perjudicar la eficacia de aquella misma planificación.

La contraposición a la tesis de Guevara no podía ser más completa y radical.

Contra Bettelheim, y en parcial pero sustancial defensa de las posiciones del Che, interviene Ernest Mandel, el conocido economista belga, con un artículo publicado en *Nuestra Industria* en junio de 1964 («Las categorías mercantiles en el período de transición»). Él critica ante todo la metodología utilizada por Bettelheim, su

«negativa a aplicar algunas categorías a una realidad histórica determinada, es pretexto de que esas categorías no se manifiestan de manera “pura” en una realidad histórica determinada».

En el análisis de un período de transición, este error metodológico puede conllevar según Mandel a extraviarse en los detalles, perdiendo de vista la totalidad del fenómeno en su lógica interna. Él critica el peso excesivo atribuido a algunas distinciones que pueden revelarse como metodológicamente artificiosas –como la cuestión de la propiedad jurídica, de la efectiva disponibilidad integral, etc.– afirmando que la naturaleza de la propiedad social de los medios de producción

«no reside, en último análisis, en el hecho de hacer posible semejante disposición integral, sino en el hecho de hacer posible una disposición de los medios de producción suficiente para eliminar el juego de las fuerzas motrices del capitalismo y para asegurar un crecimiento económico conforme a otras leyes económicas, las de una economía socializada y planificada».

Sería interesante seguir todo el desarrollo de la argumentación de Mandel, pero esto nos llevaría demasiado lejos de los fines del tema que nos ocupa. Nos vemos pues obligados a sintetizar recordando que Mandel se pone decididamente de parte del Che en cuanto a la cuestión de la extinción de las categorías mercantiles en el sector socializado, afirmando claramente que los bienes producidos en aquel ámbito no pueden ser considerados como mercancías hasta que los mismos no son objeto de un cambio de propiedad. Con respecto a la cuestión central del debate, él profundiza en el razonamiento de Guevara, confirmando que si fuese verdaderamente la ley del valor la que determinara y regulara las inversiones en el sector socialista, se destruirían no sólo las bases de cualquier posibilidad de planificación, sino que, además, se condenaría a todos los países subdesarrollados del mundo a permanecer eternamente en su condición. Y esto porque:

«en un país subdesarrollado, la agricultura es en general más rentable que la industria, la industria ligera más rentable que la industria pesada, la pequeña industria más rentable que la gran industria, y sobre todo la importación de bienes industriales del mercado mundial más rentable que su fabricación en el mismo país».

En lugar de perderse en discusiones abstractas sobre los diversos grados de autonomía financiera, se deberían examinar, según Mandel, las condiciones materiales, técnicas, en las que se desarrolla el proceso de producción, junto a los métodos y los factores que dirigen a favor o en contra la descentralización. Todo ello, sin embargo, en un cuadro de análisis concreto y determinado, ya que la finalidad última del planificador socialista se reduce a la necesidad de

«una lucha tenaz y a largo plazo entre el principio del plan consciente y el juego ciego de la ley del valor. En esta lucha, el planificador puede y debe utilizar conscientemente la ley del valor de manera parcial con el fin de combatirla mejor, en forma global».

Una buena utilización, en fin, de la «dialéctica de fines y medios», según Mandel, podría permitir la superación de la contraposición entre incentivos materiales y morales, ya que también los primeros, en determinadas condiciones, pueden tener un valor decisivo para la realización de las finalidades del plan y el desarrollo de la conciencia socialista. Ésta sigue siendo en cada caso el objetivo históricamente superior y decisivo que se ha de conseguir. Una conclusión, como se ve, decididamente «guevariana».¹¹

El Che se defiende de las críticas de Bettelheim con una última intervención (“La planificación socialista, su significado”), que fue publicada en junio de 1964 en *Cuba Socialista*. En ella critica la posición mecanicista del economista francés, que quisiera considerar las fuerzas productivas y las relaciones de producción como «dos mecanismos que marchan unidos indisolublemente en todos los procesos medios del desarrollo de la sociedad».

El Che demuestra cómo por parte de Bettelheim hay una total incomprensión del *carácter desigual del desarrollo histórico* y de las determinaciones que de esto se derivan. Expone su razonamiento de amplia perspectiva histórica y lo hace ya con maestría y pleno dominio de argumentos y referencias. No usa la definición –ya clásica para el marxismo revolucionario– «de ley del desarrollo desigual y combinado», pero hace, no obstante, una exposición sintética y eficaz de la esencia de aquella misma ley, dejándonos un ejemplo brillante de la diferencia que puede mediar entre dialéctica marxista aplicada creativamente y cansada repetición de fórmulas dogmáticas. Se sirve, por lo tanto, del ejemplo de la Revolución rusa para demostrar la validez de aquella ley, pero después transfiere ese razonamiento a la Cuba contemporánea, demostrando que la Revolución en la Isla no constituye una excepción de los principios de la dialéctica

histórica, sino una confirmación: y eso, precisamente en el sentido de la ley citada más arriba y por Guevara ahora resumida en la conocida fórmula leninista del «eslabón más débil». De aquí él pasa a formularse nuevamente la pregunta inevitable y

31. Es normalmente considerada como una última intervención de Ernest Mandel en el debate cubano el artículo escrito en 1967 para la revista *Partisans* de París y *Marcha* de Montevideo, que resume y centraliza los términos de toda la discusión: «El debate económico en Cuba durante el período 1963-1964». Entre los muchos trabajos de Mandel dedicados a las cuestiones aquí examinadas, señalamos la ponencia que el pronunció en un convenio de febrero de 1966, «Loi de la valeur, calcul économique et planification socialiste», en Aa. Vv., *Les problèmes de la planification socialiste*, Ces, París, 1968, además obviamente de los capítulos correspondientes en el *Tratado marxista de economía*, 2 vol., Roma, 1965.

que recorrió como un fantasma toda la última fase del debate económico:

«Pero si en estas condiciones, se produce y triunfa la Revolución, ¿cómo utilizar después el argumento de la necesaria y obligatoria concordancia, que se hace mecánica y estrecha, entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, para defender, por ejemplo, el cálculo económico y atacar el sistema de empresas consolidadas que nosotros practicamos? (VIII, 99).

Como el problema es visto en su perspectiva histórica, el mismo no puede prescindir del papel que el desarrollo acelerado de la conciencia ejerce en él y, «a través de la conciencia», el mismo desarrollo de las fuerzas productivas. El Che llega así a afirmar que «en la época actual del imperialismo, también la conciencia adquiere características mundiales».

Un segundo grave error de Bettelheim, según Guevara, consiste en haberle atribuido a la infraestructura política una forma de existencia propia autónoma, escindiendo la definición formal de la propiedad de las relaciones reales de producción existentes en un país dado.

«Lo esencial es que las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas chocan en un momento dado, y ese choque no es mecánicamente determinado por una acumulación de fuerzas económicas, sino que es una suma cuantitativa y cualitativa, acumulación de fuerzas encontradas desde el punto de vista del desarrollo económico, desbordamiento de una clase social por otra, desde el punto de vista político e histórico. Es decir, nunca se puede deslizar el análisis económico del hecho histórico de la lucha de clases...

Por tal motivo, para el hombre, expresión viviente de la lucha de clases, la base jurídica que representa la superestructura de la sociedad en que vive tiene características concretas y expresa una verdad palpable... La propiedad social es expresión palpable de estas relaciones, así como la mercancía concreta es la exposición de las relaciones entre los hombres» (VIII, 101102).

Él declara insuperables las contradicciones presentes en el razonamiento de quien quiere mantener funcionando las categorías de mercado (*capitalista*, considera adecuado precisar Guevara), internamente en el sector socialista; e insiste en la incongruencia de las respuestas dadas a aquel problema por Bettelheim y por los otros defensores del «cálculo económico». Resume finalmente en siete puntos las divergencias existentes aún con Bettelheim; entre las que nos parece útil citar dos puntos decisivos, a nuestro juicio, de diferenciación real:

«4) No encontramos correcta la explicación del porqué de la necesaria vigencia irrestricta de la ley del valor y otras categorías mercantiles durante el período de transición, aunque no negamos la posibilidad de usar elementos de esta ley para fines comparativos (costo, rentabilidad expresada en dinero aritmético).

5) Para nosotros, la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista... y, por tanto, le atribuimos mucho mayor poder de decisión consciente que Bettelheim» (VIII, 107).³²

En las conversaciones en el MININD varias veces citadas (diciembre de 1964), Guevara reanuda algunos temas del debate, aunque de un modo mucho más fragmentario. Describe por ejemplo «las aberraciones» que el funcionamiento de la ley del valor produce en los países del Este, citando en particular a Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia y la RDA. En lo

32. Enumeramos las últimas intervenciones en el debate: Joaquín Infante, «Características del funcionamiento de la Empresa autofinanciada», en *Cuba Socialista*, n° 34, junio de 1964: es un alto funcionario del INRA que defiende los principios del cálculo

económico. Le contesta Luis Álvarez Rom, “Sobre el método de análisis de los sistemas de funcionamiento”, en *Cuba Socialista*, n° 35, julio 1964. Che Guevara, «Una actitud nueva frente al trabajo», discurso a los trabajadores del MININD, 15 de agosto de 1964 (en *Obra Revolucionaria*, n° 21, 1964). Alexis Codina, “Experiencias acerca del control en el sistema presupuestario”, en *Nuestra Industria*, diciembre de 1964. En el mismo número de la revista hay una segunda intervención favorable a las posiciones del Che, de Mario Rodríguez Escalona (“La concepción general de las finanzas en la historia y el sistema presupuestario de balance en el período de transición”), además de la reimpresión de un artículo escrito por Guevara para la revista *International Affairs* titulado: “Cuba: su economía, su comercio exterior y su significado en el mundo actual”. Se debe citar finalmente a Miguel Figueras, “Aspectos y problemas del desarrollo económico cubano”, en *Nuestra Industria*, octubre de 1964 y febrero de 1965, que expresa dudas acerca de la decisión de volver a priorizar la agricultura como factor económico de arrastre para la nueva fase.

que respecta a la URSS hemos ya recordado sus referencias a tendencias de regreso hacia categorías de tipo capitalista. Vale la pena, finalmente, señalar que Guevara hace extensivo ahora aquel tipo de críticas también a Cuba:

«Ahora sí, por mí es evidente que donde se utiliza, al hablar de métodos indirectos, la ley del valor, exactamente allí estamos metiendo el capitalismo de contrabando, porque en todo caso en Cuba todavía existe una serie de categorías del capitalismo que estamos reintroduciendo en el sector estatal. De manera que está expuesta mi posición...».³³

A principios de 1965 el debate se atenúa casi hasta desaparecer. Según Huberman y Sweezy (*Socialism in Cuba*):

«las ideas de Guevara se conservaban, sin embargo, y la discusión en la que él jugó un papel tan importante parece haber continuado entre los relevos. Quizás un día sabremos toda la verdad sobre los acontecimientos de aquel período, pero por el momento no tenemos más que informaciones poco seguras. Sabemos obviamente que fue en aquellos años cuando se produjeron los cambios fundamentales en las estructuras de las instituciones políticas y económicas y fue adoptada la nueva estrategia de desarrollo económico, fundamentada en la prioridad de la caña de azúcar y la cría».³⁴

A nosotros nos parece, sin embargo, que aquel debate terminó realmente con la «partida» del Che, en la primavera de 1965. En aquellos mismos meses, por otra parte, la atención de la dirección cubana comenzaba a desplazarse hacia

1. 33. *El Che en la Revolución cubana*, op. cit., VI, 577. Un amplio ensayo sobre el funcionamiento de la ley del valor y otras categorías mercantiles en la sociedad de transición, en el cual resuenan y se desarrollan muchos de los temas guevarianos, fue publicado en *Pensamiento crítico*, 11/1967, septiembre, por dos miembros del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana: Angel Hernández y Jorge Gómez, “El problema teoría económica— período de transición”, en particular las pp. 28-39.

2. 34. El debate que hemos reconstruido hasta aquí ha sido analizado y comentado en numerosas publicaciones. Indicamos sólo algunas de las principales: Saverio Tutino, “Ricerca e dibattito critico sullo sviluppo economico a Cuba”, en *Rinascita*, 28/1964; Sergio De Santis, “Il dibattito sulla gestione socialista a Cuba”, op. cit. Adolfo Gilly, “Inside the Cuban revolution» en *Monthly Review*”, octubre de 1964; W. Wolfgang Müller, introducción a *Wergesetz, Planung und Bewußtsein. Die Planungsdebatte in Cuba*, Frankfurt, 1969.

otros problemas de la economía —el azúcar, los microplanos agrícolas, la nacionalización integral, la política de los «planes especiales», la potenciación de los servicios, etc.— que reflejaban a su vez orientaciones y temas en gran medida diferentes a los sometidos a la anterior discusión.

Valga como ejemplo la decisión de volver a apuntar de modo priorizado hacia la monoproducción agrícola: la caña y la exportación del azúcar. Era una opción que debía permitir, según las intenciones de quien la proponía, crear las bases para un proceso de «acumulación socialista» acelerado. Y esto con la perspectiva de hacer posible una primera fase de despegue económico y el comienzo de un proceso general de reestructuración productiva: meta, la mítica zafra de los diez millones de toneladas en 1970. De allí después eventualmente volver otra vez a pensar en un nuevo comienzo de la industrialización.

Y bien, no tenemos conocimiento de textos o discusiones públicas sobre un viraje tan radical u opciones tan arriesgadas. Una discusión de esta nueva orientación, por otra parte, habría podido levantar, para la economía cubana, cuestiones aún más profundas y cruciales que las que surgieron en el debate de 1963-1964.

Guevara, por ejemplo, habría podido además compartir la perspectiva de adoptar —al precio de notables sacrificios para la población— un plan de inversiones masivas en un único sector, que permitiera la puesta en práctica de alguna forma de «acumulación originaria socialista»: a esto lo impulsaban en todo caso su formación marxista, sus afinidades con las concepciones de Preobrazhenski y su confianza absoluta en los mecanismos de la planificación. Pero no habría compartido y no compartió las prioridades asignadas a la agricultura, al mecanismo obsoleto del monocultivo, durante todo un período del desarrollo económico.

Él estuvo convencido hasta el final, y a pesar de todo, de que debía ser *la industria* el motor económico de la Revolución, aún en un proceso acelerado de acumulación, que debía ser elaborado obviamente de acuerdo a un determinado tipo de planificación y apuntando hacia la máxima valoración del factor humano. No hallamos entre sus escritos y discursos ni una sola palabra a favor de las nuevas orientaciones, mientras que los ecos implícitos de su desacuerdo se encuentran en sus últimas intervenciones públicas dedicadas a cuestiones económicas (el artículo en *Nuestra Industria*, de diciembre de 1964, y las conversaciones en el MININD). Estos ecos se pueden no obstante obtener fácilmente a partir del conjunto de posiciones expresadas hasta allí como ministro de Industrias y como defensor de un determinado modelo de planificación y gestión empresarial.

No se puede decir –como han hecho muchos– que sus ideas económicas habrían después triunfado en Cuba, gracias a la adopción de incentivos morales y otras medidas más drásticas de nacionalización y centralización adoptadas a partir del discurso de Fidel Castro del 23 de septiembre de 1966 (y después sobre todo en marzo de 1967). Es cierto, el factor conciencia saltaba a un primer plano, se reducía a mínimos insignificantes el funcionamiento de las categorías mercantiles y se privaban a las empresas de cualquier autonomía financiera. Pero se hacía todo aquello en el marco de un abandono de la industrialización como prioridad, dirigiéndolo todo hacia el azúcar y la agricultura, en ausencia ya crónica de un real y verdadero sistema de planificación central.

«En Cuba no existe aún un plan general y un modelo general de desarrollo económico... Existe solamente un determinado número de planes (anuales o a más largo plazo, preparados según la importancia asignada a los productos por la JUCEPLAN, por los ministerios o por las mismas empresas) y de asignaciones prioritarias de recursos pero sin que exista verdaderamente un plan central y una coordinación precisa de los varios planes entre sí».³⁵

En verdad, es más fácil pensar que se hubiese llegado a alguna forma de «arreglo», pero sólo en el sentido de que Guevara debe haber accedido al llegar a un punto determinado (fines de 1964, comienzos de 1965) a retirar completa

35. Jacques Valier, “L'économie cubaine: quelques problèmes essentiels de son fonctionnement”, en *Les Temps Modernes*, marzo de 1968, p. 1617. Traducción de la edición italiana (*N. del T.*).

Sobre las opciones económicas y los errores posteriores a la partida del Che de Cuba existe ya un amplio estudio de Janette Habel, *Ruptures à Cuba*, traducido por la editora Erre Emme en 1989, con el título: *Cuba fra continuità e rottura*. Juicios en su mayoría compartidos acerca del papel que jugó el Che en el debate económico se encuentran en las pp. 104-113.

mente sus posiciones. Según la hipótesis que en aquella época (otoño de 1965) formuló Sergio De Santis,

«Guevara acepta la vía agrícola cubana sólo durante el septenio 1964-1970, como solución táctica, y formula una concisa hipótesis estratégica para el período siguiente, a través de la perentoria afirmación de la “necesidad objetiva” de una línea industrial de desarrollo».

Una huella que confirmaría la hipótesis de aquel «arreglo» se puede nuevamente encontrar en un discurso de Fidel Castro de 1965, en el cual parece casi querer responder a críticas efectivas o imaginables:

«Desarrollar la agricultura no quiere decir que no desarrollaremos la industria; quiere decir que desarrollaremos primero la agricultura, las industrias que apoyen a la agricultura, y en la medida que nuestros conocimientos técnicos y nuestros recursos nos lo permitan iremos desarrollando también las demás ramas de la industria. Pero primero vamos a ser un pueblo bien alimentado y bien vestido. Eso es lo primero».³⁶

El problema es que hasta aquel momento Castro no había intervenido en el debate económico y muchos comentaristas de aquella época no dejaron de hacer resaltar esta singular ausencia de una discusión que encerraba temas tan cruciales para el desarrollo del país. En 1987, en el discurso conmemorativo por el Che, en Pinar del Río, Fidel Castro declaró:

«Lo que pido modestamente, en este XX Aniversario, es que el pensamiento económico del Che se conozca; se conozca aquí, se conozca en América Latina... ¡Que se conozca! Del mismo modo que nosotros leemos muchos textos de todas clases y muchos manuales, que también en el campo socialista se conozca el pensamiento económico del Che. Pienso que muchas de las ideas del Che tienen una gran urgencia. Si hubiéramos conocido el pensamiento económico del Che, estaríamos cien veces más alertas, incluso para conducir el caballo y darle un buen halón de

freno».

36. Fidel Castro, "Mientras trabajamos para el futuro, no debemos bajarla guardia", publicado en *Bohemia*, nº 17, 23 de abril de 1965.

Fidel admitió, por lo tanto, el haber ignorado durante una veintena de años las posiciones económicas de Guevara e incluso el haber podido leerlas sólo recientemente (1987), en el libro dedicado al tema por parte de un economista cu-bano.³⁷ Sin embargo, en la primera parte de ese mismo discurso, después de haber resumido algunas de las posiciones económicas características del Che, Castro reconoció explícitamente la existencia de

«algunas ideas del Che que en cierto momento fueron mal interpretadas, e incluso mal aplicadas. Ciertamente nunca se intentó llevarlas seriamente a la práctica, y en determinado momento se fueron imponiendo ideas que eran diametralmente opuestas al pensamiento económico del Che».

Es difícil creer que Fidel haya ignorado los términos del choque entre los principales responsables de la economía, en 1963-1964, pero es también cierto que su ausencia de aquel debate fue total y en realidad asombrosa. Sigue siendo un misterio.

No es un misterio, sin embargo, que fue el Che el que perdió en aquel choque. Su «humanismo revolucionario» tenía que enfrentarse a la materialidad de la presencia soviética en la economía del país y es también plausible que se haya rendido ante la realidad de una «retaguardia» nacional, para poderse dedicar de lleno a su proyecto de construcción de una «vanguardia» internacional. Y es de todos modos innegable que en su decisión de salir fuera de toda responsabilidad en cuanto a la dirección de la economía nacional –aunque fuese para asumir otras responsabilidades bien diferentes de orden político– pesó la desilusión por las orientaciones surgidas en el grupo dirigente castrista con respecto a las opciones estratégicas de la economía.

Puede haber pesado también, sin embargo, la constatación *realista* de que, aunque fuese con una diferente hipótesis productiva, mucho más no podía hacerse en una economía insular atrasada, rodeada, sometida al chantaje cotidiano del

37. Carlos Tablada, *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*, La Habana, 1989. abastecimiento energético y de la asistencia técnica por parte de los soviéticos.

Aquella nueva relación de dependencia de los países del CAME, mientras ayudaba a Cuba a sobrevivir, falsificaba y hacía estériles los términos de cualquier real discusión económica.

Y que esto estaba bien presente en la mente del Che, lo demuestra el último y repentino residuo del debate sobre la ley del valor, que vale aquí la pena recordar.

Es uno de los discursos más importantes de Guevara, pronunciado desde una tribuna internacional de notable prestigio (el Segundo Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática, Argel, 24 de febrero de 1965). Es también su último discurso en público (si se excluye un comicio efectuado el 10 de marzo en Egipto junto a Nasser), a tres semanas de su definitiva «desaparición».

En Argel, pone nuevamente de manifiesto inalterados los términos de su denuncia acerca del funcionamiento de la ley del valor, introduciéndola en el cuadro de las relaciones del comercio internacional: esta vez, sin embargo –y es aquí donde radica la novedad– la refiere también con respecto al mecanismo de *intercambio desigual* que regula las relaciones económicas de los llamados países «socialistas» y los países subdesarrollados.

Es un tema explosivo, del que el Che había ya dado una anticipación en el artículo sobre el sistema presupuestario de balance, pero que ahora reanuda de una forma mucho más explícita, ante un auditorio internacional particularmente sensible a aquel tema. Léanse los párrafos relevantes en su totalidad:

«De todo esto debe extraerse una conclusión; *el desarrollo de los países que empiezan ahora el camino de la liberación debe costar a los países socialistas...* es una convicción profunda. No puede existir socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraternal frente a la humanidad...

Creemos que con este espíritu debe afrontarse la responsabilidad de ayuda a los países dependientes y que no debe hablarse más de desarrollar *un comercio de beneficio mutuo basado en los precios que la ley del valor* y las

relaciones internacionales del *intercambio desigual, producto de la ley del valor*, imponen a los países atrasados.

¿Cómo puede significar “beneficio mutuo”, vender a precios de mercado mundial las materias primas que cuestan sudor y sufrimientos sin límites a los países atrasados y comprar a precios de mercado mundial las máquinas producidas en las grandes fábricas automatizadas del presente?

Si establecemos ese tipo de relación entre los dos grupos de naciones, debemos convenir que *los países socialistas son, en cierta manera, cómplices de la explotación imperial*. Se puede argüir que el monto del intercambio con los países subdesarrollados, constituye una parte insignificante del comercio exterior de estos países. Es una gran verdad, pero no elimina *el carácter inmoral del cambio*. Los países socialistas tienen el deber moral de *liquidar su complicidad tácita con los países explotadores del Occidente*» (IX, 243-244, cursivas nuestras).

Es la última intervención de Guevara sobre problemas de la economía y sobre la ley del valor. Volveremos a los aspectos políticos de este discurso, pero desde ahora se puede subrayar la voluntad de universalización que lo anima. Una demostración ulterior de que la discusión económica fue afrontada por el Che en términos de *teoría general* y no como intervención limitada a algunos problemas de orientación productiva o de opción a corto plazo en una sociedad de transición.

Análoga demostración se tiene, por otra parte, a partir de un artículo muy conocido que, en aquellos mismos días, el Che envía desde África al semanario uruguayo *Marcha*. En “El socialismo y el hombre en Cuba”, él une por primera vez –y por desgracia también por última– la problemática marxista de la *alienación* con el funcionamiento de la *ley del valor*.

También a este artículo deberemos volver varias veces, pero podemos ahora reproducir el párrafo dedicado de forma particular a la relación entre alienación y ley del valor, considerándolo como la última contribución con carácter propiamente filosófico del marxismo de Guevara:

«(En el capitalismo) el hombre está dirigido por un frío ordenamiento que, habitualmente, escapa al dominio de su comprensión. El ejemplar humano, *enajenado*, tiene un invisible cordón umbilical que lo liga a la sociedad en su conjunto: la *ley del valor*. Ella actúa en todos los aspectos de su vida, va modelando su camino y su destino.

Las leyes del capitalismo, invisibles para el común de las gentes y ciegas, actúan sobre el individuo sin que éste se percate.

Sólo ve la amplitud de un horizonte que le parece infinito... Se trata sólo de un intento de fuga. La ley del valor no es ya un mero reflejo de las relaciones de producción; los capitalistas monopolistas la rodean de un complicado andamiaje que la convierte en una sierva dócil, aún cuando los métodos que emplea sean puramente empíricos» (VIII, 257 y 265).

4. Planificación y transición

¿Qué se debe entender por «construcción del socialismo»? He aquí algunas de las respuestas más sintéticas y más significativas de Guevara (las cursivas son nuestras):

«Es una tarea muy compleja. Es la creación de *todo un aparato* sobre las ruinas de una sociedad que *acaba de ser destruida*» (enero 1963, en *El Che en la Revolución cubana*, cit., IV, 342).

En diciembre del mismo año:

«Y todavía la conciencia de *todo lo pasado pesa mucho sobre nosotros* para poder librarnos de todo el lastre que el capitalismo, durante muchos años, puso sobre la conciencia de la clase obrera. Ése es un *trabajo metódico, sistemático* y que solamente rendirá sus frutos después de mucho tiempo» (VII, 153).

En enero de 1964:

«Cumplimos apenas cinco años de Revolución. No hemos cumplido todavía tres años de haber declarado su carácter socialista. Estamos *en pleno período de transición*, etapa previa de construcción para pasar al socialismo, y de ahí a la construcción del comunismo.

Pero nosotros ya nos planteamos como objetivo la sociedad comunista. Y ahí a nuestra vista –no importa que tenga un alcance muy lejos y que el largo camino no se recorra en un año o dos, todos lo sabemos– está ya la sociedad nueva, absolutamente nueva, sin clases, *sin dictadura de clases por consiguiente*.

¿Cómo se llega al comunismo? También nosotros hemos hablado muchas veces: el comunismo es un *fenómeno*

social al que solamente se puede llegar mediante el *desarrollo de las fuerzas productivas, la supresión de los explotadores, la gran cantidad de productos* puestos al servicio del pueblo y la *conciencia* de que se está gestando esa sociedad» (en *Obras*, op. cit., II, 466).

Y además en febrero de 1964:

«Tenemos que ir a *las concentraciones de las industrias, a la modernización, a la automatización* en último extremo de modo que es un trabajo de años; digamos que se confundirán todos estos trabajos con *una base material sólida* que nos permita a nosotros también empezar a pensar ya que la etapa de la construcción del socialismo va acabando y empezar a pensar en la construcción del comunismo, o sea ya en el *futuro superior*.

Naturalmente que todo esto *sin olvidar que el imperialismo está al lado*, y mientras esté el imperialismo como imperialismo es difícil que muchas de estas cosas se hagan. Pero no entrarle al comunismo así tan fácilmente como estamos aquí hablando, no como tomarse un vaso de agua» (en *El Che en la Revolución cubana*, op. cit., V, p. 36).

Finalmente:

«*La lucha de clases sigue en Cuba* y seguirá durante muchos años» (marzo 1964, *ibid.*, p. 67).

Hemos seleccionado las fórmulas, sacadas de los escritos y discursos de Guevara, que brindan más eficazmente una visión de conjunto no sólo de sus orientaciones ideológicas con relación a estos temas, sino también de los problemas prácticos que la sociedad tuvo y tiene todavía que afrontar, en su difícil intento – que dura ya decenas de años– de avanzar por el camino de la construcción del socialismo. Como dirigente político y ministro de la que en aquella época constituía la principal rama económica, el Che representó una parte considerable de este esfuerzo, sobre todo en su etapa inicial. Insertado en un grupo dirigente indudablemente valeroso, pero con falta de preparación en el plano de la teoría social, radical pero pragmático en cuanto a sus opciones, él representó durante muchos años la única personalidad realmente creadora, un real y verdadero «cerebro pensante» de la Revolución: sus escritos lo atestiguan.

Detrás de cada una de aquellas formulaciones hay estudio personal, elaboración: compromiso emocional y a menudo encendida discusión: hay, finalmente, experiencia práctica, unida casi siempre a un balance de verificación. Detenerse sólo para esta experiencia, sin embargo, sería injustificado, así como lo sería un procedimiento inverso que quisiera hacer de Guevara el hombre de las grandes brillantes intuiciones, para después reducirlo en la realidad a un soñador visionario, un idealista incorregible –un «estratega de farmacia», como se ha dicho³⁸– separado de la realidad de los problemas económicos, de la vida de todos los días y del ordenamiento material de la vida social. Hay mucho papel impreso en Cuba y en el mundo –a menudo producido también con ingenuidad y buena fe– que ha contribuido con el tiempo a acreditar esta imagen de Guevara.

Se trata de una ruidosa falsedad histórica, de cualquier modo que se le quiera considerar.

En las respuestas concretas que el Che dio –como responsable del INRA, dirigente del Banco Nacional y finalmente como ministro de Industria– aflora continuamente su formación teórica marxista, antidogmática (excepto el período del que se ha hablado) y polivalente. De aquí quizás algunas formulaciones genéricas y demasiado ideológicas –por ejemplo, a propósito del mismo período de transición–. Pero de aquí también la brillante atención al modo según el cual las contradicciones que permanecieron irresolutas en experiencias análogas de otros países y otras épocas, podían manifestarse nuevamente y de una forma completamente original en Cuba.

¿Qué hay de nuevo en su reflexión sobre los problemas de la construcción del socialismo? ¿Existe alguna contribución suya específica y creativa que nos permita también atribuirle el mérito de haber hecho dar un paso hacia delante en el conocimiento y en la solución de los problemas del período de transición?

Muy francamente, la respuesta, es *casi* del todo negativa. Y no lo tome a mal el lector que nos ha seguido hasta este punto.

Para este tipo de problemática, falta una contribución realmente original del Che, por el simple hecho de que él tuvo que emplear los años más vivaces y creadores de la Revolu

38. «... Una vana espera aunque encubierta por grandes frases. Se pi-den otros tres o cuatro Vietnam, que otros pueblos deberían apoyar. Para estos estrategias de farmacia son siempre los otros los que deben moverse. ¿Y nosotros, qué debemos hacer?». De la relación de Giorgio Amendola en el Comité Central del PCI, en el *Unità* del 18 de mayo de 1967.

ción cubana, no tanto a actuar –ya que sería una banalidad, teniendo en cuenta los grandes precedentes de pensadores frenéticamente activos, como Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo– como a apropiarse nuevamente de la tradición y del patrimonio teórico del movimiento obrero, europeo y latinoamericano.

Puede parecer poco, pero es muchísimo en una época que ha visto la desaparición y la destrucción física de las mejores mentes y energías nacidas del marxismo de la Segunda y de la Tercera Internacional. (Y además, ¿porqué no ir con la mente hacia aquellos que no realizaron entonces aquel trabajo de nueva apropiación teórica, que no lo realizarán hoy y que no sienten la necesidad de hacerlo con vistas al día de mañana?)

Cuando Guevara habla de la construcción del socialismo como de un fenómeno *mundial* o confía el destino de las instituciones estatales a una dialéctica de destrucción-construcción-extinción, cuando augura el *deterioro de las categorías mercantiles*, y también de la dictadura de clases; cuando resume el significado de la nueva sociedad en *un equilibrio de bienestar y autoconciencia*, puede parecerle a alguien, o quizás a muchos, que él pasa a través de puertas abiertas.

Puede que sea así –y en ese caso nos alegraríamos–, pero aquellos, para el Che eran puntos de llegada, reales y verdaderas conquistas teóricas, realizadas a través de un itinerario muy personal y discontinuo, que fue hecho al principio entre textos y teoremas ideológicos procedentes del mundo del llamado «socialismo real».

Al hojear en orden cronológico los escritos y discursos dedicados a los temas de la construcción del socialismo, se advierte muy claramente el proceso de maduración del individuo Guevara; casi se percibe el sabor del *descubrimiento cotidiano*, la revelación repentina de determinados problemas y la convicción creciente de poderlos resolver en clave teórica, aún antes de hacerlo en clave práctica. Es a aquel asiduo componente de *vivacidad intelectual* del pensamiento del Che, al que hemos hecho varias veces referencia.

Está también el componente *democrático*, es decir, la confrontación abierta y continua con el interlocutor, ya sea el mismo un individuo, un grupo de obreros o toda una asamblea.

Véase, por ejemplo, cómo el recién elegido presidente del Banco Nacional razona en alta voz (enero de 1960), en una conferencia pública, enumerando las opciones que se le presentan a un pequeño país insular, veterano del más grande estremecimiento de su propia historia moderna: ¿continuar siendo suministradores de materias primas en el mercado internacional para obtener divisas, se pregunta el Che, o comenzar a utilizar para uso interno aquellas mismas materias primas, dando inicio a la construcción de una industria manufacturera nacional?

Durante todo un período se prefirió la segunda vía, con el apoyo del Che a tal opción. Y fue así como surgió inmediatamente un nuevo e imponente problema: había, en efecto, pasado poco más de un año de la victoria militar sobre las tropas de Batista, cuando el Che apareció en televisión (20 de marzo de 1960) para anunciarle a una sociedad atrasada, víctima del analfabetismo y de las enfermedades gastrointestinales, y con un régimen de monoproducción dependiente que

«La palabra de orden en este momento es la planificación».

Una palabra «mágica» para la Cuba de aquella época.

Pero ya en abril de 1961, explicando por televisión el funcionamiento de «El primer plan económico», Guevara se ve obligado a enumerar la larga lista de problemas técnicos y teóricos que aún no estaban resueltos al comienzo de aquel plan. Él denuncia por otra parte la incompetencia de los responsables encargados de su elaboración, pero declara al mismo tiempo que no se debe recurrir a los expertos procedentes de los países del Este. Y esto para no volver a pasar por ejemplos y experiencias que a pesar de la aparente disponibilidad de los mismos, y al hecho de estar casi al alcance de la mano, no parecen ser satisfactorios *tampoco* para los problemas que existen en Cuba.

«El plan no es una cosa mecánica que se crea por elucubraciones de laboratorio, semimetáfrica en un buró, y se transmite hacia abajo. *El plan es una cosa dura*, que está destinado fundamentalmente a sacar del país las reservas dormidas hasta este momento, y ponerlas al servicio de la producción».

El Che rechaza una concepción de plan fundamentada en criterios de elaboración puramente administrativos, y ya en estos primeros tiempos contrapone una visión democrática del funcionamiento del mismo a aquellas tendencias burocráticas que tendrá, sin embargo, que denunciar en los años siguientes:

«Para eso hay que despertar al gran factor de producción que es el pueblo... Es decir, que un plan es *profundamente*

democrático en su realización, y es la base esencial para ello... Si es así, entonces cada hombre, cada habitante del país, está interesado en ese plan, y debe estarlo. Por eso es que debe conocerse minuciosamente, *llegar a las bases*, discutirse, y no aprobarse mecánicamente, sino estudiarlo» (V, 95-96, cursivas nuestras).

Además del control desde abajo, sin embargo, explica el Che en la misma ocasión, es necesario el control institucionalizado para el trámite de las Empresas Consolidadas. Éstas disponen de un plan de sector, o a veces de empresa, «que se expresa a través de un presupuesto», insertado a su vez en la estructura del control financiero que, sobre el conjunto de planes de sector, de empresas o de unidades productivas ejercen los organismos estatales responsables de la planificación: JUCEPLAN, Ministerio de las Finanzas y el Comercio, Banco Nacional.

«Esa empresa no tiene ganancias, no cuenta con dinero; toda la ganancia, toda la diferencia entre lo que ha vendido, digamos, y lo que le ha costado producir pertenece al estado cubano. Ella solamente se limita a producir. Del análisis de la producción, de la productividad que tenga y de la cantidad producida, se harán luego cálculos para premiar a cada empresa y premiar también individualmente a los obreros» (V, 90).

«Eso está demostrando que un verdadero plan económico es un plan de Gobierno centralizado de concepción socialista de la economía. Pero todo esto puede, naturalmente, y en nuestro caso se dio, ser una etapa» (V, 93).

Existe además el problema de la fase de comienzo de la industrialización, en función de la cual ha sido realizado precisamente el plan. Con aquel proyecto ambicioso (pero todavía muy rudimentario) de planificación, comienzan a aparecer de forma macroscópica varios problemas técnicos, estadísticos, de conducción sectorial, de hallazgo de las materias primas, etc. Es por estas razones, por ejemplo, que el ministro Guevara debe poco a poco ir convirtiéndose en un experto en cada rama de los productos mercantiles: cuero, calzado, tabaco, cemento, química azucarera, etc. O un perito en minas, como en las varias ocasiones en las que se extiende en análisis y valoraciones químico-geológicas respecto a las potencialidades de la extracción del níquel, del hierro, del cromo y del manganeso.

Estos proyectos relacionados con las minas se revelarán en general como ilusorios y esto «minará» en su base también muchas otras esperanzas de la primera etapa de la planificación cubana.

Un balance autocrítico de aquel comienzo empírico de una política de plan está contenido en un artículo muy amplio publicado en *Cuba Socialista* en marzo de 1962 (“Tareas industriales de la Revolución en los años venideros”):

«Todo este proceso de aprendizaje de la planificación está caracterizado por una serie de errores y aproximaciones progresivas...

El primer (plan) fue sólo la expresión en blanco y negro de nuestros buenos deseos, considerando condiciones óptimas de abastecimientos y de personal técnico para extraer el máximo rendimiento de acuerdo con la capacidad instalada. Fue un plan burocrático, aislado de las masas y desligado de la realidad...

El actual tiene un balance de todas las categorías correspondientes: de producción, costos, salarios, abastecimientos, inversiones y financiero; tiene, además, relación con la vida» (VI, 101102).

En el mismo artículo, Guevara delinea perspectivas de utilización de la planificación que el mismo define de «una lógica audaz». Para el Che se debe partir necesariamente de una primera base de *surplus*, con la que reestructurar y racionalizar el sector principal de la industria –los ingenios azucareros–. Esto se puede alcanzar a través de un aumento general de la productividad del trabajo, realizable sobre todo de dos maneras: con una *mejor calificación de la fuerza-trabajo* y una *mayor identificación* por parte de la población trabajadora con las finalidades generales de la economía. Pero la verdadera solución, según el Che, pasaría a través de un proceso más general de *modernización tecnológica*, en cada rama o actividad productiva.

«Al principio esta productividad puede lograrse mediante la *racionalización* de la producción... Luego será necesaria una *mecanización* cada vez más completa... Por último, será necesario llegar a la *automatización* más o menos gradual de todos los procesos de la producción, es decir, entrar de lleno en la *electrónica*. Se podrá objetar que ésta es una de las ramas más nuevas y complejas de la industria y que sólo contados países la dominan. Nosotros consideramos que esa es una razón más para acelerar su estudio y desarrollo. El mundo camina hacia la era electrónica... Todo indica que esta ciencia se constituirá en algo así como una medida del desarrollo...» (VI, 108).

En otro balance autocrítico, que tuvo lugar en julio de 1963 en Argel, en una intervención en el Seminario Internacional sobre planificación, el Che parte de la afirmación explícita de que «la planificación tiene un

contenido económico y político».

El factor «voluntad» y la determinación humana comienzan ya a ser indicados por Guevara como esenciales en el desarrollo del plan. Él se separa así de forma creciente de aquel fetichismo de «criterios objetivos» de la planificación, los llamados «índices de plan», que en aquellos mismos años se desarrollan en los países del bloque soviético. Y no falta ya tampoco la crítica explícita a estos últimos, como ocurre en el mismo seminario, cuando ante un público internacional él declara:

«Nosotros copiamos mecánicamente experiencias de países hermanos, y eso constituyó un error, no muy grave, no de los más graves, pero un error que frenó el desarrollo espontáneo, el desarrollo libre de nuestras fuerzas, y contribuyó peligrosamente a uno de los fenómenos que más deben combatirse en una revolución socialista: *el burocratismo*.

Y vale decir: nosotros aprendimos en la práctica, con nuestros errores, con nuestras narices golpeando contra el muro, que planificación y socialismo marchan juntos, y que no se puede forzar la planificación mientras las condiciones económicas objetivas no lo permitan» (VII, 82-83).

Es la época del gran debate económico y ya sabemos el significado que aquellas críticas y autocríticas asumen dentro de la concepción más general de Guevara sobre la función del plan en la sociedad de transición. El análisis más completo de las estructuras y de los caracteres específicos de la economía cubana en este período está contenido en el artículo escrito para la revista inglesa *International Affairs* (y que será publicado en *Nuestra Industria* sólo en diciembre de 1964). El mismo contiene una importante autocrítica del Che por la insuficiencia de criterios de valoración y de previsión con relación a los problemas del desarrollo tecnológico, y también por la ligereza con la que se ha procedido en cuanto a la adquisición y la localización de nuevas instalaciones.

En el transcurso del debate económico, Guevara se muestra favorable a una rígida centralización de las decisiones –como se ha visto ya– en lo que respecta a la determinación de las prioridades del plan y de los objetivos. Él está a favor también de una gradual eliminación de cualquier autonomía contable en las empresas, a través de la generalización del sistema presupuestario de balance, en contraposición al método de cálculo económico.

Es en una perspectiva tal que el plan tiende a adquirir a los ojos del ministro de Industria el papel siempre creciente de principal instrumento de racionalización económica y social: el único capaz de fundir realmente economía y política del socialismo. Y en todo caso el único que le permite tener esperanzas, a una economía atrasada y deforme como la cubana, de romper la jaula del subdesarrollo.

En los últimos tiempos de su permanencia en el MININD, la concepción planificadora del Che se va llenando también de rasgos científicos, matemáticos y estadísticos –hemos ya hablado de sus estudios de matemática y sus simpatías por las teorías de Oskar Lange– al tiempo que aumenta su interés personal por la cibernética. Pero al mismo tiempo, por muy contradictoria que pueda parecer con respecto a esta dirección científica, dicha concepción parece siempre más estrechamente relacionada al factor humano, a la movilización de recursos productivos desde abajo y al desarrollo de la conciencia.

«El plan y los hombres» es el título dado por la publicación mensual *Il Manifesto* a la colección taquigráfica de las conversaciones sostenidas por el Che en el MININD. Una feliz elección de la redacción, porque precisamente es en la aproximación sugerida por aquel título donde radica la nueva y original dimensión de la reflexión de Guevara: de haberse desarrollado y traducido en orientaciones prácticas, la misma habría ciertamente constituido con el tiempo la principal contribución teórica del Che a la teoría económica del socialismo.

La dimensión *científica y humanizante* de la relación realizable en el futuro entre el plan y la colectividad –una relación hecha de conflictos, pero de cooperación al mismo tiempo– no fue desarrollada por el Che en todas sus implicaciones. Ni se habló más de la misma después de su desaparición de Cuba. Aquella intuición existe todavía como el verdadero núcleo dinámico de su teoría social, una especie de herencia intelectual destinada a resurgir en los años venideros. Podríamos definir esta dimensión de la búsqueda guevariana como la expresión de una necesidad de *armonización* del socialismo, de *humanización* de sus lógicas de plan. Y esto debido a una voluntad social, explícita y arraigada, de acabar de una vez por todas con cualquier forma de alienación.

Las discusiones sobre la ley del valor y las concepciones aquí resumidas acerca del papel de la

planificación agotan, en un cierto sentido, la problemática del período de transición en la elaboración de Guevara, examinada bajo el perfil de la acción económica. Desde el punto de vista de su filosofía social, de su ideología, se podrían citar en sus escritos innumerables referencias a los embriones de una teoría de transición contenidos en dos célebres obras de la madurez de Marx y de Lenin.³⁹

En tales textos, sin embargo, y en las siguientes experiencias del movimiento obrero –más allá de referencias explícitas– falta una auténtica reflexión personal. Esto estuvo determinado por varias razones, entre ellas debe incluirse el hecho de que Guevara no tuvo conocimiento alguno del debate que se llevó a cabo en la izquierda europea después de

39. *Crítica del programa de Gotha y El Estado y la Revolución*. Al respecto véase *Le teorie dell'autogestione*, op. cit., cap. III y V. la Revolución rusa y de las experiencias del movimiento de los consejos en Alemania y Austria.

No se filtran a través de sus escritos lecturas de Korsch, Rosdolsky, Pannekoek, Mattick, ni en general de algún exponente del *Rätekommunismus* (comunismo de los consejos) y del «comunismo de izquierda» del período entre las dos guerras. Ya se ha hablado de la escasa familiaridad con la obra de Trotsky y de la misma Luxemburgo.

Existe, sin embargo, una reflexión personal del Che sobre la «utopía» del socialismo (hacia la que volveremos en las conclusiones) y sobre las realizaciones humanas posibles para un sistema social orientado en sentido racional y revolucionario. Esta reflexión está expuesta en su forma más terminada en «El socialismo y el hombre en Cuba», donde concurren para formularla el encuentro entre la formación intelectual del Che –inspirada en los principios de un *humanismo revolucionario* intensamente vivido– y la experiencia práctica de *dialéctica de la liberación* que tuvo en Cuba como guerrillero, comandante y ministro. Veremos en breve cómo en la misma concurren también sus originales y características consideraciones sobre el papel de la conciencia y la función de la moral en el proceso de construcción del socialismo.

Las ideas expresadas en aquel célebre artículo representan el producto más maduro del pensamiento de Guevara, en su búsqueda de investigaciones históricas para la dinámica político-revolucionaria de la sociedad de transición. Por querer realizar una simplificación objetiva, no podemos hacer menos que observar que aquel escrito se coloca en un punto de llegada preciso de su itinerario teórico-práctico, un poco como se había verificado con algunos de sus ilustres precursores en la historia del movimiento obrero.

Surge espontáneamente el paralelo con los escritos de Marx sobre la Comuna de París (además de la *Crítica al programa de Gotha*), el Lenin de las *Cartas desde lejos* y de *El Estado y la Revolución*, la Luxemburgo de *La Revolución rusa* o el Trotsky de *Nuestra moral y la de ellos*.

Si a lo anterior añadimos esta última e importante contribución de Guevara, podemos efectivamente hablar de una serie de ejemplos históricos de la posibilidad de realizar una síntesis teórica sobre los problemas de la sociedad de transición, desligada de hechos contingentes y proyectada en una dimensión general, realmente universalizante. La «utopía» común en los textos citados radica en que los mismos llegan inevitablemente a plantear los problemas de la transición en el cuadro de *una visión ético-política del comunismo*.

Los fundamentos de aquella visión son obviamente *la participación directa* y *la libertad del individuo*, y el texto de Guevara no constituye en verdad una excepción, desde este punto de vista. El mismo representa por lo tanto uno de los raros intentos de fundir la tradición más auténtica y creadora del marxismo con las aspiraciones de libertad del hombre colocado en su real dimensión histórica.

Y en este sentido dicho texto puede ser también considerado como una contribución a la elaboración de aquella síntesis teórico-práctica que alguien desde hace tiempo comenzó a definir en términos de «marxismo libertario».⁴⁰

Hay muchos aspectos de «El socialismo y el hombre en Cuba» hacia los que deberemos regresar. Ahora, sin embargo, podemos trazar las líneas esenciales del razonamiento de Guevara sobre los valores y los límites que, para un desarrollo integral del «hombre nuevo», se plantean dentro de la sociedad de transición.

«La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado».

De allí parte el análisis del Che, indicando en el aislamiento del individuo y en la conversión en

mercancías de sus categorías mentales los residuos negativos más graves del reciente pasado capitalista. Son residuos que adquieren una auténtica consistencia social, precisamente por las carac

40. Del empeño por favorecer el encuentro entre lo mejor de las tradi-ciones marxistas y libertarias, el pionero más apasionado y creativo ha sido ciertamente Víctor Serge (desde *Las memorias de un revolucionario* hasta las últimas bellísimas novelas). Mientras que el más convencido defensor de lo anterior hasta tiempos bastante recientes ha sido ciertamente Daniel Guérin. Entre sus muchos trabajos inspirados en esta orientación, hay uno en particular titulado *Pour un marxisme libertaire*, París, 1969, donde se incluye un ensayo suyo, «Où va la révolution cubaine?», escrito en enero de 1968 al regreso del Congreso Cultural de La Habana. terísticas asumidas históricamente por la sociedad burguesa. El destino de ésta no ha coincidido con lo previsto «en el esquema de Marx», afirma un Guevara ya libre de viejas rémoras de ortodoxia: no ha habido maduración de las contradicciones, explosión de las mismas y la consecuente sustitución de la clase en el poder.

En realidad el sistema ha sobrevivido, enfermo, más allá de sus propias razones de existencia, observa el Che (sin indicar no obstante los motivos históricos). Y a esto se debe el nacimiento de nuevos fenómenos y contradicciones lacerantes, como la agudización del subdesarrollo y las guerras de liberación que se derivan de él.

La escasez de bienes necesarios, la dinámica de las relaciones financieras y la falta de educación en cuanto al trabajo social, son indicados como los principales límites objetivos que la conciencia de los pueblos subdesarrollados debe tener en cuenta. Son límites que «hacen imposible un cambio rápido y sin sacrificios» y alimentan

«la construcción de la base económica y la tentación de seguir los caminos trillados del interés material, como palanca impulsora de un desarrollo acelerado...

Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo... se puede llegar a un callejón sin salida...

Es difícil percibir el momento en el que se equivocó la ruta. Entre tanto, la base económica adoptada ha hecho su trabajo de zafra sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo» (VIII, 258-259).

A nuevas finalidades históricas de la sociedad de transición deben corresponderles nuevas categorías mentales, que no podrán, sin embargo, depender para su formación de la realización inmediata de las bases materiales del comunismo. Guevara advierte el peso y lo inexorable de esta contradicción, que él considera imposible de eliminar en la sociedad de transición, y que él mismo confronta con el modo relativamente lineal, según el cual la conciencia de clase pudo desarrollarse *internamente* en la sociedad capitalista, en el período de su formación.

En la nueva sociedad, no existiendo aún las relaciones de producción del socialismo, es al Estado al que se le confía la función educativa de las masas, en el intento de crear las formas de la nueva conciencia aún antes de que existan las bases materiales para las mismas. Es, sin embargo importante, captar la desconfianza expresada por el Che, con relación a esta función «pedagógica» del nuevo poder estatal. Por la inadecuación que el individuo producido por el subdesarrollo advierte entre sus capacidades y las tareas que el nuevo estado le indica, nace el malestar, el resorte que lo impulsa a buscar una «educación directa», una «autoeducación», como repite Guevara en ésta y en muchas otras ocasiones.

«El camino es largo y lleno de dificultades». A la contradicción entre el desarrollo de la conciencia y el de las fuerzas productivas, en efecto, se une además, según el Che, una nueva diferenciación social originada por aquella desorientación, por aquel retraso inicial. Por una parte, en efecto, aparecen las tareas de las masas y por la otra, el papel de la vanguardia organizada del Partido:

«El hecho de que exista la división en dos grupos principales... indica la relativa falta de desarrollo de la conciencia social... Es la dictadura del proletariado ejerciéndose no sólo sobre la clase derrotada, sino también individualmente, sobre la clase vencedora» (VIII, 262).

De aquí la necesidad histórica de las «instituciones revolucionarias», es decir, de mecanismos que permitan una integración dialéctica entre aquellos dos sectores contrapuestos de la nueva sociedad. Según el Che, en Cuba «esta institucionalidad de la Revolución todavía no se ha logrado», no se ha realizado «la

identificación entre el Gobierno y la comunidad en su conjunto». Él les atribuye las responsabilidades de estos retrasos y las dificultades a varios errores del gobierno revolucionario (analizados también en otros trabajos de la misma época), entre ellos, en particular, el miedo a una excesiva formalización de las relaciones entre hombres e instituciones. Se ha llegado así al punto de perder de vista el objetivo central de toda la empresa revolucionaria: «ver al hombre liberado de su enajenación». Un proceso histórico que el Che considera, no obstante y a pesar de todo, encaminado posiblemente a un buen resultado, en la Cuba de 1965:

«No obstante la carencia de instituciones, lo que debe superarse gradualmente, ahora las masas hacen la historia como el conjunto consciente de individuos que luchan por una misma causa. El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor.

Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. *Así logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación.*

Esto se traducirá concretamente en la *reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte*» (VIII, 262-263, cursivas nuestras).

El trabajo puede, por lo tanto, convertirse en una nueva categoría de deber social, gracias a su relación directa con el desarrollo de la técnica y el crecimiento de la conciencia social. En la concepción guevariana el mismo aparece como el verdadero eslabón de conjunción entre aquellos dos procesos históricos, condenados por el contrario a marchar separados y por lo tanto a contraponerse.

El trabajo, entendido como creadora y consciente actividad humana, significa para el Che producción de riqueza. Un determinado tipo de riqueza social, que sería posible resumirla libre de las características enajenantes de la sociedad basada en la producción de «mercancías» y en la ley del valor. Y estas son, en definitiva, las posibilidades concretas, según Guevara, de liberar energías humanas que produzcan voluntariamente las bases materiales de la nueva libertad. Él las resume en una fórmula clásica del marxismo:

«Hombres que luchan por salir del reino de la necesidad y entrar al de la libertad» (VIII, 271).⁴¹

41. «En efecto, el reino de la libertad sólo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos: queda pues conforme a la naturaleza de la cosa, más allá de la órbita de la verdadera producción material... A medida que se desarrolla, desarrollándose

5. Contra la burocracia

Cuando en marzo de 1967 aparecieron en *Granma* los cuatro largos editoriales contra la burocracia, se pensó unánimemente en una venganza póstuma del Che. Pero no se debía haber dicho «póstuma», sino «en contumacia», ya que el primer y más acérrimo enemigo de la naciente burocracia estaba bien vivo y sobre todo en la política cubana. Guevara había abandonado desde hacía pocos meses la Isla⁴² y la empresa en Bolivia daba todavía paso a la esperanza. Precisamente aquel mes de marzo había visto el bautismo de fuego para el grupo guerrillero boliviano y el 13 de marzo Fidel Castro pronunció uno de los discursos más radicales y aguerridos de su historia personal. Cuba vivía en el apogeo de la que entonces se decía «ofensiva revolucionaria».

Y por aquella ofensiva, durante un breve período tuvo que pagar el precio la aspirante *burocracia*, atacada en el prin

con él sus necesidades, se extiende este reino de la necesidad natural, pero al mismo tiempo se extienden también las fuerzas productivas que satisfacen aquellas necesidades... Pero, con todo ello, siempre seguirá siendo éste un reino de la necesidad. Al otro lado de sus fronteras comienza el despliegue de las fuerzas humanas que se considera como fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo sólo puede florecer tomando como base aquel reino de la necesidad» K. Marx, *El capital*, III, La Habana 1965, pp. 826-827.

Guevara, como se ha visto, sintetiza eficazmente este célebre párrafo de Marx, cuya dimensión universalizante no parece perder actualidad con el paso del tiempo. Vale la pena aquí destacar que con una larga cita de este mismo párrafo de *El capital* concluye el trabajo de E. Preobrazhenski sobre la acumulación originaria socialista, que hemos varias veces indicado como fuente de inspiración «clásica» para las ideas económicas de Guevara en la sociedad de transición.

42. Por los diarios de guerrilla de «Rolando» (Eliseo Reyes Rodríguez) y de «Pombo» (Henry Villegas Tamayo) sabemos que a finales de octubre de 1966 él estaba en Cuba y entonces tenían lugar encuentros con Fidel Castro. Todo esto es ya admitido públicamente por el mismo Castro y hay fotos que lo confirman. Se ignoran sin embargo, hasta hoy, los movimientos de Guevara entre marzo de 1965 (aproximadamente el período de su desaparición) y los primeros días de noviembre de 1966, cuando reapareció en Bolivia procedente de Cuba. Se sabe que transcurrió una parte de aquel período en Cuba al tanto del adiestramiento del grupo guerrillero y una parte en el Congo (y en Tanzania), como consejero militar de la guerrilla. No se han hecho aún públicos los documentos, las cartas y otros materiales que puedan permitir una lectura razonada de aquellos movimientos. Es una nota de 1987, sobrepasada por la publicación del Diario de Congo y de las varias biografías (N. d. A., en 2003).

El principal órgano de prensa, en los grandes cartelones de propaganda oficial en las calles y en las declaraciones públicas. El que tuvo la suerte de visitar Cuba en aquella época, recordará ciertamente la atmósfera de entusiasmo con la que se llevaba a cabo esta nueva batalla ideológica de la joven Revolución. Faltaba sólo la indicación, nombre y apellido de los que fueron los nuevos aspirantes a burócratas y el cuadro de una auténtica revolución política en curso en la Isla habría estado completo. Los editoriales del *Granma* tuvieron una notable resonancia. Llevaban la firma del Buró Político del Comité Central del PCC –un organismo que en aquella época era prácticamente inexistente– y por lo tanto era un poco como si lo hubiese firmado Fidel Castro en persona. Al leerlos los mismos revelaban, sin embargo, una redacción hecha por varias manos. Se podrían reconocer en ellos por lo menos dos diferentes estilos expositivos y sobre todo *dos modos diferentes* de afrontar la cuestión de la burocracia, casi dos concepciones opuestas.

Releyéndolas y confrontándolas atentamente con los escritos del Che dedicados a este asunto, hemos llegado a la convicción personal de que Guevara participó en la redacción de aquellos artículos. Podría haberlo hecho escribiendo párrafos enteros o dejando apuntes, posteriormente reelaborados, para construir la serie periodística.

Más allá del hecho técnico, no hay duda de que una parte importante de aquellos editoriales reflejaba directamente, casi al pie de la letra, las ideas maduras en el reciente pasado del Che, expresadas ya por él a propósito del fenómeno burocrático en la sociedad de transición. Pero había en dichos editoriales además otra parte con ideas que no eran suyas o que sólo lo habían sido en los primeros tiempos de la Revolución. Estas últimas posiciones aparecían ahora expresadas bastante claramente en el primer editorial.

Se afirma en el mismo que «la burocracia es una herencia del sistema capitalista» y se reconstruye la historia de su formación a partir de los orígenes de la sociedad colonial. La burocracia sobreviviría en la Cuba revolucionaria no como «producto de la nueva sociedad, sino como una de las peores herencias del pasado». Su formación es atribuida a la «división entre el trabajo manual e intelectual» y, en lo que respecta a Cuba, la misma es a duras penas confundida con los malos sistemas de gestión, la mentalidad inherente al funcionariado, la hipertrofia de las tareas administrativas, la concentración masiva inútil, parasitaria e improductiva.

Como presumible herencia de la vieja sociedad burguesa, podría ir todo sumado linealmente, en forma evolutiva, al mismo paso que la extinción de las categorías mercantiles y la construcción del socialismo. Veremos en breve lo diferente que fue, sin embargo, la contribución «guevariana», tanto en el plano del análisis como en el de las indicaciones.

Aquellas mismas posiciones, sin embargo, fueron al principio, en los primeros años después de la Revolución, preocupaciones políticas del Che con respecto al fenómeno burocrático. Una actitud continua en el tiempo y que se puede subdividir en cuatro períodos que resumiríamos así:

1) un período de lucha preventiva contra la herencia del pasado y el nacimiento de la nueva burocracia (por la implantación de la Reforma Agraria aproximadamente a mediados de 1962);

2) un período de estudio y de preocupada atención ante la ampliación del fenómeno (1962-1963), después de la crítica del «sectarismo» y el fin de las momentáneas ilusiones que acompañaron la «liquidación» de una parte de la vieja guardia estalinista;

3) la denuncia abierta y el choque frontal en concomitancia con el debate económico (1963-1964);

4) un período de amargo repliegue reflexivo y de autocrítica por haber infravalorado la entidad *cualitativa* del fenómeno, junto con la formulación de nuevas propuestas prácticas para su abolición (1964-1965).

De la primera medida preventiva adoptada por Guevara con respecto a las nacientes tendencias a la burocratización, ya se ha hablado. Es la circular de mayo de 1961 en la que el Che, valiéndose de los poderes que le han sido conferidos por su cargo de ministro, prohíbe

«las investigaciones efectuadas por la Administración sobre la ideología de los trabajadores, resultando esta práctica una limitación a la plena libertad del hombre» (traducido de la edición italiana (*N. del T.*)).

En un artículo de marzo de 1962 (en *Cuba Socialista*) y en otros escritos, hablando de las tareas industriales de la revolución, el Che afronta el problema en términos prácticos y concretos, insistiendo en particular en la necesidad de estimular la participación de *todos* los trabajadores en *todas* las actividades de gestión y dirección, con el objetivo de ejercer un control efectivo sobre el funcionamiento y las nuevas responsabilidades del MININD. Para afrontar dicha necesidad en el plano organizativo, él elabora una serie de medidas normativas, dirigidas al ejercicio de ese control desde abajo, apuntando a realizar en particular

«un mecanismo perfectamente acertado para regular las relaciones interministeriales y con las empresas productivas, estableciendo y mejorando los reglamentos específicos de las unidades de producción» (VI, 111).

Aquella regulación general fue después adoptada por los otros ministerios cubanos, pero los resultados no estuvieron a la altura de las esperanzas que el Che le atribuyó durante todo un primer período a la eficacia de estas medidas racionalizadoras, que a fin de cuentas eran de orden administrativo. Él describirá en las conversaciones en el MININD, de 1964, el modo en el que aquellas medidas terminaban indefectiblemente haciendo surgir otras medidas que anulaban las anteriores y creaban solamente desorden administrativo.

En septiembre de 1962, analizando los motivos de la carencia de técnicos y de cuadros administrativos calificados, él hace referencia a la improvisación con la que fueron asignados, en los primeros tiempos, los nuevos cargos de dirección:

«Enormes fallos se cometieron por parte de los nuevos administradores de empresas, que tenían responsabilidades demasiado grandes en sus manos, y grandes y costosos errores cometidos también en el aparato que, poco a poco, fue cayendo en una tranquila y placentera burocracia, identificado casi como trampolín para ascensos y para cargos burocráticos de mayor o menor cuantía, deslizado totalmente de las masas... Lo que fue embotando nuestra capacidad de percepción y convirtiendo al partido en un ente burocrático, poniendo en peligro la administración y la producción, fue la falta de cuadros desarrollados a nivel medio» (VI, 240-241).

En marzo del mismo año, denunciando el «modo frío, burocrático» con el que había sido encaminada la campaña de emulación en el trabajo, el Che había detectado una fuente de nuevos privilegios en las fuertes diferenciaciones salariales. Pero él admitía que se trataba de un problema muy complejo, que ni siquiera la adopción de una escala única de salarios hubiera permitido poder resolver con justicia.

En aquella ocasión se declaró favorable a un sistema «mixto», en el que se apuntase posiblemente a la unificación salarial, pero a niveles más altos. Él ponía como única condición previa que hubiese un largo período de discusión y experimentación, para asegurar la máxima participación a cualquier nivel por parte de los trabajadores directamente interesados. Del mismo orden de ideas era Guevara cuando declaraba que «integralmente de aspecto educativo es la lucha contra el absentismo, lacra que se acentúa en los oficios de mayores ingresos» (VI, 114).

En febrero de 1963, se publica en *Cuba Socialista* un artículo del ministro de Industria Guevara, con un título ya célebre y muy prometedor: “Contra el burocratismo”.

En realidad, no se trata de un verdadero ataque al fenómeno burocrático, sino de un examen ulterior de las diferencias técnicas y organizativas inducidas por el burocratismo, por el pésimo funcionamiento de la administración pública. Se propone un análisis de los orígenes de la burocracia cubana, muy similar al que aparecerá en el primer editorial del *Granma*, aunque el Che desde ahora añade: «a males viejos nuevos remedios», indicando tres causas fundamentales del problema: la falta de un motor interno que estimule el interés del individuo y combata el «conformismo»; la falta de organización (herencia de los primeros años de «guerrillerismo administrativo»); la insuficiente formación técnica.

Al estudioso de ciencia social puede quizás también interesarle que fue una real y verdadera «investigación en el campo», realizada por el Che y referida en aquel artículo: de acuerdo a los datos disponibles, resultaba, en efecto, que en el período de máxima agresión por parte del imperialismo –y por lo tanto de máxima movilización política en el país– mínima resultó ser la incidencia del absentismo y de las disfunciones administrativas, mientras que la eficiencia productiva se había revelado superior a la media.

Estamos por lo tanto, como se ve todavía, en la plenitud de una concepción que ve en la burocracia una disfunción de orden *administrativo*, contra la que se puedan adoptar medidas, que, sin embargo, serán a su vez de orden administrativo, aunque reforzadas por instrumentos de control desde abajo. Era con este espíritu, por otra parte, con el que el Che podía escribirle en broma al director del diario *Telegraph* canadiense:

«Permítame confiarle que en nuestro país la burocracia es sólida y está bien plantada. En su inmenso seno absorbe las cartas, las mantiene en incubación y a su debido tiempo las hace llegar a su destinatario» (4 de mayo de 1963).

Pero llega después el período del gran debate económico. En el mismo no se habla jamás explícitamente de «burocracia», pero todas las críticas dirigidas por el Che a un determinado tipo de gestión empresarial, al empleo de categorías mercantiles, a la autonomía contable de las empresas, al papel negativo del egoísmo, comienzan a delinear un cuadro de análisis muy diferente al fenómeno burocrático. A partir de las posiciones de Guevara comienzan a surgir netamente los contenidos *sociales* de los errores cometidos por los nuevos administradores, mientras toma forma el problema *político* de la resistencia que ponen algunos de ellos para volver a su condición normal, a someterse disciplinadamente a las directivas centrales del plan.

Y es un sector de la *naciente burocracia* el que se siente golpeado por las críticas del Che, defendiendo de forma más o menos explícita los modelos de gestión adoptados en la URSS y sobre los cuales se basaba ya desde hacia decenios el poder económico de la burocracia en aquel país.

Los opositores de Guevara en aquel debate –declarados o situados entre bastidores– saben perfectamente a dónde pueden llevar ciertas afirmaciones del Che, demasiado perentorias, sobre el empleo de categorías mercantiles en la economía de transición; quizás alcanzan ya a prever la extensión de aquellas críticas a todo el sistema de planificación y de poder existente en los países del área soviética.

Y al respecto tienen obviamente buen olfato porque, ya durante el año 1964, Guevara llega a asociar en declaraciones públicas, los dos fenómenos: la adopción del sistema de cálculo económico con la formación de un estrato privilegiado e incontrolable de administradores, es decir, de una *burocracia de Estado*, nacida dentro del área socialista.

He aquí como Carlos Franqui describe el cambio en el estado de ánimo del Che, recordando conversaciones sostenidas en Argel en el verano de 1963:

«Sentí al Che muy cerca, a pesar de su dureza; sus posiciones cambiaban y además el estar en desgracia nos hace más humanos; estaba pasando del dogma a la realidad... En 1962 había hecho muchos descubrimientos: le vendieron, aprovechando su credulidad, todos los saldos del socialismo real...

Pero si fue el primero de los sectarios fue también, a continuación, si no el primero, uno de sus más acérrimos adversarios, y el descubrimiento de los errores cometidos lo impulsó a asumir posiciones muy críticas con respecto al modelo soviético...

El argentino era demasiado revolucionario para ser utilizado como burócrata y no creía en la posibilidad, dentro de Cuba, de una lucha tipo Stalin-Trotsky. Quizás se infravaloraba y su comedimiento argentino le impedía comprender la enorme simpatía que sentía por él el pueblo cubano».⁴³

En julio de 1964, confrontando el sistema de gestión operante en Polonia con el de Cuba, el Che sintetiza en los términos de una crítica mucho más avanzada, algunas de las conclusiones expuestas en el transcurso del debate económico:

«... las debilidades que tiene nuestro Sistema, la debilidad que tenemos nosotros, que no son debilidades de un sistema financiero sino de una economía que ha cambiado su composición, su característica y que todavía considero que en todo el mundo socialista no se han encontrado exactamente los estudios necesarios para cambiarlas por la mecánica capitalista y el funcionamiento de la ley del valor. La solución que se le piensa dar a estos problemas en Polonia es el libre fuero de la ley del valor, es

43. C. Franqui, *Imiei anni con Fidel*, op. cit., pp. 208-209. Traducción de la edición italiana (*N. del T.*).

decir, la vuelta al capitalismo... el resurgimiento en cierta manera de categorías ya estrictamente capitalistas; cosa que ha sucedido hace tiempo y que ahora Polonia lo está probando y que creo que también van a probarlo otros países socialistas».⁴⁴

En una conversación de diciembre de 1964, es el director de empresa el que termina bajo la crítica del Che. Este último denuncia la ausencia de conciencia política y de conocimientos técnicos en gran parte de los cuadros del sector administrativo –y sabemos por el contrario el papel esencial que él le atribuye a la fusión de aquellos dos factores tanto en el plano formativo como en el productivo–. Al respecto, sin embargo, él cita

los grandes problemas irresolutos de la infraestructura económica, teniendo en cuenta que en Cuba faltarían no sólo las posibilidades para una formación efectiva de los administradores, sino también las condiciones para una plena utilización de los mismos.

Las críticas de Guevara por lo tanto se van ya ampliando. Y es significativo que la tarea de establecer límites en esta campaña personal suya contra la burocracia, le toque ahora a Alberto Mora, su primer adversario en el debate económico. A partir de una grabación de una intervención de Mora en el MININD, se obtienen afirmaciones como la siguiente, que representan una clara puesta en guardia contra las posiciones del Che:

«Como empezó el revisionismo en Yugoslavia fue por algo que todos pensamos que era correcto... como una lucha contra la burocracia, y lo que se plantea entonces en aquellos momentos es precisamente tratar de evitar caer en un burocratismo, y en lo que se va a parar es en un revisionismo» (*El Che en la Revolución cubana*, op. cit., VI, p. 575).

Es un mensaje para «adictos a los trabajos», pero inconfundible en su esencia. Y eran tiempos, aquellos, en los que el epíteto de «revisionista» conservaba todo su poder de diabólico exorcismo...

Pero las soluciones que el Che indica, en este período de lucha contra la burocracia, no parecen ser todavía lo bas

44. En *El Che en la Revolución cubana*, op. cit., VI, pp. 505-506.

tante «revisionistas» y son resumibles en parte en los contenidos de sus propuestas para la gestión empresarial y la planificación (de las que hemos ya hablado), y en parte en su insistencia acerca de la necesidad de una política de racionalización, de formación técnica, de búsqueda científica y sobre todo de desarrollo de la conciencia.

Con relación a esta última, hay que decir que Guevara considera como una indispensable prueba de conciencia, por parte de los actuales dirigentes, el hecho de abandonar a su debido tiempo sus cargos para hacerles un lugar a los jóvenes y a las nuevas generaciones, más disponibles y se supone que más calificadas. Es una medida antiburocrática en la que insiste de un modo particular, ya que la misma va a eliminar uno de los puntos fuertes en la formación de toda casta burocrática: la inamovilidad de los funcionarios (su rechazo a permitir su sucesión y, con el tiempo, también el carácter hereditario del cargo). De esto habló explícitamente en un seminario de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) y había además reanudado el tema en las conversaciones en el Ministerio

«Demasiadas veces dejamos que coja fuerza un espíritu de autoconservación, debido a una idea errada de nuestra futura importancia» (diciembre 1964, traducido de la edición italiana. *N. del T.*).

Son palabras que podrían figurar como digno epígrafe a aquel razonamiento sobre el papel de la personalidad, que hemos anteriormente indicado como un elemento característico de la filosofía de Guevara sobre la historia.

«Un dirigente no puede ser una persona normal, es decir, en las condiciones de anormalidad en que se debe trabajar en estos momentos... Ahora se trabaja cinco años eficientemente y se rompe al sexto... bienvenido sea, porque esos son los años en que es necesario eso, después ya vienen los otros cuadros que lo reemplazan a uno, que tienen mayor preparación, mayor base y además las condiciones serán diferentes ... Y nosotros tenemos casi como dirigentes la obligación de preocuparnos hacia los otros niveles y nunca (una cosa muy peligrosa), nunca tener el autosentido de la responsabilidad en estos aspectos y cuidarse para el futuro» (*ibid.*, p. 573).

Los editoriales del *Granma* se podrían considerar como un quinto período en el itinerario antiburocrático de Guevara, si es válida nuestra hipótesis acerca de su implicación directa en la redacción de los mismos. Dichos editoriales contienen, sin embargo, una superación bastante explícita además de las posiciones enunciadas hasta aquí (además de una recapitulación de los mismos). Y esto ocurre en aquellas partes en las que la burocracia es indicada como un típico *fenómeno social*, cuyos orígenes están específicamente ligados a la fase de transición cubana, y que se mueve autónomamente, en base a intereses propios de casta, según la lógica de una nueva «clase». Son expresiones del mismo *Granma*:

«La burocracia constituye, sin duda alguna, una capa especial que tiene una relación determinada con los medios de producción. Podemos afirmar que, con el triunfo de la revolución socialista, *la burocracia adquiere una cualidad nueva*».

«... la burocracia *crece, se desarrolla y fortalece* en los primeros años del poder revolucionario. Pero hay mucho más que eso. Además de su organización y crecimiento numérico, *la burocracia adquiere una nueva cualidad en sus relaciones con los medios de producción y, por tanto, con la actividad política*».

«*Mientras permanezca el Estado como institución y mientras la organización administrativa y política no sea, plenamente, de tipo comunista, existirá el peligro de que se vaya formando una capa especial de ciudadanos en el seno del aparato burocrático, administrativo y de dirección. Este aparato tiene una determinada relación con los medios de producción, diferenciada al resto de la población que puede convertir las posiciones burocráticas en sitios de acomodamiento, estancamiento o privilegios*».

Es el segundo editorial y las cursivas son de la redacción del *Granma*. «Se puede partir hacia el socialismo y el comunismo y no llegar» continúa el artículo, enumerando minuciosamente todos los argumentos contrarios a la supervivencia de las categorías mercantiles, el interés material y la ideología individualista, con las mismas formulaciones con las que habían sido adelantadas por Guevara en el debate económico. Ahora se repite explícitamente que la «formación del hombre nuevo» será el único antídoto contra semejante degeneración clásica del proceso revolucionario. Pero se añade que dicho proceso degenerativo podría no perdonar ni siquiera al partido:

«Si el Partido no gana esta batalla a la burocracia... terminará burocratizándose a sí mismo. Y un Partido que se estanque es un partido que se pudre.

¿Y que ocurre entonces? ¿Que ocurre si el organismo del Partido se sumerge en esa modorra burocrática? Ocorre que se consolida en la administración y dirección del Estado, y en la dirección política, una capa especial con ambiciones de perpetuidad... capa que se convierte en un cuerpo privilegiado... Y cuando esto ocurre, se ha renunciado a la construcción del socialismo y el comunismo».

En el órgano de prensa de un partido comunista en el poder no se leían análisis tan precisos y sin prejuicios del fenómeno burocrático –entendido como estrato social endógeno y disgregador del proceso revolucionario– desde el lejano invierno ruso de 1923. Con Lenin enfermo, se había desarrollado el último gran debate público dentro del grupo dirigente bolchevique, precisamente sobre temas de la democracia soviética y de la burocratización. Fue Lenin el que dio la señal de salida al enfrentamiento con el grupo burocrático que se estaba formando en torno a Stalin, pero fue Preobrazhenski quien dirigió en aquella ocasión la batalla de la Oposición de izquierda, mientras Trotsky escribía su célebre *Nuevo curso*.

Hay un artículo de aquel folleto (titulado “El burocratismo y la revolución”) que contiene análisis y posiciones acerca del fenómeno burocrático en gran parte coincidentes con las del *Granma* citadas aquí. A partir de una confrontación también sumaria parece evidente la común inspiración teórica, en conceptos nuevamente tomados y en parte parafraseados en las columnas del periódico cubano. Esto es válido en particular para algunas de las formulaciones más radicales y políticamente significativas.⁴⁵ Señal de que también el

45. Valga por todos el párrafo siguiente: «El aparato estatal es la causa principal del burocratismo. Por una parte el mismo absorbe una enorme cantidad de los elementos más activos del partido y enseña a los más capaces los métodos de la administración de los hombres y de las cosas, pero no los métodos de dirección política de las masas. Por otra parte, atrae en gran medida la atención del aparato del partido, al que influencia con sus métodos administrativos. De aquí se deriva en gran medida la burocratización del aparato del partido, que amenaza con alejarlo de las masas... El burocrata

«anónimo» redactor de una parte de los editoriales del *Granma* había advertido, en 1967, el carácter fundamentalmente histórico del nuevo curso antiburocrático cubano y había considerado útil hacer referencia a aquella célebre polémica rusa.

Concluimos, citando el tercero de aquellos editoriales, en el cual no faltaba el hacer extensiva las críticas antiburocráticas a la experiencia de países del área de influencia soviética. Y también al respecto, totalmente coherente con las posiciones expresadas por el Che en el último período del debate económico. Ahora se afirma:

«Otro elemento que ayudó al desarrollo del burocratismo en los primeros años de la Revolución fue la introducción de algunos sistemas administrativos y formas de organización, procedentes de países del campo socialista, que estaban lastrados por el burocratismo».

¿Y cuáles son las medidas que se proponen en el *Granma* para hacer frente a tales amenazas? Las mismas

no podían ser más propias de Guevara.

«Golpear el burocratismo en todos los frentes y en todas sus manifestaciones... *Tenemos que poner frente a la burocracia, las fuerzas de la clase trabajadora.* Las experiencias de la lucha contra este mal evidencian que la burocracia tiende a actuar como una nueva clase. Entre los burócratas se establecen vínculos, nexos y relaciones similares a los que pudo tener cualquier otra clase social» (ibid., cursiva nuestra).

Acerca de la importancia que Guevara le atribuyó al problema de la burocracia hasta los últimos días de su vida, tenemos un testimonio directo e imprevisible, que adquiere significado sólo a la luz de cuanto se ha dicho hasta aquí. Es en el *Diario* de guerrilla de Rolando, el día 10 de enero de 1967.⁴⁶ Ya sabemos los cursos de cultura variada y de econo

tismo es un fenómeno social, en cuanto es un sistema determinado de administración de los hombres y de las cosas». L. Trotsky, *Nuovo corso*, Roma, 1965, p. 74. Traducción de la edición italiana (*N. del T.*).

46. Rolando-Pombo-Braulio, *Diarios de Bolivia*. Ed. Fuerte, Argentina, 1971, p. 16. La reunión tuvo lugar el 6 y no el 7 de febrero. mía política que el Che le impartía al grupo y podemos imaginar el corte que él le daría a las lecciones sobre los temas de la construcción del socialismo. El diario de Rolando nos informa, sin embargo, que Guevara, hablando de la experiencia de Cuba («Manila», según el código adoptado), volvía a plantear el problema de los cuadros dirigentes, de su escasa calificación y de sus responsabilidades. Evidentemente él consideraba la discusión sobre los orígenes del fenómeno burocrático particularmente educativa, incluso en el contexto de la guerrilla boliviana.

Se trata de unas pocas anotaciones tomadas por Rolando, en las que se mantiene el muy lacónico estilo de su diario, pero son preciosas para entender el espíritu con el cual el Guevara combatiente volvía a reflexionar sobre las experiencias tenidas en Cuba:

«El resto de nosotros continúa en los trabajos de rutina y asistiendo a las clases dadas por Remón, con progresos considerables..

Debo anotar que el día 7 sostuvimos la primera reunión de todo el personal, en la cual Ramón señaló un cierto número de casos en los cuales tuvimos cuidado, violando la disciplina. Señaló la falta de interés de algunos camaradas en las clases, explicando las experiencias de Manila y el Castrismo, en lo que se refiere a camaradas con sentido del auto-sacrificio— pero sin instrucción y cómo esto condujo a colocar a personas sin capacidad en ciertos puestos en Manila, etc.»⁴⁷

6. Autogestión y clase obrera

La crítica de Guevara al fenómeno burocrático no había perdonado a los directores de industrias y los administradores de las empresas socialistas. Durante todo un período dicha crítica se concentró contra ellos, como uno de los obstáculos principales para la realización de una efectiva política de plan. Esto no significó automáticamente, por parte del Che, la adopción de orientaciones favorables a la práctica de

47. *Diarios de Bolivia*, op. cit., pp. 15-16.

la autogestión.⁴⁸ Tampoco contrarias, sin embargo. Sus posiciones al respecto resultan ser en cambio más complejas, sobre todo más contradictorias, no siempre fáciles de reconstruir.

Y esto porque, de una parte, estaba su confianza ilimitada en la fuerza material y en la capacidad de movilización de las masas. Por otra parte, se añadía a la misma la convicción de que una política de racionalización productiva en Cuba debía dar por descontado durante todo un período los inconvenientes, además de recibir las ventajas, de un sistema de rígida centralización de las decisiones.

Estaba además el ejemplo yugoslavo de «autogestión», estudiado y conocido por el Che desde 1959. Cabe decir que en un período relativamente positivo y «distendido» para el análisis de aquella experiencia, vituperada en el pasado en todos los países del área soviética, más por la hostilidad hacia la política general del «titoísmo», que por la comprensión real de sus características. Hacia Yugoslavia, por otra parte, la dirección castrista se hizo portavoz durante muchos años de las posiciones de crítica más extremista.⁴⁹

Guevara efectuó una visita oficial a la República balcánica en agosto de 1959, encontrándose con Tito y con delegaciones fabriles que lo habían familiarizado con aquel sistema original de descentralización administrativa, definida comunmente como «autogestión yugoslava». Un sistema, no obstante, que no tiene (no tenía) nada que ver con la gestión directa por parte de los productores, por lo menos no en el sentido en el que la gestión había sido tradicionalmente en

1. 48. No se debe confundir la *autogestión*, como modelo histórico o teórico de gestión directa de los medios de producción por parte de los productores, con la expresión cubana de «autogestión financiera». Esta última es particularmente frecuente en el debate económico.
2. 49. No invitada a importantes iniciativas internacionales de los cubanos, Yugoslavia fue acusada de tendencias de carácter imperialista, en una serie de editoriales del *Granma*, en mayo de 1966. Debe ser también tenida en mente la avalancha de acusaciones que Fidel Castro dirigió hacia la política de aquel país la tarde del 23 de agosto de 1968, en un discurso que sin embargo, según la programación, el debía dedicar por completo a la reciente invasión a Checoslovaquia por parte de los países «hermanos» del Pacto de Varsovia.

tendida en el movimiento obrero, de la Primera Internacional en adelante.

A su regreso, el Che definió a Yugoslavia como «el más interesante de todos los países visitados», también por «sus complejísimas e interesantes relaciones sociales» (en un artículo en *Verde Olivo*, 23 de noviembre de 1959). La descripción del modelo de autogestión yugoslava, que el Che da en aquella ocasión, consiste en «un capitalismo empresarial con una distribución socialista de las ganancias», dominado por el juego de la libre competencia que se practicaba entre las empresas y por el hecho de prevalecer la ley de la demanda y de la oferta en las relaciones industriales. Guevara parece también impresionado por el hecho de que en el país se haya alcanzado un sistema de redistribución equilibrada de las ganancias entre los trabajadores, de acuerdo a los principios más avanzados de la primera etapa de construcción del socialismo. La actitud del Che, no obstante, parece aún fundamentalmente problemática:

«Dar un diagnóstico definitivo, una opinión sobre este tipo social, es muy arriesgado en el caso mío, sobre todo porque no conozco personalmente las manifestaciones ortodoxas del comunismo...

Debe recalcar que el experimento yugoslavo merece ser estudiado con sentido crítico y, de todas maneras, para nuestro consumo nacional, es necesario extraer dos grandes enseñanzas».⁵⁰

El resto del artículo presenta en una luz sustancialmente positiva la política social de Tito, pero en particular estima adecuado subrayar que Yugoslavia es «el único país comunista que goza de una libertad de crítica muy grande, aunque hay un solo partido político». «Mayor libertad existe en las artes», constata el Che evidentemente ya crítico hacia la ausencia de democracia y de libertad artística en los países del bloque soviético.

En la conferencia de prensa celebrada a su regreso del viaje (8 de septiembre de 1959), arriesgó también una defini

50. En *Che Periodista*, La Habana, 1988, p. 68.

ción más precisa del mecanismo de la autogestión, afirmando con una buena dosis de entusiasmo:

«Un país en el que se trabaja con un espíritu magnífico, se hacen cosas estupendas; hay una gran libertad de discusión... Lo que ellos llaman “autogestión”, sistema con el cual se les da a los obreros una gran reponsabilidad en todas las fábricas. Los obreros son los propietarios de cada establecimiento en el que trabajan y el estado controla los salarios y tiene un sistema de previsión. Se trata de un sistema un poco complicado y difícil de captar, pero muy interesante» (traducido de la edición italiana
(*N. del T.*).

Hay en la anterior definición imprecisiones en la descripción de la autogestión yugoslava, pero aquí nos interesa sobre todo la orientación con la que el Che de 1959 se dirige hacia aquella experiencia. Con el tiempo cambiará de actitud de modo radical, transformando el interés original en dura crítica y llegando a ofrecer en los últimos años un cuadro además catastrófico de la situación social yugoslava, por ejemplo en las conversaciones en el MININD (diciembre de 1964):

«En Yugoslavia funciona la ley del valor; en Yugoslavia se cierran fábricas por incosteables; en Yugoslavia hay delegaciones de Suiza y de Holanda que buscan mano de obra ociosa y se la llevan a su país a trabajar en qué condiciones, en las condiciones de un país imperialista con la mano de obra extranjera, donde hay toda una serie de reglamentos y regulaciones para que sea la última cosa».⁵¹

En los primeros tiempos después de la victoria de la Revolución, el Che se había declarado abiertamente favorable a la adopción por Cuba de «un sistema de *gobierno mixto* de las

51. En *El Che en la Revolución cubana*, op. cit., p. 570. Véase también el juicio de un experto en métodos de autogestión en el mundo: «La Revolución cubana no ha dedicado quizás suficiente atención a la gestión obrera de la producción de tipo española (las comunidades anarco-sindicalistas en Cataluña), yugoslava o argelina. El Che Guevara de la época en que dirigía el Ministerio de Industria, tenía serias dudas al respecto. Una desconfianza, por otra parte, fundamentada en un mal entendido: él pensaba, injustamente, que la autogestión excluía la planificación centralizada y que la misma era sinónimo de egoísmo empresarial». Daniel Guérin, «Où va la révolution cubaine?», op. cit., p. 224. Traducido de la edición italiana (*N. del T.*).

fábricas» (por ejemplo en televisión, en junio de 1960, IV, 153). Es decir, un sistema en el que se realizará la máxima colaboración posible entre directores y obreros, sacando ventaja del clima revolucionario existente en el país, del «guerrillerismo empresarial» (como lo llamaba en aquella época el recién elegido presidente del Banco Nacional). Y también del hecho de que en los primeros tiempos fueron los cuadros más prestigiosos del Ejército Rebelde los que ocuparon el lugar de los viejos administradores, a medida que estos últimos iban alzando el vuelo hacia Miami. En la conferencia televisiva apenas recordada, Guevara declaró que era un deber y un derecho de los obreros desarrollar el máximo de conocimientos con respecto a las máquinas, a la técnica, al funcionamiento de todo el sistema de producción y también por lo tanto a los problemas de gestión, añadiendo:

«Se debe establecer la relación cada vez más estrecha entre obreros y administradores de fábricas estatales o intervenidas, para que se intercambien experiencias: No es lo mismo dirigir un gran número industrial complejo, o dirigir una industria: los problemas se ven desde distinto ángulo...

Lo que hay que hacer es que el administrador llegue al banco del obrero o el obrero suba al lugar del administrador y los dos intercambien experiencias y vean los dos todo el proceso de la misma manera, porque lo han visto por todos lados, y que entonces se resuelva» (IV, 150).

Eran ilusiones acerca de la posibilidad de realizar establemente una convivencia pacífica a nivel de fábrica entre obreros y dirigentes. Aquellas ilusiones estaban, sin embargo, destinadas a irse derrumbando poco a poco a medida que los imperativos del plan y de la primera fase de industrialización imponían sacrificios crecientes a los trabajadores, y en la medida en la que el «guerrillerismo» empresarial iba siendo sustituido por el «burocratismo» del que hemos ya hablado. Aquellas posiciones fueron por lo tanto expresadas públicamente por el Che en otras numerosas ocasiones, entre las cuales es ciertamente recordada la Convención Nacional de los Consejos Técnicos Asesores, del 11 de febrero de 1961, porque fue precisamente con respecto al problema de los Consejos Técnicos donde salió a la luz la incongruencia de los métodos de gestión adoptados.

Los Consejos Técnicos habían encarnado, en los primeros años de la nueva economía revolucionaria, el intento de resolver por la vía administrativa el problema de participación de los trabajadores en la determinación de los objetivos empresariales (de esta tarea limitada, en efecto, se trataba y no ciertamente de la gestión real, confiada en gran medida a la iniciativa individual de los directores, a la improvisación de los cuadros, cuando no al verdadero caos administrativo, producido por ejemplo por el clásico mecanismo de echarle encima la responsabilidad a otro).

Es también la época del comienzo de los primeros proyectos de planificación y el Che parece desesperadamente empeñado en la búsqueda de nuevas vías que permitan una vinculación de los trabajadores a la elaboración de los objetivos de fábrica y de sector.

En «El plan es obra de todos» (conferencia del 23 de junio de 1961), él habla explícitamente de la necesidad de una participación popular en el proceso de crítica y discusión del plan, a todos los niveles: en la elaboración, en la realización y, finalmente, pero importantísimo, en el control de su correspondencia con los objetivos prefijados, que habría de ejercerse a través de un trabajo de inspección y corrección.

«El obrero es una parte importante de la fábrica donde trabaja, está ligado a la fábrica. No puede haber separación entre el hombre que trabaja y el centro donde trabaja. Todo es una sola cosa indivisible... Esa fábrica es también un

todo en la Nación; cuanto más armónica sea esa conjunción de todas, y cuanto más firme sea la unión de todos, mejor marchará el plan, más fácilmente y más rápidamente» (V, 183).

En un artículo de julio de 1961 (publicado en *Trabajo*, la revista del Ministerio del Trabajo), Guevara examina detalladamente las relaciones que se pueden establecer en la fábrica entre los varios organismos de representación, a partir de la *asamblea de producción* hasta el *administrador*, pasando a través del *sindicato* y el *Consejo Técnico Asesor*. Es una estructura piramidal, en la cual el primer nivel, la asamblea de los trabajadores, aparece dotado de una función puramente consultiva, aunque se deja también abierta la posibilidad de que a la misma deba responder la administración en el supuesto de graves errores.

En lo que respecta también a la función del sindicato, se intuye que en el meollo de la cuestión, lo que le queda al mismo es realizar una tarea esencialmente consultiva, visto que se le pide renunciar a su función tradicional de organizador del conflicto obrero. Guevara no se pronuncia explícitamente contra el derecho de huelga, pero por el modo en el que habla en ésta y en otras ocasiones resulta evidente que él considera la eventualidad de la huelga como «una derrota para el Gobierno y para la clase obrera» (entrevista a Zeitlin de septiembre del mismo año). Tal derecho, según una concepción institucionalizadora ya clásica, iría sometido a una serie de condiciones perjudiciales, como la valoración de las prioridades adoptadas por el plan o la política general de la Revolución. Desde hace tiempo la experiencia ha demostrado, sin embargo, que en el momento en el que se le comienzan a poner condiciones al ejercicio de la más natural entre las formas de protesta de los trabajadores, la misma pierde su función de libre expresión del conflicto obrero, tendiendo inevitablemente a desaparecer. En el artículo anteriormente citado, Guevara llega a afirmar:

«el arma superior de la clase obrera que es la huelga, es precisamente el arma de la definición violenta de las contradicciones de clase... huelgas obreras en nuestras empresas constituirían un sonado fracaso de nuestra administración y, también, una demostración de faltas lamentables en la conciencia política de la clase obrera» (V, 199).

Los verdaderos organismos de movilización de la conciencia obrera, sin embargo, parecían ser en este período para el Che los *Consejos Técnicos Asesores* constituidos «por los obreros más destacados de cada departamento de la producción, los que, reunidos, asesoran al administrador sobre medidas prácticas que se han de tomar en cada unidad de producción» (V, 200). Nacidos con funciones exclusivamente técnico-prácticas, los Consejos Técnicos se ven asignar por Guevara funciones de formación profesional, de calificación de la fuerza-trabajo y, concretamente (en aquel año 1961), de elaboración de las primeras normas de trabajo (destinadas, sin embargo, a permanecer vagas e imprecisas durante muchos años venideros. El problema será afrontado nuevamente a comienzos de los años setenta). El Che desea también que los Consejos Técnicos puedan

«denunciar ante el director de la empresa consolidada que tal administrador de fábrica está cometiendo tal o cual hecho que va contra la política del Ministerio».

Pero aparte de episodios particulares, poco significativos, aquella función de denuncia no asumió después la importancia que el Che habría querido atribuirle y que luego sin embargo, él mismo desplegó a escala mucho más amplia en la etapa del comienzo del debate económico.

Por otra parte, precisamente el carácter de organismos empresariales consultivos de los mismos, no electivos y escasamente controlables, no operativos y carentes de coordinación a nivel de rama productiva, habría impedido a dichos organismos en el caso de que logran un desarrollo, el ejercicio de un poder real de control sobre la marcha general de la planificación.

En la entrevista a Zeitlin, Guevara declara explícitamente que estos organismos «no toman parte en la creación del primer plan» y que «en este momento no tienen nada que decir, hasta que los mismos no terminen de erigir la estructura, el nivel mínimo de industrialización que lo permita». El problema es «político», según Guevara (pero precisamente ya que es así, no se ve por qué no puede y no debe ser también afrontado por los organismos de base de los trabajadores). Es ésta una evidente contradicción, ya que en las expectativas del Che en aquel período, los Consejos Técnicos habrían debido ya funcionar como

«el laboratorio experimental donde la clase obrera se prepara para las grandes tareas futuras de la conducción integral del país» (V, 200).

Una visión anticipadora y democrática, pero poco realista, sin embargo, en cuanto a sus premisas. No

sucedirá nada de lo previsto por el Che, y los Consejos Técnicos Asesores desaparecerán con el tiempo de la escena empresarial, sin haber jamás jugado un papel efectivo de participación y movilización obrera desde abajo. Las razones de este fracaso las expresó en parte el mismo Guevara, en abril de 1961,

52. Traducido de la edición italiana (*N. del T.*).

cuando en la polémica con el grupo cubano de *Voz proletaria*, se vio obligado a reconocer:

«El pecado de los CTA es precisamente que no fueron creados bajo la presión de las masas; se trató de una creación democrática desde arriba para darles a las masas una vía no solicitada: es aquí donde está el error de las masas.

Nosotros, “pequeña burguesía timorata” fuimos a buscar los canales para poder escuchar la voz de las masas, creando bien o mal, con las imperfecciones que tienen... los Consejos. Si hay algo que ha faltado completamente es la presión de las masas, y en esto quiero insistir. Porque se necesita la presión de las masas en toda una serie de cosas, porque las masas deben estar interesadas en saber lo que es un plan económico, lo que es la industrialización...

La masa debe estar siempre atenta a lo que le ocurre en su lugar de trabajo y a lo relacionado con la vida total de la nación» (Traducido de la edición italiana *N. del T.*).

En verdad, detrás de las ilusiones sobre el destino de los Consejos Técnicos Asesores, existe también la esperanza de que los mismos funcionen como auténticas escuelas de gestión para los obreros, preparándolos para las tareas del futuro. Esto está bien expresado, por ejemplo, en un discurso del 24 de septiembre de 1961, en el que el Che afronta el problema de la *formación polivalente* del trabajador y de la lucha contra la alienación productiva, a través de una nueva real apropiación del *control obrero* de todo el ciclo de producción:

«La teoría y la práctica constituyen una unidad que hay que saber dominar. No está bien que un obrero solamente sepa todo lo referente a su máquina porque lo ha aprendido, la ha armado y desarmado... debe, además, conocer los principios en los cuales está basada la máquina o se creó, cómo funciona, debido a qué medios funciona, y así como tenemos el caso del obrero y la máquina, debemos poner el caso del administrador de una empresa o de una fábrica, que debe conocer, debe adentrarse cada vez más en los problemas de la producción, pero debe estudiar la teoría de la producción...

Hay que conocer los detalles, los tornillos con los cuales le toca a cada uno trabajar, y en total la lucha panorámica de la gran maquinaria que se está creando.

Todo esto sobre la base de la crítica y la autocrítica constante» (V, 289).

Y tanto las autocríticas –como las críticas– no faltarán por parte de Guevara.

Una vez fallidos los proyectos ambiciosos de desarrollo de los Consejos Técnicos Asesores, es en efecto –y no por casualidad– *la lucha contra el absentismo* la que pasa a un primer plano en la escena empresarial cubana. A la misma el Che le dedicará durante todo un período (1961-1963), muchas de sus energías, tratando de transformar los sistemas tradicionales de la *emulación socialista* en momentos de formación y desarrollo de la conciencia. En el intento además de impedir que aquellos sistemas se transformen en un mecanismo estajanovista, difusor del egoísmo, corrupción y gérmenes de conciencia burocrática incluso a los niveles más bajos de la jerarquía empresarial, como ya desde hacía tiempo se había verificado con experiencias análogas en otros países del bloque soviético.⁵³ Sin embargo, también el gran empeño puesto en la batalla por la emulación demostrará ser desigual, ante la tarea histórica de garantizar una efectiva dirección obrera de los mecanismos de la producción. Y el problema del absentismo sobrevivirá a Guevara, y continúa representando, aún en la sociedad cubana de hoy, uno de los nudos irresolutos a nivel empresarial.

El Che era consciente de estas serias limitaciones, impuestas por las rígidas leyes de la economía también del funcionamiento «revolucionario» del sector estatal. Lo anterior se puede obtener fácilmente a partir de numerosos artículos y discursos. Por ejemplo, en marzo de 1962, afirma:

«Estamos muy atrasados en cuanto a una real integración de la clase obrera con sus nuevas tareas de dirigencia ¿Qué quiere decir dirigencia? El desconocimiento que la clase obrera tiene de las relaciones entre centros de trabajo, de la organización de los centros de trabajo, de todo el aparato administrativo del estado en cuanto a industrias, es realmente fabuloso» (*El Che en la Revolución cubana*, op. cit., IV, 94).

53. Se ha hablado también, con respecto a Guevara, de «*estajanovismo al revés*», en la introducción de Rolando E. Bonachea y Nelson P. Valdés en los *Selected Works of Ernesto Guevara* (Boston 1970, p. 24).

O, con tono mayormente autocrítico:

«¿De quien es la culpa? ¿De esos obreros? Evidentemente de ellos no; la culpa es nuestra; culpa de la dirigencia obrera. De los dos. ¿De quién más o de quién menos? Ya eso aquí se puede discutir, se puede aclarar o no aclarar, en fin; pero el hecho es que la culpa es nuestra. Estamos convertidos en perfectos burócratas de los dos lados...» (ibid).

Y todavía, un mes después, Guevara vuelve a tocar este asunto y el referido a la autocrítica:

«A veces nosotros analizábamos en nuestros Consejos de Dirección cuál era el origen real de esta apatía. ¿Por qué grandes, enormes tareas que competen directamente a la clase obrera, tenían que surgir siempre como iniciativas burocráticas?...

Nosotros a veces pensábamos que era culpa del trabajo, la CTC
o de nuestra propia incapacidad de comprender el momento en que vivíamos...

¿Por qué tenemos que hacer que la participación de la clase obrera en la dirección de las fábricas y empresas sea cada vez más consciente y cada vez más determinante?

Esto no quiere decir que se vaya a establecer una pugna entre clase obrera y administración, lo que tiene que existir es una coordinación absoluta... falta todavía un tramo largo para que se logre realmente esta integración».

De aquí las falsas soluciones adoptadas, como admite también Guevara en el discurso que acabamos de citar:

«Hemos estado precisamente en el medio de luchas que ni siquiera tenían una definición exacta. En el Ministerio que ha estado a mi cargo, hemos tenido que establecer muy decididamente el principio de la autoridad, de responsabilidad única para evitar las intromisiones falsas de algunos organismos sindicales y, a veces, de los núcleos de revolucionarios activos en la dirección precisa de la fábrica» (Discurso clausura del Consejo Nacional de la CTC, 15 de abril de 1962, VI, 130, 132 y 135).

La adopción del sistema de dirección única (en la tradición de Lenin y conforme con la práctica soviética), investida de toda autoridad y de hecho de todo poder de decisión, contribuirá después a hacer explotar, junto con otras causas, el problema de la responsabilidad de gestión (es decir, de la cuestión de los márgenes de autonomía y de libertad de acción que en un sistema socializado el plan puede dejar a la iniciativa de cada empresa en particular).

Algunas propuestas de Guevara, también de discutible eficiencia, no tendrán, sin embargo, jamás una aplicación en la realidad cubana. Valga por todas la idea de enviar obreros y técnicos a dar un recorrido por la Isla, a copiar y reproducir las mejores máquinas existentes en las fábricas, con el objetivo de no depender exclusivamente del exterior para la adquisición, las sustituciones y las piezas de repuesto (agosto de 1961, V, 219)).

O la propuesta formulada por el Che en octubre de 1964, de hacerle frente a la carencia de personal calificado haciendo rodar los especialistas disponibles de una empresa a la otra, de las más aventajadas a las que estaban «en peores condiciones», corriendo así el riesgo de desperdiciar energías, agravar el caos administrativo y de que se hiciera vana toda posibilidad de previsión científica de los índices del plan.

Estos ejemplos de ingenuo empirismo reflejan a su vez el carácter contradictorio de algunas posiciones expresadas por el Che sobre temas de organización empresarial. Tanto para el mundo de las fábricas, como también para otros aspectos de la filosofía social de Guevara, el momento de sus mayores oscilaciones se coloca en el bienio 1962-1963. Es decir, en el período en el que el abandono definitivo de sus anteriores adhesiones al modelo soviético no ha sido aún totalmente sustituido por reflexiones originales y personales.

Un buen ejemplo de lo anterior resulta ser un artículo, muy importante por la amplitud de los temas tratados, titulado “Tareas industriales de la Revolución en los años venideros” (en *Cuba Socialista*, marzo de 1962).

Lo hemos citado por la importancia que asumen en el mismo los planteamientos hechos sobre la tecnología (automatización y electrónica). El mismo contiene además, sin embargo, dos posiciones contradictorias acerca del problema de la gestión: por una parte, se habla de «incorporación de los trabajadores a todas las tareas prácticas de la construcción del socialismo», «en la dirección de las fábricas»,

además de la «intervención en la planificación de la economía» por parte de los mismos, que deberá realizarse a través de la participación masiva en los trabajos de planificación» y el ejercicio de un poder efectivo de control por parte de las Asambleas de producción (VI, 110, 111 y 116). Por otra parte, se confirma la línea de dirección única, de la responsabilidad de los administradores sólo con respecto a los niveles superiores de la jerarquía productiva, en abierta polémica por lo tanto con la exigencia de la máxima participación desde abajo:

«El administrador o director debe trabajar colectivamente con todos los órganos de masa... pero será suya la responsabilidad ante el Ministerio por la decisión final que tome y, por lo tanto, debe hacerla sujeta a la disciplina del mismo, siguiendo todas las orientaciones y aplicando el sentimiento común cada vez que deba decidir una situación conflictiva» (VI, 117).

Pero el «buen sentido» individual y la «automatización» no se pueden ciertamente conciliar en una época de creciente rigidez de la organización del trabajo industrial. La denuncia, algo típico de Guevara también, de la permanencia de las fuentes de alienación en la fábrica y en la sociedad cubana, parece estar en contradicción con la existencia de autoritarismos empresariales, imposiciones unilaterales desde arriba o directores administrativos y plenipotenciarios como los citados. Es una contradicción temporal, sin embargo, y la reflexión del Che continúa en su última etapa de permanencia en Cuba, abriendo el camino a nuevas intuiciones y posiciones, todas inequívocamente orientadas hacia una mayor democracia y participación desde abajo.

En un célebre discurso a los jóvenes (del 20 de octubre de 1962), por otra parte, Guevara había ya planteado el problema de la alienación directamente referido a la organización del trabajo.

Por sus palabras, se advierte claramente el nuevo tipo de reflexión que comienza a delinearse, destinada a profundizarse en los años siguientes, de las formas y modos que veremos:

«Todavía no hemos sido capaces de darle al trabajo su verdadero contenido, no hemos sido capaces de unir al trabajador con la conciencia de la importancia que tiene el acto creativo que realiza día a día.

El trabajador y la máquina, el trabajador y el objeto sobre el que se ejerce el trabajo, todavía son dos cosas diferentes y antagónicas y ahí hay que trabajar, porque deben ir formándose nuevas generaciones que tengan el interés máximo en trabajar y sepan encontrar en el trabajo una fuente permanente y constantemente cambiante. Algo creador, algo nuevo» (“Lo que debe ser un Joven Comunista”, VI, 256-258).

En “El socialismo y el hombre en Cuba” (marzo de 1965), aquellos temas son de nuevo tomados y se profundiza en ellos, precisamente en el contexto de un análisis de las formas de *enajenación* inducidas por el modelo de desarrollo de la sociedad socialista. Ahora se afirma en dicho artículo que el hombre, en el socialismo, «a pesar de su aparente estandarización» es más completo y más libre. Él dispone de mayores posibilidades técnicas y políticas para «expresarse y hacerse sentir en el aparato social» y por lo tanto para hacer extensiva su participación individual y colectiva a «*todos los mecanismos de dirección y de producción*». Será éste el proceso que, a través del trabajo –entendido como plena realización social del individuo– permitirá una realización plena de su propia naturaleza humana y por lo tanto una definitiva liberación de las cadenas de la alienación. La posibilidad concreta de participar en todos los niveles de las estructuras de decisión –y en este sentido más amplio de la «autoeducación», la autoorganización productiva de este nuevo sujeto social– parece objetivamente como la única forma históricamente pensable de vida comunitaria.

Y es con esta perspectiva que adquiere un valor particular, casi una condición preliminar a la que sería imposible renunciar, *la transformación del trabajo en actividad voluntaria y creadora*, como es indicado en sus últimos escritos, dedicados a los problemas de la construcción del socialismo. Se trata, no obstante, de una serie de temas apenas señalados, fundamentalmente se trata de intuiciones, acerca de las cuales el Che no tuvo la posibilidad de proceder a una efectiva profundización.

¿Existe una real y verdadera «cuestión obrera» en la filosofía social de Guevara?

La respuesta es, sin lugar a dudas, afirmativa, lo que choca obviamente con la imagen estereotipada transmitida por los medios de comunicación del mundo entero, de un Guevara «romántico», militarista a ultranza, guerrillero campesino y convencido defensor del cerco de las ciudades por parte del campo.

La «cuestión obrera» no sólo existe en el pensamiento del Che, sino que durante todo un período de su vida prevalece por encima de otros problemas: son los años de su permanencia en el MININD y del debate

económico, que además son exactamente los años transcurridos por Guevara en Cuba (después de la victoria revolucionaria) y en los cuales, para decirlo con sus palabras:

«El problema del operario es un problema serio, cuando se inicia un ritmo de desarrollo tan rápido como el nuestro».⁵⁴

Poniéndonos en un plano puramente cuantitativo, podríamos decir que una buena mitad de los artículos y de los discursos dejados por el Che son dedicados al mundo de la industria, de las fábricas y de los hombres que la «necesidad» obliga a moverse en aquel mismo mundo con el objetivo de conquistar el futuro «reino de la libertad».

Por esta importancia dada a la cuestión obrera, bajo su perfil práctico y teórico, Guevara puede ser ciertamente considerado como un marxista «clásico». Entre otras cosas, uno de los pocos marxistas efectivamente *interno* al mundo de la fábrica, familiarizado con sus procedimientos técnicos y con su correspondiente organización del trabajo. Y esto no sólo

54. 9 de marzo de 1961, *El Che en la Revolución cubana*, op. cit., III, p. 87. Löwy también llama la atención hacia este «aspect assez méconnu» del pensamiento de Guevara, con respecto al papel de la clase obrera. Pero no lo hace a partir del mundo de la producción y por lo tanto se ve obligado a forzar la realidad histórica. El Guevara que él propone estará además consciente de la importancia estratégica de la «huelga general insurreccional», en la tradición de la Luxemburgo, citada aquí indebidamente. Para estas posiciones él se basa solamente en el análisis hecho por el Che acerca del intento de huelga general en Cuba, del 9 de abril de 1958 (del que volveremos a hablar). Cfr. M. Löwy, «Guevara, marxisme et réalités actuelles de l'Amérique latine», en *L'homme et la société*, 11/1971, pp. 185-186. Del mismo autor, véanse «El pensamiento del Che Guevara», en *OCLAE*, 25/1969; *La pensée de Che Guevara*, op. cit. ; «La dialectique peuple et guérilla dans Che Guevara», cap. final de *La théorie de la révolution chez le jeune Marx*, París, 1970. debido a sus estudios de gestión empresarial, sino por el hecho de haber pasado en ella medio decenio de su vida (a parte de los largos viajes al exterior). Se trata de un aspecto singular y característico de la personalidad histórica del Che, al que raramente se le presta atención.

Sin embargo, en la tradición del marxismo occidental, no han sido muchos los teóricos que alguna vez hayan atravesado el umbral de una fábrica para hacerla funcionar, para trabajar en ella por consiguiente y no sólo para dar mítines. Esto es válido para los primeros años del poder bolchevique, que así mismo vieron como guía de aquel proceso de transición (tan pronto abortado) a algunas de las mentes económicas de la época, absolutamente más preparadas.

Tanta fue, sin embargo, la familiaridad de Guevara con el mundo del proletariado industrial cubano, que tampoco él logró librarse, al principio, del destino casi inevitable para el intelectual que se aproxima por vez primera a la realidad de la fábrica.

Y fue así como el *obrerismo* vino a caracterizar, durante todo un período, también la visión del mundo del trabajo que el Che construyó en su propia mente y tradujo en sus escritos.

Un vívido ejemplo de dicho *obrerismo* se puede obtener a partir de la descripción hecha por el Che de un «héroe del trabajo» visto en acción: una imagen que evoca ya inevitablemente en la memoria el símbolo cinematográfico de aquellas patéticas generaciones de «hombres de mármol», inmortalizadas en la pantalla por el director de cine polaco Wadja. A continuación, como relata Guevara el magnífico resultado de uno de estos cortadores de caña «excepcionales»:

«¿Cuál es el secreto de los hombres y mujeres que cortaron esa cantidad de caña? Yo los estuve observando detenidamente, sobre todo, digamos –para decirlo en términos deportivos–, al campeón: al compañero Reinaldo Castro (*aplausos*). Y estábamos estudiando toda la medición de los movimientos, la medición de los distintos movimientos que se hacían. Y allí veíamos nosotros dos cosas: un notable ahorro de energía innecesaria y una dedicación absoluta a la tarea a la cual estaba dedicado.

Naturalmente que sin condiciones físicas especiales no se puede cortar diez horas de caña... El compañero Castro solamente dejó de trabajar directamente en el corte ocho minutos, durante las diez horas que estuvo dedicado a la tarea (*aplausos*). Y de esos ocho minutos varios de ellos los consumió en cambiar de corte, porque había acabado el que le habían asignado» (30 de abril de 1963, *El Che en la Revolución cubana*, IV, pp. 422-423).

Se podrían además releer muchas páginas y discursos dedicados por el Che a la emulación y al trabajo voluntario, en las cuales a los varios «Reinaldo Castro», al «compañero Manuel Fumero», al «compañero Arnet» y a tantos otros «héroes del trabajo» se les acompaña también de ultrarretóricas descripciones del

funcionamiento de los Batallones Rojos (son las brigadas de trabajo voluntario, que después de la muerte del Che llevarán durante algún tiempo el nombre de «Brigadas Che Guevara»). En un artículo se puede leer una descripción del funcionamiento de la formación y del ritual de estos Batallones Rojos en (Discurso en la entrega de Certificados de Trabajo Comunista en el MININD, casi idénticas acerca del complicado y farragoso ordenamiento de las falanges industriales en Armonía, del *Nouveau Monde Industrial et Sociétaire* de Charles Fourier).

Y no le faltan notas de color a este obrerismo difuso de Guevara. El discurso en la entrega de premios en el MININD (30 de abril de 1962) se inicia, por ejemplo, en una atmósfera festiva, entre caras obreras y declaraciones de fe en la generosidad, en el amor del proletariado hacia la Patria y el trabajo...

«Compañeros trabajadores de todas nuestras industrias; compañeros trabajadores del coro de la CTC, que nos ha dado una demostración del avance cultural de nuestro pueblo con sus magníficas interpretaciones; compañeros todos:

Realmente quisiera decirles que es un momento emocionante para mí el hablar ante esta asamblea. Hemos visto muchos actos de desprendimiento de la clase obrera, muchos actos de amor por su trabajo, por su Patria y por su clase...

No hay otra forma de actuar, no hay otro camino que el apoyo total, irrestricto en la clase obrera, siguiendo sus orientaciones, pulsando sus opiniones, pulsando sus emociones y tratando –a lo más en algún momento–, de interpretar, quizá un ápice mejor la realidad...

Pero quien hace la historia, es la clase obrera... y es para ustedes, pues, para todo el pueblo trabajador, mi saludo más emocionado y más encendido en esta jornada» (VI, 147-148).

La fascinación por el obrerismo –del que se podrían citar otros numerosos ejemplos– no impide, sin embargo, a Guevara el estar en primera fila en la lucha contra el *absentismo*, un tema al que le dedica muchos escritos y discursos en el período 1961-1962. Estigmatiza, cuando es necesario, la apatía de los trabajadores y no duda en declarar la necesidad de

«luchar contra la vieja mentalidad... de clase obrera explotada y espoleada, que lucha solamente por reivindicaciones económi-cas».⁵⁵

A partir de un determinado momento (alrededor de 1964), su actitud hacia la cuestión obrera comienza, sin embargo, a hacerse mucho más crítica, a medida que los aspectos cruciales de esta cuestión se articulan y se hacen más profundos en su reflexión. Por ejemplo, en un contexto de análisis internacional.

En diciembre de 1964, en una entrevista en Argel con Josie Fanon, la viuda de Frantz Fanon, él hace referencia a un sector particular del proletariado mundial –el de Estados Unidos– en términos de todo menos elogiosos. Se trata de un señalamiento muy esquemático al problema de la integración neocapitalista de la clase obrera en los países imperialistas y que refleja teorías difundidas en los años sesenta, sobre las que se ha escrito y debatido mucho. Guevara parece servir de eco en algunas de aquellas posiciones típicas del tercermundismo de entonces, aunque no hay en su obra ulteriores profundizaciones o desarrollo de las afirmaciones con las que él concluye su entrevista concedida a Josie Fa-non:

«La clase obrera de Estados Unidos no se da cuenta claramente de las contradicciones en el seno de la sociedad norteamericana, a causa de su elevado nivel de vida.

Para la clase obrera estadounidense, estas contradicciones, por su embotamiento, son incomprensibles y no podrá tener una conciencia clara de su propia explotación, mientras continúe re

55. Discurso del 15 de abril de 1962, op. cit., VI, 129. Hace referencia al mismo también Jean-Jacques Nattiez, *Che Guevara. La vida, el pensamiento, i testi esemplari*, Milán, 1971, p. 79.

cibiendo las migajas que le lanza el imperialismo norteamericano de su festín» (IX, 337-338).

Detrás de estas posiciones no hay análisis reales y verdaderos por parte del Che, que, sin embargo, había demostrado una actitud sistemática hacia otros problemas políticos de una determinada relevancia.

Las previsiones más pesimistas serán desmentidas por otra parte después de la muerte del Che, con las grandes movilizaciones obreras en algunos países europeos y las oleadas de huelgas de los años setenta incluso en algunos sectores importantes del proletariado americano. Esto sucederá, entre otras cosas, como confirmación de una anticipación del mismo Guevara, insertada casualmente en su mensaje a la

Tricontinental, que desmiente parcialmente las declaraciones hechas a la Fanon:

«Todo eso va provocando una repercusión interior en Estados Unidos; va haciendo surgir un factor atenuado por el imperialismo en pleno vigor, la lucha de clases aún dentro de su propio territorio» (IX, 371).

No caben dudas, sin embargo, de que en los últimos años de su permanencia en Cuba, se comienza a desarrollar en el pensamiento del Che una amarga crítica con respecto al producto histórico de la conciencia de clase en el proletariado de los países imperialistas.

Juegan un papel determinante, en esta transformación de su pensamiento, no sólo las primeras desilusiones cubanas por su inicial entusiasmo obrerista, y no sólo el espectáculo de embotamiento –varias veces denunciado por él– de la conciencia de clases del proletariado en la URSS y en los países hermanos, sino también fundamentalmente la dinámica del intercambio desigual en la que Cuba se encuentra insertada, de un modo totalmente desventajoso para ella, en un contexto internacional que no deja espacio a ilusiones, en el futuro inmediato, en lo que a cambios políticos radicales dentro de los países imperialistas se refiere.

Guevara, por otra parte, había tenido experiencias directas en cuanto a las capacidades revolucionarias de los trabajadores en Bolivia, en Guatemala y en Cuba. Poco o nada sabe por el contrario acerca de las luchas obreras en Italia, en Francia, en Bélgica, en Alemania, en Inglaterra o en los mismos Estados Unidos.

De aquellos países, él conoce sólo un estereotipo de comportamiento obrero, visto a través del prisma deformador de las organizaciones oficiales: las mismas que en aquellos años se aglomeraban en los hoteles de La Habana, en delegaciones y convenios, pero que rechazaban el asumir responsabilidades más radicales y comprometedoras en sus países de origen. De allí el amargo cambio de opinión sobre el papel histórico del proletariado en los países capitalistas más avanzados (que para un marxista coherente debía, sin embargo, significar también un cambio de opinión con respecto al proletariado en general).

En “El socialismo y el hombre en Cuba”, encontramos una última y significativa huella de esta evolución pesimista del pensamiento del Che, unida a la enunciación de una necesaria profundización en la cuestión, que Guevara, sin embargo, no tendrá más ocasión de hacer:

«Cabría aquí la disquisición sobre cómo en los países imperialistas los obreros van perdiendo su espíritu internacional de clase al influjo de una cierta complicidad en la explotación de los países dependientes y cómo este hecho, al mismo tiempo, lima el espíritu de lucha de las masas en el propio país, pero ese es un tema que escapa de la intención de estas notas» (VIII, 257).

Cuando en la guerrilla boliviana se entera de las grandes huelgas estalladas en las minas de Catavi y Huanuni, el Che muestra un comportamiento escéptico y una clara tendencia a infravalorar el peso de aquellos sectores de la población trabajadora, que por el contrario habían siempre jugado un papel decisivo en la dinámica de clases en Bolivia. En el *Diario*, en el día 8 de junio de 1967, él se limita a anotar:

«Se da noticias del estado de sitio y la amenaza minera, pero todo queda en agua de borrajas».

Impresión errada, ya que el ejército debe proceder a una de las más crueles masacres de trabajadores, para poder volver a controlar la situación y para impedir que el potencial explosivo (en todos los sentidos...) de aquellos diecisiete mil mineros vaya a unirse con las fuerzas exhaustas de la guerrilla del Che. Es difícil explicar, por lo tanto, el comentario de Guevara contenido en el resumen del mes:

«La masacre de las minas aclara mucho el panorama para nosotros y, si la proclama puede difundirse, será un gran factor de esclarecimiento».

La proclama⁸ logra llegar a Cuba, pero no a los mineros bolivianos, ya que mientras tanto la represión hizo saltar la red que sostenía a la guerrilla, dirigida por Loyola Guzmán.

La actitud del Che no cambia en los meses siguientes, como lo demuestran también sus dos últimas referencias al mundo de los trabajadores, entendidos como sujeto político. En el día 9 de julio, el mes que marca el inicio de la parábola descendente de la actividad guerrillera, él anota en el *Diario*:

«La radio dio la noticia de un acuerdo de 14 puntos entre los trabajadores de Catavi y siglo XX y la Empresa Comibol, constituye una derrota de los trabajadores».

Y el 19 de septiembre:

«La radio insistió sobre el caso Loyola y los maestros están en plena huelga, los alumnos de la secundaria donde trabajaba Higuera, uno de los detenidos, en huelga de hambre por la creación de la empresa del petróleo.

Signo de los tiempos: se me acabó la tinta».

56. “Manifiesto del Ejército de Liberación Nacional al pueblo boliviano”(abril de 1967) en *Pensamiento crítico*, n° 6, julio de 1967, pp. 199-202.

En el mismo número de la revista aparece un artículo de análisis de la situación boliviana, que se corresponde con el momento de los acontecimientos citados, lleno de ilusiones que van más allá de la historia con respecto a la formación de una conciencia revolucionaria del pueblo boliviano, pero carente de observaciones concretas sobre la realidad del presente. También allí faltan referencias a la movilización de los obreros, en particular, en la parte dedicada al llamado «teatro de operaciones». Cfr. «Bolivia: análisis de una situación», pp. 217-220. El artículo está firmado por Ojarikuj Runa (en quechua “combatiente”), el seudónimo de un miembro boliviano del ELN. Límites análogos se encuentran en otro artículo de la época de los acontecimientos: “Bolivia en la hora de los hornos”, en *Tricontinental*, n° 1, julio-agosto de 1967. Para el análisis de la situación política boliviana en la época de la guerrilla de Ñancahuazú, véase Rubén Vázquez Díaz, *La Bolivie à l'heure du Che*, París, 1968.

Volveremos a estos hechos. Pero ahora no podemos dejar de recordar que catorce años atrás fue precisamente el entusiasmo de aquellos mismos trabajadores bolivianos –la primera movilización obrera de su vida– la que marcó el inicio de su arraigo revolucionario, orientándolo hacia el marxismo y el proletariado. Evidentemente, con el tiempo, con las desilusiones en Cuba y con la infeliz operación boliviana, algo comenzó a resquebrajarse en aquella relación.

Los trabajadores bolivianos, sin embargo, no lo han olvidado. En el fondo de los pozos de las minas, en las paredes de aquellos antros subterráneos, manos ignoradas continúan todavía hoy trazando escritos que alaban al Che y a su intento de revolución.⁵⁷

7. Conciencia y progreso tecnológico

El Che siempre consideró que entre las motivaciones del hacer económico del individuo, los incentivos morales debían ocupar el lugar de guía. En su visión humanista-revolucionaria, la práctica cotidiana de una actividad productiva desinteresada, en vigor desde el mismo comienzo del proceso de transición al socialismo, se demostraría bien pronto como un factor práctico, eficaz y decisivo en el proceso más general de construcción de la conciencia socialista, del «hombre nuevo». Una *conciencia* y un *hombre* que a su vez se convertirían con el tiempo en motores, los dinámicos sostenes para la realización de la etapa más avanzada, es decir, del *comunismo*.

Al respecto no hay oscilaciones significativas por parte del Che, ni reflexiones, a parte de algunas explícitas admisiones –hechas siempre a regañadientes, sin embargo– acerca de que los incentivos materiales habrían podido jugar un papel importante, con tal que finalizaran ante la valoración de los de orden moral. Se podría además trazar una línea de continuidad al respecto, a lo largo de la vida de Guevara: desde que el joven médico bonaerense dedicaba gratuitamente sus capacidades profesionales al cuidado de los leprosos o de los enfermos de alergia, rechazando el lucro co

57. Testimonio directo de Ricardo Napuri, en la conversación citada. mo finalidad social de la actividad del médico en América Latina, hasta las claras y polémicas tomas de posición al respecto durante el debate económico.

En la tradición del marxismo no ortodoxo se pueden destacar dos límites extremos, dos concepciones diametralmente opuestas, acerca del papel de los incentivos morales en el desarrollo de la economía de la sociedad de transición.

De un lado está el joven Lukács, con un artículo de 1919, con un título muy significativo: “La moral en la producción comunista”. Él reduce el esfuerzo del proletariado, en la construcción de las bases materiales de la nueva sociedad, precisamente a un problema moral, hablando explícitamente de las posibilidades de evolución social que la clase obrera encierra en sí, en su proceso de redención social. Es el mismo Lukács el que revela no obstante lo que hay realmente de *material* en la base de su razonamiento, más allá de las proclamaciones ultrasubjetivistas e idealistas en la «autoconciencia» o en la elevación del factor moral a norma

para la evolución de la sociedad: existen para él el «aumento de la producción», el «incremento de la productividad» y la «disciplina del trabajo». Precisamente los tres puntos fuertes de toda moral productiva, ampliamente desarrollados y aplicados en todo tipo de sociedad totalitaria, comprendidos obviamente los países del llamado «socialismo real».

En el otro extremo está Herbert Marcuse, en particular con los capítulos dedicados a “Los principios de la moral comunista” y a la “Ética y productividad”, en *Soviet Marxism* (de 1958, nueva edición de 1965). Él define como «banalísimos lugares comunes» todas las declaraciones propagandísticas más repetidas en la URSS estalinista y posestalinista, con respecto a la consecución del bien público, la conciencia social, la responsabilidad en el trabajo, el hombre nuevo comunista, etc. Demuestra, por lo tanto, que aquella función entre abstractos principios éticos generales e inmediatas exigencias productivas, tiene la función de enmascarar la cuestión crucial de fondo, la verdadera esencia de las experiencias hasta hoy conocidas de construcción del socialismo: es decir, si la actividad productiva ha comenzado a perder sus características de trabajo alienado y si esta transformación suya está comprendida entre las finalidades sociales de la organización comunista del trabajo. Él evoca las posiciones de Marx con relación al vuelco de las condiciones en las que

deberá desarrollarse la actividad laboral del hombre comunista, *cuyo valor efectivo estará determinado en base al tiempo libre y la utilización de aquel tiempo a su vez deberá atenerse a su crecimiento* (global, humano y cultural). Marcuse critica por el contrario duramente la moral productiva opuesta, fundamentada en la perpetuación del reino de la necesidad en oposición al de la libertad:

«En oposición a esta concepción, la moral soviética no reconoce diferencia ética alguna, y, por lo tanto, de valor, entre el trabajo enajenado y el no enajenado: se presume que el individuo tenga para siempre el deber de invertir todas sus energías y todas sus aspiraciones en una mansión cualquiera que él mismo logre procurarse o que las autoridades le hayan asignado. Es esta cancelación de la decisiva diferencia entre cansancio enajenado y trabajo no enajenado la que le permite al ordenamiento soviético el poder acreditar su sistema de total desarrollo del individuo, en oposición al individuo mutilado de la sociedad occi-dental».⁵⁸

Los cuarenta años de historia y elaboración que separan al «joven» Lukács del Marcuse «maduro», Guevara los recorre en un quinquenio, verificando además en la práctica la diferencia fundamental que media entre *la ética de la emulación socialista y la conciencia de deber abolir todo carácter enajenador del trabajo*, incluso para mejorar e incrementar la productividad.

Después de un primer período de entusiasta participación en las campañas de emulación del trabajo – lanzadas en Cuba del mismo modo que se hizo en los países del Este, pero con aquel tanto de ingenio fanatismo producido por la juventud de la revolución cubana y de su grupo dirigente–, Guevara comenzó a darse cuenta de la insuficiencia de aquel método. Una primera señal de reflexión crítica se puede hallar en un discurso del 24 de septiembre de 1961, en el que se invita a practicar la emulación, pero de tal modo que se comprometa realmente la masa de trabajadores, sin que dicha emulación «se haga una cosa mecánica» y acompañándola de un proceso de discusión a todos los niveles (Discurso clausura de la Primera Asamblea de Producción de la Gran Habana, V, 267).

58. Herbert Marcuse, *Soviet Marxism*, op. cit., p. 200.

De emulación se habla además en el discurso del 15 de abril de 1962 (Discurso clausura del Consejo Nacional de la CTC), pero haciendo ya mucho hincapié en los procesos indispensables de calificación de la fuerza-trabajo, en el marco de la campaña muy propia de Guevara para la consecución del «mínimo técnico» (es decir, la participación en los cursos para obtener la especialización mínima necesaria con vistas a la realización de cualquier función productiva).

Pero el verdadero salto de calidad, según el modo en el que el Che afronta este tipo de problemas, queda demostrado en un discurso del 21 de diciembre de 1962 (en el acto de graduación de la escuela «Patricio Lumumba»). Por primera vez se expone de forma sistemática una contraposición política y de principio entre los incentivos materiales y los morales (VI, 271). Aunque los primeros están destinados a sobrevivir hasta en la etapa más avanzada del socialismo, afirma el Che, solamente los segundos logran realizar una obra efectiva de educación para las nuevas tareas sociales: las mismas sólo consiguen transformar el trabajo de actividad encaminada a fines de lucro en un deber social ante la colectividad, por lo tanto en un proceso de adquisición de cultura y de realización del trabajador como individuo humano.

En el debate económico de 1963-1964, la temática de los incentivos morales salta a un primer plano, sobre todo después de la crítica dirigida a los mismos por parte de los defensores de la autonomía financiera y del cálculo económico. A estos últimos Guevara les responde con una amplia sección en su artículo “Sobre el sistema presupuestario de balance”, significativamente titulada: “Contradicciones más sutiles, estímulo material versus conciencia”.

El Che afirma no querer eliminar los estímulos materiales, sino solamente reducirlos: quitarles aquel papel de relevo fundamental para el desarrollo de la economía que corren el riesgo de asumir en Cuba, como ya ocurre en otros países. Él no cree que dichos estímulos se extinguirán simplemente mediante el acrecentamiento de la riqueza social y una mayor circulación de bienes de consumo.

Se han convertido ya en categorías mentales y económicas, contrapuestas a las de la incentivación moral, y no se trata ya de matices. Él niega el carácter idealista y veleidoso que se le atribuye a sus posiciones por parte de sus adversarios en el debate:

«Nosotros afirmamos que en tiempo relativamente corto el desarrollo de la conciencia hace más por el desarrollo de la producción que el estímulo material y lo hacemos basados en la proyección general del desarrollo de la sociedad para entrar al comunismo» (VIII, 15).

El incentivo material, para el Che, crearía un antagonismo entre la administración estatal y los organismos de producción, aún cuando se tuviera que llegar a una extensión de la práctica de los *estímulos colectivos*, de los que habla el soviético Liberman, pero que la insuficiencia de los métodos de planificación cubana no permite todavía adoptar. Él afirma que del mismo modo que fue un acto consciente el que le imprimió a la Revolución su carácter socialista, será la intervención consciente de los hombres, fruto de las nuevas posibilidades de educación cultural y formación política, la que determine la marcha de la producción. Y ésta podrá, a su vez, ganar ventaja por el hecho de que ya la conciencia política –en la era del imperialismo– tiene una extensión *mundial*, así como la tienen las contradicciones negativas que inciden en el atraso de la economía cubana.

Un concepto que será nuevamente tomado y desarrollado ampliamente se encuentra en otra intervención en el debate (“La planificación socialista, su significado”, en *Cuba Socialista*, junio de 1964), en la que el Che responde directamente a las críticas de Bettelheim, afirmando que un crecimiento aún más acelerado de la conciencia constituye la única esperanza verdadera de desarrollar las fuerzas productivas atrasadas del país: esto porque la misma es el único recurso económico de la Isla que tiene efectivamente dimensiones mundiales (como las del mercado internacional). En todo caso, afirma Guevara, no existen alternativas, sobre todo a la luz de lo que admite el mismo Bettelheim, denunciando la contradicción entre desarrollo de las fuerzas productivas y modo de producción dominante en Cuba.

Pero el verdadero radicalismo del pensamiento del Che está expresado en otra parte, en cartas y conversaciones de aquel mismo período, que no teniendo el carácter formal y en parte académico de los artículos para *Nuestra Industria* y *Cuba Socialista*, le conceden un respiro más amplio y libre a sus reflexiones.

Tres aspectos con relación a esto son significativos.

El primero está bien expresado en una conversación en el MININD (11 de julio de 1964), en la que se afirma muy francamente que el sistema de los estímulos materiales hace más activo el libre juego de la ley del valor y con ésta el de otras categorías que son estrictamente capitalistas.

«Yo considero simplemente que es el desarrollo lógico de una línea de pensamiento que parte desde el principio, es decir, el estímulo material, la forma en que está concebido en el socialismo es, como si comparáramos... las posibilidades de enriquecerse en el capitalismo con la lotería de Pastorita... (que) languidece porque no tiene incentivo.

Es decir, nosotros hemos tomado como arma para luchar contra el capitalismo las armas del capitalismo, en un campo que necesariamente tiene que estar mellado, porque se desarrolla en plena sociedad capitalista, en la sociedad donde la filosofía es la lucha del hombre contra el hombre, de los grupos contra los grupos y la anarquía de la producción» (*El Che en la Revolución cubana*, op. cit., VI, p. 506).

El segundo aspecto se refiere al carácter *fetichista* de la mercancía, analizado ya por el Che cuando releía al joven Marx, en el ámbito de su razonamiento humanista-revolucionario sobre la liberación del hombre. La

cualidad mágica de los fetiches del capitalismo es evocada y vívidamente denunciada en la carta a Medero Mestre del 26 de febrero de 1964 (un párrafo de la misma lo exponemos al inicio de este capítulo).

Existe además un tercer aspecto, presente en muchos artículos, pero eficazmente sintetizado en la entrevista a Jean Daniel (Argel, julio de 1963):

«El socialismo económico sin la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo luchamos *contra la alienación*. Uno de los objetivos fundamentales del marxismo es eliminar el interés, el factor “interés individual” y el provecho desde las motivaciones psicológicas.

Marx se preocupaba tanto de los hechos económicos como de su traducción en la mente. Él lo denominaba “hecho de conciencia”. Si el comunismo descuida los hechos de conciencia, puede ser un método de repartición, pero deja de ser una moral revolucionaria» (*El Che en la Revolución cubana*, op. cit., IV, 469-470).

En “El socialismo y el hombre en Cuba”, Guevara se detendrá largamente en la relación directa que la existencia de categorías mercantiles instaura entre una actividad productiva encaminada hacia fines de ganancia y la enajenación del trabajador con respecto a su propio producto, a sus finalidades sociales. Estas últimas varían obviamente –aún permaneciendo idéntico el bien en cuestión– en función de si el productor está directamente implicado en la determinación de aquellas finalidades o renuncia, por el contrario, a jugar un papel, contentándose con el pago monetario por sus propios servicios. La enajenación típica de la sociedad capitalista, y que con palabras ninguno de los críticos de Guevara parece negar cuando se habla de los otros países, adquiere, sin embargo, una nueva apariencia y una nueva dimensión en la sociedad de transición cubana. El recurrir al estímulo material, en efecto, significa en este segundo caso renunciar a la posibilidad que por vez primera se le ofrece al trabajador de «producir sin la compulsión de la necesidad física de venderse como mercancía» (VIII, 263).

Significa renunciar a hacer del trabajo un auténtico deber social con relación a la colectividad y finalmente significa ahogar de nuevo, bajo los mecanismos de la enajenación, aquel enorme potencial de recursos humanos, culturales y productivos que la liberación del individuo desaprisiona en el transcurso de la revolución, cubana e internacional. Y todo esto es un período de grandes transformaciones y desconciertos, en los cuales

«los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma» (VIII, 260-261).

Como «métodos idealistas» fueron definidas por Fidel Castro estas posiciones acerca de los estímulos morales (en su discurso de julio de 1965, sin nombrar abiertamente a Guevara):

«Ni métodos idealistas que conciban el total de los hombres guiados disciplinadamente por los conceptos del deber pero tampoco aquellos caminos que busquen, por encima de todo, despertar en el hombre el egoísmo, o que sin buscar precisamente las vías conduzcan a eso».⁵⁹

Y en efecto, una posición intermedia entre las dos partes contendientes, es adoptada durante todo un primer período por Castro, que, el 19 de abril de aquel mismo año había ya discutido implícitamente con Guevara, denunciando lo abstracto y lo veleidoso de los que consideran que

«un marxista-leninista es una categoría puramente filosófica, una entelequia filosófica y que no tiene nada que ver con el trabajo práctico de todos los días».

Tal interpretación está autorizada por el hecho de que, en aquel discurso, Fidel había planteado polémicamente también el problema del tipo de comportamiento concreto que se debería haber asumido con los trabajadores más meritorios o capaces de realizar servicios extraordinarios. Un premio moral acompañado con un estímulo material fue la solución indicada por él en aquella ocasión.

Según Sergio de Santis,

«las críticas a Guevara son, sin embargo, mucho más directas –aunque siempre anónimas– acerca de los incentivos materiales, cuya utilidad moral es afirmada por Castro de una forma muy explícita».⁶⁰

1. 59. «En julio de 1965, Castro no había aún hecho abiertamente su elección entre estímulos morales y materiales: en realidad, su esfuerzo tendía a mantener el equilibrio entre las dos concepciones económicas opuestas, jugando así un papel de árbitro» Cfr. J. J.

Nattiez, op. cit., pp. 81-82.

2. 60. Sergio de Santis, "Il dibattito sulla gestione socialista a Cuba", op.cit., pp. 322-323. Nada tienen que ver estas consideraciones y problemáticas, nuestras y de otros, con el libro de J. Michel Rampelberg, *Cuba. Involuzione nella rivoluzione?*, Milán, 1973. Con la intención de defender una determinada concepción de la «ortodoxia marxista», Rampelberg parte de la tesis muy poco marxista de que en la dirección de la Revolución cubana haya sido un sector de la pequeña burguesía el que después se transformó en «clase real y verdadera»: qué tipo de clase exactamente no está dicho, pero se presume que sea siempre la de la pequeña burguesía la que debe haberse adelantado mucho en su camino desde la época del *18 de Brumario*, cuando Marx no les reconocía a la misma tanta capacidad de autonomía histórica y política. En la época del imperialismo, además...

Sin embargo, Fidel Castro se pondrá después abiertamente de parte de las posiciones del Che, aunque únicamente acerca de la cuestión de los estímulos morales, el papel de la conciencia y el rechazo a las categorías mercantiles.

Y lo hará en dos importantes discursos de 1966: el 29 de agosto, en la clausura del XII Congreso de la CTC (Central de Trabajadores de Cuba) y el 28 de septiembre, con motivo del VI aniversario de los CDR (Comités de Defensa de la Revolución).

Desde aquel momento, se puede decir que una parte de las ideas económicas de Guevara es adoptada en Cuba y llevada a la práctica. Pero todo ocurrió en su ausencia y frente a fuertes resistencias subterráneas. También por estas razones, aquella práctica estaba destinada a fracasar y a partir de 1970 comenzó a ser poco a poco abandonada, sin ser sustituida, sin embargo, por un proyecto alternativo adecuado. (Aquel abandono fue reconocido también por Castro, en el discurso conmemorativo de 1987 que hemos citado, a través de la afirmación, sin embargo, de que no se conocían las posiciones económicas del Che. Un hecho que causa perplejidad y que no contribuye en verdad a aclarar los términos del debate y del choque político que tuvo lugar en aquellos años).

Por lo demás, parece evidente a posteriori que del proyecto de Guevara no se podrían adoptar sólo algunos aspectos, dejando inalterado el modelo general de (no) funcionamiento de la planificación, con todas las limitaciones de la

Para abreviar, en la parte en la que se habla de la «conciencia» (pp. 7376), ésta es indicada como un puro y simple recurso, un «instrumento ideológico que permite hacer aceptar el dominio de una clase y aumentar, con el consenso popular, en la más absoluta tranquilidad, la explotación de los trabajadores». Para demostrar su tesis, Rampelberg utiliza expresiones como «magistral fraude», «algo equívoco», «intento grotesco», «amalgama sapiente», todo esto en el intento por parte del grupo dirigente castrista de «burlarse del pueblo», «tratándolos como a silenciosos cretinos». Citamos este libro como uno de los principales esfuerzos «analíticos» sobre Cuba (y sobre el Che!) que encontraban acogida en los ambientes del maoísmo italiano y europeo en los años setenta. Después, por suerte, le ha sucedido el silencio.

gestión administrativa de las fábricas y los lugares de producción. De ese modo, se iba empobreciendo el alcance general del modelo de transición al socialismo, propuesto por Guevara, y se iba reduciendo la cuestión de los incentivos morales a un hecho puramente técnico en su conjunto.

No tiene mucho fundamento, por lo tanto, hablar de una victoria póstuma de las ideas económicas del Che en Cuba, como se ha dicho a veces, y además en tiempos muy recientes.

Aquella experiencia, sin embargo, por mucho que la hubiesen aplazado y actualizado, está todavía por ser llevada a cabo.

No se puede separar el razonamiento de Guevara acerca del papel material de la conciencia, de su confianza profunda y arraigada –casi una fe– en el *progreso técnico de la humanidad*. Por su formación como médico, por su misma experiencia de vida, incluso hasta por su ingenua aceptación del espejismo científico (visto con los ojos de un intelectual moderno, enraizado en el subdesarrollo), Guevara llega a poner el desarrollo de la ciencia y la técnica como centro de su concepción de la sociedad. Hasta aquí no hay nada raro. En el fondo se trata de la fascinación irresistible por la tecnología, en nuestra época y, por añadidura, en un país atrasado. Una actitud muy difundida en Cuba y encarnada en primera persona por el mismo Castro.

Dicho razonamiento comienza por el contrario a hacerse más significativo y característico de la personalidad de Guevara cuando se percata de que, en aquella su referencia sistemática al carácter progresista y obviamente necesario del creciente dominio técnico del hombre sobre la naturaleza, no aparecen en primer lugar las clásicas deformaciones de orden mecanicista, bajo las cuales el positivismo primero y el estalinismo después, sepultaron la concepción dialéctica de la relación hombre-naturaleza y por lo tanto sociedad-ciencia. Existían para ello todas las premisas, por otra parte, como hemos ya señalado hablando de algunas referencias

de Guevara a Engels y si se tiene en mente la enorme influencia que en este terreno ejercían y ejercen todavía en Cuba las ideologías cientificistas formadas en el seno de la larga tradición del Diamat soviético.

La atención del Che a los problemas planteados por el desarrollo de la tecnología y de la ciencia, está íntimamente relacionada con su concepción del hombre; es parte imprescindible de su visión del *hombre nuevo*, y en un cierto sentido la otra cara, complementaria y esencial, de su razonamiento sobre el papel revolucionario de la conciencia; desde ese punto de vista, el mismo constituye también el soporte material de la prédica apasionada desarrollada por él acerca de la necesidad y la utilidad de recurrir a los *estímulos morales*.

En el discurso a los jóvenes del 9 de mayo de 1964, es Guevara mismo el que insiste en la necesidad histórica de aquella unión y es significativo que lo haga en un contexto de análisis de la función social progresista de la juventud, de la que debemos volver a hablar:

«No se puede pensar en la revolución técnica sin pensar al mismo tiempo en una actitud comunista ante el trabajo, y eso es sumamente importante. Si no hay una actitud comunista frente al trabajo, no habléis de revolución técnica socialista. Eso es simplemente el reflejo en Cuba de la revolución técnica que se está operando por los grandes cambios ocurridos a raíz de los últimos inventos y descubrimientos de la ciencia» (VIII, 76 -77).

El párrafo anterior es importante porque demuestra que en la mente de Guevara no hay más residuos de viejas sugerencias al estilo de Lysenko, acerca de la presunta existencia de dos «ciencias» –la burguesa y la proletaria– dotada cada una de un corpus de doctrina y de estructuras internas (o de clases) específicas. La ciencia es, sin embargo, única también para Guevara, pero no ciertamente neutral ni indiferente a las características de la formación histórico-social que la produce o en la que se desarrolla. En este sentido, la misma puede por lo tanto prestarse a diversas utilizaciones, como el Che había afirmado personalmente en el Encuentro Internacional de Estudiantes y Profesores de Arquitectura (29 de septiembre de 1963):

«La técnica es igual (a la cultura). La técnica se puede usar para domesticar a los pueblos, y se puede usar al servicio de los pueblos para liberarlos» (VII, 116).

Aún más explícito será en “El socialismo y el hombre en Cuba”, cuando declarará sin términos medios la necesidad de valerse de los progresos realizados en el campo de las tecnologías más avanzadas, por parte de aquellos mismos países imperialistas contra los cuales Cuba libraba a fin de cuentas una lucha a muerte por su propia supervivencia.

«Nos falta mucho por hacer, pero es menos excusable el atraso en cuanto a la concepción de la técnica como base fundamental, ya que aquí no se trata de avanzar a ciegas sino de seguir durante un buen tramo el camino abierto por los países más adelantados del mundo» (VIII, 264).

Y aquellas palabras evocan en la mente un pedazo de historia reciente de la Revolución cubana, reconstruido por el Che en un discurso del 24 de septiembre de 1961. Explicando las razones de la ausencia de técnicos en Cuba, recordó la época de su primer gran éxodo y la situación que se había creado en la Isla:

«Nosotros recogimos las industrias de manos extranjeras –las más complicadas–, todas ellas de manos extranjeras, porque la tecnología avanzada pertenece a los países capitalistas, que llegaban a nuestro territorio y establecían aquí también fábricas de una avanzada tecnología, que era usada por los obreros cubanos y de la cual conocían nada más que el pequeño segmento que les tocaba administrar durante determinadas horas del día.

Los técnicos, en general, eran norteamericanos, extranjeros, o eran técnicos con una mentalidad norteamericana. Esos técnicos se fueron durante los primeros días» (V, 282).

El Che, en su calidad de ministro de Industria había sido por otra parte uno de los principales responsables del gobierno, encargados de hacer frente a la grave situación que vino a crearse en la economía cubana por el *embargo tecnológico* impuesto por Estados Unidos. No era ciertamente mucho lo que Guevara podía hacer, aparte de organizar una reconversión lo más rápida posible de estructuras y trabajadores preexistentes, dirigiéndose en busca de ayuda al *knowhow* de los países del CAME, ciertamente inferior, pero, a fin de cuentas, el único disponible.

No faltan, sin embargo, esperanzas e intentos por parte del Che de desarrollar una búsqueda científica autónoma y nacional. Pero precisamente, sólo de esperanzas podía tratarse, como las formuladas por él en el editorial del primer número de *Nuestra Industria, revista tecnológica* (mayo de 1962). Constata un poco

prematuramente la conclusión de la primera etapa del desarrollo técnico en Cuba –«la de tapar agujeros»–, y el Che considera abierta una segunda etapa, en la que se pueden comenzar a valorar las materias primas nacionales y las nuevas maquinarias, para pasar directamente a la tercera etapa, es decir, al desarrollo de una ciencia y una tecnología propiamente cubanas.

«Al abrirse las perspectivas de esa tercera etapa sale nuestra revista a la luz política... Aquí se expondrán nuestras conquistas, nuestros descubrimientos... estaremos a través de ella en contacto con el mundo exterior y con los últimos adelantos de la ciencia y la técnica en todo el orbe» (*El Che y la Revolución cubana*, op. cit., VI, p. 721).

En realidad, la situación de la búsqueda científica cubana no daba cabida a ninguna de estas ilusiones (en comparación, obviamente, con el desarrollo científico de los países capitalistas avanzados. Es diferente el asunto en comparación con otras realidades latinoamericanas, especialmente si se tienen en cuenta algunas especializaciones en las que Cuba ha hecho notables progresos, en particular en el campo de las biotecnologías).

Entre los millares de problemas que el joven técnico tenía que afrontar en sus primeros pasos, vale la pena citar aquí uno, ya que también el Che habla del mismo (en abril de 1963) y además porque puede ayudar a comprender la dureza y las dificultades de la situación cubana de partida. Es el problema de la lengua, de las traducciones y de la impresión de los textos científicos. (Un problema para el cual el gobierno castrista decidió justamente abolir toda forma de *copyright* en las publicaciones cubanas de obras extranjeras y viceversa).

«Y la técnica moderna va avanzando a pasos agigantados. Muy pronto será necesario en este país poseer más de un idioma para poder ser un técnico cualificado; leer correctamente en más de un idioma, poder leer directamente los libros técnicos, aprender a trabajar leyendo todas las especificaciones técnicas, las orientaciones que vienen en los libros de cualquier idioma, porque también los capitalistas en tecnología han producido mucho y muy bien, y es necesario saber aprovechar todas esas experiencias» (*El Che en la Revolución cubana*, op. cit., IV, p. 419).

Acerca de la importancia atribuida por el Che al desarrollo de la *automoción* en Cuba, a la adopción de nuevas técnicas de computación, posibles gracias al relativo avance de los soviéticos en el campo de la cibernética, se ha hablado ya. Tampoco vale la pena extenderse en cuanto a las múltiples ocasiones en las que Guevara se encontró afrontando y discutiendo acerca de problemas de orden científico-técnico, por el carácter evidente y objetivamente atrasado de aquellos problemas. Era sobre todo una orientación «ideológica» la que interesaba aquí reconstruir.

Y no se insistirá nunca lo suficiente en la importancia crucial que el Che le daba precisamente al connubio –hecho «casualmente» posible por la Revolución cubana– entre *una nueva función social de la investigación científica, sus aplicaciones tecnológicas a la construcción del socialismo y el papel de ruptura de la conciencia en el proceso histórico de desajenación del ser humano* como persona, individual y colectiva.

De aquella aproximación no podía dejar de encontrarse un último testimonio, sintético pero significativo, en “El socialismo y el hombre en Cuba”. Pronunciándose acerca de la necesidad de liberar al marxismo del escolasticismo y de elaborar una teoría económica y política de mayor alcance, Guevara introduce otra cuña de su propia visión anticipadora, según la cual

«La teoría que resulte dará indefectiblemente preeminencias a los dos pilares de la construcción: la formulación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica» (VIII, 264).

Capítulo IV

Revolución y política

En una revolución verdadera a la que se le da todo, de la cual no se espera ninguna retribución material, la tarea del revolucionario de vanguardia es a su vez magnífica y angustiosa.

(“El socialismo y el hombre en Cuba”, marzo de 1965).

1. La burguesía «nacional»

La «adolescencia política» del Che, como la de muchos otros revolucionarios latinoamericanos, transcurrió en la ilusión de una clase burguesa nacional, o por lo menos de la existencia de algunos de sus sectores significativos, capaces de oponerse resueltamente a la presencia del imperialismo y de romper la jaula de la dependencia. Ya fuese larga o breve, aquella adolescencia había concluido para muchos con la experiencia práctica de la Bolivia de Paz Estenssoro y con la Guatemala de Árbenz. Los más viejos podían, sin embargo, recordar los acontecimientos de la revolución mexicana. Pero esa era otra historia, y además no había aún tenido lugar la Revolución rusa, su ejemplo en el mundo, el debate en los primeros años del Komintern.¹

1. Con relación a América Latina, la historia de dicho debate fue recons-truida por Saverio Tutino, *L'ottobre cubano*, Turín, 1968.

Sobre todo la influencia de este último caracterizó, en los años entre las dos guerras, la reflexión de la izquierda latinoamericana acerca de la cuestión crucial de las alianzas de clase posibles para el proletariado en el momento en que el mismo se hubiese encaminado hacia la solución de las grandes cuestiones sociales y nacionales en los países dependientes. Los años veinte vieron el nacimiento de los principales partidos comunistas del continente, la ruptura de personalidades intelectuales y de vanguardia con las organizaciones nacionalistas democráticas y, durante una breve primavera, la irrupción de aquellas nuevas adquisiciones en el debate del movimiento obrero latinoamericano.

En la atmósfera de fáciles entusiasmos obreristas, comprensibles sectarismos y creativa confusión ideológica, se desarrolló el gran movimiento continental de la *Reforma*.² Esperanzas y desilusiones originadas por aquel movimiento fueron después ahogadas por el primer gran viraje del Komintern. A partir de 1928 se difundía en los partidos comunistas el dogma del «socialfascismo», la línea llamada de «clase contra clase». Con aquel viraje, del horizonte político del proletariado no se alejaba solamente la burguesía nacional, sino también cualquier posibilidad de alianza con las clases medias, la pequeña burguesía urbana, los intelectuales, etc. Durante casi un decenio, toda «apertura» política apareció como sinónimo de «socialdemocracia», y entonces «socialfascismo».

Después llegaría el nuevo gran viraje, el VII Congreso del Komintern (1935) con el que la burguesía nacional, echada de la puerta del programa obrero, reaparecía por todas las ventanas y las grietas que los años del sectarismo habían abierto en el pensamiento marxista latinoamericano. El *frente popular* asumía en América Latina un alcance tan amplio, con la inclusión de sectores progresistas de la burguesía nacional, que

hacía perderse poco a poco en el tiempo cualquier criterio de efectiva delimitación antimperialista.

2. Acerca del itinerario político de aquel gran movimiento, del que de-bían nacer todas las principales corrientes del radicalismo latinoamericano, véase Juan Carlos Portantiero, *Medio siglo de revolución estudiantil (Studenti e rivoluzione nell'America latina*, Milán, 1971).

En Cuba, la adopción de aquella línea por parte del PSP podría remontarse al artículo de Blas Roca (“La razón de ser del viraje del Partido Comunista”) que fue publicado en *Bandera Roja* el 4 de diciembre de 1936. El alcance de aquel viraje, como es sabido, debía llevar a los comunistas a participar en el primer gobierno de Batista y a tratar de renovar, en los años siguientes –aunque infructuosamente– aquella primera experiencia de colaboración.³

Después vino la Guerra Mundial, la apertura de nuevas posibilidades de mercado para algunos sectores indígenas de burguesía nacional, nuevos impulsos localizados en la industrialización, el surgimiento de estratos empresariales autóctonos dispuestos a recorrer en pocos decenios el camino que a la gran burguesía europea le había llevado siglos pavimentar. La revolución «antimperialista» volvía a tener actualidad, con una repartición bien precisa de las tareas: el proletariado y los campesinos pobres como ejército combatiente, como *fuerza social* de choque, los sectores más dinámicos de la burguesía nacional como *dirección política*.

Revolución desde abajo y revolución desde arriba intentaban fundirse en algunas experiencias célebres, tratando de conciliar el hambre de tierra y de estabilidad ocupacional de los primeros con las veleidades reformadoras y nacionalizadoras de los segundos. Pero los proyectos más avanzados y modernizadores de estas burguesías nacionales en surgimiento se reducían en la práctica a intentar transformar momentáneas y diversas disponibilidades de capital en nuevas formaciones indígenas de capitalismo industrial y financiero.⁴

En un escrito de los primeros días de la crisis de octubre de 1962 –“Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana”, (publicado póstumamente, en *Verde Olivo*, en octubre de 1968)–, Guevara analiza muy brillantemente el proceso de formación de estos nuevos sectores de la burguesía empresarial:

1. 3. Son temas desarrollados en la última parte de nuestro *Storia di Cuba*, op. cit., y con una diferente perspectiva histórica por S. Tutino, op. cit.

2. 4. Para una visión sintética de estos nuevos procesos de «industrializa-ción» dependiente, remitimos al estudio de Ernest Mandel, «Impérialisme et bourgeoisie nationale en Amérique latine», en Aa. Vv., *Réformisme militaire et lutte armée en Amérique latine*, París, 1971.

«La fórmula perfeccionada consiste en que la burguesía nacional se alía con intereses extranjeros, crean juntos, en el país dado, industrias nuevas, obtienen para estas industrias ventajas arancelarias de tal tipo que permitan excluir totalmente la competencia de otros países imperialistas y las ganancias así obtenidas pueden sacarse del país al amparo de negligentes regulaciones de cambio. Mediante ese sistema de explotación, novísimo y más inteligente, el propio país “nacionalista” se encarga de proteger los intereses de Estados Unidos promulgando tarifas arancelarias que permitan una ganancia extra (la que los mismos norteamericanos reexportarán a su país). Naturalmente, los precios de venta del artículo, sin competencia, son fijados por los monopolios» (IX, 232).

Proyectos *subimperialistas*, por lo tanto, condenados en general al fracaso o destinados a pasar a través de borrascosas vicisitudes en los casos de una parcial estabilización de los mismos (Argentina y Brasil). Perón y Vargas, los dos máximos exponentes en los respectivos países de estas nuevas ambiciones nacionalistas, desaparecerían de un modo dramático de la escena política, casi al mismo tiempo (en el exilio el primero, suicidado el segundo), mientras que Bolivia se encaminaba hacia el gran experimento político de Paz Estenssoro.

Hasta aquí, lo más esquemáticamente posible, la historia de la cuestión, para poder enfrentarla con las primeras experiencias políticas del Che de las cuales ya se ha hablado (en el primer capítulo). La desilusión de Guevara hacia Árbenz y el papel desarrollado por la burguesía nacional (en el poder) en aquel suceso fue bien explicada en sus muchas cartas de aquella época. A las que hemos ya citado, podemos añadir otra, de diciembre de 1954, cuando escribía a su madre desde México:

«Después vino Guatemala y todo eso difícil de contar, de ver cómo todo el objeto del entusiasmo de uno se diluía por la voluntad de esos señores y cómo se fraguaba ya el nuevo cuento de la culpabilidad y la criminalidad rojas, y cómo los mismos guatemaltecos traidores se prestaban a propagar todo eso para mendigar algo en el nuevo orden de

cosas».

No cambiará más de opinión, sino que más bien, con el paso de los años y después de la inequívoca experiencia de la Revolución cubana, su desconfianza respecto a la posibilidad de hacerle asumir un papel progresista a la burguesía nacional se irá haciendo cada vez más radical. Sin embargo, nunca adoptará –y esto es importante– las características sectarias, dogmáticas u obreristas de los primeros tiempos del comunismo latinoamericano.

La más evidente demostración de esta actitud suya de apertura hacia experiencias que no se movían desde el principio en una perspectiva comunista está dada –por muy extraño que pueda parecer– precisamente por su participación en la Revolución cubana. Él consideraba el Movimiento 26 de julio como una formación política «burguesa de izquierda» y su programa puramente nacional-demócrata. Esto no le impidió, sin embargo, tomar parte en la lucha con ahínco, rigor y disciplina, presto a abandonarla en el caso de eventuales virajes hacia la derecha, pero decidido a permanecer en ella –como sucedió– en caso contrario.

De este aspecto poco conocido de la postura del Che al principio hacia el movimiento de Fidel Castro, tenemos un testimonio muy preciso del mismo Guevara, en una carta escrita desde la Sierra a René Ramos Latour (*Daniel*), el 14 de diciembre de 1957:

«Esto me lleva a un punto que quería esclarecer con ustedes. Fidel también está al corriente.

Pertenezco, por mi preparación ideológica, a aquellos que creen que la solución de los problemas del mundo está tras el llamado telón de acero y considero *este movimiento como uno de los tantos provocados por el afán de la burguesía de liberarse de las cadenas económicas del imperialismo.*

Siempre he considerado a Fidel como un auténtico líder de la burguesía de izquierda, aunque su personalidad está caracterizada por cualidades personales de extraordinario valor, que lo ponen muy por encima de su clase.

Con aquel espíritu inicié la lucha: honestidad *sin la esperanza de ir más allá de la liberación del país*, dispuesto a irme cuando las siguientes condiciones de lucha hicieron girar hacia la derecha (hacia lo que ustedes representan) toda la acción del Movimiento».⁵

5. *Cursivas nuestras.* Esta carta tiene una importancia extraordinaria, pero fue excluida de las varias ediciones de las *Obras* del Che, empezando por la cubana. Carlos Franqui la reprodujo en su *Diario della rivoluzione cubana* (op. cit., p. 339), y fue incluida en las dos antologías sobre Guevara que hemos tenido a nuestro cargo y varias veces citado. Traducción de la edición italiana (*N. del T.*).

Esta disponibilidad política se debe ciertamente a su particular formación teórica, ajena a dogmatismos de todo tipo (a parte de momentáneas oscilaciones indicadas ya por nosotros). Pero se debe también a la experiencia directa que él tuvo (para bien y para mal) del mundo político y cultural de aquellas mismas burguesías nacionales y de sus principales exponentes. En los años de su nomadismo, antes de embarcarse en el *Granma*, y después en la actividad diplomática como exponente más radical del antimperialismo del Gobierno cubano, él pudo estudiar a fondo las principales experiencias nacionalistas y de «autonomía» en relación al neocolonialismo realizadas en el mundo.

Pudo también conocer personalmente a los dirigentes «democráticos» más conocidos del continente latinoamericano, algunos ya en el trienio 1953-1956, los otros en los años de la política de Kennedy, a partir de la Conferencia de Punta del Este. Y entre éstos, debe ser señalada de un modo particular la relación con el presidente brasileño Janio Quadros, a quien conoció en junio de 1959, y encontró nuevamente en Brasil y en Egipto en 1961.

Si se quiere ofrecer una lista aproximada podrían ser citados Nasser y Sadat en Egipto, Shukri Kuwatli en Siria, Nehru en India, el Sukarno de las trágicas ilusiones indonesias, los gobernantes de Sri Lanka, de Tanzania y de Marruecos, la gran amistad con Ben Bella⁶ y la revolución argelina, Modibo Keita en Mali, Masmaba Debat en el Congo, N'Krumah en Ghana. A éstos se suman los dirigentes de los movimientos y de las organizaciones antimperialistas residentes estables en Argel, en los años de la gran movilización política de aquel país, hermanado y gemelo de Cuba por una serie de coincidencias históricas.

Como argentino, no podía faltar obviamente además el encuentro con el presidente Arturo Frondizi (en Buenos Ai

6. En el vigésimo aniversario de la muerte de Guevara, éste le dedicó un texto muy bello, cargado de afecto y lleno de informaciones

políticas inéditas sobre la colaboración revolucionaria que los vio unidos. Leído en la Universidad de Atenas el 9 de octubre de 1987, el homenaje de Ben Bella fue publicado en el diario griego *Tanea* y en otros periódicos. Lo traducimos e incluimos en *Conoscere il Che*, op. cit., pp. 131-140.

res, en agosto de 1961), cuyas desventuras él había por otra parte anticipado en las cartas a los familiares de 1955, ya recordadas. Ahora podemos añadir una carta a su madre, de noviembre de 1956, en la que expresa un juicio muy preciso sobre la función de la burguesía nacional de su país:

«No por esperada esta medida es menos sintomática de todo lo que está ocurriendo en la Argentina de un tiempo a esta parte. Todos sus actos tienen una tendencia tan clara –favorecer a una casta y a una clase– que no puede haber equivocación o confusión. Esa clase es la de los terratenientes criollos aliados con los inversores extranjeros, como siempre».

Los hechos que condujeron a la «extinción» rápida, pero histórica de la burguesía nacional cubana como clase dirigente (a pesar de las posibilidades que se le abrieron en los primeros meses después de la victoria), son demasiado conocidas para tener que recordarlas. Para Guevara era de todos modos una enésima confirmación de todo lo que había aprendido a partir de sus experiencias anteriores. Una vez desaparecida la burguesía, continuaba, no obstante, existiendo la «cuestión». Y habiendo surgido en la Isla un debate histórico-político acerca de la llamada *excepcionalidad* de la Revolución cubana, él consideró necesario intervenir con un artículo muy oportuno: “Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?” (en *Verde Olivo*, abril de 1961).

Los interlocutores de aquella intervención, nombrados sólo indirectamente, eran en realidad los cuadros del viejo PSP que, habiendo confluído desde hacía poco en el proceso de formación de las ORI, no parecían dispuestos a abandonar las viejas teorías estalinistas acerca de la revolución por etapas, la necesidad del frente con la burguesía nacional, la prioridad de las vías parlamentarias y democráticas. A regañadientes reconocían que todo aquello en Cuba no había sido necesario para el comienzo de una transición al socialismo, pero rechazaban el hacer extensiva la validez estratégica de cuanto había ocurrido en la Isla a otras realidades del continente. De aquí la «excepcionalidad» del caso cubano y de aquí también la ira del grupo dirigente castrista empeñado ya en aquel período en favorecer el surgimiento de experiencias análogas en algunos países latinoamericanos. Era sólo el inicio de una larga polémica con los partidos comunistas del continente que tocará los puntos más altos en la Conferencia de la OLAS, en agosto de 1967, y en los meses siguientes a la muerte del Che (para después desaparecer casi del todo en el transcurso de los años setenta).

Son muchos los temas afrontados en el artículo de Guevara y hacia algunos de ellos debemos volver. No hay duda, sin embargo, de que la cuestión central en torno a la cual giran las principales divergencias, es precisamente el análisis de la naturaleza y del papel político de la burguesía llamada «nacional».

Para el Che, la única verdadera «excepcionalidad» de la Revolución cubana se reduce al hecho indiscutible de que «el imperialismo norteamericano estaba desorientado» y en un cierto sentido se dejó tomar por sorpresa por los desarrollos políticos de la guerrilla. Por eso no hubo una intervención militar inmediata, incluso cuando los partidos burgueses tradicionales y su personal político en la Isla se vieron dejados fuera de los relevos del poder. Una falta de preparación tal por parte de Estados Unidos, sin embargo, es ya irreplicable, y los otros países del continente, según Guevara, deberán experimentarlo en carne propia. Pero también por esto, las líneas de acción que permitieron la victoria de la Revolución cubana, lejos de debilitarse, tendrán que hacerse más radicales y, si es necesario, dar saltos cualitativos. La rueda de la historia no podrá marchar hacia atrás –en el sentido político de toda esta intervención–, lo que es válido de un modo particular para el papel de la burguesía indígena:

«No creemos que se puede considerar excepcional el hecho de que la burguesía, o, por lo menos, una buena parte de ella, se mostrara favorable a la guerra revolucionaria contra la tiranía, al mismo tiempo que apoyaba y promovía los movimientos tendientes a buscar soluciones negociadas que les permitieran sustituir el Gobierno de Batista por elementos dispuestos a frenar la Revolución» (IX, 24).

Todo esto es fácilmente explicable, según Guevara, analizando la dinámica de los intereses de clase, cómo la misma se desarrolla en una economía dependiente, es decir, en un país subdesarrollado.

«¿Qué es subdesarrollo?

Un enano de cabeza enorme y tórax henchido es “subdesarrollo” en cuanto a que sus débiles piernas o sus cortos brazos no articulan con el resto de su anatomía; es el producto de un fenómeno teratológico que ha distorsionado su desarrollo» (IX, 28).

Es una imagen «clínica» sugestiva la que le sirve al Che para expresar y explicar la desesperación, la veleidad y finalmente la imposibilidad para estas burguesías dependientes de desempeñar un papel histórico realmente progresivo. Tampoco las etapas y los procesos de limitada industrialización, añade él, sirvieron para conferirles conciencia política a estos sectores de capital indígena. En la dinámica deformada del subdesarrollo, los mismos han creado a su vez nuevas distorsiones y ulteriores razones de miseria para los trabajadores (por ejemplo, con el fenómeno de las grandes concentraciones urbanas).

«¿Y la burguesía?, se preguntará. Porque en muchos países de América existen contradicciones objetivas entre las burguesías nacionales que luchan por desarrollarse y el imperialismo que inunda los mercados con sus artículos para derrotar en desigual pelea al industrial nacional, así como otras formas o manifestaciones de lucha por la plusvalía o la riqueza.

No obstante estas contradicciones las burguesías nacionales no son capaces, por lo general, de mantener una actitud consecuente de lucha frente al imperialismo» (IX, 31-32).

De aquí la orientación política de dichas burguesías con respecto a la cual el Che se pronuncia con extrema precisión:

«Demuestra que temen más a la revolución popular que a los sufrimientos bajo la opresión y el dominio despótico del imperialismo que aplasta a la nacionalidad, afrenta el sentimiento patriótico y coloniza la economía.

La gran burguesía se enfrenta abiertamente a la revolución y no vacila en aliarse al imperialismo y al latifundismo... Un imperialismo desesperado e histórico... un latifundismo feroz... y una gran burguesía dispuesta a cerrar, por cualquier medio, los caminos a la revolución popular» (ibid).

De aquel análisis surge la polémica de Guevara con las ilusiones electorales, definidas por él también como «institucionales», y la orientación estratégica hacia la lucha armada, con la que concluye el artículo y que acompañará, como es sabido, la continuación de su acción política hasta su muerte.

En febrero de 1962, en la Segunda Declaración de La Habana, las posiciones del Che con relación al papel de la burguesía nacional son de nuevo tomadas integralmente. Y un mes después, por otra parte, será anunciada la expulsión de la dirección del PURSC de Aníbal Escalante, el principal exponente de la oposición de la nueva línea por parte del viejo PSP. La motivación oficial para expulsarlo será la del llamado «sectarismo», pero en el fondo están todas las divergencias del gobierno castrista con la política exterior de la URSS y la política nacional de los partidos comunistas individuales en el continente.

Puede ser útil una última observación. Un largo párrafo de la Segunda Declaración de La Habana, a propósito del papel conservador de la burguesía nacional, es reproducido por el Che en otro importante artículo dedicado a la estrategia política de la revolución latinoamericana: “La guerra de guerrillas: un método” (en *Cuba Socialista*, septiembre de 1963). La larga cita del célebre documento, concluye con la siguiente afirmación:

«En las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antimperialista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aún cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a éste, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas» (I, 206).

La cita fue por lo tanto mutilada por el Che, porque en el texto original de la declaración, a la anterior, le seguía una última frase, dirigida a atenuar en un cierto sentido el radicalismo y el alcance político de la misma:

«Situadas ante el dilema imperialismo o revolución, sólo sus capas más progresistas estarán con el pueblo».

Aquella «censura» no es casual, porque un año antes (octubre de 1962), en “Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana”, el Che había reproducido aquel mismo párrafo, excluyendo también entonces la misma frase (IX, 236). Eliminando aquella breve frase al final de una cita tan larga e importante, Guevara demostraba claramente el hecho de no poder compartir tampoco aquella modesta posibilidad política acerca de la existencia de sectores hipotéticos de burguesía nacional coherentemente antimperialistas. El método de la «censura» no pasa a formar parte obviamente de sus méritos, pues sigue estando presente el hecho de que el Che no podía expresar con mayor nitidez su convicción ideológica acerca del fin, en aquella época, de cualquier papel progresista para las clases o sectores de la burguesía, ya fuesen autónomos o dependientes, en

cualquier rincón del mundo.

Estas posiciones pueden haber sido sólo reforzadas por los acontecimientos latinoamericanos que las sucedieron, los cuales Guevara tuvo la posibilidad de mirar, una vez más con los ojos de un contemporáneo: el golpe de Castelo Branco en Brasil (abril de 1964), la derrota del coronel Caamaño y la invasión de los marines en Santo Domingo (abril de 1965), el golpe de Onganía en Argentina (junio de 1966).⁷ Y todo esto mientras los gobiernos de las otras «diecinueve Américas Latinas» (Marcel Niedergang), sin excepción, continuaban apoyando la política exterior de Estados Unidos. Con Johnson, desde el 7 de febrero de 1965, esta política había comenzado a recorrer el camino de la *escalation*, dando así un salto cualitativo en la guerra de Vietnam iniciada por la administración Kennedy.

No se puede, sin embargo, considerar como un cambio en dirección opuesta, por parte del Che, el hecho de que en

7. En el artículo de 1963 hay también una definición característica de Guevara acerca del concepto de *oligarquía*, visto en una perspectiva política puramente latinoamericana: «La denominamos con la palabra *oligárquica* pretendiendo definir la alianza reaccionaria entre las burguesías de cada país y sus clases de terratenientes, con mayor o menor preponderancia de las estructuras feudales. Estas dictaduras transcurren dentro de ciertos marcos de legalidad que se adjudicaron ellas mismas para su mejor trabajo durante todo el período irrestricto de dominación de clase, pero pasamos por una etapa en que las presiones populares son muy fuertes; están llamando a las puertas de la legalidad burguesa y ésta debe ser violada por sus propios autores para detener el impulso de las masas» (I, 208). la guerrilla boliviana él buscarse contacto hasta con el pequeño PRIN de Juan Lechín.⁸

Nacido dos años antes a partir de una escisión de izquierda de algunos sectores sindicales con el MNR de Paz Estenssoro, se trataba a fin de cuentas de un grupo de fuerte tradición obrera, que el Che quería conquistar para su línea de lucha armada. De esto habla Pombo, en su *Diario* boliviano, en la jornada del 24 de octubre de 1966:

«Mbili dejó que continuara la declaración de Estanislao (Monje) en vista de las instrucciones recibidas de Manila (Cuba) sobre el hecho de que Mongo (Guevara) tenía la misión de entrar en contacto con todas las organizaciones, incluyendo la de Lechín (Oquendo), en la cual Mario tiene un papel principal. La historia juzgará la conducta de ambos y decidirá quién estaba equivocado (*op. cit.*, p. 84).

Y el *Diario* del Che (15 de abril de 1967):

«Se descifró parte de un largo mensaje de Cuba, en síntesis, Lechín sabe lo mío y va a redactar una declaración de apoyo, reingresando clandestinamente al país en 20 días más».

En realidad, no se hizo nada, y el papel de Lechín en la izquierda boliviana no sufrió modificaciones relevantes después de aquella momentánea simpatía con el proyecto de Guevara. Los años siguientes, por otra parte, demostrarían también en Bolivia lo fundamentada que estaba la desconfianza de Guevara en cuanto a las organizaciones tradicionales de la burguesía «democrática», al mismo tiempo en el que se ponían a dura prueba la coherencia de muchas formaciones de la izquierda revolucionaria anteriormente «guevaristas»⁹

1. 8. Es lo que, sin embargo, deja entender Saverio Tutino, cuando habla de un «viraje» tendiente a «ampliar el frente ant imperialista» en toda la América Latina. Véase su introducción al *Il Che in Bolivia: l'altro diario*, Milán, 1970, p. 32. De una actitud favorable a la guerrilla por parte del PRIN –en realidad un forzamiento–, dice Sergio de Santis, en “La Guerriglia giorno per giorno”, incluido en Mariano Chavero (a cargo de), *Bolivia: antropología, storia, cultura, prospettive politiche*, Milán, 1967, p. 266.

2. 9. Problemas afrontados por José Baldvía y José Luis Alcázar, *Bolivia ¿el Vietnam que anunció el Che?*, Santiago de Chile, 1972; Guillermo Lara, *Bolivia: de la Asamblea Popular al golpe fascista*, Argentina, 1972; Eduardo Fioravanti, *L'espe-rienza dell'Assemblea popolare in Bolivia*, Milán, 1973.

Un aparte se podría hacer con relación al cambio de orientación que intervino en la política exterior del gobierno cubano después de la muerte del Che y a partir del golpe de los militares progresistas peruanos de Velasco Alvarado. Pero esto nos llevaría lejos de nuestro asunto. Y aquí nos interesaba, sin embargo, delinear a grandes rasgos el cuadro continental e internacional de los años sesenta, en el que adquiriría un significado inequívoco también la última referencia del Che a la cuestión de la burguesía nacional, en el célebre mensaje a la OSPAAAL, publicado por la revista *Tricontinental*, de abril de 1967:

«Las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo –si alguna vez la tuvieron– y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución».

2. La experiencia cubana

Fue la experiencia decisiva en la vida del Che, e igualmente decisivo fue su papel en aquel proceso revolucionario. Utilizando las fórmulas simplificadoras del periodismo, se podría decir que, entre los dirigentes, él fue el «número dos», comenzando a contar obviamente a partir de Fidel Castro. Esto le fue reconocido en vida por amigos y enemigos y quizás él fue el único, por modestia, que no se dio cuenta.

Además de Fidel, ningún otro de los comandantes se encontró asumiendo cargos tan comprometedores en *todas* las principales etapas de la Revolución: presente desde los primeros preparativos en México y en el *Granma*, jefe guerrillero del segundo destacamento creado por Fidel en la Sierra; estratega de la batalla de Santa Clara y, junto a Camilo Cienfuegos, de la conducción final de la guerra; inspirador de las orientaciones más radicales en la Reforma Agraria y en las primeras nacionalizaciones; primer responsable de la nueva economía; único verdadero embajador en el extranjero desde los primeros años del Gobierno de Castro y su portavoz en todas las sedes internacionales más importantes.

Un aparte se debería hacer además en cuanto a su contribución teórica –y es lo que estamos intentando en estas páginas– donde su posición pasa inmediatamente al «número uno». Guevara fue el único de los dirigentes que *consideró la construcción del socialismo en primer lugar como un problema teórico* que debía medirse con todos sus aspectos más significativos. Durante algunos años, finalmente, antes y después de su muerte, él apareció ante los ojos del mundo como *el símbolo de la Revolución cubana*. Y bajo este perfil su imagen continúa parcialmente produciendo ese efecto. Existe lo suficiente, como se ve, para dar la definición de insustituible al papel de su personalidad en la historia de la Cuba contemporánea y probablemente aún de la de muchos años venideros.

Otras figuras de primer plano, presentes desde los comienzos de la Revolución, habrían podido desempeñar un papel muy importante en las varias etapas del proceso, pero ninguna tuvo jamás las capacidades para hacerlo de un modo tan significativo. No faltaron, por lo demás, otras grandes personalidades, dotadas de notables capacidades teóricas y organizativas, a las que los hechos de la Revolución hubieran podido desarrollar. Pero la «casualidad» histórica, en su condición despiadada de represión, decidió en lugar de los hombres (o mejor, de los revolucionarios) los dirigentes que debían vivir y los que debían morir.

Y se debe reconocer que la selección fue particularmente cruel con el grupo dirigente de la Revolución cubana, acrecentando de este modo el papel y la responsabilidad de los pocos «supervivientes». Un fenómeno que jamás había alcanzado cotas tan dramáticas en otros procesos revolucionarios, como en la Rusia preestalinista, en China, Yugoslavia, Argelia y Nicaragua.

Somos muchos los convencidos, por ejemplo, de que una personalidad rica y humana como la de Frank País habría podido desempeñar una función importantísima en la dirección del nuevo Estado, garantizando la originalidad y la autonomía de las posibles opciones del mismo. Organizador capaz y «cerebro» de toda la actividad clandestina del Movimiento 26 de julio en las ciudades, fue asesinado por el régimen cuando tenía sólo 25 años, el 30 de julio de 1957, en las calles de Santiago. La noticia de su muerte provocó además una huelga general semiespontánea, en cuya organización –en una perspectiva insurreccional– él mismo venía trabajando desde hacia tiempo.³⁰

Otra gran personalidad dirigente estuvo representada por Camilo Cienfuegos, con un reconocimiento unánime de todos los que lo conocieron. Desapareció en el mar, en octubre de 1959, en un accidente aéreo ocurrido en circunstancias que nunca pudieron ser esclarecidas. Vale la pena destacar que a Frank y Camilo, a estos dos dirigentes *naturales* de la Revolución, el Che dedicó páginas muy bellas, de sincera y conmovida admiración. Él era consciente ciertamente del vacío que la muerte de ambos dejaba en el grupo dirigente castrista.

Al lado de ellos debe también figurar la personalidad del más conocido líder estudiantil, José Antonio Echevarría, muerto en la acción del 13 de marzo de 1957: un intento de insurrección urbana ejecutado por uno de los componentes más originales y controvertidos de la izquierda cubana, el llamado *Directorio revolucionario*.

El Che sobrevivió, sin embargo, al desembarco del *Granma* y a las tantas operaciones militares de la guerrilla, no fue nunca alcanzado por la mano de los sicarios antes o después de la victoria de la Revolución. No le faltaron, sin embargo, ocasiones en las que perder la vida, como lo atestiguan sus dos heridas en

combate y los episodios de guerrilla más azarosos, narrados por él –con modestia de «De bello gállico»– en los *Pasajes de la guerra revolucionaria*.

Fue una casualidad, la que le permitió, sin embargo, poder acumular experiencias que pesaron de forma cada vez más incisiva en las opciones de la Revolución. Esto lo hizo, además, responsable en primera persona de las mismas, en

10. En 1968 tuvimos en Santiago, la ocasión de conocer a la madre de Frank País en su domicilio. El recuerdo de aquel encuentro se centró en el retrato del hijo que ella reconstruyó, reforzándonos en la convicción de que con Frank País desapareció el exponente más preparado y maduro de la nueva generación revolucionaria. La madre, además, era un modelo de «Cornelia» cubana. Basta pensar que el 30 de junio de 1957, un mes antes de Frank, fue asesinado también el hermano Jossué y que, en la misma época de nuestro encuentro, otro hijo arriesgaba la vida –así me dijo– para continuar la obra de sus hermanos.

cuya puesta en práctica él representó indefectiblemente el alma más radical e íntegra: una vez más, una mezcla de Trotsky y Saint-Just. Y esto lo hizo también obviamente acreedor de muchas críticas, en Cuba y en el extranjero, de las cuales en parte se ha hablado, aunque quedaría mucho por decir.

Entre los dirigentes fue el único que tuvo una familiaridad efectiva con el arte de la escritura, mientras que en cuanto a la oratoria el modelo insuperable seguía siendo Fidel. Y por lo tanto, como panfletista calificado, ensayista autodidacta y pluma brillante en general, él reveló ser un compilador infatigable de diarios, correspondencias, artículos, prólogos y finalmente libros sobre varios aspectos de la Revolución. Todo esto lo colocó obligatoriamente en el centro de las más enardecidas polémicas.

Dos de estas discusiones son recordadas aquí, por la fuerza con la que los ánimos se dividieron, porque retrospectivamente ayudan aún a comprender algunos cauces de la Revolución cubana, y porque en ambas el Che desempeñó un papel importante, encontrándose implicado en primera persona. Con respecto al debate económico, sin embargo, ya se hizo un amplio análisis aparte.

La más antigua y grave divergencia política que dividió la dirección del Movimiento 26 de Julio, explotó hacia fines de 1957, se arrastró durante todo el período de la guerra revolucionaria y alguna llamita no adormecida afloró nuevamente entonces, a intervalos, en los años posteriores a la victoria. Las posiciones contrapuestas se identificaban claramente con el grupo guerrillero de la Sierra Maestra, por una parte, y la dirección clandestina en las ciudades, por la otra. De aquí la denominación de aquellos dos pilares políticos del Movimiento 26 de Julio como *Sierra* y *Llano*, es decir «montaña» y «llanura».

La división se gestaba desde hacía tiempo y estaba vinculada al principio a problemas esencialmente de orden práctico, como los suministros, las informaciones, el envío de cuadros a la Sierra, o la utilización de los fondos. Roces y polémicas después de todo comprensibles, ya que la red clandestina había sido construida en los años anteriores al desembarco del *Granma* y aprobada para un determinado tipo de lucha urbana: no estaba, por lo tanto, preparada para funcionar como estructura de soporte logístico para una empresa guerrillera, ubicada en ambientes campesinos y cuya expansión militar iba adquiriendo un peso cada vez mayor, por encima de las más optimistas previsiones de los mismos dirigentes del 26 de julio.

Pero como normalmente sucede en este tipo de discusiones «organizativas», las divergencias se hicieron medulares en cuanto el grupo de la Sierra comenzó a moverse en el terreno de la política, adjudicándose la responsabilidad de iniciativas autónomas con respecto a otras fuerzas de la oposición antibatista y que en aquella época estaban representadas sobre todo en los círculos de exiliados en Miami.

Había fracasado desde hacía poco el intento de desembarco en la Isla por parte de un grupo ligado al viejo presidente depuesto por Batista, Prío Socarrás. Y había tenido lugar la visita a la Sierra de Felipe Pazos (ex presidente del Banco Nacional de Cuba), junto con Raúl Chibás (el hermano del célebre Eduardo, «Eddy») dirigente del Partido ortodoxo, de cuyas filas provenía el joven abogado Fidel Castro. A partir de contactos con estas otras fuerzas de la oposición democrática, nació un «Manifiesto de la Sierra», firmado por Castro, Pazos y Chibás: un evidente compromiso político que, sin embargo, fue desaprobado por una parte del 26 de julio.

Luego de una serie de acontecimientos, fruto en parte de incomprensiones y en parte de maniobras –que sería aquí muy largo de reconstruir–, Pazos logró representar al Movimiento 26 de Julio en la reunión de Miami (1 de noviembre de 1957), donde fue firmado un acuerdo entre los representantes de siete grupos políticos de la oposición. Entre los firmantes aparecían también, junto al 26 de Julio, exponentes tradicionales y desacreditados del personal político de la burguesía cubana «liberal» y «democrática» (como Agramonte,

Varona, Prío Socarrás, etc).

El «Pacto de unidad» (conocido también como «Pacto de Miami») reflejaba las orientaciones más atrasadas del bloque de las oposiciones (suprimía, por ejemplo, una declaración

11. La fuentes más fidedignas en cuanto a este asunto son los trabajos de H. Thomas y S. Tutino, además de la documentación conservada por Carlos Franqui y publicada en el *Diario de la Revolución cubana*, op. cit. de principios contra todo tipo de intervención extranjera, que era apreciada por el 26 de Julio de un modo particular). En los hechos, dicho pacto transfería la dirección de la lucha a manos de la emigración, conteniendo además ambigüedades, inaceptables para los combatientes de la Sierra, acerca del destino futuro de las formaciones militares revolucionarias, que debían incorporarse de un modo no mejor precisado al ejército regular. Lo anterior ocurriría después de la victoria y de la formación de una «junta de liberación», que tendría facultad ilimitada para elegir al nuevo gobierno. Se trataba de un grave paso hacia atrás para la guerrilla, que precisamente entonces comenzaba a tener sus primeros éxitos, como en El Uvero y en la batalla de Pino del Agua, dirigida personalmente por el Che.

Cuando la noticia del Pacto llegó a la Sierra, hubo una reacción violenta y general de rechazo. Fidel Castro se vio obligado a desaprobap apresuradamente el proceder de Pazos, redactando una declaración en la que se afirmaba que el Movimiento 26 de Julio no había delegado a nadie para que hablara en su nombre. Él reivindicaba el papel de guía del movimiento de lucha armada en la Sierra y denunciaba los términos del acuerdo, rompiendo prácticamente con las otras organizaciones firmantes. Era un viraje radical de la Revolución castrista y *la primera demarcación política significativa con las oposiciones antibatistianas de la burguesía cubana*: un paso decisivo por el camino que en menos de cinco años conduciría a elegir la vía del socialismo, en la Segunda Declaración de La Habana.

Pero por el momento es sólo el 14 de diciembre de 1957.

A las mismas horas en que Castro realiza su «viraje en sentido contrario», Guevara le envía a René Ramos Latour (Daniel) la carta de la que ya se ha hablado. El Che se encuentra sobre la otra vertiente del pico Turquino, ocupado en organizar *el primer territorio libre* de la guerrilla en el gran valle de El Hombrito. Desde hace algún tiempo es objeto de críticas por el modo centralizador con el que desempeña tal función, por el rigor y la disciplina que impone en las zonas controladas por él, por los métodos despiadados con los que conduce la lucha contra bandidos en la Sierra. Hay también problemas en cuanto al suministro de las armas y el Che las obtiene a través de canales que no obtienen la aprobación de los compañeros del Llano.

Cuando le escribe a Daniel, no sabe del rechazo público del Pacto por parte de Fidel, aunque éste en una carta dirigida a él había denunciado el acuerdo como fruto de una «traición». No imagina ni siquiera que la declaración contendrá una explícita reivindicación de las «medidas severas» adoptadas en El Hombrito, considerando Fidel ya desde entonces «la anarquía como el peor enemigo de un proceso revolucionario». En la carta, Guevara vuelve a plantear el problema de las armas y reivindica la necesidad de sus métodos «centrípetos». Justifica finalmente su rigor en términos psicológicos, declarando haber recurrido a ellos

«fundamentalmente desilusionado por el giro que estaban tomando las cosas respecto al incalificable pacto firmado con Prío y con los otros, pacto del que tú mismo te burlaste en Los Cocos».

Es en esta carta donde el Che reivindica su «preparación ideológica» comunista (declarándose favorable a una solución» proveniente de los países «del otro lado del telón de acero») y define a Fidel «como un auténtico líder de la burguesía de izquierda». Añade haber sabido siempre y aceptado aquello, pero que jamás habría esperado un viraje semejante hacia posiciones «más de derecha» (que, sin embargo, el Che atribuye en la carta sobre todo a la dirección nacional del Llano).

«En lo que no había nunca pensado es en el cambio radical que Fidel les dio a sus posiciones con el Manifiesto de Miami. Pareciéndome imposible lo que supe después, es decir, que así se deformaba la voluntad de quien es auténtico líder y motor único del Movimiento. Por suerte llegó la carta de Fidel, mientras esperábamos los proyectiles, y se esclareció que había sucedido lo que podríamos definir como una traición.

Por otra parte Fidel me dice que no ha recibido dinero, pocos proyectiles en mal estado y hombres escasamente armados. Si las cosas son así, ¿cómo hago para renunciar a contactos que me ofrecen la posibilidad de tener el material para llevar el trabajo delante?... Piferrer será un bandido, pero el que maquinó el plan de Miami es un criminal; y yo estoy en condiciones de tener relaciones con él porque no sacrifico nada, aunque recibo poco. En

Miami por el contrario ha sido sacrificado todo sin recibir nada...

Si esta carta te disgusta porque la consideras injusta o te consideras inocente y me lo quieres hacer saber, magnífico... A pesar de la dureza de esta carta, me gustaría que pudiera haber una explicación» (traducido de la edición italiana (*N. del T.*).

Guevara parece estar por lo tanto a oscuras con respecto a las muchas tretas subterráneas que condujeron al Pacto de Miami. Ya en la polémica con el Llano a falta del envío de armas y suministros necesarios, él está, sin embargo, convencido de que Fidel es víctima de algún modo de las maniobras provenientes de los ambientes de la organización urbana (por ejemplo de la nueva «Resistencia cívica» o de los «cabecitas locas» que, según preocupaciones anteriormente expresadas por el Che, tratarían de ocupar el lugar de Frank País). Considera, por otra parte, aquellos ambientes como focos de corrupción y politiquería, opuestos por orgullo de la entidad propia a que la dirección política coincida con la militar, y resida por lo tanto en la Sierra a todos los efectos. Y en su búsqueda, como siempre, de una lógica para el proceder humano, le parece que el cuadro está ya completo y claramente delineado: el Llano no manda armas, trafica con politiqueros burgueses de derecha, maniobra a espaldas de Fidel y tiende a liberarse de la dirección política de quienes por el contrario, combatiendo con las armas en la mano, sostienen además el peso mayor del enfrentamiento.

Pero esta vez Guevara no tiene razón en su búsqueda de lógica en un cuadro político que parecía, sin embargo, entonces, muy confuso y contradictorio. Hay obviamente dirigentes del Llano que miran con preocupación las evaluaciones de la guerrilla, pero hay otros que al triunfo de ésta anteponen cualquier otra consideración. En la conducta de Pazos en Miami existen tramas urdidas en el exterior, quizás por la CIA, pero es también una responsabilidad directa de Fidel. E incluso, si éste rectifica la jugada, no se le puede atribuir la culpa de lo sucedido por entero al Llano, donde por añadidura se han ya alzado las primeras voces de crítica ante todo este hecho, partiendo del momento del Manifiesto de la Sierra y el acuerdo con Prío Socarrás. Se equivoca el Che al imaginar una gran conspiración única del Llano contra la guerrilla y permanecerá errado por mucho tiempo, hasta que los acontecimientos no le demuestren la real naturaleza política de las divergencias.

El 15 de diciembre, por lo tanto, él puede finalmente escribirle a Fidel Castro:

«En este momento llega el mensajero con tu nota del 13. Te confieso que... me llenó de alegría y tranquilidad, no por problemas personales, sino por lo que significa para la Revolución este paso. Tú sabes bien que no tenía la más mínima confianza en la gente de la Dirección nacional, ni como jefes, ni como revolucionarios. No creía tampoco que llegarían al punto de traicionarte de un modo tan abierto... Creo que tu comportamiento de silencio no es el más aconsejable en este momento. Una traición de esta magnitud indica claramente la diversidad de las más escogidas... *Desafortunadamente debemos afrontar al tío Sam antes de tiempo*. Pero hay algo evidente, el 26 de Julio, la sierra Maestra y tú, son tres individuos y un único verdadero Dios... Si tienes el documento escrito me comprometo a hacer diez mil copias y a cubrir todo Oriente y La Habana: quizás sería posible toda la Isla».¹²

La réplica de Daniel es del 18 de diciembre. Ex minero, segundo de Frank País, René Ramos Latour es el principal artífice del éxito de la huelga semiespontánea de agosto (después del fracaso de la huelga general de abril, del que hablaremos, volverá a la Sierra y en julio de 1953 morirá en combate). La carta del Che lo indigna y le responde punto por punto, redactando un documento político personal que puede ser considerado uno de los más brillantes y más apasionados que quedan de aquella generación de combatientes.

Él reivindica su propia integridad revolucionaria: afirma sentir la máxima estimación por los compañeros que combaten en los montes, pero que esto no debe significar desconocer los sacrificios de vida y de recursos que requiere la lucha

12. Cursiva nuestra. Traducido de la edición italiana (*N. del T.*). Como ya se ha recordado, la correspondencia aquí citada no está incluida –por una decisión ciertamente discutible– en las obras del Che publicadas en Cuba, en Italia y en otros países. Es referida de todos modos en C. Franqui, *Diario*, op. cit., pp. 335-357 (y de allí transferida a las dos antologías que han estado a nuestro cargo y varias veces citadas).

En su célebre carta de adiós a Fidel, el Che escribirá: «Mi única falta de cierta gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros momentos de la sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades de conductor y de revolucionario» (IX, 394). El sentido de estas palabras ha permanecido durante años completamente a oscuras para todos los que han admirado y se han conmovido al leer aquel mensaje de amistad revolucionaria. Ahora nuestro lector dispone, finalmente, de la clave interpretativa para explicar aquel pasaje aparentemente incomprensible.

en las ciudades. Recuerda que es un obrero pero no de los que militan en el Partido Comunista y que conserva

un inveterado desprecio hacia todas las viejas organizaciones de la oposición burguesa, Partido ortodoxo incluido. También por ésto, afirma, sería injusto sospechar acerca de una connivencia suya con el Pacto de Miami. Por lo demás, él también se había declarado hostil desde el primer momento a los acuerdos establecidos por Fidel con Prío, en la época del Manifiesto. Y más bien le atribuye a la atmósfera creada a partir de aquel primer pacto, el retraso con el que la Dirección Nacional del 26 de Julio denunció el acuerdo de Miami. Él expresa, por lo tanto, una posición aún más radical acerca de la necesidad de romper con los ambientes de la emigración y no puede contenerse de rebatir las declaraciones de fe de prosoviética hechas por el Che:

«Nosotros queremos una América fuerte, dueña de su propio destino, una América que se enfrente altiva a los Estados Unidos, Rusia, China o cualquier potencia que trate de atentar contra su independencia económica y política.

En cambio los que tienen tu preparación ideológica piensan que la solución a nuestros males está en liberarnos del nocivo dominio “yanqui” por medio del no menos nocivo dominio “soviético”».

Finalmente una alusión polémica al origen real de todos los choques y las incomprensiones, a la esencia real y verdadera de las divergencias. Para Daniel, en efecto, no tiene sentido una contraposición entre Sierra y Llano, entre lucha armada y resistencia obrera, ya que es en la movilización colectiva de toda la población trabajadora y estudiantil donde residen las posibilidades de la victoria. Él resume:

«Creemos que con el derrocamiento de la dictadura de Fulgencio Batista, *por medio de la acción del pueblo*, estaremos dando un pa

13

so avance en la ruta que nos hemos trazado».

13. Al respecto escribe Rossana Rossanda: «Al igual que la Sierra, por otra parte, la guerra urbana tiene sus leyes y establece su línea, más afín a la del Directorio que a la de Guevara: es la línea de una vanguardia estudiantil, de una pequeña burguesía libertaria, de un sujeto social distinto al “pro

Ignoramos las reacciones inmediatas del Che ante una carta tan rigurosa, apasionada y sincera, encaminada a golpear entre otras cosas algunas debilidades reales de su pensamiento político de entonces. Pero él debe haber sentido el golpe ya que, en 1963, todavía recordaba con disgusto autocrítico aquel hecho:

«Frente a una carta, bastante idiota, que yo le había enviado al compañero René Ramos Latour, éste me contestó, pero además circuló una copia de mi hoja; Armando Hart me escribió una nota polémica y pensaba mandármela desde la Sierra, donde fue a ver a Fidel, pero éste razonó que esa carta provocaría una nueva contestación la que a su vez, provocaría otra, hasta que en un momento dado podía caer alguna en manos del enemigo, lo que no nos haría ningún favor» *Pasajes de la guerra revolucionaria*, II, 221).

Fidel, en realidad, tenía la intención de resolver internamente las divergencias surgidas en torno al Pacto de Miami. La ocasión se le ofreció a partir de otro episodio que produjo una nueva grave contraposición entre el Llano y la Sierra, una de las páginas más controvertidas y más discutidas de la historia de la Revolución cubana.

El 9 de abril de 1958 hubo un intento de huelga general insurreccional. Un fracaso, que concluyó con graves pérdidas y, sobre todo, con un éxito propagandístico del Gobierno de Batista, hasta aquel momento en serias dificultades por la ofensiva de la guerrilla, el amotinamiento de la marina en Cienfuegos y el crecimiento del movimiento de oposición en las ciudades. La huelga fue convocada públicamente por Castro y Faustino Pérez. Pero este último fue el verdadero organizador de la misma,¹⁴ junto a Ramos Latour (que debía garantizar el apoyo armado a la huelga) y David Salvador

letariado” y al “campesino”. De este último, la Sierra exagerará la leyenda, pero el Llano ni siquiera lo ve. Cuando Franqui llega a la Sierra será testigo de una tensión ya amarga, envenenada e irreductible, la cuestión subyacente es la de el liderazgo político del proceso» (Prólogo al libro de C. Franqui, op. cit., p. 16).

14. Los errores de perspectiva política con los que Faustino Pérez tra-bajó en la preparación de la huelga, se pueden volver a encontrar todavía en las declaraciones hechas por él en una entrevista de 1967. En aquella (responsable de la coordinación de los núcleos de fábrica). En la iniciativa no participaban los comunistas, por una opción autónoma, pero ayudados en esto por la orientación sectaria de los dirigentes del Llano.

Estos últimos, por su parte, habían sobrevalorado las potencialidades del movimiento, creyendo poder repetir y hacer extensivo el éxito de la huelga semiespontánea de agosto, a continuación de la muerte de Frank País. Era evidente, por otra parte, que habían también forzado la situación para poder volver a conferirle al movimiento urbano un papel político que se le escapaba inexorablemente, a medida que se iba acrecentando la fuerza del Ejército Rebelde.

Guevara se declaró contrario desde el primer momento al modo en el que fue decidida y preparada la iniciativa. Quería que en ella participaran los comunistas y no se fiaba de los dirigentes del Llano. A continuación dirá abiertamente que la huelga fue organizada con métodos «subjetivistas y concepciones golpistas». Y cuando el 3 de mayo tuvo lugar en la sierra Maestra, en los Altos de Mompié, una reunión de balance de la Dirección Nacional ampliada, él fue invitado a participar precisamente por los dirigentes a los que había dirigido las mayores críticas (Pérez y Ramos Latour). De aquella discusión Guevara dará un resumen cinco años después, en *Pasajes de la guerra revolucionaria* («Una reunión decisiva»).

Él se refiere a las críticas hechas a los tres responsables (subjetivismo, política aventurera, sectarismo), a la decisión de destituirlos de sus funciones y de llamarlos a combatir en la Sierra, y sobre todo del traspaso a la persona de Fidel *también* del mando supremo de las milicias urbanas. Estaba teniendo lugar una disolución de la dirección del Llano, a todos los efectos, que Guevara considerará justamente como

ocasión Pérez repitió la tesis –que mientras tanto, se hizo «oficial»– según la cual la huelga debía ser considerada sólo «como un apoyo, como un complemento de la lucha en las montañas». Y a tantos años de distancia, reivindicaba el secuestro del célebre campeón automovilístico Fangio, afirmando que «esos fueron hechos de gran ayuda a la lucha». F. Pérez, «La Sierra, el Llano: eslabones de un mismo combate», en *Pensamiento Crítico*, 31/1969, pp. 68, 70.

el inicio de la *unificación ideológica* del grupo dirigente castrista. Aquellas decisiones, sin embargo, marcaron también la definitiva transformación del Ejército Rebelde en la verdadera estructura política del movimiento nacional: un sustituto de aquel partido que el Movimiento 26 de Julio no había logrado llegar a ser. El 3 de mayo de 1953 se produjo, por lo tanto, otro viraje importante en la historia de la Revolución, cuyos efectos, para bien y para mal, se advierten aún en el funcionamiento de las estructuras políticas en Cuba.

Al recordarlo, Guevara añade algunas consideraciones que, presumiblemente, habrá expresado con palabras en el transcurso de la reunión. Ante todo, acerca de la naturaleza real de las divergencias entre Sierra y Llano, indicadas por él: a) en el crecimiento político y maduración de la primera, ante el estancamiento de la actividad del segundo; b) en la tendencia a la generalización de las experiencias del Llano y a considerar a este último como el lugar privilegiado de la lucha; c) en la necesidad de unificar la dirección, una tarea que se podía realizar sólo en la Sierra y en la persona de Fidel; d) en la necesidad de comenzar a pensar en una futura huelga insurreccional, pero buscando la colaboración además con los cuadros sindicales del PSP; e) en la extensión y potenciación de las actividades militares.

«Se seguiría la línea de la Sierra de la lucha armada directa, extendiéndola hacia otras regiones y dominando el país por esa vía y se acababa con algunas ilusiones ingenuas de pretendidas huelgas generales revolucionarias cuando la situación no había madurado lo suficiente para que se produjera una explosión de ese tipo y sin que el trabajo previo tuviera características de una preparación conveniente para un hecho de tal magnitud» (II, 250).

Más adelante, Guevara sintetiza las posiciones del Llano –desde su punto de vista, obviamente, pero de una manera bastante objetiva– afirmando:

«El Llano planteaba una posición aparentemente más revolucionaria, como era la de la lucha armada en todas las ciudades convergiendo en una huelga general que derribara a Batista y permitiera la toma del poder en poco tiempo. Esta posición era sólo aparentemente más revolucionaria, porque en aquella época todavía no se había completado el desarrollo político y los compañeros del Llano y sus conceptos de la huelga eran demasiado estrechos» (II, 201).

Estas consideraciones retrospectivas del Che no parecían de todos modos convincentes. La Sierra habrá tenido quizás razón de asumir la dirección total, pero después tuvo que bajar ella misma al Llano, movilizar a las masas urbanas, llevar el ataque a los lugares de trabajo y a las fortalezas represivas del régimen, proclamando finalmente la huelga general insurreccional.

Este último acto, sin embargo, tuvo que hacerlo del modo más improvisado que se pueda imaginar: el mismo fue en efecto declarado de prisa y corriendo, a petición de Fidel, el 2 de enero de 1959, pocas horas

después de que Batista hubiera huído y pocas horas antes de que Camilo Cienfuegos entrara en La Habana, es decir, cuando la victoria militar había sido ya conseguida, el Gobierno de Batista disuelto, pero se perfilaba una primera maniobra del viejo aparato, encaminada a conservar el poder bajo otras fórmulas. El proyecto de la burguesía, por otra parte, tenía algunas esperanzas de éxito, precisamente por el retraso político con el que el Ejército Rebelde afrontó el problema institucional del poder, confiando en el amplio consenso que la elección a presidente del ex juez Urrutia, anunciada públicamente desde hacía meses, debería obtener. No fue así y el resto es historia conocida.

De las relaciones Sierra-Llano se continuó discutiendo durante un largo tiempo en Cuba, por la evidente importancia que aquel hecho tuvo en la formación del grupo dirigente. Fueron muchos, por ejemplo, los que pensaron que el peso conseguido a continuación por los viejos comunistas (estalinistas), en el nuevo aparato, fue excesivo y que estuvo determinado por la carencia de desarrollo de la dirección política en las ciudades y en los lugares de trabajo. Y que además este hecho después contribuyó a determinar las orientaciones de tendencia prosoviética del grupo dirigente castrista, ajenas a la tradición ideológica del Movimiento 26 de Julio. Uno de los más convencidos defensores de estas posiciones es Carlos Franqui, que había participado en la primera etapa de la discusión «Sierra-Llano», y que estuvo entre los primeros en denunciar el Pacto de Miami. Vale la pena escuchar su relato, a propósito de una discusión que tuvo lugar entre él y el Che al respecto, durante una fiesta oficial en La Habana, el 2 de enero de 1964:

«El Che, viéndome, me preguntó qué pensaba de su crónica de la guerrilla en Cuba que precisamente había salido por aquellos días.

“Tu problema –le respondí– es que has vivido solamente la experiencia de la Sierra”.

Lo rebatió diciendo que desde allí había encontrado la forma de seguir los sucesos de la lucha urbana. Surgió entre él y yo una larga discusión. El Che sostenía que las acciones realizadas en la ciudad por el movimiento clandestino, aunque heroicas, fueron desde el punto de vista militar, una secuela de derrotas. Le respondí que también el desembarco del *Granma* fue un desastre...

Le recordé que en la Sierra habían recibido armas, víveres y municiones por el movimiento urbano y que durante la etapa final de la guerra, en la campaña de Las Villas, él tuvo también una ayuda militar por parte de las tropas del Directorio.

El Che objetó que la dirección de la guerrilla no había nunca vacilado políticamente, a diferencia de la del movimiento urbano y que por otra parte yo infravaloraba la importancia del apoyo campesino a la lucha que la guerrilla, expandiéndose, había creado: las zonas liberadas, las escuelas, los talleres, los hospitales de campo.

Le dije francamente que su visión de la Revolución cubana me parecía un poco esquemática... Frank País, Daniel y yo no habíamos considerado nunca a la guerrilla como un foco...

“No niego –dijo el Che– la importancia del movimiento de masas, pero creo junto con Fidel que la guerrilla pueda crearlo, sin esperar por la lucha urbana”.

“Fidel lo dice ahora –objeté– pero no es así como ha actuado. La lucha contra Batista no comenzó con el desembarco del *Granma*... Se necesitaron tres años, del 53 al 56, para reorganizar el movimiento que había finalmente encontrado la estrategia de la lucha armada”.

“Entonces –concluye Guevara– escribe tú una historia de la Revolución, escríbetela tú, Faustino y los otros. Mi intención al hacer esta crónica fue precisamente la de incitar a los demás a escribir”.¹⁵

15. C. Franqui, *I miei anni con Fidel*, op. cit., pp. 211-212. Traducción de la edición italiana (*N. del T.*).

El tono de la discusión en Cuba, no fue, sin embargo, siempre tan sereno en los años siguientes a la Revolución. Una consecuencia poco agradable de aquella polémica, por ejemplo, tuvo lugar en mayo de 1963, cuando fue publicado el *Manual de marxismo-leninismo* de Kuusinen, con el prólogo del Che. (Acercas del dogmatismo y de la ingenua «ortodoxia» de aquel texto se ha hablado ya en el capítulo II). Fue escrito durante 1962, antes, en cualquier caso, de los *Pasajes de la guerra revolucionaria*.

En aquel prólogo, Guevara propone una esquematización de las relaciones Sierra-Llano en términos muy sectarios y fuertemente denigrantes de las posiciones adversas. Un hecho insólito para él, debido probablemente a la voluntad de lograr uniformidad con el espíritu y la «cultura» del manual de Kuusinen. Para esta ocasión, él da una reconstrucción falseada de aquel debate, atribuyéndoles a los dirigentes del Llano posiciones como la de haber querido entregar el nuevo gobierno a unos «civiles» de los cuales no se dice el nombre, con la intención de declarar después el carácter político del nuevo ejército. Y todo esto como se

puede imaginar, porque

«el Ejército Rebelde ya es ideológicamente proletario y piensa en función de la clase desposeída; el Llano todavía sigue siendo pequeño burgués, con futuros traidores en su dirección y muy influenciado por el medio en que se desenvuelve» (VII, 8).

Es una página poco edificante, que no valdría ni siquiera la pena citar, ya que después el mismo Guevara la desmintió de acuerdo al modo en el que reconstruyó la historia de aquella polémica en los *Pasajes de la guerra revolucionaria* y en otras varias ocasiones. Aún sin dejar de expresar su propio punto de vista, en efecto, él siempre manifestó el máximo respeto por las divergencias, por la historia y también por el sacrificio humano de los combatientes del Llano.

Sin embargo, si por parte del Che hubo una superación de aquella salida infeliz en el libro de Kuusinen, no puede decirse lo mismo de Régis Debray. Cuatro años después, queriendo reconstruir la polémica Sierra-Llano en su célebre opúsculo *¿Revolución en la revolución?*, él tomará de nuevo precisamente aquel único texto de Guevara, ignorando los otros bien conocidos y reproduciendo detalladamente el párrafo que contenía las acusaciones más infames contra el Llano.¹⁶

El proceder de Debray se explica recordando que, en aquellos años, con ocasión de la Conferencia de la OLAS, la dirección cubana encaminó una polémica con varias corrientes de la izquierda latinoamericana, acerca de la prioridad de la guerrilla con respecto a cualquier otra forma de lucha política. La simplificación extrema de semejante posición estaba constituida precisamente por la afirmación perentoria de que los mandos político y militar debían ser unificados y que los mismos esperasen al grupo guerrillero en las montañas. Éste, a su vez, no debía continuar haciendo las veces de brazo armado de ninguno y tendría por el contrario toda la responsabilidad organizativa y programática, de la lucha. Dogmas de la época...

Con fines propagandísticos, sin embargo, alguien en Cuba había ya comenzado a recuperar la vieja polémica Sierra-Llano, para dar una fundamentación «histórica» a aquellas posiciones. La operación de recuperación, aunque muy discutible también en el plano de las analogías históricas, se hizo, sin embargo, verdaderamente célebre sólo a partir de la reconstrucción a modo de caricatura que de la misma ofreció Debray. Y él lo hizo utilizando aquel texto particularmente infeliz de Guevara, que, sin embargo, desde 1957, había demostrado ser uno de los intérpretes más maduros y equilibrados de la polémica, como se lo reconocieron sus adversarios de entonces (hombres de la estatura de un Ramos La-tour), como lo recuerda una vez más Franqui y como lo demuestra él mismo con la alusión autocrítica a su «carta bastante idiota».

Pero, ¡ay de mí!, decían los latinos, *habent sua fata libelli...*

La segunda polémica de una cierta relevancia, en la que Guevara se encuentra implicado en los primeros años después de la Revolución, es sobre la *presunta excepcionalidad* de la experiencia cubana. De la misma hemos ya hablado cuando nos referíamos a la cuestión de la burguesía nacional, recor

16. *¿Revolución en la revolución?*, primera edición a cargo de Casa de las Américas, La Habana, 1967, p. 67. dando cómo los viejos cuadros estalinistas del PSP utilizaban aquel asunto como arma ideológica contra los intentos de difusión del «castrismo» en el resto del continente. La polémica, sin embargo, servía además para regular una serie de cuestiones internas del nuevo partido en formación (las ORI-PURSC), en el cual el PSP se encontraba, teniendo una presencia limitada en el plano de la dirección, pero muy extendida a los aparatos de formación y propaganda.

Esto se debía a la presencia en Cuba de los soviéticos, y también al hecho de ser la única corriente política provista desde siempre de reales y verdaderos cuadros de partido. Su peso era, por lo tanto, desproporcionado con respecto al modesto papel jugado en la parte conclusiva de la guerra revolucionaria – después de toda una etapa de abierta contraposición– y este hecho no podía dejar de suscitar considerables resistencias entre los viejos militantes del Movimiento 26 de Julio, ya fueran de la Sierra o del Llano.

Las intervenciones de Guevara al respecto están subdivididas en dos etapas distintas. Primero reivindicó una *intrínseca excepcionalidad* de la Revolución cubana, ya que la acusación proveniente de las filas del viejo PSP era la de no haber seguido los esquemas previstos por el marxismo-leninismo y, por lo tanto, la de presentarse como una revolución a fin de cuentas espuria. En un segundo momento, sin embargo, Guevara reivindica la *no excepcionalidad* de la misma, con el fin de hacer extensivas sus enseñanzas políticas al resto

de la América Latina.

En ambos casos el interlocutor es el PSP, y en particular un viejo dirigente del mismo, Aníbal Escalante, ideólogo del viejo partido estalinista desde los años de la entrada de los comunistas al primer gobierno de Batista.

Las “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana” aparecen en octubre de 1960 en *Verde Olivo* y se abren con una explícita enunciación del problema:

«Es ésta una Revolución singular que algunos han creído ver que no se ajusta con respecto a una de las premisas de lo más ortodoxo del movimiento revolucionario...» (IV, 201).

Hemos ya hablado de la colocación de aquel texto en el itinerario filosófico del Che. Ahora bastará añadir que Guevara no se atreve a responder frontalmente a las críticas del PSP y prefiere reconocer con ellos que efectivamente la Revolución cubana es excepcional con respecto a los cánones de la ortodoxia marxista. Lo hace, de una forma torcida, pero hábilmente, a fin de atenuar los términos de la polémica y de hacer entrar otra vez por la ventana a lo que se vio obligado a hacer salir por la puerta. Castro y compañeros, afirma él, no habrán sido comunistas, pero las leyes del marxismo están en cada caso bien presentes y activas también en la Revolución cubana (sabe bien que ni Escalante, ni Blas Roca en persona soñarían con negar una «santa» verdad semejante). ¿No recordó él por otra parte en el mismo texto que las leyes del marxismo son las mismas que las de las ciencias naturales, de la biología, de la física y de la química?

Esto le permite insertar una sutil distinción entre el campo de lo «objetivo» y de lo «subjetivo» que, como ya se sabe, es lo más arbitrario que se pueda imaginar en la historia del pensamiento occidental, marxismo incluido y en particular en su versión estalinista.

«Iniciando nuestra lucha simplemente cumplíamos leyes previstas por Marx el científico... es decir... las leyes del marxismo están presentes en los acontecimientos de la Revolución cubana, independientemente de que sus líderes profesen o conozcan cabalmente, desde un punto de vista teórico, esas leyes» (IV, 204).

Los dirigentes no eran marxistas, afirma Guevara, pero en el transcurso de la lucha se vieron obligados a transformarse. Se vinculan a procesos sociales. El campesino, el intelectual y el obrero, indicados por el Che como símbolos sociológicos –pero prácticamente de categorías que van más allá de la historia– les infunden a aquellos su «calidad en la composición social de nuestra guerrilla», produciendo «las transformaciones ideológicas de sus jefes».

Guevara concluye el artículo con la imagen del «sol ardiente» que surge sobre un «horizonte de montañas» y de nubes, logrando con este recurso retórico no pronunciarse acerca de cuales eran además verdaderamente estas transformaciones ideológicas operadas en los jefes en el transcurso de la lucha. Al contrario, él deja entender, claramente en qué dirección se movían las mismas, a la luz del férreo determinismo presente en las categorías de *su* marxismo de la época.

Escalante vence así, fácilmente, el primer *round* de la polémica.

En abril de 1961, los términos de la polémica aparecen invertidos, y Guevara no está ya sólo para afrontar la batalla ideológica. Participan y lo apoyan otros miembros de la dirección que ya no aguantan más de sentirse acusados por los cuadros del PSP de infantilismo, subjetivismo y empirismo. Está además el problema práctico de conquistar para las posiciones de Cuba a otros movimientos de la América Latina. El Che tiene una vez más la función de ideólogo, y parece evidente que ha empezado al mismo tiempo a liberarse de algunos complejos de inferioridad hacia el PSP y su teoría marxista. Publica, así, en *Verde Olivo* su “Cuba, excepción histórica o vanguardia de la lucha contra el colonialismo”.

Atrapado entre dos fuegos –su adhesión al marxismo y el empobrecimiento teórico que del mismo proponen los viejos comunistas–, trata de dar a la polémica un carácter teórico, frenando la voluntad de linchamiento que anima a algunos de los cuadros formados en el Movimiento 26 de Julio y esforzándose, por su parte, por elevar el nivel del debate, para impedir que todo se resuelva con un ajuste de cuentas.

Los ánimos están por otra parte peligrosamente caldeados, por una y otra parte. Y en efecto, un primer estancamiento tendrá lugar al poco tiempo, en marzo de 1962, con la expulsión de Escalante y la denuncia pública del «sectarismo» de los viejos comunistas. En enero de 1968, sin embargo, se reanuda el choque, pero

ya en términos de represión judicial, sin más debate, sin más confrontación política: el proceso de la «microfracción» concluirá con fuertes condenas, la máxima de las cuales le tocará a Aníbal Escalante (15 años de cárcel). Una señal de que la invitación al debate sereno y fraternal, lanzada por el Che en 1961 –como en muchas otras ocasiones–, no tuvo aceptación.

Pero, volvamos a la argumentación de Guevara. Él parte de algunas constataciones preliminares sobre la existencia de leyes generales en el desarrollo de las relaciones históricas entre revolución y sociedad, junto a factores específicos. En este cuadro resulta evidente para el Che que también la Revolución cubana tendrá características peculiares: se trata sólo de establecer cuáles y la relevancia teórico-política de las mismas.

La primera de estas «excepcionalidades» está indicada en la existencia de un hombre llamado Fidel Castro, de cuya *personalidad* se procede en esta ocasión a una real y verdadera exaltación, enumerando una veintena de cualidades humanas y políticas extraordinarias. (En realidad, tampoco en esto habría nada de excepcional, porque cada «revolución» tiene un líder máximo, al que se termina tributando indefectiblemente un culto a la personalidad, superando a veces en gran medida el nivel de las veinte o treinta cualidades extraordinarias).

No hay que considerar particular, según Guevara, la *condición social* de la Cuba de Batista, asimilable a otras realidades del continente. Él define como excepcional, sin embargo, la *coyuntura histórica* que había llevado al imperialismo norteamericano a infravalorar el proceso en curso en la Isla (ésta, en realidad, es la única verdadera especificidad que Guevara le reconoce a la experiencia cubana y de ella ya hemos hablado).¹⁷

Excepcional no fue, según Guevara, el hecho de que la *burguesía nacional* no lograra desempeñar un papel revolucionario, ya que los intereses de clase de ésta, aunque subordinados, eran a fin de cuentas los mismos de las otras burguesías dependientes latinoamericanas. Y si se podía considerar parcialmente peculiar en el régimen de monocultivo cubano la existencia de un proceso de *proletarización de las capas rurales*,

17. Como ejemplo escandaloso de aquella infravaloración se puede de todos modos citar el editorial del *New York Times*, del 2 de enero de 1959, extremadamente favorable a la victoria militar de Castro, que había tenido lugar el día anterior: «Otro dictador, el general Fulgencio Batista de Cuba, cayó... La Junta puesta de pie cuando el general Batista huyó, en las primeras horas de la mañana de ayer, era inaceptable para Fidel Castro, para su Movimiento 26 de julio y para todos aquellos que lucharon por llevar libertad y dignidad a Cuba. El poder puede ser asumido sólo por estos hombres... Un gran peso se asienta sobre los hombros de Castro y una tarea a su vez más difícil que la lucha por la libertad que apenas ha concluido.

El pueblo americano le desea buena suerte a él y a todo los cubanos». (Traducción de la edición italiana (*N. del T.*)). esto no era válido para las zonas campesinas en las que se instaló la guerrilla. El Ejército Rebelde fue construido en medio de los campesinos pobres de la Sierra, hambrientos de tierra, y a esta base social la Revolución le había respondido con una *Reforma Agraria radical*: la misma necesaria en otras tantas sociedades campesinas de la América Latina.

Se pueden ciertamente hallar –según el Che– diferencias históricas en el *proceso de formación del latifundio* entre las varias realidades latinoamericanas, desde Argentina hasta Nicaragua, desde Perú hasta Bolivia: pero éstas parecen ya asimiladas en la estructura monopolista supranacional del neocolonialismo, que contribuyó a homogeneizar socialmente las diversas realidades de explotación nacional. *Subdesarrollo, hambre y opresión* son las expresiones sociales más ardientes de estas realidades. Las mismas representan también, sin embargo, las verdaderas «condiciones objetivas para la lucha» (IX, 29).

En Cuba faltaban las condiciones subjetivas, continúa Guevara. Pero esto lo han dispuesto después los hombres, los combatientes antimperialistas, mediante el comienzo y el desarrollo de la *lucha armada*. Ésta viene por lo tanto a representar un nuevo nivel posible de unificación y homogeneización de los diferentes empujes hacia la lucha, en varios países del continente, sumándose a la comunidad de factores objetivos. Sobre la base ideológica de la clase obrera, las masas campesinas crearán los «ejércitos libertadores del futuro, como lo hicieron en Cuba». En la *alianza entre obreros y campesinos* (basada en el programa general de los primeros y la justa distribución de la tierra para los segundos), madurará el proceso de *conquista de las ciudades a partir de los campos*, hasta la definitiva toma del poder.

La burguesía se opondrá en todas partes a este desarrollo de la lucha, incluso allá donde han comenzado procesos de industrialización, porque es su misma naturaleza social la que la obliga. Esto no quita que de su mismo seno salgan propuestas de *institucionalización del conflicto*, con «posibles aumentos cuantitativos en las bancas congresuales de los elementos revolucionarios hasta un extremo que permita un día un cambio

cualitativo» (IX, 33).

«Aunque no esté excluida la posibilidad de que el cambio en cualquier país se inicie por vía electoral, las condiciones prevaletentes en ellos hacen muy remota esa posibilidad» (IX, 33).¹⁸

Sigue la invitación a demostrar el máximo de ductibilidad en cuanto a afrontar las *cuestiones tácticas* estudiando y explotando los diferentes cambios de situación. Sería un error, declara el Che en 1961, no aprovechar todas las posibilidades que se dan, desde las campañas electorales hasta la lucha armada. Pero una vez llegados al poder y ante la necesidad de aplicar las primeras medidas radicales –cualquiera que sea la forma en la que se ha llegado al poder– resulta inevitable el choque con las clases reaccionarias. Por lo tanto con el *ejército*, instrumento de opresión de dichas clases. Las fuerzas armadas, afirma Guevara, no se «resignarán mansa-mente a su liquidación como casta».

Es aconsejable por lo tanto, según el Che, prever la necesidad de una lucha de larga duración, desarrollada a partir de un foco guerrillero en una montaña. El choque frontal con el ejército en las ciudades resulta, sin embargo, posible sólo en presencia de otro ejército, del revolucionario, a su vez fuerte y bien armado. ¿Pero dónde tomar las armas? Al enemigo, responde Guevara, presuponiendo un largo período de clandestinidad y examinando además las varias posibilidades de desintegración del ejército regular. Pero esto será posible sólo gracias a la lucha.

18. En el mensaje a la Tricontinental dirá: «Claro que, el último país en liberarse, muy probablemente lo hará sin lucha armada, y los sufrimientos de una guerra larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas, se le ahorrarán a ese pueblo» (IX, 368).

Pero ya en los primeros días de la crisis de octubre de 1962, había escrito (en un texto que aparecerá póstumo, en 1968): «¿Es posible o no en las condiciones actuales de nuestro continente lograrlo (el poder socialista, se entiende) por vía pacífica? Nosotros contestamos rotundamente: en la gran mayoría de los casos, no es posible. Lo más que se lograría sería la captura formal de la superestructura burguesa del poder, y el tránsito al socialismo de aquel gobierno que, en las condiciones de la legalidad burguesa establecida llega al poder formal, deberá hacerse también en medio de una lucha violentísima contra todo los que tratan, de una manera u otra, de liquidar su avance hacia nuevas estructuras sociales» (“Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana”, op. cit. IX, 227).

«Siempre volvemos al punto primero, ¿cómo realizar esa lucha? La respuesta nos llevará al desarrollo de la lucha guerrillera en terrenos favorables, apoyada por la lucha en las ciudades y contando siempre con la más amplia participación posible de las masas obreras y, naturalmente, guiados por la ideología de esa clase» (IX, 36).

Cuba demostró que todo aquello era posible, según Guevara, y esto puede ser una primera ventaja, con tal de que la misma no se utilice instrumentalmente para deducir la excepcionalidad del camino recorrido, sino para que se vean por el contrario las características generales de dicho camino comunes a los otros procesos revolucionarios latinoamericanos. De esto ya toman conciencia los pueblos y de aquí se derivaría, para el Che, el segundo dato positivo para la lucha revolucionaria contemporánea. Otras ventajas estarían determinadas, en ciertos países del continente, por la existencia de regímenes de explotación peores que el cubano y de ejércitos que no tienen la misma cohesión del aparato represivo de Batista, mercenario y parte interesada en la explotación.

En otra ocasión, afirma Guevara, se podrá examinar también el recorrido de la Revolución *después de la victoria*, y ver si también en este período ha habido excepciones o si en Cuba hubo fundamentalmente un camino lógico derivado de leyes inmanentes a los procesos sociales.

Con esta predicción del futuro debate económico, se cierra el artículo. Lo hemos resumido ampliamente porque el mismo contiene la exposición más orgánica y elaborada de las enseñanzas que según el Che se pueden sacar de la experiencia cubana. Y también porque sintetiza, mejor que cualquier otro texto, sus posiciones características en cuanto el camino a recorrer para la toma del poder: los criterios indispensables para construir lo que a él le parece que es el modelo general más apropiado para la revolución socialista en nuestra época.

Cualquiera que sea la valoración que cada uno pueda dar de este modelo, según sus propias convicciones, el hecho de que sea un ministro de Industria, ya en el poder, el que lo proponga, no puede dejar de parecer como *la más significativa excepcionalidad de la Revolución cubana*. Parafraseando, podríamos decir que Guevara fue la verdadera excepción histórica, en el proceso que hizo de Cuba una vanguardia en la lucha contra el imperialismo. Pero el Che, por modestia, no habría compartido ni siquiera esta opinión.

La modestia a la que nos referimos no es solamente de carácter personal, es decir, el reconocimiento de la caducidad y fragilidad de su contribución individual al desarrollo de los grandes acontecimientos de masas.

Sino que es también la conciencia brillante y clarividente acerca de la incidencia poco a poco menor que aquellos grandes sucesos también conservan en el desarrollo de todo un ciclo histórico. De este realismo de perspectiva, aplicado a un *balance historiográfico* de la Revolución cubana, tenemos un significativo ejemplo en el discurso conmemorativo de Camilo Cienfuegos, que Guevara pronunció del 28 de octubre de 1964 (brindando entre otras cosas uno de los mejores ensayos de sus capacidades oratorias):

«Seguirán pasando los años, tendremos muchas luchas por delante, nuestra importancia en el mundo acrecentada día a día, hará que se escriba una *historia desde perspectivas diferentes. Y aquellos dos años de lucha serán apenas unas pequeñas líneas en la historia de nuestra Revolución y de la revolución mundial.*

Pero por pequeñas que sean estas líneas, y por escueto que sea el comentario y la poca importancia que se le reconozca en el futuro, aquella *guerra de escaramuzas* de un grupo de hombres que tuvo como virtud fundamental la de tener fe, en esas pequeñas líneas, necesariamente, debe estar inscrito el nombre de Camilo» (VIII, 216, cursivas nuestras).

3. Guerra de guerrillas

El padre recuerda que el pequeño Ernesto, «cuando salía con sus amigos en tropel a jugar a la guerra, decían que era la guerra paraguayo-boliviana». Cada uno tiene sus guerras en los primeros años de vida, y la del Chaco, por muy inútil que fuese, resultaba menos distorsionadora desde el punto de vista educativo que las guerras entre pieles rojas y *cow-boys* impuestas en la infancia a muchos de nosotros. Es siempre el padre el que nos cuenta acerca del interés del joven Guevara por las operaciones militares de la Guerra Civil española, de la que iba siguiendo sobre un mapa los acontecimientos, marcando con banderitas las posiciones de los distintos frentes.

Están después las manifestaciones armadas de los trabajadores bolivianos, en medio de las cuales Guevara viene a encontrarse en el verano de 1953. Él comienza su primer adiestramiento militar en Guatemala, en junio de 1954, cuando se inscribe en las brigadas juveniles y lo continúa en México, bajo la guía del general Bayo del que ya hemos hablado (ver nota 47, p. 73). No habiendo realizado el servicio militar —*fue exonerado a consecuencia del asma*—, son éstas las principales experiencias militares del Che, hasta la expedición del *Granma*. No pocas, pero tampoco muchas para alguien que debía pasar a la historia como el mayor teórico de la guerra de guerrillas, el estratega invencible de la guerra revolucionaria cubana.

Bayo consideró a Guevara como su «mejor alumno» y el Che lo gratificó no sólo con sus éxitos en la Sierra y en la campaña de Las Villas, sino también escribiendo un prólogo conmovedor a su libro de recuerdos, de 1960. Sin caer en la hagiografía, se debe reconocer que él tuvo en Bayo un excepcional maestro en cuestiones militares. El ex general, en efecto, llevaba sobre sus hombros la gran experiencia de la Guerra Civil española, en la que se conjugaron por primera vez la moderna guerra de trincheras, hecha de bombardeo y aviación, con la técnica de la guerra chiquita, la guerra de guerrillas precisamente. Era en España, por otra parte, donde la misma había sido utilizada de lleno por primera vez (contra las tropas napoleónicas). Pero Bayo tenía de su parte el mérito inapreciable de haber sido el oficial de un ejército regular, que había pasado después a la guerra del pueblo, fundiendo así lo mejor de ambas formas de técnica guerrillera.

Del más célebre estratega militar de carrera de la historia moderna, Karl von Clausewitz, Guevara leyó y admiró su obra, impulsado a hacerlo por el ejemplo de Lenin, pero ignorando probablemente que había sido precedido en este camino también por muchos teóricos del movimiento obrero internacional, que dedicaron a von Clausewitz una particular atención, como Engels, Jaurès, [Stalin], Gramsci, Korsch, Naville, etc.

En “Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana”, cita una definición muy característica del célebre tratado *De la guerra* (libro II, cap. I):

«La táctica enseña el uso de las fuerzas armadas en los encuentros, y la estrategia, el uso de los encuentros para alcanzar el objetivo de la guerra.»

Le siguen algunas consideraciones suyas acerca de las relaciones entre táctica y estrategia, en las cuales se advierte, sin embargo, directamente el sello genial y sistemático del gran prusiano, como cuando el Che afirma:

«Táctica y estrategia son los dos elementos sustanciales del arte de la guerra, pero guerra y política están íntimamente unidas a través del denominador común, que es el empeño en lograr un objetivo definitivo, ya sea el aniquilamiento

del adversario en una lucha armada, ya la toma del poder político» (IX, 225).

El Che habrá ciertamente apreciado estas páginas quizás entre las más originales que von Clausewitz dedicó al papel militar de los «factores espirituales», como cuando afirma:

«En la guerra, la actividad nunca es dirigida únicamente contra la materia; es dirigida siempre, al mismo tiempo, contra la fuerza mental y moral que da vida a esa materia, y es imposible separar una de la otra».

O bien:

«No se trata, en estrategia, de fórmulas científicas y problemas. Las relaciones de las cosas materiales son siempre muy sencillas. La comprensión de las fuerzas morales que entran en juego es más difícil».

Son conceptos que van más de acuerdo con las teorías de Guevara acerca de la conciencia en el quehacer material de los hombres y que encuentran un reflejo casi idéntico en las muchas anotaciones del *Diario de Bolivia*. En particular, cuando se habla del crecimiento humano del grupo guerrillero, en los análisis dedicados a su evolución inter

19. Esta cita y las dos que están más adelante son de Karl von Clausewitz, *De la guerra*, Buenos Aires, 1960, I, pp. 66, 76 y 122. na, vista en función de tareas militares impuestas por el momento.

Están después los escritos militares de Mao Zedong, que el Che lee en 1958 en la Sierra Maestra (quizás conociendo ya los de Lenin de 1905). Por un discurso de julio de 1960 sabemos que aquella primera lectura fue bastante casual y limitada. Guevara relata en efecto que en una etapa muy avanzada de la guerrilla, cuando ya le habían sido infligidos golpes durísimos al ejército de Batista

«cayó en nuestras manos un pequeño folleto que estaba escrito por Mao Tse-tung y en ese folleto que trataba precisamente sobre los problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China, se describían incluso las campañas que Chang Kai-shek llevaba contra las fuerzas populares y que el dictador (Batista) denominaba a su vez como “campañas de cerco y aniquilamiento”... Nosotros no conocíamos las experiencias de las tropas chinas en veinte años de lucha en su territorio... usamos la cabeza también para combatir al enemigo. De allí resultó su derrota» (IX, 10).²⁰

El folleto en cuestión es *Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria* (diciembre de 1936), pero Guevara habrá ciertamente leído a continuación también el escrito *La guerra prolongada* (mayo de 1938), además de una serie de textos menores recogidos en un volumen de *Escritos militares* de Mao Zedong, a cargo de las ediciones en lengua extranjera de Pekín, distribuido generosamente y durante años por la Embajada china en La Habana. Los dos textos citados, de todos modos –o incluso sólo el primero– son más que suficientes para hacerse una idea de las concepciones maoístas acerca de la guerra popular, aunque el estilo de los mismos, excesivamente formal, confuso y repetitivo –como sucede en general en los escritos de Mao– haga más difícil su lectura y sobre todo la asimilación de eventuales enseñanzas.

20. En el prólogo al libro de Giap en 1964, repetirá conceptos análogos: «Cuba, sin conocer estos escritos, así como tampoco otros que sobre el tema se habían hecho narrando las experiencias de la Revolución china, inició el camino de su liberación por métodos parecidos, con el éxito que está hoy a la vista de todos» (I, 226).

Tenemos dificultades para imaginar a Guevara como lector apasionado de aquellos textos. Él no los cita nunca, ni siquiera indirectamente, en sus escritos militares (que entre otras cosas no se refieren sólo a problemas de guerrilla). Y también la experiencia de la guerra revolucionaria cubana –con su continuo desarrollarse en la línea de fuego, su estar constantemente en primera línea– no se puede confrontar desde ningún punto de vista con la China, ya fuera en la fase de comienzo en la Sierra o durante la ofensiva final (las campañas invasoras), dirigida por Camilo y el Che, respectivamente contra La Habana y Las Villas.

El único paralelismo de carácter ideológico-militar que quizás habría sido posible, aunque muy lejano, es el referido a la cuestión de las «zonas liberadas» y del «poder rojo». Pero el Che, que fue efectivamente el organizador de aquella experiencia en El Hombrito, la inició hacia fines de 1957, mientras que en la época en la que comenzaba a leer el escrito de Mao estaba ya ocupado en poner a hierro y fuego la ciudad de Santa Clara.

De El Hombrito, debe decirse que fue una experiencia políticamente esencial, pero militarmente insignificante, vista su constante exposición al bombardeo de los aviones: un problema este último, bien poco «maoísta» y de difícil solución para todas las futuras guerrillas rurales de nuestra época que tuvieran que encontrarse desprovistas... de artillería antiaérea. No por casualidad el Che circunscribió aquella experiencia de «guerra de posición» y privilegió constantemente el carácter de «guerra de movimiento» tanto para Cuba como para las otras guerrillas latinoamericanas.²¹

21. De aquí, por ejemplo, su desacuerdo con la experiencia de las milicias campesinas realizada en los valles de la Convención y Lares (departamento del Cuzco) por el célebre dirigente del FIR peruano Hugo Blanco, en 1962-1963. Hugo Blanco nos proporcionó un balance de su propia experiencia en *Tierra o muerte. Las luchas campesinas en Perú*, México, 1972, con un prólogo de Peter Camejo. El Che nos indica, por ejemplo en las conversaciones en el MININD, de 1964 (en «El plan y los hombres», op. cit., p. 38): «En Perú fracasaron porque sus métodos no son buenos. Es por eso que el compañero Hugo Blanco, personalmente un hombre inatacable y rico de espíritu de sacrificio, está destinado a no lograrlo» (traducido de la edición italiana. (*N. del T.*)).

Ésta será una de las razones por las cuales en Bolivia se mantendrá constantemente en marcha y dividirá las fuerzas primero en tres, después en dos grupos móviles, terminando sin embargo después por perder todo vínculo con la retaguardia dirigida por Joaquín.

Teniendo presentes estos datos y confrontándolos con los escritos y la experiencia militar de Mao Zedong, es difícil explicar cómo algunos estudiosos de problemas cubanos hayan podido hablar en el pasado de coincidencias teórico-militares entre Mao y el Che, de una presunta formación de este último en base a modelos de la guerra «del pueblo» china, contribuyendo de tal modo a crear la leyenda –ya entonces poco favorable para el Che– de un Guevara «maoís-ta».²²

En los años en los que se desarrollaba el conflicto chino-soviético, y Cuba era sometida más inmediatamente al chantaje nuclear, las declaraciones de Mao parecían representar en política exterior una alternativa más radical para la «coexistencia pacífica» de la URSS. En los primeros años sesenta, Guevara no hizo un misterio del hecho de sentir mayores simpatías por China. De lo anterior tenemos huellas, por ejemplo, en un coloquio con Franquí durante una conversación en el MININD,²³ vale decir, en un contexto informal. Mientras, en las sedes internacionales y en las declaraciones

1. 22. Entre los estudiosos más serios que subrayan la influencia de Mao en las ideas militares de Guevara, indicamos sobre todo a S. de Santis, “Guerriglia e rivoluzione nel pensiero di Che Guevara”, en *Rivista storica del socialismo*, 30/1967, pp. 115-133 y Antonio Melis, *Che cosa ha veramente detto Che Guevara*, Roma, 1970, pp. 28-29 y 104-107. Es oportuno decir que, a diferencia del primero, el segundo va mucho más allá del problema militar y trata de interpretar toda la experiencia de Guevara a través del filtro del maoísmo, alejándose con respecto a algunas cuestiones, pero sólo para patentar la experiencia histórica de este último. Un intento de «maoización» de Guevara que, a fines de los años sesenta, fue realizado por varias partes, incluido el llevado a cabo por la propaganda soviética.

2. 23. «Acerca de toda una serie de cosas, yo he expresado opiniones que más bien se acercan a las de los compañeros chinos: sobre la guerra de guerrillas, sobre la guerra del pueblo, sobre el trabajo voluntario, sobre los incentivos materiales; en fin, una serie de cosas que también los chinos sostienen» (“Il piano e gli uomini”, op. cit., p. 38). Traducción de la edición italiana (*N. del T.*).

a la prensa, Guevara defendió siempre la posición oficial del Gobierno cubano, es decir, una línea de absoluta neutralidad en la disputa chino-soviética. Ya había tenido el encuentro con Zhou Enlai y Mao Zedong, en noviembre de 1960, sin quedar particularmente impresionado por ninguno de los dos. Y podemos imaginar que, cuando China redujo la cuota de arroz para Cuba, el Che habrá reaccionado con la misma fuerza e indignación que el resto de la población cubana.

En el mensaje a la OSPAAAL de 1967, él pone en igualdad de condiciones a la URSS y a China en cuanto a la condena por las responsabilidades en Vietnam y por la división del movimiento obrero internacional.

En Bolivia aceptará sin titubeos en la guerrilla al grupo de tendencia prochina disidente de Moisés Guevara, aún sabiendo que irritaría de este modo a los comunistas de tendencia soviética de Monje. De su homónimo boliviano dará un juicio muy positivo (a diferencia de algunos elementos de su grupo), pero sin expresar valoraciones acerca de su procedencia ideológica.

Debe decirse finalmente que, para la prensa de la República Popular China, el Che no existió nunca (a partir de la visita de 1960): tampoco fue dada jamás la noticia de su muerte...

Guevara escribió en 1964 un prólogo a la edición cubana del más conocido texto militar de Võ Nguyên Giáp, *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*. El trabajo del vencedor de Dien Bien Phu no se diferencia

mucho, en cuanto a sus posiciones y su estilo, de las obras militares de Mao.

El prólogo de Guevara se limita a enumerar los problemas, sin pronunciarse en cuanto al mérito de los mismos; sin embargo, con respecto a algunas cuestiones importantes su posición es muy diferente: por ejemplo, con relación a la dirección férrea que debía ser ejercida por el Partido sobre el Ejército de liberación. Él es consciente, al tratar sobre el acontecimiento indochino, que se encuentra frente a una experiencia real y verdadera de *guerra de guerrillas prolongada*, no comparable desde ningún punto de vista con el más modesto y rápido suceso cubano. Subraya que también aquella guerra del pueblo, antes de llegar a ser tal, debió pasar a través del estado de la «avanzada numéricamente inferior»: un giro de palabras que debía también abrir el camino además a un razonamiento de guerrilla, entendido según la concepción de Guevara. El Che, no obstante, afirma que, a pesar de las diferencias,

«la guerra de guerrillas no es sino una expresión de la lucha de masas y no se puede pensar en ella cuando ésta está aislada de su medio natural, que es el pueblo» (I, 228).

Buscar otras analogías, entre el pensamiento militar del Che y las posiciones chinas e indochinas, nos parece francamente inútil. Es probable, sin embargo, que Guevara haya estudiado con mayor atención algunos episodios de la lucha guerrillera yugoslava y sobre todo de la guerra de liberación argelina, relativamente más cercanas a la experiencia cubana (sobre todo la segunda).

Sabemos finalmente que fue al Congo con funciones militares precisas (un indicio significativo está en el *Diario de Bolivia* en el 31 de julio de 1967).

No faltaron influencias latinoamericanas en la determinación de sus ideas generales sobre la guerrilla – aunque no directamente comparables con sus concepciones práctico-militares. Mirando la historia del continente, Guevara había ciertamente estudiado con particular interés la expedición de Bolívar de 1816, que condujo a la alianza con Páez, el jefe guerrillero de las llanuras, posteriormente al hecho de atravesar los Andes, por lo tanto a la campaña venezolana basada en una auténtica guerra de guerrillas. Tampoco sobre la Revolución mexicana le faltaron libros, descripciones o sugerencias de experiencias guerrilleras. No hay duda, finalmente, de que del ejemplo histórico de Augusto César Sandino, símbolo del guerrillerismo antimperialista latinoamericano, Guevara obtuvo la máxima fuente de inspiración. Lo cita él mismo como único antecedente moderno de la experiencia cubana, en “Guerra de guerrillas: un método”.

En lo que respecta a la creación del primer territorio libre en la Sierra Maestra, he aquí cómo el Che le comunicaba la decisión a Fidel Castro, en una carta del 24 de noviembre de 1957:

«Cuando llegué aquí encontré una situación nueva: los grupos que habíamos dejado se habían apoderado de la región y el Ejército los respetaba. Decidimos entonces crear una base de operaciones fija en El Hombrito y Zarzal, y crear allí nuestra industria pesada. Tenemos ya la armonía que funciona a todo tren, aunque no hemos podido construir el pequeño mortero debido a la mala asistencia de Bayamo que no manda los materiales. Ordené la fabricación de dos modelos experimentales de ballestas lanzagranadas, que creo que podrán dar buenos resultados. Fueron ya fabricadas diferentes minas, pero todavía no ha explotado ninguna y el Ejército cogió una.

Toda la zona se está cubriendo de refugios antiaéreos».²⁴

De la vida social, las actividades económicas y la organización del territorio libre de El Hombrito, Guevara habla en los *Pasajes de la guerra revolucionaria* (en los capítulos “Lucha contra el banditaje” y “Un año de lucha armada”). De aquella actividad del Che –destinada a ejercer su influencia en toda la ulterior instalación de los rebeldes en la Sierra y en el «segundo frente» de la sierra Cristal– traza un cuadro sintético y eficaz Carlos Franqui. Éste fue el principal periodista de los primeros años de la Revolución cubana, desde los días de la Sierra. En aquella época, en efecto, era ya el director de *El cubano libre*, un periodiquito «fundado» por el Che, que se escribía y se tiraba en El Hombrito:

«Objetivamente el Che se hizo sólo, con su talento, con su fuerza de voluntad y con su audacia. La guerrilla es una emulación individual y una invención colectiva. El Che transformó unos heridos con las armas hechas pedazos en la segunda guerrilla de la Sierra.

Fue él quien hizo las primeras incursiones en la llanura, creó el primer territorio libre en El Hombrito; guerra de posición y no más guerrilla nómada. En este territorio de las fuerzas rebeldes, construyó fábricas, hornos para el pan, hospitales, talleres para la reparación de las armas, instaló Radio Rebelde y otros aparejos mandados por el movimiento urbano. Un salto de calidad de la guerra aunque prematuro. Fidel, que es un pragmático, utilizaría a continuación estas aportaciones del Che».²⁵

24. En C. Franqui. *Diario*, op. cit., p. 326. Traducido de la edición italiana (N. del T.).

25. C. Franqui, *I miei anni con Fidel*, op. cit., p. 160. Traducido de la edición italiana (N. del T.).

De toda aquella intensa actividad militar, Guevara sacó experiencias y reflexiones, que confluyeron después en sus escritos más propiamente técnicos sobre la guerrilla.²⁶ Las más célebres son *La guerra de guerrillas*, publicado en 1960 por el Ministerio de las Fuerzas Armadas como un verdadero manual de adiestramiento militar, y el artículo “Guerra de guerrillas: un método” (publicado en *Cuba Socialista* en septiembre de 1963), con un carácter específicamente más político y propagandístico. Ambos son muy conocidos.

En aquella época fueron exaltados como textos políticos de formación, casi como si encerraran una nueva insuperable concepción de la Revolución. Hoy aparecen como simples curiosidades históricas –el primero sobre todo, que es además el más célebre– que sería menester incluir en la larguísima lista de manuales para agitaciones armadas, guerras de guerrillas, insurrecciones y guerrillas varias, producidos en la historia del movimiento obrero.

Textos de ocasión, a pesar del clamor con el que cada época los ha acogido, que se abandonan puntualmente al primer indicio de un viraje político poco favorable para la adopción de formas violentas o insurreccionales de lucha.

El mismo fenómeno se verificó con los *escritos militares* del Che, inexorablemente obsoletos, a diferencia de sus escritos políticos, que algo pueden todavía aportar a la realidad del debate entre las nuevas generaciones (en particular latinoamericanas, pero no solamente éstas). Se podría añadir que aquellos textos, ya en la época de su elaboración, estaban

26. En *Verde Olivo* apareció, en 1960, una serie de artículos del Che, dedicados a cuestiones militares específicas. Sin firma y bajo la rúbrica de “Consejos al combatiente”, los mismos afrontaban los problemas siguientes: “El contra-ataque”, “Las ametralladoras en el combate defensivo”, “La artillería de bolsillo”, “El aprovechamiento del terreno”, “Solidaridad en el combate”, “Moral y disciplina de los combatientes revolucionarios”. En algunos –por ejemplo en el contra-ataque– se puede apreciar el cuidado meticuloso de la exposición, lo competente de la misma y la actitud especializada con la que se afrontan también las cuestiones más tradicionales del arte militar. Es otro aspecto de la formación profesional y «científica» del Che, hacia el que por lo menos se llama la atención. También dramáticamente separados del fruto mejor y más duradero de la actividad militar del Che; es decir, la Revolución cubana, con su experiencia original de transición al socialismo.

Se debería después entablar un discurso muy particular y complejo acerca de la utilización²⁷ que de los escritos militares del Che fue hecha para la difusión de posiciones guerrilleras en el resto de la América Latina. Pero esto nos llevaría demasiado lejos y ciertamente más allá de la personalidad teórica del mismo Guevara.

Nos parece, sin embargo, mucho más útil citar un párrafo del Che, uno de los pocos en los que él mismo sintetiza su concepción acerca de la guerrilla, sin intenciones declaradamente propagandísticas. Un fragmento muy raro, desde este punto de vista, que puede mostrar las posiciones reales de Guevara, mejor que millares de páginas que fueron llenadas de tonterías²⁸ –en los años sesenta y setenta– para interpretar, comentar y en realidad deformar las ideas del Che sobre la guerrilla, con fines editoriales en general, y a veces también políticos, como defensa del terrorismo.

1. 27. Una reconstrucción bastante amplia de aquel cuadro de discusiones y de prácticas a partir de la experiencia del castrismo, fue realizada por nosotros en el capítulo “Guerriglia e terrorismo: l’esperienza latinoamericana”, de nuestro *Il terrorismo. Storia, concetti, metodi*, op. cit., pp. 252-296. Al mismo remitimos para una profundización de los temas aquí indicados. En lo que respecta a los «manuales» de lucha armada en la historia del movimiento obrero –a los cuales se ha apenas hecho referencia–, en aquel mismo trabajo enumeramos muchos y examinamos algunos de los más célebres.

2. 28. A continuación un ensayo típico de aquellas tonterías: «*La retaguardia*, he aquí lo que, en el transcurso de los últimos años, se ha revelado como la cuestión estratégica para el desarrollo de la lucha armada, tanto urbana como rural. Esta es la cuestión cardinal, cuyo descuido o elisión (aunque sea en forma de una rápida alusión) ha hecho pagar los precios más caros al ejército revolucionario», Régis Debray, *La critique des armes*, París, 1974, p. 117 (cursivas del mismo Régis Debray).

En la conclusión del libro de Debray, se le dedica un párrafo al pobre Guevara, exaltando la actualidad de «Guerra de guerrillas: un método», indicado además como un «texto para el mañana». Salvo pasar, pocas páginas después a la más crítica exaltación de Allende y de la vía electoral y pacífica para Chile... tan «pacífica» que costó en cuanto a vidas humanas al pueblo chileno, más que los que *todas las guerrillas juntas* hayan costado en una veintena de años a los pueblos del continente latinoamericano.

A continuación, podemos leer el párrafo en cuestión:

«Primero: Aceptando como verdad que el enemigo luchará por mantenerse en el poder, hay que pensar en la destrucción del ejército opresor; para destruirlo hay que ponerle un ejército popular enfrente. Ese ejército no nace espontáneamente, tiene que armarse en el arsenal que brinda su enemigo y esto condiciona una lucha muy dura y muy larga en la que las fuerzas populares y sus dirigentes estarían expuestos siempre al ataque de fuerzas superiores sin adecuadas condiciones de defensa y maniobrabilidad.

En cambio, el núcleo guerrillero asentado en el terreno favorable a la lucha, garantiza la seguridad y permanencia del mando revolucionario, y las fuerzas urbanas, dirigidas desde el estado mayor del Ejército del Pueblo, pueden realizar acciones de incalculable importancia. La eventual destrucción de los grupos urbanos no haría morir el alma de la Revolución, su jefatura, que desde la fortaleza rural seguirá catalizando el espíritu revolucionario de las masas y organizando nuevas fuerzas para otras batallas» (“Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana” IX, 237).

En *Guerra de guerrillas*, Guevara insiste varias veces en la cuestión del sabotaje y del terrorismo, considerándolos como formas colaterales de lucha armada y no un eje prioritario de combate. La cuestión es importante retrospectivamente, dada la difusión de ideologías terroristas que han tratado en parte de hacer referencia a Guevara. Hablando en particular del sabotaje de las vías de comunicación, Guevara establece una neta distinción entre este aspecto técnico de la lucha y el terrorismo, sobre el que expresa por el contrario un claro juicio negativo.

«El sabotaje no tiene nada que ver con el terrorismo, el terrorismo y atentado personal son fases absolutamente diferentes. Creemos sinceramente que aquella es un arma negativa, que no produce en manera alguna los efectos deseados, que pueden volcar a un pueblo en contra de determinado movimiento revolucionario y trae una pérdida de vidas entre sus actuantes muy superior a lo que rinde de provecho» (I, 141).

Al declararse favorable a los actos de sabotaje, él pone como condición que no sean realizados contra instrumentos de producción que puedan paralizar la actividad laboral de la población. Y en lo que respecta a la eliminación de los responsables del aparato represivo, él se declara a favor «sólo en determinadas circunstancias muy escogidas».

Al examinar este tipo de posiciones del Che, sin embargo, es menester mantener bien clara la diferencia entre actos de terrorismo realizados «en frío», en una fase de comienzo o de pura y simple supervivencia del núcleo guerrillero, y los que se llevan a cabo en una fase más avanzada de choque militar, de real y verdadera guerra de guerrillas.

En los escritos de Guevara, esta diferencia no está lo suficientemente evidenciada, dando así lugar a interpretaciones «terroristas» incluso de algunos episodios que tuvieron lugar durante su campaña de Las Villas. Se trataba, sin embargo, de actos de disturbio o normales operaciones bélicas, por parte de un pequeño ejército popular, provisto de pocos efectivos, de una limitada capacidad de fuego (por la ausencia de artillería pesada), pero de una gran movilidad en el terreno.

Es en este contexto, sin embargo, donde se encuentra también la propuesta –hecha con una determinada insistencia por parte del Che– de asaltar el Banco de Sancti Spiritus. Lo demuestra una carta suya a Enrique Oltuski (*Sierra*), del 3 de noviembre de 1958. A aquella propuesta, el responsable provincial del Movimiento 26 de Julio se opuso, considerándola una locura, un desatino, que podría destruir la organización en la zona de Las Villas, en el momento en el que por el contrario, se requería el máximo de presencia y eficacia.²⁹

No resulta evidente que el Che haya propuesto jamás, en el período de la Sierra, la utilización del terrorismo en la organización del Llano. Ésta, sin embargo, recurrió frecuentemente al arma del sabotaje, en forma de incendios y atentados.

Y en Cuba, por otra parte, no faltaban tradiciones y siglas terroristas, con respecto a las cuales el Movimiento 26 de Julio tuvo también que diferenciarse.

29. La carta del Che, escrita desde Santa Lucía el 3 de noviembre de 1958, fue publicada por el mismo Oltuski en *Casa de las Américas*, n° 40, op. cit.

4. La empresa boliviana

De estas distinciones entre etapas diferentes de la guerrilla y de esta misma complejidad en la discusión de los problemas militares, no se encuentra prácticamente nada en el período de preparación de la guerrilla boliviana. A decir verdad, se halla muy poco también acerca de las posiciones teóricas y políticas *generales* del Che con respecto a la guerrilla. Abundan sin embargo los elementos técnicos, esta vez meticulosamente cuidados y organizados (al contrario de lo que sucedió con el *Granma* y en los primeros períodos de la Sierra Maestra).

Aparecen completamente ausentes los criterios *políticos* para orientar la selección de los lugares, de las fuerzas, del momento y de los objetivos: es decir, algunos de los criterios que habían sido esenciales en la concepción *militar revolucionaria* del Che y expuestos por él varias veces en una serie de contribuciones teóricas.

A la empresa boliviana se le podrían aplicar los mismos interrogantes que el Che planteó en 1963 acerca del caso de un grupo guatemalteco, en el que murió uno de sus más queridos amigos (ya recordado), Julio Roberto Cáceres Valle, *El Patojo*. Del mismo habla al final de los *Pasajes de la guerra revolucionaria*:

«Todavía no se sabe muy bien lo ocurrido, pero se puede decir que la zona fue mal escogida, que los combatientes no tenían preparación física, que no se tuvo la suficiente desconfianza, y por supuesto, la suficiente vigilancia. El ejército represivo los sorprendió, mató a unos cuantos, los dispersó, los volvió a perseguir y, prácticamente, los aniquiló» (II, 294).

La red urbana de La Paz, por ejemplo, era muy frágil, casi inexistente y desapareció al primer golpe de la represión. Y esto no porque fuera encontrada la agenda de las direcciones de Tania –e independientemente de las interrogantes que aquel hecho abre–, sino *porque fue concebida como una estructura técnica y no política*, al contrario de lo sucedido con el 26 de julio, bajo la guía de Frank País. Lo poco que existía de infraestructura logística, entre otras cosas, no estaba en manos de los «muy fieles» al Che, que él habría podido encontrar por millares en Bolivia, en Cuba y en toda la América Latina.

Estaba en manos, al contrario, del Partido Comunista Boliviano, políticamente hostil a la iniciativa del Che, aunque formalmente asociado a la misma. El papel execrable del PCB será denunciado por el mismo Fidel Castro (en “Una introducción necesaria” al *Diario de Bolivia*. El tiempo lo hará, sin embargo, cambiar de opinión con respecto a aquel partido, como declarará en 1987, en la entrevista a Gianni Miná, *op. cit.*). Y bien, las relaciones con el PCB constituían también un problema político, de método, que tenía que ser afrontado y resuelto antes de encaminar la iniciativa.

Es además conocido cómo en las zonas atravesadas por la guerrilla faltaba además la «materia social» – una densa población campesina– entre la que desarrollar el foco, reclutar a los combatientes, etc. Por las páginas del *Diario* del Che no se evidencia en cualquier caso una gran atención política a los problemas de la poca gente de aquellas zonas, ni los relativos a las grandes concentraciones mineras no muy lejanas. «Desatenciones» inexplicables, a menos que puedan comprenderse a través de la hipótesis que en breve formularemos.

También en cuanto a la cuestión del *terrorismo*, finalmente, surgiría una orientación sustancialmente diferente a la de las posiciones recordadas anteriormente, en contradicción con la misma tradición práctica del Llano, un tiempo adquirida por todo el Movimiento 26 de Julio y retomada por el Che en los textos sobre la guerrilla ya citados. No estamos en condiciones de confirmar si fueron verdaderamente obra del Che las “Instrucciones para los cuadros destinados al trabajo en la ciudad”– atribuidas a él por el Gobierno cubano y publicadas en el *Granma* pocos meses después de su muerte–, pero es cierto, de todos modos, que aquellas directivas para los militantes bolivianos reflejaban una orientación de tipo claramente terrorista. Véase el siguiente párrafo:

«La tarea de los encargados de acción urbana se extiende a todo lo que sea acción armada en la ciudad: supresión de algún delator, de algún connotado torturador o un jerarca del régimen, secuestro de alguna persona con el fin de obtener rescate; el sabotaje a algunos centros de actividad económica del país, etcétera. Todas las acciones serán ordenadas por el Jefe de la red» (III, 226-227).

Son muchas –como se ve– las contradicciones de la empresa boliviana con el pensamiento político y militar del Che (por lo menos con aquel que hemos expuesto aquí y que no habría sido ciertamente compartido por guerrilleros, debrayistas o militaristas de aquella época). Demasiadas para ser sólo «errores». Y esto conlleva inevitablemente a pensar que en la organización de aquel foco guerrillero entre los cañones de Ñancahuazú, muchas cosas no hayan ido como Guevara hubiese querido. A pesar de su presencia

física en la guerrilla, la orientación y el desarrollo de la operación de algún modo parecen haber escapado a su control.

En esto concurrirían ciertamente una serie de factores externos a la guerrilla, a la red de los cuadros de La Paz y a la misma escena política boliviana. Ahora hablaremos de esto, pero con la premisa de que nuestro intento, de encontrar *una explicación racional* a lo que sucedió en Bolivia no debe conducir a justificar las líneas de fondo de aquella empresa: en la aventura boliviana, en efecto, se demostraban inadecuadas, incluso en la prueba de los hechos, algunas concepciones generales acerca de la guerrilla –en la forma, por ejemplo, de simplificaciones militaristas o de mecánicas transposiciones de experiencias tenidas en Cuba– en un contexto por añadidura muy diferente, con un decenio de retraso además. Un decenio que había visto enormes transformaciones en la escena política del continente, entre otras cosas, también por mérito de Cuba y del mismo Guevara.³⁰

Ante las incongruencias y las contradicciones más llamativas de la acción boliviana del Che, en relación con sus anteriores teorizaciones o experiencias –y en espera de conocer los eventuales bastidores en lo que respecta al papel de la CIA y del KGB y otros servicios secretos eventuales que fueron sin duda involucrados en el caso–, al estudioso no le queda otra cosa que moverse en base a hipótesis. Y es justo entonces que la atención se centre en la cuestión de la se

30. Para una introducción a la discusión de algunos de estos problemas puede ser útil (estimulante aunque no siempre compartible), un artículo de Peter Camejo, «Guevara's guerrilla strategy. A critique and some proposals», en *International Socialist Review*, noviembre de 1972.

lección del momento y del teatro de las operaciones, como se ha hecho en estos años por diversa gente y con resultados diferentes.

Nos parece que, al respecto, el trabajo más estimulante para la reflexión y realmente documentado es el de Thomas Varlin.³¹ Como geógrafo de profesión, él enriquece la descripción de las zonas en la que se movía la guerrilla con una serie de preciosas informaciones.³² Éstas confirman de manera definitiva el carácter macroscópicamente inadecuado del teatro de operaciones preseleccionado. Esto impulsa a Varlin a hacerse preguntas y a formular una hipótesis política entre las más realistas que se hayan podido escuchar, aunque no llega a ser tal como para responder a todos los interrogantes.

Por la composición del grupo guerrillero (17 oficiales del ejército cubano, entre ellos muchos veteranos de la Sierra Maestra, 3 dirigentes políticos peruanos, 15 miembros del PCB, 9 del PCB de tendencia china), Varlin llega a la convicción de que no se trataba de un real y verdadero foco guerrillero, sino más bien de un comando en formación:

«un estado mayor, que buscó un lugar propicio para el adiestramiento militar de dirigentes de futuros focos, que se instalarían en otro lugar de Bolivia, y también en Perú y en Argentina».

Hay aquí un pequeño detalle que va inmediatamente a favor de esta tesis de Varlin. En los «cursos vesperinos» impartidos a los guerrilleros se les enseñaba también el quechua

1. 31. T. Varlin, “La mort de Che Guevara: les problèmes des choix d’un théâtre d’operations en Bolivie”, en *Hérodote*, 5/1977, pp. 39-81 (traducido por nosotros e incluido en *Conoscere il Che*, op. cit., pp. 97-115).

2. 32. Otras fuentes de información más o menos directas al respecto, son los diarios de campaña del Che, Inti Peredo, Pombo, Urbano, Benigno, Rolando y Braulio, además de la “Introducción necesaria” de Fidel Castro y sus dos discursos de octubre de 1967. Algunas noticias se obtienen a través del libro de Régis Debray, *La guerrilla du Che*, París, 1974 (Milán, 1974), mientras que las consideraciones políticas más interesantes se deben a Saverio Tutino, en la introducción varias veces citada. Allí se encuentra también una reconstrucción muy documentada de las últimas horas de vida del Che, obtenida en parte gracias a los artículos de un periodista del *Europeo*, Franco Pierini, presente aquella época en aquellos lugares. De él logra noticias también Michel Bosquet (André Gorz) por un artículo en *Le Nouvel Observateur* del que existe una edición inglesa, “The last hours of Che Guevara”, en *Evergreen*, febrero de 1968.

(véase en este libro, cap. II, nota 2), mientras que los dialectos del Ñancahuazú pertenecen al grupo *guaraní*.³³ Excluyendo la hipótesis de una ignorancia lingüística, que los hermanos Peredo y los otros bolivianos habrían ciertamente señalado, continúa en pie el criterio de que los «alumnos del curso» deberían ser enviados a otras zonas de la cordillera andina, habitada por campesinos de lengua quechua (por ejemplo poblaciones *aymará* de Bolivia, Perú, etc.).

No se trataría, por lo tanto, de dar vida a un foco guerrillero en el sentido estricto del término y, mucho menos, de un proyecto nacional destinado a implantar una real y verdadera guerrilla rural *boliviana* (por lo menos no en aquella primera etapa). Por lo tanto, no un foco embrional en Bolivia, que se fortalece y se extiende al resto del país, y después fuera del mismo, sino un grupo de cuadros, que se familiariza y rápidamente se ramifica en embriones de otros varios focos guerrilleros en Bolivia y en los países limítrofes. De aquí el relativo desinterés por la elección de la zona como tal (no base, sino territorio de paso y provisional); de aquí además la preferencia por una zona demográficamente poco densa, no teniendo allí el núcleo que implantar sus raíces sociales.

Según la hipótesis anterior, Guevara tenía la intención, sin embargo, de formar su estado mayor de cuadros peruanos y bolivianos –con la ayuda al principio de los cubanos (mientras el sector argentino del proyecto estaba en preparación y pasaba además a través de las instrucciones confiadas a Ciro Bustos, el argentino arrestado con Debray)–. Estos cuadros, a su vez, crearían y adiestrarían a otros grupos guerrilleros en otras zonas de la misma Bolivia y de los países vecinos.

33. El tronco étnico, como se recordará, de los lugares de la primerainfancia de Ernesto, está en Puerto Caragatay. Es otra *coincidencia simbólica* en el «contrapunteo argentino de asma y yerba mate» que pudiera añadirse a las muchas ya recordadas en nuestro trabajo. Entre paréntesis, en el *Diario de Bolivia*, Guevara hace todavía referencia a grandes tragos de mate, mientras que el sufrimiento a causa del asma se agrava, hasta hacerse insostenible en las últimas semanas por la falta de medicinas necesarias.

Era un *proyecto continental* en el verdadero sentido de la palabra y no ya sólo como eslogan propagandístico. Nada extraño –*a posteriori* además «previsible»– en relación con la psicología política del Che, dicho proyecto cuadraba bien con todo lo que Guevara había venido produciendo en los años anteriores acerca del *carácter supranacional de la lucha*. Quizás el había ya intentado algo similar en el Congo –mirando hacia Argelia, los movimientos en las colonias portuguesas y otros focos de guerrilla– pero tuvo que ceder ante la realidad de las cosas (y ante la inconsistencia política del movimiento congolés).

Por lo demás, surge ahora la pregunta, ¿cómo habría podido un hombre con la experiencia del Che (Guatemala, Cuba, África, etc.), pensar realmente en una conquista del poder sólo en Bolivia, ante la amenaza concreta y cotidiana de una intervención directa norteamericana?

Sería una ingenuidad increíble que quizás demasiado fácilmente le ha sido atribuida.

El Che se movió, por lo tanto, en base a un proyecto continental desde el principio. Bolivia fue el lugar elegido por él con oportuna anticipación, para hacer converger a algunos de los mejores cuadros supervivientes a las guerrillas del Perú,³⁴ formar cuadros bolivianos e involucrar nuevamente a los argentinos (desmoralizados por el fracaso de la guerrilla de Salta). El objetivo a corto y mediano plazo era la apertura de *varios frentes de lucha*, pero al mismo tiempo, el de conformar las premisas materiales para una victoria obtenida, por lo menos en tres países del grupo andino: Bolivia, Argentina y Perú.

Todo esto en un contexto continental en el que sobrevivían aún, (no se puede olvidar esto) los movimientos guerrilleros de la América Central (Guatemala sobre todo) y los más sólidos de Venezuela y Colombia. Un plan semejante contaba de manera muy realista con la imposibilidad, para el ejército norteamericano, de intervenir a la vez en tres países (sin contar con lo que podría ocurrir en los otros) y correspondía exactamente a la estrategia guevariana de los «muchos Vietnam», durante años predicada en el mundo y en

34. Nuestra conversación con Ricardo Napuri, varias veces citada. 319

América Latina. *Un proyecto intercontinental de guerrillas, que tendría como epicentro a Bolivia...*

Otra confirmación puede venir por el mismo *Diario*. Desde el primer momento de su llegada, el Che expresa juicios muy negativos acerca del comportamiento de Debray. Pero después de que éste se va por su terca insistencia, el Che llega a indignarse verdaderamente al saber a través de la radio que el francés ha «hecho una confesión del propósito intercontinental de la guerrilla, cosa que no tenía que hacer».³⁵

Evidentemente, el objetivo intercontinental era un aspecto concreto, bien preciso e inmediato de toda la operación, y no simplemente un proyecto de futura extensión de la guerrilla boliviana después de una victoria de la misma o parcial arreglo. Que fue, al contrario, lo que se dijo y creyó en aquella época, sin captar jamás

lo abstracto y lo obvio de una hipótesis tal. ¿Y quién podía dudar de que la guerrilla boliviana se expandiría a los otros países? Lo difícil, sin embargo, era no dejarla aislada precisamente en la primera etapa, cuando una intervención de Estados Unidos habría sido relativamente fácil.

¿Una segunda etapa de la guerrilla? En 1967 no tenía sentido hablar de esto. No se podían ciertamente hacer proyectos para una hipotética segunda etapa, que estaría por venir, quién sabe en qué forma y en presencia seguramente de las tropas antiguerrilla de la escuela de Panamá. El Che era indudablemente un soñador, a su manera, pero no era en

35. Jornada del 10 de julio de 1967. Acerca de las «declaraciones» de Debray después de su arresto, véase además el 30 de junio: «En el plano político, lo más importante es la declaración oficial de Ovando de que yo estoy aquí. Además, dijo que el ejército se estaba enfrentando a guerrilleros perfectamente entrenados que incluso contaba con comandantes vietcong que habían derrotado a los mejores regimientos norteamericanos».

Se basa en las declaraciones de Debray que, «parece, habló más de lo necesario». Los criterios indefectiblemente negativos del Che, a propósito de Debray, se encuentran en las jornadas del 27 y 28 de marzo, y 3, 17, 19 y resumen de abril de 1967. Éste se vengará poco dignamente, una veintena de años después, en su libro autobiográfico, en el que escribirá que el Che era autoritario y déspota, y que trataba de forma humillante a los compañeros del grupo guerrillero, cubriéndolos de insultos...

realidad el tipo de persona que arriesga vidas humanas para jugar con castillos de naipes sobre futuros éxitos, y sus improbables extensiones a escala continental o mundial.

El componente subjetivo de su concepción de dialéctica de la liberación, lo impulsaba, sin embargo, a predeterminar los desarrollos, a instaurar en el momento mismo de su surgimiento una serie múltiple de fuegos, a desplazar hacia el terreno intercontinental la guerrilla desde los primeros pasos. La *continentalización* era un diseño orgánico, previsto desde hacía tiempo, y que debía tener ya además ramificaciones organizativas –si era verdad que Debray, también al respecto, había logrado «hablar más de lo necesario».

Recordemos que el primer esbozo político de este proyecto continental está delineado en el artículo de octubre de 1962 (“Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana”), que quizás precisamente por tal razón no fue publicado inmediatamente, sino sólo después de la muerte del Che (en 1968, único artículo que corrió esta suerte).

En 1963 por iniciativa directa del Che, tuvo lugar el intento de guerrilla en el norte de la Argentina, rápidamente abortado. El Che apadrinó también el nacimiento del MIR perua-no,³⁶ en 1962-1963, mientras que en 1967 fue interceptado un intento de desembarco de cubanos en Venezuela, para apoyar a la guerrilla de las FALN dirigidas por Douglas Bravo.

Los primeros pasos para la ejecución de la empresa boliviana fueron dados a partir de 1964 por parte de los más estrechos colaboradores del Che (Tania, por ejemplo); pero él primero comenzó a trabajar al respecto directa e intensamente sólo a partir de la primavera de 1965. Teniendo en cuenta los meses transcurridos en el Congo, queda el hecho de que la labor del Che en la preparación de dicha empresa duró menos de un año. Mucho menos del que fue necesario para preparar la expedición del *Granma* y teniendo en mente que esta vez se trataba, además, de un proyecto mucho más amplio, complejo y arriesgado: a) por su carácter continental,

36. Fundado por Luis de la Puente Uceda (y, entre otros, Ricardo Napuri, que realizó contactos entre el MIR y el Che). Véase Rogger Mercado, *Las guerrillas del Perú*, Lima, 1967.

y b) por el estado de alerta en el que se encontraban los servicios antiguerrillas americanos, listos para asfixiar desde el momento mismo de su nacimiento y a cualquier precio a una nueva Cuba.

El cuadro estratégico así delineado era arriesgado, pero tenía una lógica propia, una *lógica guevariana*. Se podría casi decir que aquella era la única vía para iniciar un proceso de lucha armada a escala continental e impedir que los distintos movimientos fuesen dispersados y destruidos, país por país y uno tras otro.

La elección de Bolivia como epicentro era realmente sensata también, por razones geopolíticas, sociales y por la inestabilidad que caracterizaba al gobierno de aquel país. Baste pensar en las luchas de los mineros (y las huelgas de otras categorías) que se efectuaron en concomitancia con la guerrilla, y además en el hecho de que en los años siguientes a la muerte del Che, en lugar de un reforzamiento, existirán dos graves crisis políticas, que asumirán características preinsurreccionales y que en un caso conducirán además a una

situación incipiente de dualidad de poderes (la Asamblea Popular, etc.).

¿Fueron entonces errores técnicos, en la aplicación del proyecto, los que traicionaron al Che? ¿O fueron errores políticos en cuanto al método y los contenidos?

Los errores fueron políticos, sin lugar a duda. Hubo también errores técnicos, pero en absoluto comparables con lo que representó, por ejemplo, en Cuba el desastroso desembarco del *Granma*, los primeros enfrentamientos con las tropas de Batista y la falta de experiencia militar en el núcleo sobreviviente del Ejército Rebelde. En Bolivia fueron *errores de línea y de método, de contenido y de programa*. Y fueron errores del Che, es decir, de los límites que aún existían en su formación teórica, aunque aquellos errores él los compartiera con todo el grupo dirigente castrista, el mundo de la OLAS y buena parte de los otros grupos guerrilleros.

Piénsese en la problemática de *las fuerzas sociales*. Habiendo aclarado que el proyecto político no confiaba en la exigua y mísera población rural de la zona de Ñancahuazú, continúa en pie el hecho de que ningún documento explica qué fuerzas sociales debían hacerse cargo del peso principal de la lucha, sobre qué bases y con qué perspectivas.

A principios de los años cincuenta, cuando el Che llegó por primera vez a Bolivia, los mineros y los campesinos habían luchado por la reforma agraria, los derechos sindicales y una serie de otros objetivos que hemos recordado en el primer capítulo. Habían elegido el terreno de la autodefensa militar y las fuerzas de la izquierda daban quehacer entre las masas para convencerlas de la bondad de una u otra forma de gobierno. Existía también la propuesta de dar el poder político a la COB, la central sindical –por justo o errado que fuese, no interesa en este momento–. Interesa, sin embargo, demostrar que en la tradición de los trabajadores bolivianos hubo una gran experiencia de movilización política y de confrontación de varias alternativas políticas. Y lo mismo, en contextos diferentes, habría podido decirse con respecto a los otros dos países del proyecto: Perú y Argentina. De aquellas adquisiciones, por lo tanto, se habría debido partir de nuevo, formulando un programa revolucionario de movilización y de gobierno, y en base a aquel programa determinar el bloque de fuerzas sociales con el que contar. En Cuba más o menos así fueron las cosas, aunque de un modo ampliamente empírico.

En la Bolivia de la guerrilla, mientras el Che se lamenta por no disponer de otros cien combatientes, a pocos kilómetros de distancia hay algo así como diecisiete mil mineros en lucha sindicalizados, radicales hasta el extremo y finalmente masacrados por las tropas de Barrientos. El prestigio del Che había llegado hasta allí y no sería difícil conquistar entre ellos centenares y centenares de cuadros con vistas a una perspectiva revolucionaria, incluso de insurrección armada, pero a partir del terreno de lucha y de trabajo de los mismos. Se debería después hablar de la huelga de los maestros bolivianos, del movimiento en las universidades (de La Paz, y también de Lima, de Buenos Aires, etc.). Pero no podemos extendernos excesivamente y el lector seguramente ya habrá entendido lo que podía significar no afrontar en clave proyectual el problema del bloque de fuerzas sociales al que confiarle la crítica de las armas.

Estaba además, el problema de *las fuerzas políticas*. Ningún esclarecimiento tampoco al respecto, sino una alianza inicial, dada por descontada y acrítica precisamente con una de las organizaciones peores de la izquierda boliviana: el viejo Partido Comunista de origen estalinista, altamente fiel a la URSS y que era pasado a través de todas las volteretas que la política soviética le impuso en el pasado.

¿Por qué no examinar mejor la línea política de aquel partido? ¿Por qué no ganar en información acerca de su historia? ¿Por qué no romper el esquema organizativo tradicional y proceder incluso a una preselección de fuerzas políticas, a una federación, una agrupación, un pronunciamiento público, una iniciativa cualquiera que permitiera medir la correspondencia política entre la afirmación de *querer* el socialismo y después concretamente de *luchar* por conquistarlo?

El Che adoptó la disyuntiva «lucha armada sí, lucha armada no». Indudablemente restrictiva, pero podía a fin de cuentas ser un criterio, con tal que no fuese negado por la presencia inicial y dominante del PCB. Muchos eran los grupos de la izquierda boliviana dispuestos a entrar en la guerrilla, a ponerse a las órdenes de Guevara, etc., por el prestigio del hombre y de la Revolución cubana. No estaban dispuestos, sin embargo, a someterse a las órdenes de un Monje u otros exponentes del estalinismo boliviano. El acuerdo con el PCB, mientras conseguía algunos cuadros para comenzar, bloqueaba en realidad cualquier desarrollo político futuro del grupo guerrillero: condenaba a la derrota al mismo proyecto del Che.

Éste se percató del error cometido, habla de esto en el *Diario*, pero cuando ya es demasiado tarde para

reconstruir una red de relaciones políticas.

La incompreensión de la real naturaleza conservadora del PCB estaba enlazada a un tercer límite político: *la incompreensión de la naturaleza de la URSS* y por lo tanto del contexto internacional y de la red de relaciones políticas construidas por ésta en el mundo. Puede parecer un problema abstracto y de análisis político general. Pero para la guerrilla del Che tenía una incidencia inmediata, en particular para las relaciones de *dependencia logística que la misma debía mantener necesariamente con los servicios secretos de los países del Este*.

Baste sólo pensar en el vaivén inicial de los guerrilleros, miembros del PCB, del PRIN, etc. que desde La Paz iban a Cuba y viceversa. Esto ocurría mediante vuelos que pasaban por Praga o, si era necesario, a través de itinerarios aéreos todavía más largos, pero que siempre giraban en torno a Praga, Moscú, etc. Escalas de un cierto tipo, por lo tanto, en las que sería poco decir que las formalidades de aduana tenían que realizarse bajo el patrocinio de la policía de aquellos países. Y bien, solamente ya este movimiento –muy intenso según se puede ver a partir de la simple lectura de los cinco diarios de los guerrilleros– da a entender cómo los servicios secretos del Este (sobre todo KGB y Stasi) estaban constantemente informados de todo lo que estaba sucediendo, pudiendo reclutar guerrilleros, si hubiese habido necesidad, y en todo caso decidir una de las tres hipótesis siguientes: ayudar, boicotear o mantenerse neutrales.

Pero una vez más la previsión en cuanto a la actitud que asumirían los servicios secretos del Este, dependía del análisis político que de aquellos países, en aquel momento histórico, se podía y se debía hacer.

El Che da la impresión de haber confiado ciegamente en la vertiente del militarismo soviético –compartiendo este error con casi todos los movimientos de liberación del mundo (y de la época)–, mientras se acentuaba cada vez más radicalmente su criterio político sobre la URSS, considerada por él no más como un país comunista. Guevara se habría contentado con una benévola neutralidad con respecto a su movimiento, pero no se daba cuenta –por limitaciones teóricas y de formación ideológica– del peligro que su proyecto político representaba para los equilibrios de la «coexistencia pacífica», para el prestigio ya quebrantado de los partidos comunistas en América latina, en África (y, después de la masacre indonesia, también en Asia).

Estaba además su incómoda persona, la de un dirigente estatal crítico de la planificación soviética, crítico del aislamiento en el que era dejado Vietnam, crítico del nacionalismo y la burocracia, crítico de las relaciones de explotación «socialista» del Comecon, y que se movía, quizás sin darse del todo cuenta aún, sobre el terreno de la democracia obrera en Cuba, de la revolución permanente en América Latina, de la lucha armada y del internacionalismo en el resto del mundo. En el pasado, los servicios secretos soviéticos habían dado muerte por mucho menos a cuadros comunistas y dirigentes revolucionarios, a menudo inermes y carentes del prestigio internacional y de masas que tenía el Che.

En 1967, obviamente, el KGB ya no eliminaba tan fácilmente a sus adversarios políticos. Pero de allí a pensar que pudiera mantenerse neutral, o hasta ayudar a la guerrilla del Che, había un gran trecho. Y esto Guevara no llegaba aún a comprenderlo, porque su análisis acerca del papel conservador de la Unión Soviética estaba detenido al borde de un paso decisivo, al otro lado del cual no tuvo el tiempo o la fuerza intelectual para avanzar.

Esto también, no obstante, era un problema en última instancia político y no una cuestión de caza al espía en las filas de la guerrilla (como fue hecho por los periodistas de medio mundo, al día siguiente de su muerte).

Para el objeto de nuestro análisis, francamente, poco importa saber si Tania era o no un agente de los servicios del Este, así como poco importa si su agenda con las direcciones fue olvidada en el *jeep* o puesta allí a propósito. Importa, sin embargo, que, entre las hipótesis posibles y realistas de aquellos años, entra también el solo hecho de poder sospechar una implicación del KGB destinada a hacer fracasar a la guerrilla.

Y esto porque desde el momento en el que se capta una determinada posibilidad, se toman las precauciones correspondientes: aunque esto puede hacer más difíciles las comunicaciones con Cuba, aunque puede significar menos armas y menos dinero, aunque puede obligar quizás a aplazar el proyecto.

Y es así que llegamos al último punto –que nos vincula nuevamente a las cuestiones iniciales.

Si es cierto todo lo referente a la continentalización, al encauzamiento de varios focos guerrilleros al mismo tiempo, a la Bolivia concebida sólo como base de creación del estado mayor, etc.; si todo esto es cierto y dotado de lógica, *¿por qué el Che emprendió las operaciones militares antes de lo previsto?*

Es la gran interrogante sin respuesta.

De que haya existido una precipitación de la situación, de que se hayan encontrado vinculados a una lucha en el terreno para la que no estaban aún preparados, no caben dudas. Acontecimientos imprevistos o consideraciones que no nos han llegado hicieron que se acelerara el ritmo de desarrollo de las operaciones. Y el imprevisto obligó al Che, a pesar suyo, incluso a permanecer con la guerrilla (privado, por ejemplo, de una cantidad suficiente de medicinas para el asma), a asumir de un modo estable la dirección de las operaciones militares –mas aún, a la guía de una empresa localizada nacionalmente (regionalmente además)– en lugar de moverse entre los varios países, de un frente guerrillero a otro, como debía ser en los proyectos.

Él era, en efecto, la única persona que habría podido asegurar con su presencia aquella *dirección unificada supranacional*, política y militar, que consideraba como el objetivo estratégico número uno.

Al llegar a Bolivia para construir un comando intercontinental en torno a su persona, se encontró, en cambio, envuelto en aquella zona inaccesible, mientras que la represión hacía saltar su red logística, después la política, y le cerraba finalmente toda ulterior posibilidad de movimiento.

El Guevara boliviano no es ya el muchacho ingenuo de los primeros tiempos de la Sierra Maestra. Es un hombre endurecido, que conoce el mundo militar, el espionaje, el doble juego y la maldad de los hombres. No debe haber sido fácil empujarlo a hacer algo que no tenía la intención de realizar. Pero algo o alguien logró convencerlo de que era el momento de acelerar los ritmos del proyecto.

¿Falsas informaciones?

No debe excluirse. La radio, por ejemplo, transmitía mensajes en código desde La Habana. Habría bastado apoderarse de aquel código y transmitir en la misma frecuencia. ¿Miembros de la guerrilla? Es improbable, entre otras cosas porque la principal sospechosa –la germano-argentina Tania– permaneció a su lado, compartiendo su suerte, muriendo como combatiente y no como un agente infiltrado.

Insistimos, sin embargo, en que *algo* hizo precipitar los acontecimientos. Al respecto no caben dudas, incluso queriendo negar la validez de la hipótesis más general que hemos propuesto aquí. Un algo entre otras cosas, del que el Che no se dió cuenta hasta el final, de lo contrario se habría dejado traslucir alguna huella en su diario. El interrogante continúa latente y el análisis histórico no permite aún descifrar este último misterio; ni lo permiten los relatos de los supervivientes. Permanecen en pie, como únicas hipótesis explicativas, el estado de ánimo del Guevara de los últimos tiempos y el papel de los servicios secretos... ambos impenetrables para nosotros.

5. El internacionalismo

El nómada rebelde que mochila a la espalda y con sed de aventuras se encamina a recorrer senderos inextricables de cultura y paisaje latinoamericano, lleva en sí todos los gérmenes de su futura pasión internacionalista. El guaraní, Irlanda y el hispanismo ya sedimentado en el mundo onírico del Guevara cordobés y porteño,³⁷ dilatan los poros de una fantasía de adolescente ávida de aventuras y descubrimientos.

La literatura alimenta la tensión que se transforma en ansia de conocer e intolerancia ante los límites. Las fronteras desaparecen bajo las ruedas de una motocicleta sobrecargada y es ya un cosmopolita el que recorre en vuelo el camino contrario, de la península «florida» –la Florida– a los «buenos aires» de Argentina.

Pero la fragancia que emana de la Casa Rosada de los primeros años cincuenta es de todo menos saludable para un ciudadano del mundo. En *Doctrina peronista* se concentran todos los apotegmas, los dichos memorables del caudillo, más atroces y banales precisamente contra el cosmopolitismo, contra «las ideologías exóticas» (1944), contra «las corrientes iconoclastas que vienen del exterior» (1947). Con Perón, Argentina es presa de la locura nacionalista más exaspe

37. Ciudadano de Buenos Aires. En febrero de 1964, respondiendo a María Rosario Guevara, el Che escribió: «De verdad no sé bien de qué parte de España es mi familia (del País Vasco, como ahora sabemos; ver nota 1, p. 12 de la presente obra). Naturalmente, hace mucho que salieron de allí mis antepasados con una mano atrás y otra delante; y si yo no los conservo así es por lo incómodo de la posición» (IX, 383).

rada de la posguerra, donde el antiguo anhelo de independencia se hizo oscurantismo, subfondo irracional de valores raciales y de estirpe: Dios, Patria, Trabajo y Familia se vuelven –en este orden– un dogma popular que el caudillo grita desde el balcón, pero las masas repiten con fervor.

Para el Che no hay lugar en aquella embriaguez chovinista. Y así, el país que produjo el último gran rebosamiento de retórica nacionalista, da vida también a su antídoto. “Dialéctica de la historia”, habría ciertamente pensado el futuro símbolo del internacionalismo contemporáneo. Y esto, ignorando que su propia vicisitud existencial, vivida y sufrida por la causa de un mundo sin fronteras, se haría *universalismo*, y en tal calidad, sería transmitida a los archivos de la historia.

En los años de Bolivia, Guatemala y México, se cristaliza definitivamente una *dimensión continental* del pensamiento político del Che, recorrida ya por sus grandes predecesores y libertadores latinoamericanos: desde Martí hasta Sandino, por citar a sus favoritos. Pero en realidad, las reflexiones personales y más íntimas –contenidas en las cartas de Ernesto a su madre, antes de la empresa cubana– revelan una necesidad de expansión mundial de aquel continentalismo, ya orgánico y fisiológico. El sueño del viaje a París, además de un traslado hacia la vieja Europa, atraviesa incesante la última parte de la correspondencia, junto al deseo de medirse con el presunto «exótico», las modernas Indias orientales y los países del *cortisone*, es decir del impenetrable y misterioso telón de acero.

La Revolución cubana representa un paréntesis en este itinerario internacionalista. Es también un estancamiento, evidente y comprensible. Desde la Sierra no se ve ya el mundo, sino la Isla. Una isla, sin embargo, que para el Che es ya «mundo». Por segunda vez, en efecto, está arriesgando la vida en una tierra que, después de todo, no es suya. Que llega a serlo ciertamente a través de la lucha, pero que del mismo modo hubiese podido llegar a serlo cualquier otro lugar del globo, oprimido y explotado. Hay por lo tanto aquí una pausa «nacionalista» cubana y de transición, que prepara la segunda etapa de afanoso internacionalismo.³⁸

38. Véase también R. Massari, «L' internazionalismo del Che», en *Quaderni internazionali*, 4/1990, pp. 170-178.

En los años de la diplomacia, Guevara aparece extremadamente cauteloso y circunspecto en sus primeras misiones en el exterior. No se fía de los canales por los que se desliza el discurso político internacional; no se fía de sus interlocutores –los últimos grandes nacionalistas– que encuentra y conoce finalmente en persona, no se fía de la retórica diplomática de los «países hermanos», ya sean «socialistas» o «antimperialistas». La hermandad que él busca está en la base, en el hombre y en el subdesarrollo, en la vida del que sufre y en el sacrificio del que lucha. La Cuba que se echa a la espalda en cada nuevo viaje no encuentra lugar en las conferencias de los pueblos de Bandung. Él la considera parte, sin embargo, del gran pueblo mundial de los abismos: de la Internacional enfurecida en la dependencia, lista para enfrentar nuevos sacrificios y nuevas luchas. Abandona entonces las reglas de la diplomacia formal y utiliza los viajes para crear relaciones, futuras colaboraciones y para hacer denuncias. Sobre todo denuncias: del imperialismo, del nacionalismo súcubo de los débiles. Nace así su fama de «embajador de la revolución», no ya cubana solamente, sino continental: mundial lo será un día.

El momento de su viraje tiene una fecha precisa: octubre de 1962, la crisis de los misiles en Cuba. Mientras que en una cueva-bunker dirige las operaciones militares por el frente occidental (provincia de Pinar del Río), Guevara redacta también el manifiesto político más radical y maduro del que se tengan huellas hasta su mensaje a la OSPAAL. Será publicado sólo después de su muerte, con el título de “Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana”:

«Es el ejemplo escalofriante de un pueblo que está dispuesto a inmolarse atómicamente para que sus cenizas sirvan de cimiento a las sociedades nuevas y que, cuando se llega, sin consultarlo, a un acuerdo por el cual se retiran los cohetes atómicos, no suspira de alivio, no da gracias por la tregua; salta a la palestra para dar su voz propia y única...

Cuba está al borde de la invasión: está amenazada por las fuerzas más potentes del imperialismo mundial y por ende, por la muerte atómica. Desde su trinchera que no admite retroceso lanza a América su definitivo llamado de combate; combate que no se decidirá en una hora o en unos minutos de batalla terrible, que podrá definirse en años de agotadores encuentros en todos los rincones del continente, en medio de atroces sufrimientos... Desde aquí, desde su trinchera solitaria de vanguardia, nuestro pueblo hace oír su voz. No es el canto del cisne de una revolución en derrota, es un himno revolucionario destinado a eternizarse en los labios de los combatientes de América. Tiene resonancias de historia» (IX, 233, 234 y 240).

Es un regreso al continentalismo originario y de juventud, pero sobre otras bases. A ellas lo empuja el dato positivo de la existencia de la Revolución cubana, y también el dato negativo de la sordera de la diplomacia antimperialista de los países «hermanos» y los «no alineados». Preparado por dos discursos oficiales en la Organización de los Estados Americanos (Punta del Este, agosto de 1961), el manifiesto de la

crisis del Caribe es seguido por artículos, entrevistas acerca de problemas internacionales y por dos discursos en la Asamblea General de la ONU (diciembre de 1964). Es difícil imaginar el efecto, en aquella sala de «almas muertas», que causaron las declaraciones de fe internacionalista, personales y apasionadas como la siguiente:

«He nacido en Argentina; no es un secreto para nadie. Soy cubano y también soy argentino y, si no se ofenden las ilustrísimas señorías, de Latinoamérica como el que más y, en el momento en que fuera necesario, estaré dispuesto a entregar mi vida por la liberación de cualquiera de los países de Latinoamérica, sin pedirle nada a nadie» (IX, 309).

O también de explícitas admisiones de responsabilidad, como las siguientes que habrán hecho estremecerse a los delegados de las Naciones «Unidas», habituados a ocultar con el lenguaje hipócrita de los comunicados de prensa sus propias cuestiones internas. Guevara ha roto ya con toda diplomacia cuando ante una turbada asamblea de la ONU declara:

«Fusilamientos, sí, hemos fusilado; fusilamos y seguiremos fusilando mientras sea necesario. Nuestra lucha es una lucha a muerte» (IX, 313-314).

En febrero de 1965 inflige otro golpe a la diplomacia. Pero esta vez es el campo del «internacionalismo proletario» el que tiembla, ante la franqueza del lenguaje de Guevara. Hay reglas no escritas en aquel particular sector de las relaciones internacionales, que cada país participante debe respetar; también Cuba, si quiere continuar recibiendo la ayuda de las mismas. El chantaje es explícito, pero el embajador de la Revolución no cede. Desde Argel, en el Seminario Económico de Solidaridad, las agencias de prensa de todo el mundo difunden incrédulas el texto de la intervención de Guevara:

«El desarrollo de los países que empiezan ahora el camino de la liberación debe costar a los países socialistas...

Los países socialistas tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores de Occidente... No hay otra definición del socialismo, válida para nosotros, que la abolición de la explotación del hombre por el hombre... y, si en vez de producirse este fenómeno, la tarea de la supresión de la explotación se estanca o, aún, se retrocede en ella, no es válido hablar siquiera de socialismo» (IX, 343-344).

Son denunciados los términos del *intercambio desigual* entre países «socialistas» y países subdesarrollados (pero, por estos últimos, Guevara entiende sólo aquellos dispuestos a romper su relación de dependencia); se pide que las inversiones de los primeros en las economías de los segundos estén desvinculadas de criterios de renta; que les sea dada sin titubeos toda la ayuda técnica necesaria para cubrir la diferencia tecnológica que impide el comienzo de la primera etapa del desarrollo; que se den las premisas para una planificación económica que «deberá tender desde el primer momento a cierta regionalidad» (IX, 348), y finalmente las armas, el instrumento principal –declara el Che– para la liberación de los pueblos.

«Las armas no pueden ser mercancía en nuestros mundos, deben entregarse sin costo alguno y en las cantidades necesarias y posibles» (IX, 351).

Será después cuando Guevara haga críticas radicales a un sector del frente de los no-alineados. El tono es fraternal, pero al fin y al cabo carente de hipocresías diplomáticas. Él cita expresamente como modelos positivos a los movimientos que luchan en primera persona contra el imperialismo (Vietnam, Laos, Guinea, Congo, Sudáfrica, Palestina y Argelia), distinguiéndolos de aquellos países subdesarrollados que se han enredado en las mallas y espejismos del neocolonialismo. Y refiriéndose a estos últimos, denuncia «sus juegos de equilibrios entre capitalismo y socialismo», denuncia también las intrigas para obtener ventajas del conflicto entre las grandes potencias; la incapacidad estructural para vencer el atraso por parte de las «nacientes burguesías autóctonas», el desarrollo de una

«clase burguesa parasitaria y en estrecha alianza con los intereses metropolitanos apoyados en un cierto bienestar o desarrollo transitorio del nivel de vida de los pueblos... En otras series de países de África y Asia se está rápidamente creando lo que algunos han llamado la sudamericanización de estos continentes, es decir, el desarrollo de una burguesía parasitaria que no agrega nada a la riqueza nacional que, incluso, deposita fuera del país, en los bancos capitalistas, sus ingentes ganancias mal habidas y que pacta con el extranjero para obtener más beneficios, con un desprecio absoluto por el bienestar de su pueblo» (IX, 349).

Guevara propone excluir las naciones dirigidas por este tipo de burguesías de la categoría de países antimperialistas; indica la revolución socialista como antídoto contra el subdesarrollo; propone la sustitución

del viejo sistema de relaciones internacionales entre los países que surgen con un nuevo derecho revolucionario. Lanza, finalmente, su mensaje de hermandad, que deberá realizarse en el proceso de lucha para la liberación de los pueblos. Es su última aparición pública. Algunas semanas después entrará en la clandestinidad, que deberá concluirse con la empresa boliviana: un desesperado intento de llevar a la práctica los ideales del internacionalismo. Mucho se ha dicho y escrito acerca de esta decisión, desde el día en que, en octubre de 1965, Fidel Castro leyó la carta de despedida del Che. Llevaba la fecha oficial del 1 de abril de 1965:

«Siento que he cumplido la parte de mi deber que me ataba a la Revolución cubana en su territorio... Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos...».

Dos temas dominan aquel texto inolvidable y afloran a cada renglón por la selección de los términos y de las imágenes: *una voluntad política irreductible* por parte del Che, la de llevar a cabo el programa del internacionalismo para nuestra época (es decir, la revolución mundial para el socialismo) y una *resignada melancolía existencial*. La inconsciente conciencia de la desigualdad de la tarea, expresada en aquellas insólitas referencias al mundo de los afectos, a las esperanzas, a las laceraciones del espíritu. «Lo hago con una mezcla de alegría y dolor...».

En enero de 1966, se efectúa la Primera Conferencia de los Pueblos de África, de Asia y de América Latina (OSPAAL). Parece una concreción de sus ideales internacionalistas. El hecho además de que se reúna en La Habana lo confirmaría. Pero el Che está ausente. Ni un discurso grabado, ni un mensaje. Entre los grandes retratos que dominan el palco de la presidencia se puede reconocer a Sandino, Martí, Maceo, Camilo Cienfuegos, en medio de héroes de la lucha de liberación africana y asiática.

También el Mahdí Ben Barka está ausente, el principal organizador de la Conferencia: asesinado dos meses antes, a su regreso de Cuba, con la complicidad de los servicios secretos franceses. En junio, un golpe de estado, que tuvo lugar precisamente en vísperas de la cumbre afroasiática, había ya eliminado de la escena política a Ahmed Ben Bella, el alma misma de la revolución argelina, un gran aliado de Guevara³⁹

Con estas tres grandes ausencias la conferencia está manca. Lo estarán también sus decisiones y la atmósfera en la que se desenvuelve. Fidel Castro, por ejemplo, en su discurso conclusivo, está obligado a detenerse largo rato precisamente en el asunto de la ausencia del Che, evidentemente para responder a una pregunta inexpressada, pero difundida entre los delegados y la prensa exterior:

«El compañero Guevara se unió a nosotros cuando estábamos exiliados en México, y siempre desde el primer día tuvo la idea, claramente expresada de que cuando la lucha terminara en Cuba, él tenía otros deberes que cumplir en otra parte, y nosotros siempre le dimos nuestra palabra de que ningún interés de Es

39. Hemos ya recordado el texto conmemorativo escrito por él con vistas al vigésimo aniversario de la muerte del Che, efectuado en Atenas.

tado, ningún interés nacional, ninguna circunstancia nos haría pedirle que se quedara en nuestro país, obstaculizar el cumplimiento de ese deseo, o de esa vocación».⁴⁰

Pero Castro se abandona después, desde la tribuna de la OSPAAL, a una polémica minuciosa, larga, interminable en cuanto al volumen del discurso, con algunos grupos trotskistas latinoamericanos y con algunos intelectuales que, en los meses anteriores, habían manifestado dudas sobre la ausencia del Che, llegando a insinuar que fue eliminado en Cuba. Se trataba claramente de desvaríos, en algunos casos de dudosa procedencia (los grupos del llamado «buró latinoamericano» posadista), siempre insignificantes. Pero Fidel aprovecha la ocasión para emprender un ataque durísimo contra el «trotskismo», aunque fuese de marca posadista, para mostrarles a las corrientes de tendencia soviética la bondad de intenciones de la iniciativa tricontinental y delimitar, en cierto sentido, el área de movimientos y de pertenencia.

¿Hacia dónde apunta además Fidel con aquella larga divagación sobre la ausencia de Guevara y contra las calumnias de los trotskistas-posadistas? Es difícil decirlo, todavía hoy.

Pero si el objetivo era el de canalizar en otro lugar las divergencias, eligiendo un cómodo chivo expiatorio, el intento fracasa. Las declaraciones oficiales de la Conferencia, manteniéndose en un plano de denuncias formales, no logran ocultar la heterogeneidad de los participantes.

Guevara es informado detalladamente de todo aquello. Escondido en algún rincón de Cuba o a punto de

regresar a ella desde el Congo (aún no disponemos de las fechas exactas de los desplazamientos de aquel período), sigue con an

40. Fidel lo ha confirmado en recientes entrevistas y lo puede corroborar una carta del Che a su madre, del 15 de julio de 1956, escrita en la cárcel de México. Son los días en los que Guevara está a punto de concluir una huelga de hambre, hecha para la liberación de sus compañeros (no para sí mismo, obsérvese bien, ya que pensaba que se encontraba en una situación tan irregular desde el punto de vista legal, que no podía realmente pretender ser dejado libre). Escribe por lo tanto a su madre: «Además es cierto que después de deshacer entuertos en Cuba, me iré a otro lado cualquiera y es cierto también que encerrado en el cuadro de una oficina burocrática o en una clínica de enfermedades alérgicas estaría jodido».

sias la marcha de los trabajos de la OSPAAL. Él ve el fracaso y se da cuenta de que la diplomacia de los «países hermanos» se está preparando nuevamente para ganarles la delantera a los compromisos concretos y las responsabilidades directas en la lucha. De aquí la decisión de acelerar los preparativos bolivianos, como arma de presión y también para crearse una tribuna mundial, desde la cual enviar nuevos mensajes, libres de mediaciones que el juego de las partes le impone también al Gobierno cubano.

El movimiento tricontinental le tributa cálidos homenajes, pero en realidad parece tener la intención de canonizar su pensamiento: en particular su concepción militante del internacionalismo, para no hablar de las críticas a los países «hermanos». Muchos lo consideran políticamente ya muerto, en vistas de que en aquellas delegaciones procedentes de un tercer mundo de aspirantes a ministros, embajadores y burócratas –y entre los cuales los movimientos combatientes se cuentan con los dedos de una mano– no tener ya cargos gubernamentales equivale a estar «muerto». Guevara será incluso un símbolo y un ejemplo pero para que todo funcione «políticamente» es necesaria la prueba del martirio: como Lumumba o el mismo Ben Barka.

¿Cuántos de los delegados a la Tricontinental pueden creer sinceramente que el proyecto guerrillero del Che correrá una suerte mejor que la de otros tantos ya destruidos, o en vías de destrucción, precisamente en el bienio 1965-1966, por parte de los nuevos especialistas de la antiguerrilla?

El cinismo parece cubrirse por una vez de realismo y Cuba se encontrará sola en la Conferencia para la solidaridad latinoamericana (OLAS, agosto de 1967). Único Gobierno del «tercer mundo» que cree todavía necesario el internacionalismo y la revolución, última «Isla» de la esperanza, rodeada en aquella ocasión de un archipiélago de partiditos, grupos y grupúsculos –siglas que pueden ocultar a veces sólo a un aventurero o a unos pocos desesperados combatientes– ocupados en dividirse y volver a hacer un recuento por un problema de aparente táctica militar: ¿lucha urbana en el tiempo o guerrilla rural inmediata?

La ausencia de Guevara es decisiva también para el fracaso de la OLAS. Todas las simplificaciones, las deformaciones, reales y verdaderas caricaturas de su pensamiento, se hacen posibles. Su ausencia se transforma en una grave responsabilidad, con respecto a un movimiento revolucionario latinoamericano que él había potentemente contribuido a hacer crecer y educar. Fue un error haberlo dejado solo, en el momento del paso, en el momento de la verdad, se podría decir, pensando en el contexto latinoamericano de ofensiva y contraofensiva de aquellos años. Y Guevara se da cuenta de esto; pero desde la sierra boliviana es demasiado tarde, como lo demuestran las descarnadas observaciones acerca de la OLAS contenidas en el *Diario*. Aparece aquí además la amarga constatación de que los principales responsables del sabotaje de la guerrilla en Bolivia intentaron representarla en La Habana. Anota Guevara:

«Largo discurso de Fidel en que arremete contra los partidos tradicionales y, sobre todo, contra el venezolano; parece que la bronca entre bastidores fue grande» (10 de agosto).

«Se descifró el parte total en el que se dice que OLAS fue un triunfo pero la delegación boliviana fue una mierda; Aldo Flores del PCB pretendió ser el representante del ELN; lo tuvieron que desmentir» (5 de septiembre).

Al daño se une la burla. Algunos días después, el Che escucha por el radio un comentario de los comunistas húngaros que le atañe. La propaganda de los países «hermanos» está ya trabajando para reducir incluso su símbolo, ya verdaderamente embarazoso, como lo demuestra prácticamente cada conferencia o acontecimiento internacional, en el que se toquen los temas del antimperialismo. Escribe Guevara en el *Diario*, un mes exacto antes de su muerte:

«Un diario de Budapest critica al Che Guevara, figura patética y, al parecer, irresponsable, y saluda la actitud marxista del Partido Chileno que toma actitudes prácticas frente a la realidad» (8 de septiembre).

Pocos meses antes, el 16 de abril de 1967, la revista de la OSPAAL, *Tricontinental*, había publicado su

célebre mensaje. El último documento programático del Che estaba destinado en aquel momento particular a centrar la atención de los movimientos de liberación en las tareas concretas y las condiciones cada vez más difíciles de la lucha. Pero según las intenciones de Guevara, estaba destinado también a restablecer la naturaleza real de sus concepciones revolucionarias, contra el uso instrumental que de las mismas se estaba haciendo en muchos lugares.

Él no podía en verdad imaginar que, mientras tanto en la empresa boliviana no quedaría dentro de poco nada –salvo el recuerdo– y que la fascinación y la actualidad de aquel mensaje lo sobrevivirían por largo tiempo. “Y esto porque él había finalmente logrado –*con palabras mejor que con el fusil*– fundir razón política y pasión humana, transformando a los ojos de una parte de sus contemporáneos su internacionalismo en auténtico y vivido *universalismo*. Y es significativo que lo haya logrado precisamente con aquel mensaje y en vida, en vez de hacerlo con su muerte.

No pueden caber dudas, por lo tanto, de que de todo este suceso, es finalmente el *hombre* el que resulta vencedor. Aquel mismo hombre que constituyó el centro de las preocupaciones del Che en el transcurso de toda su existencia.

41. Del entusiasmo provocado por aquel mensaje en su primera aparición, es difícil dar cuenta, a tantos años de distancia. Se puede dar un ejemplo de la atmósfera dominante en ciertos ambientes intelectuales y también entre estudiosos serios, que no pueden ser ciertamente imputados de extremismos. Claude Julien, al final de su trabajo de sociología política, cita el párrafo final del mensaje del Che y después comenta: «La voz del Che Guevara le llega (al privilegiado de la sociedad del bienestar) más allá de su tumba... Esta apelación resonó en el mundo entero. Aunque el imperio exterminó numerosas guerrillas, la revolución de las “naciones proletarias” no es por esto menos ineluctable» *L'empire américain*, París, 1968 (Milán, 1969, p. 424).

Capítulo V

Humanismo y utopía

Me afloró una gota del poeta fracasado que llevo dentro. (Carta al poeta León Felipe, 21 de agosto de 1964).

Agregado a las moneditas burocráticas que pariste, lanzaste al mundo un pequeño profeta ambulante que anuncia el advenimiento del día del juicio final con estentórea voz che.

(Carta a la madre, 17 de junio de 1955).

1. Los jóvenes¹

En 1918, diez años antes del nacimiento de Guevara, la ciudad de Córdoba fue la cuna de la más grande oleada de luchas estudiantiles de la historia. Desde Argentina, el movimiento por la Reforma Universitaria se había extendido a todo el continente, encontrando uno de sus puntos fuertes precisamente en La Habana y un líder en la figura prestigiosa

1. Publicado ya en *Jonas*, revista mensual de la ex FGCI, junio de 1987. de Julio Antonio Mella, futuro fundador del Partido Comunista Cubano.²

Los acontecimientos históricos contemporáneos que en mayor medida inspiraron y alimentaron aquel movimiento –favoreciendo precisamente su dimensión supranacional– fueron la Revolución rusa y la mexicana. De allí nacían también las principales organizaciones de izquierda latinoamericanas, nacionalistas, reformistas y revolucionarias. Y será en el clima político encauzado y transmitido por aquel arraigo estudiantil en el que, al pasar los años, se formarán muchos de los más célebres hombres políticos del continente.

El Che habla a los estudiantes de Santiago, el 17 de octubre de 1959, incitándolos a estudiar aquella experiencia e ir a verificar después los destinos políticos de sus principales artífices:

«Podríamos ir mucho más lejos en el análisis de la gran conquista de la Reforma Universitaria del dieciocho que precisamente se gestó en mi país de origen y en la provincia a la cual pertenezco: Córdoba; y podríamos analizar la personalidad de la mayoría de aquellos combativos estudiantes que dieron la gran batalla por la autonomía universitaria frente a los gobiernos conservadores que en esa época gobernaban casi todos los países de América» (IV, 34-35).

2. Para la Reforma se remite al libro de J. C. Portantiero, op. cit. y, para el papel de Mella en aquel movimiento estudiantil, véase la

parte a él dedicada en nuestra *Storia de Cuba*, op. cit., pp. 86-93. La figura de Mella se debe aún verdaderamente estudiar y colocar seriamente en los diversos contextos culturales de su época, en la que él actúa como protagonista. La parte que es en general mantenida oculta de su biografía política se refiere a sus últimos años de su vida, cuando asumió de posiciones antiestalinistas. Fue asesinado en las calles de Ciudad de México en 1929. Para la historiografía «oficial» la muerte les fue atribuida a agentes (no mejor determinados) del dictador cubano Machado. Pero el tiempo y el análisis de los datos disponibles dejan abierta la hipótesis de los que, ya en aquella época, sostuvieron que había sido muerto por agentes del estalinismo (con la ayuda, probablemente, del Partido Comunista mexicano). La cuestión del asesinato de Mella se entrelaza con la dramática historia de su compañera Tina Modotti, a la que le ha sido dedicado un bello libro por Pino Cacucci, *I fuochi, le ombre, il silenzio*, Bolonia, 1988: un trabajo que tiene el mérito entre otras cosas, de lanzar un rayo de luz sobre el final de Mella.

Guevara, sin embargo, no participó en los sucesos estudiantiles de Argentina³ y la experiencia de vida universitaria fue para él tan discontinua que no dejó huellas significativas en su formación. Los dos grandes viajes de aventuras en el continente y los quince exámenes realizados en siete meses demuestran lo poco intensamente que el Che vivió aquella parte de su propia existencia que podríamos definir como «juvenil-estudiantil» y lo escasa que fue su experiencia en cuanto a la condición estudiantil latinoamericana: es decir, el drama de una condición provisional y marginal, orientada a la realización imposible de una determinada función social, carente de perspectivas profesionales concretas, en economías más o menos dependientes y en contextos de cultura neocolonial, conservadores y atrasados.

A pesar de todo, el libro *La función del médico en Latinoamérica* quería ser, además de un acto de acusación contra el papel envilecedor de la medicina realizada con fines de lucro, también una denuncia apasionada de aquel destino de frustración profesional, típico precisamente de la condición juvenil y estudiantil, en las varias y específicas realidades latinoamericanas. Un acto de acusación y de denuncia, por lo tanto, efectuado desde el punto de vista de una categoría estudiantil particular, pero con una proyección continental y la fuerza de generalización características de toda la producción teórica de Guevara.

El viaje en motocicleta con el amigo Alberto Granado, las visitas a los lazaretos, las excursiones arqueológicas, el «hambre insaciable de conocimiento» (como dirá de él Fidel Castro), el vagabundear ansioso en busca de sí y de los demás, son experiencias humanas y elementos existenciales que hacen de la personalidad del Che un prototipo de «joven» por excelencia.

Hemos ya visto de qué lecturas, experiencias culturales y preferencias literarias se alimentaba aquella «personalidad» y sus elaboraciones teórico-políticas. Ahora podemos, por

3. Por su misma admisión (Carta a Lisandro Otero, op. cit.), y también por el testimonio que nos ha ofrecido su coetáneo (Guillermo Almeyra), activo en el movimiento estudiantil de entonces y que lo recuerda en una ocasión como delegado de los estudiantes de Córdoba, pero sin gran motivación.

fin, confrontar la amplitud de su filosofía social (definida por nosotros como *humanismo revolucionario*) y su concepción original de la relación teoría-práctica (sintetizada por nosotros en los términos de una *dialéctica de la liberación*) con sus reflexiones acerca de la cuestión juvenil.

Una cuestión que, a la par de los problemas de la moral, del sentido de la historia, de la utopía, tiene para el Che la fuerza filosófica y el poder explosivo suficientes para descomponer desde el interior cualquier visión de la vida que pretenda hablar del *hombre* sin ponerlo realmente en el centro de la historia, como sujeto activo y protagonista de transformación social.

En 1965, en “El socialismo y el hombre en Cuba”, el Che definirá a la juventud como «la arcilla maleable con la que se puede construir al hombre nuevo sin ninguna de las taras anteriores» (VIII, 268). Una imagen que se nutre de las grandes anticipaciones históricas, contenidas en este mismo texto, respecto al arte revolucionario, la cultura, el amor y el papel de la personalidad más en general (y que liberan por lo tanto aquella «maleabilidad arcillosa», de cualquier posible interpretación equívoca o psicorreductora de la personalidad en formación del joven).

Es aquella, por otra parte, una posición de fuerza del pensamiento del Che –respecto a la subjetividad del destino del hombre, joven o no, varón o mujer– a la que él llega a través de una serie contradictoria de reflexiones, de las cuales se puede aquí dar solamente una síntesis.

Partiendo de concepciones ingenuamente pragmáticas acerca del papel del joven laborioso, voluntarioso, ocupado en «firmar un contrato de honor con la sociedad», el Che llega a madurar posiciones poco a poco más complejas y articuladas, al igual que sucede en los otros campos de su teoría social, por nosotros ya en parte analizadas. Es en un discurso de febrero de 1962 (“En la Escuela de Capacitación Técnica de Santa Clara”), que los jóvenes son comparados con «soldados que están en una trinchera», que como arma disponen

de los conocimientos técnicos, y como defensa, de su voluntad de aprendizaje.

Son imágenes retóricas, sacadas de modelos de propaganda importada de los países del Este, inspirados en antiguas y siempre renacientes tentaciones de militarización del trabajo juvenil.

Modelos ya obsoletos, por lo tanto, escasamente aplicables y realizables en la misma Cuba de 1962. El contenido de los mismos continúa no obstante siendo fuertemente restrictivo de las aspiraciones y de las potencialidades de aquellos mismos jóvenes, a los cuales el discurso del Che se limita en las conclusiones, a recomendar la «necesidad de ser maduros», para llegar a ser «obreros de vanguardia, activistas y revolucionarios».

Hemos ya visto, en otra parte, cómo los primeros años sesenta constituyeron un período muy apesadumbrado en el pensamiento del Che, inspirado en una búsqueda de «ortodoxia», casi como un inerte neófito del marxismo: un período caracterizado en el plano ideológico por una acrítica adhesión a los cánones dogmáticos del «materialismo dialéctico», después rápidamente superados y abandonados en el transcurso de su auténtica maduración marxista, en el plano humano, político y cultural.

Un ejemplo de este proceso de cambio de opinión y afinación de los instrumentos de elaboración teórica está dado por un discurso de fines del mismo 1962, sobre el tema “Qué debe ser un joven comunista”. Desde la presentación del problema, el Che se ve obligado a admitir francamente:

«Estamos todos convalecientes de ese mal llamado sectarismo» (VI, 253).

Y el sectarismo se estaría mostrando en el conformismo político de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), en el hecho de haber sido siempre correa de transmisión de ideas producidas desde arriba, sin lograr ser realmente parte integrante del mundo juvenil. Para sanar semejantes carencias y encauzar un nuevo razonamiento acerca del papel de la UJC, Guevara incluye ahora –entre las cualidades irrenunciables del joven comunista– algunas características ideales y operativas, obtenibles directamente a partir del bagaje teórico de su propio humanismo revolucionario: como la «sensibilidad», el «espíritu anticonformista», «la apertura a cada nueva experiencia», la «guerra al formalismo».

«En esencia –concluyó él– la exigencia a todo Joven Comunista es ser esencialmente humano y ser tan humano que se acerque a lo mejor de lo humano, que se purifique lo mejor del hombre a través del trabajo, del estudio, del ejercicio de la solidaridad continuada con el pueblo y con todos los pueblos del mundo, que se desarrolle al máximo la sensibilidad para sentirse angustiado cuando se asesine a un hombre en otro rincón del mundo y para sentirse entusiasmado cuando en algún rincón del mundo se alza una nueva bandera de libertad» (VI, 259-260).

Hablando en un encuentro internacional de estudiantes y profesores de arquitectura, Guevara afronta por primera vez la cuestión juvenil y estudiantil en los países en los que la revolución está ahora por realizarse: es decir, habla del *papel anticapitalista del movimiento estudiantil*, en un período (octubre de 1963) en el que todavía nada hace presagiar lo que está a punto de ocurrir en el mundo entero por obra de aquel mismo movimiento internacional de jóvenes.

El Che admite una vez más el haber concebido «mecánicamente» en el pasado la función de los estudiantes, sin captar lo contradictorio de la función técnico-productiva de los mismos en las sociedades capitalistas e infravalorando aquellas potencialidades humanas, que, sin embargo, tanta participación habían tenido en su misma maduración revolucionaria:

«Me había olvidado de que hay algo más importante que la clase social a la que pertenezca el individuo en sí, que es la juventud, la frescura de ideales, la cultura puesta, en el momento en el que se pasa de la adolescencia, al servicio de los ideales más puros» (VII, 111).

Pero ahora el Che se aventura con mayor solidez de argumentación por los meandros del análisis de los mecanismos de opresión, que son además los únicos que pueden garantizar el comienzo de una dinámica de radicalización anticapitalista, cuando de un estrato social se considera poco relevante –del todo o en parte– la clase social de pertenencia. A la luz de este razonamiento, anticipador de temáticas actuales (y felizmente negador de todo formalismo dogmático), el Che llega a afirmar:

«el estudiantado en su gran mayoría es revolucionario. Tendrá más o menos conciencia de una revolución científica... Es, naturalmente revolucionario, porque pertenece a la capa de los jóvenes que se abren a la vida y que están adquiriendo conocimientos nuevos todos los días» (ibid).

Aquel carácter revolucionario potencial del estudiante, afirma Guevara, puede después transferirse al ejercicio de la profesión (en este caso específico, en la profesión del arquitecto, en otro lugar, el médico, etc.), con tal de que «la cultura general de la humanidad» se conjugue con la «técnica general de la humanidad». Pero esto es posible sólo si el arquitecto accede a *vivir en la sociedad* y no intenta por el contrario realizar una imposible *apoliticidad*, dándole la espalda al drama de las condiciones de vida y de trabajo de un pueblo. En otra parte, esta problemática será desarrollada por Guevara incluso en términos de alienación o identificación con su propio trabajo. En esta apelación a la «politicidad» del intelectual, el Che emplea una expresión muy significativa, que se convirtió después en el título convencional de aquel discurso: «Esta es una generación dada al sacrificio...».

Una perspectiva quizás poco atractiva, pero ciertamente realista para los jóvenes cubanos y para la organización política que debía colocarse a la vanguardia de los mismos: la Unión de Jóvenes Comunistas. A ésta, sin embargo, el Che se ve obligado a dedicarle una charla de crítica muy dura, en el cuadro de su lucha más general y más conocida contra las tendencias al burocratismo en el aparato político y administrativo de la sociedad de transición cubana.

En un discurso de mayo de 1964 (“La juventud y la Revolución”), el Che declara francamente que la UJC no logró desempeñar en Cuba un papel de vanguardia a causa de su mecanicismo. Un defecto que obviamente no se detiene en la UJC, sino que el Che hace extensivo con extrema lucidez a todo el aparato político, del que en el fondo depende también la formación y la orientación de la organización juvenil.

Como ejemplo de semejante mecanicismo, Guevara cita imprevisiblemente la cuestión de la *alegría*, considerándola emblemática de la situación y expresiva de la juventud en cualquier parte del mundo. Y bien, frente a la frescura, a la espontaneidad –y por lo tanto, a la necesidad también– de la risa y de la alegría, había sucedido que:

«Entonces los jóvenes dirigentes se han puesto a pensar qué es lo que debe hacer la juventud... porque debe ser alegre... ¿Cómo un joven –explota el Che en su discurso– tiene que ponerse a pensar qué es lo que debe ser la juventud? Simplemente haga lo que piense y eso tiene que ser lo que hace la juventud» (VIII, 74).

Alegría, espontaneidad y creatividad, según la crítica de Guevara, pero no «superficialidad». Por lo tanto, el Che plantea un problema de profundidad, de empeño en la creatividad que, sin embargo, no debe asfixiar la inmediatez del pensamiento joven.

Guerra al adoctrinamiento, por lo tanto, y a lo artificioso del pensamiento sustitutivo, para no destruir aquel carácter íntimo, que constituye la esencia más humana y rebelde al mismo tiempo de los jóvenes.

La revolución técnica, el trabajo no alienado, la búsqueda científica –campos a los que deberán igualmente ser aplicados el entusiasmo, la espontaneidad y la alegría– continúan siendo, sin embargo, según Guevara, los bancos de prueba, las efectivas finalidades sociales de un compromiso juvenil, político y obviamente revolucionario.

«Aquí está una de las tareas de la juventud, impulsar, dirigir con el ejemplo de la producción del hombre del mañana, y en esa producción y en la dirección está incluida la producción propia» (VIII, 79).

Es ya la reflexión sobre el *hombre nuevo* y sobre las transformaciones sociales, revolucionarias e internacionalistas, que hacen finalmente pensable su realización en el cuadro de la historia humana.

A los hombres como el Che, a los combatientes «envejecidos» en la realización de su función, para la gran contribución humana y política dada a dicho proceso histórico, no les queda otra perspectiva –según Guevara y en un futuro no lejano– que la de *retirarse y hacerle lugar a los jóvenes*: a aquellos mismos jóvenes crecidos y madurados políticamente con el ejemplo de los primeros. Hay ya mucha melancolía –unida a un profundo convencimiento antiburocrático– en el ministro-guerrillero que concluye su discurso dirigido a los jóvenes con las siguientes palabras:

«Creo que hemos cumplido con cierta dignidad un papel importante, pero no estaría completa nuestra tarea si no supiéramos retirarnos a tiempo. Y también otra tarea de ustedes es crear la gente que nos reemplace, de manera que el hecho de que nosotros seamos alejados en el olvido como cosa del pasado, pasa a ser uno de los índices más importantes de la tarea de toda la juventud y de todo el pueblo» (VIII, 80).

El mensaje del Che a los jóvenes no se limita obviamente a los conceptos y a las intervenciones aquí sintetizados. Mucho más amplio fue el alcance de su papel como símbolo y fuente de inspiración política para

toda una generación de jóvenes anticonformistas (si no propiamente revolucionarios).

Después del trágico anuncio de la muerte del Che en Bolivia (9 de octubre de 1967), en todo el mundo surgió una oleada de manifestaciones masivas y violentas, sin precedentes, como confirmación de la popularidad que sus ideas –desde la política hasta la economía, desde lo personal hasta lo simbólico– tuvieron en las nuevas generaciones. En la revista de los estudiantes latinoamericanos (OCLAE, 28/1969), Mario Mencia reconstruyó el cuadro de aquellas manifestaciones estudiantiles, dando al mismo tiempo una descripción de la orientación política de las mismas (“Che en el movimiento estudiantil mundial”, pp. 24-31).

Surge de las mismas un cuadro imponente, sorprendentemente rico también por la amplitud del abanico político de las organizaciones juveniles en él comprendidas, como ulterior demostración del carácter universal y unitario –a pesar de su indiscutible arraigo– del mensaje del Che. Mencia concluye afirmando:

«Reivindicamos para el Che toda esa dosis de romanticismo que un revolucionario legítimo posee en sus visiones de futuro. Ellas anticipan la realidad del porvenir por la que en definitiva combate y está en disposición de entregar su vida».

En la vertiente europea, Rudi Dutschke valoró el aporte teórico y político del Che en muchas ocasiones (por ejemplo, en el debate con Marcuse, recogido bajo el título *La fine dell'utopia*, Bari, 1968, pp. 170-171). Sus comentarios más entusiastas sobre las posiciones del Che están, sin embargo, en “Teoría y guerrilla”, publicado en la revista cubana *Revolución y Cultura* (12/1968).⁴ Pero quizás la exposición teóricamente más fuerte está contenida en un largo artículo (“Las condiciones del capitalismo tardío, los estudiantes antiautoritarios y su relación con el Tercer Mundo”, que en aquella época conoció una notable difusión: fue traducido también por la revista cubana *Pensamiento crítico* (21/1968). En aquella sede le era reconocida a Guevara la paternidad de un nuevo modo de afrontar la relación teoría-práctica, en los términos de un posible vuelco subjetivo, incluso de condiciones objetivamente no maduras para el ejercicio de una acción revolucionaria. Un aspecto del pensamiento del Che que se prestaba a distorsiones e interpretaciones simplistas (como hemos ya visto en la parte dedicada a la guerrilla) y en el que no es posible ahora detenernos.

Más general, sin embargo, y de más amplio aliento es el significado político que al ejemplo de Guevara se le hace reconocimiento en *Le deuxième souffle?* (de D. Bensaid y C. Sealabrino, París, 1969), el texto teórico más orgánico y profundo producido en el movimiento estudiantil del Mayo francés.

«El apoyo a Vietnam, el entusiasmo que inspira el Che, resucitando al internacionalismo militante, son la cuna política de la que le vienen al movimiento estudiantil internacional sus muchas afinidades y, a menudo, además un lenguaje común».

Son estímulos para la reflexión, fragmentos de un discurso «inconcluso» por la misma muerte del Che. Partiendo de sus posiciones y llegando a los movimientos contemporáneos, a nosotros, los dos autores (jóvenes en aquella época) demuestran una evolución creciente y un enriquecimiento impetuoso del análisis marxista acerca de la radicalización

4. El número está dedicado en particular a los movimientos estudiantiles europeos, con artículos entre otros de Marcuse, Sartre, Karol, Rudd, Cohn-Bendit, etc. La revista estuvo caracterizada, en el breve transcurso de su existencia, por un evidente espíritu anticonformista y está entre los testimonios más significativos de la «revolución cultural» que se vivió en Cuba en el período 1966-1968. juvenil, del que Guevara fue ciertamente parte importante. Los mismos confirman cuánta agua ha pasado bajo los puentes del Danubio desde que Marx y Engels analizaban el papel de los estudiantes en la insurrección de 1848 en Viena. Y de este enriquecimiento resulta irrefutable que una parte del mérito le pertenece también al *humanismo revolucionario* del Che, a su entusiasmo y a su fe en el hombre: visiones culturales y actitudes prácticas que en él fueron siempre verdaderamente jóvenes.

2. La mujer, la amistad, el compañero

A partir de la correspondencia del Che con sus familiares, se va haciendo cada vez más nítido el papel jugado por *su madre* en su formación. (Es el aspecto en el que hace el mayor énfasis el hermano Roberto Guevara en las conversaciones sostenidas con nosotros en 1992). De este particular habla ampliamente el

padre, Ernesto Guevara Lynch, presentando aquella colección de cartas. Pero las mismas hablan por sí solas y demuestran la existencia de una relación intelectual, siendo además la misma afectiva, muy profunda, que se prolongó durante toda una vida: vida que para Celia de la Serna concluiría en 1965, a la edad de cincuenta y siete años. Vivió con ansiedad la marcha del debate económico. Captó con lucidez el aislamiento en el que el hijo comenzaba a encontrarse en Cuba. Acababa de saber de su repentina «desaparición» de la Isla e ignoraba las razones de la misma. Es en una de sus últimas cartas –desde Buenos Aires, el 14 de abril de 1965– donde expresa toda su angustia de madre y de revolucionaria por la situación política en la que el hijo había llegado a encontrarse.

En la correspondencia que le dirigió (prácticamente durante toda su vida), Ernesto Guevara incluyó algunos de los análisis políticos más esmerados y preciosos producidos por él (por ejemplo, acerca de Bolivia, Guatemala y la Argentina después de Perón), además de una colección de consideraciones sobre su orientación profesional, sus opciones políticas y de vida, sus intereses culturales prevalecientes. *Una amistad*, por lo tanto, que va más allá del tradicional apego afectivo entre madre e hijo, acrecentado en este caso por los largos períodos de separación, y exaltado, más que mediatizado, por la naturaleza misma del instrumento epistolar.

En aquella amistad, sin embargo, se puede hallar algo más profundo y envolvente, una especie de diálogo intelectual consigo mismo, con un *alter ego materno*, no sólo disponible, sino también en condición de contribuir con él. Y esto en presencia de una intervención, por parte de la madre, realizada con instrumentos culturales propios, en sus inicios además más firmes y ciertamente más autónomos que los del hijo. Las polémicas epistolares entre ambos –por ejemplo, sobre el individualismo o sobre la cuestión del peronismo– constituyen la demostración más evidente de dicha autonomía, de una relación hecha de continua tensión y reciprocidad, en fin, una relación realmente de igual a igual, entre madre e hijo, con respecto a la cual tenemos dificultad para imaginar sus precedentes en la historia de nuestra cultura occidental. Los habrá, probablemente, pero carentes de la relevancia histórica que el fenómeno «Guevara de la Serna» conquistó, gracias a las vicisitudes existenciales del Che (y a la documentación epistolar que de él nos queda).

De la pasión alimentada por Celia –incluso por parte del Ernesto «más maduro»– son testigos numerosas páginas de correspondencia, escritas en los años de la Revolución cubana. Como ejemplos se pueden citar una carta desde la India, del 2 de julio de 1959, y el cierre de otra, que le envió el 15 de julio de 1956, durante la huelga de hambre en la cárcel Miguel Schultz de Ciudad de México (y que aquí citamos). Acaba de comunicarle su intención de ir a combatir a Cuba, una vez reconquistada la libertad:

«Con todo, me parece que ese dolor, dolor de madre que entra en la vejez y que quiere a su hijo vivo, es lo respetable, lo que tengo obligación de atender y lo que además tengo ganas de atender, y me gustaría verte no sólo para consolarte, sino para consolarme de mis esporádicas e inconfesables añoranzas.

Vieja, te besa y te promete su presencia si no hay novedad, tu hijo el Che».

Los acentos de angustioso afecto y nostalgia, contenidos en la carta de despedida a sus padres, escrita en el momento de abandonar Cuba, son demasiado conocidas para tener que recordarlos.

Otra mujer que jugó un papel determinante en la vida de Guevara fue ciertamente la tía Beatriz, la hermana de su padre. También con respecto a aquella, Guevara Lynch ofrece un cuadro muy vívido de la relación que existió entre am-bos, mientras que la lectura de aquella parte mínima de correspondencia por el momento disponible, muestra el resto. Por parte del sobrino Ernesto se revelan dotes de ternura y malicia afectivas, llenas de bríos y espontaneidad, que nos introducen en un rincón inesperado del mundo psicológico del Che.

Más que una tía, Beatriz aparece como una prima, una coetánea del mundo de fantasías nómadas y desenfundadas en el que Ernesto, de estudiante a comandante, continuará rodeándose durante una buena parte de su existencia. Pero en el fondo, detrás de la cortina chispeante de burlas e ironía, surge una relación de auténtica veneración por aquella mujer.

Se descubre así, de paso, que era ella la que guiaba los hilos materiales del *contrapunteo*, preocupándose sistemática-mente por abastecerlo de mate y de Yanal, un fármaco contra el asma: un mal por el que se preocupó desde el primer momento con ternura y continuó preocupándose durante el resto de su vida, ciertamente más que el mismo Ernesto.

¿Otras figuras femeninas relevantes en la vida del Che?

El amigo Aguilar cuenta que «en el verano de 1952 estaba de novio con una chica muy linda y muy rica de Córdoba». Pero el viaje en motocicleta con Granado se reveló perjudicial para aquel amor (que, de todas maneras, constituyó la primera etapa). Con respecto al mismo, el padre alimentaba algunas expectativas, la secreta esperanza de una influencia «estabilizadora» para la vida del joven Ernesto:

«Ernesto, en una época, acababa de ponerse en relaciones con una simpática joven cordobesa. Tanto mi familia como yo estábamos seguros de que se casaría con ella. Un buen día Ernesto me dijo: “Viejo, me voy a Venezuela”. Cuál no sería mi sorpresa al contestar a mi pregunta “¿por cuánto tiempo?”, diciéndome: “un año”. “Pero, ¿y tu novia?”, volví a preguntarle. “Si me quie

5. Ernesto Guevara Lynch, *Mi hijo el Che*, op. cit., pp. 310–313.

re, que me espere”, fue la contestación. Ya yo estaba acostumbrado a esta clase de salidas por parte de mi hijo. Sabía que estaba muy entusiasmado con ella y creía que este entusiasmo aplacaría su sed de horizontes» (ibid., p. 343).

Pero Chichina Ferreira –la «novia» en cuestión– no debe haberlo esperado demasiado, aunque probablemente lo habrá amado lo mismo. Porque según todos los que lo conocieron, era difícil no amar al Che. En la aparente aspereza de sus modales, había siempre un fondo de dulzura cautivadora, unido a una vena latina y gaucha de sufrida y humana melancolía. Y estaba también, no lo olvidemos, la lectura y la admiración por Baudelaire.

En una carta de agosto de 1953, a su madre, Guevara hace referencia a un hecho afectivo que le ocurrió en Bolivia. Lo hace con su típico lenguaje, bromista y figurado:

«A continuación fui presa de una atrapamaridos, y me encontré ungido de miel. No sería entonces tan extraño que además de tus otras dos hijitas tuvieras un nietecito boliviano» (traducido de la edición italiana (*N. del T.*)).

Será, sin embargo, una nietecita, con ojos inconfundibles de india peruana, y la tendrá no mucho después, aunque nada lo hiciera sospechar en la carta a su madre del 10 de mayo de 1954:

«Cuando leo tus cartas, así llenas de exámenes y de idílicas parejas de novios, me siento en dificultades, porque los exámenes me son indigestos y el noviazgo me parece insulso... Continúo llevando mi vida de bohemio–burócrata–sin trabajo, que consiste en vivir en un apartamento parecido a una jaula que concentra mis delicados perfumes, trabajar gratis en la Sanidad y mordirme las uñas pensando en un bistec» (traducido de la edición italiana (*N. del T.*)).

Son las «condiciones de vida subguevarianas» en las que habla en una carta semejante de marzo de 1954. Pero en realidad *el amor* ha comenzado ya a abrir una brecha en su corazón e Hilda Gadea ha entrado en su vida a todos los efectos.⁶

6. No fue empresa fácil lograr conquistar el amor de Hilda. El relato de aquel «calvario» está todo en *Che Guevara. Años decisivos*, varias veces citado.

Es «el huracán Hilda», como la llama en una carta a su tía de octubre de 1955, bromeando en cuanto a la coincidencia de nombre con un huracán que efectivamente se abatía en aquellos días en el golfo de México.

Escribe a su madre el 24 de septiembre de 1955:

«No sé si han recibido la noticia protocolar de mi casamiento y la llegada del heredero... me casé con Hilda Gadea y tendremos un hijo dentro de un tiempo».

Será por el contrario *una hija*, como comunicará con mucho orgullo a la madre, en febrero de 1956, escribiéndole:

«México, día 25 de la nueva era... La cría es bastante fea, pero no es más que mirarla para darse cuenta de que no es diferente de todas las criaturas de su edad... sin embargo, hay algo que la diferencia inmediatamente de cualquier otro crío: su papá se llama Ernesto Guevara».

Es Hilda Beatriz Guevara Gadea, «Hildita». Así la describe el padre algunos días después:

«Pasaré entonces a hablar de la chamaca: estoy muy contento con ella; mi alma comunista se expande plétorica: ha salido igualita a Mao Zedong. Aún ahora ya se nota la incipiente pelada del medio de la bocha, los ojos bondadosos del jefe y su protuberante papada; por ahora pesa menos que el líder, pues apenas pasa los cinco kilos, pero con el tiempo lo igualará. Es más malcriada que la generalidad de los chicos».

El 6 de julio, escribiéndoles a los padres desde la cárcel, aparece una admisión significativa de lo que en el fondo puede esperarse del nacimiento de aquella niña. Presagios de muerte y ansias de vida se mezclan en esta carta que constituye una primera melancólica despedida de los padres, a pocos meses del embarque en el *Granma*:

«Mi futuro está ligado a la liberación cubana. O triunfo con ella o muero allá... Si me toca las de perder consideren estas líneas como de despedida, no muy grandilocuente pero sincera. Por la vida he pasado buscando mi verdad a los tropezones y ya en el camino y con una hija *que me perpetúa* he cerrado el ciclo. Desde ahora no consideraría mi muerte frustración».⁷

Después de la victoria de la Revolución, el 2 de junio de 1959, Guevara se casa con Aleida March, una revolucionaria cubana, conocida en los días de la batalla de Santa Clara, durante la marcha de la Sierra a La Habana. De ella tendrá cuatro hijos: Aleidita, Camilo, Celia y Ernesto.

A partir de 1959, también Hilda Gadea se traslada con su hija Hildita a La Habana, donde permanecerá hasta después de la muerte del Che.

A Hildita el padre le escribirá una célebre carta, el 15 de febrero de 1966, algunos meses después de su «desaparición» oficial de Cuba.⁸

Durante toda una primera etapa de su vida, anterior a la Revolución cubana, Guevara no expresa ninguna idea específica acerca de las condiciones de la mujer en la sociedad capitalista. No parece darse cuenta de la existencia de un «problema» femenino: la mujer para él no es aún una «cuestión social», sino acaso «psicológica».

Queda implícito que sus posiciones al respecto son francamente conservadoras, modeladas en la ideología del chovinismo masculino, el machismo latinoamericano, que en Argentina encuentra una segunda patria. El machismo de los cubanos, de todos modos, no será en verdad mejor y sus ideas sobre el sexo continuarán siendo durante largo tiempo

1. 7. Cursiva nuestra. Hilda Guevara Gadea colaboró con una introducción al ensayo biográfico y fotográfico sobre su padre, realizado por Agustín Monforte, *Che Guevara: la sua vita, il suo tempo*, Roma, 1977.

2. 8. La familia Guevara –Aleida March y sus cuatro hijos– vive actualmente en Cuba, sin gozar de ningún privilegio particular, como el mismo Che anunció en la carta de adiós a Fidel. Hildita ha vivido también en Cuba, trabajando en la biblioteca de la Casa de las Américas. Murió por un tumor en el verano de 1995, a la edad de 39 años como su padre. Los hermanos del Che, con sus familias, pudieron regresar a vivir a Argentina, al finalizar el terror de la época de los desaparecidos. Sobreviven Roberto y Juan Martín. Don Ernesto murió en 1987 en Cuba, donde vivía ya establemente, dejando tres importantes testimonios: *Mi hijo el Che y ...Aquí va un soldado de América*, varias veces citados y la larga entrevista cinematográfica con el director de cine Fernando Birri, con título homónimo. Alberto Granado, que durante mucho tiempo trabajó en Venezuela, vive a su vez en Cuba (*nota de 2003*).

«subguevarianas» (para usar una expresión suya). En el primer período de la Sierra, por ejemplo, hay una referencia despectiva a la «maricona» (carta a Daniel, del 24 de diciembre de 1957) que no deja hacerse ilusiones acerca de su actitud en cuanto a las cuestiones sexuales. (Para no salirnos del tema, ignoramos las posiciones que asumió el Che en la época de la represión contra los homosexuales por parte del nuevo Gobierno cubano, antes de que ocurriera un debido viraje autocrítico. No nos parece, de todos modos, que él se haya opuesto).

En la Sierra, sin embargo, Guevara comienza a descubrir la existencia de una cuestión «social» femenina, tocando con la mano la trágica realidad de la condición campesina en el mundo del subdesarrollo. En su actividad ambulatoria es sobre todo con mujeres con las que se tiene que ver. Pobres guajiras, víctimas de seculares agotamientos y en condiciones de vida de extrema marginalidad, a través de las que el Che escucha narrar una tras otra, un día tras otro, la misma historia desgarradora. De esto ofrece un cuadro dramático en *Pasajes de la guerra revolucionaria*:

«¿Qué hubiese pasado si el médico en ese momento hubiese interpretado que el cansancio extraño que sufría la joven madre de varios hijos, cuando subía una lata de agua del arroyo hasta la casa, se debía simplemente a que era mucho

trabajo para tan poca y tan baja calidad de comida? Ese agotamiento es algo inexplicable porque toda su vida la mujer ha llevado las mismas latas de agua hasta el mismo destino y sólo ahora se siente cansada. Es que las gentes de la Sierra brotan silvestres y sin cuidado y se desgastan rápidamente, en un trajín sin recompensa» (II, 81).

En la Sierra el Che descubre también a la mujer combatiente, la guerrillera inflexible en su entrega a la causa y al sacrificio, y que representa obviamente el revés de la medalla de la guajira. Es una historia común a todas las revoluciones o guerras de liberación nacional cuando tienen lugar en sociedades atrasadas. La participación en la lucha constituye para un gran número de mujeres la primera gran ocasión de su vida para dedicarse con pasión, fuerza y autonomía a ta

9. Traducción de la edición italiana (*N. del T.*).

reas nuevas, ya sean éstas políticas o militares. Y es en aquella experiencia que en las mismas puede madurar a veces una conciencia más amplia de la condición general de opresión y explotación femenina, transformándose en reales y verdaderas vanguardias del feminismo revolucionario.

Pero desde el momento en que dicho proceso no puede desempeñarse de manera simple y lineal, son mientras tanto comunes los casos de mujeres que se adhieren a las concepciones más fanáticas y sectarias de la militancia política, hecha de identificación mecánica con los papeles de la autoridad jerárquica y del «heroísmo» masculino y del hecho de asumir la moral del sacrificio hasta sus consecuencias extremas. Y esto termina perpetuando en la etapa siguiente de construcción del socialismo algunos de los límites más negativos, ideológicos y estructurales, que a la liberación humana y social de la mujer le ha impuesto desde hace milenios la historia de la cultura.¹⁰

Esta «mujer combatiente», que nace y se desarrolla en la Sierra, representa, sin embargo, para Guevara una real y verdadera revolución. En el transcurso de su experiencia militar conocerá obviamente a muchas otras mujeres que se vinculan a la lucha e invierten en ella energías extraordinarias, al punto de convertirse en guías espirituales y factores de estímulo para los mismos hombres, como anota el Che. Es a una de estas primeras figuras heroicas de guerrillera, a la que el Che dedica todo un capítulo de sus *Pasajes de la guerra revolucionaria*: Lidia, una panadera de San Pablo de Yao, acogida entre los cuadros de la Sierra apenas dos meses después del inicio de la guerrilla. Para evocar nuevamente su ejemplo, junto al de una compañera, Clodomira, unida a ella en el trágico destino de la muerte en las cárceles de La Habana, Guevara escribe algunas páginas célebres, vibrantes de sincera emoción.

En *Guerra de guerrillas* hay una parte dedicada a la función de la mujer que pretende ser el balance de la experiencia vi

10. Un trabajo amplio y profundo sobre estas cuestiones fue realizado por Antonella Marazzi y Enrica Tedeschi, en *Donna: riforma o rivoluzione?*, Roma, 1977: uno de los raros estudios sobre el feminismo en el que la orientación de las autoras es favorable al segundo polo de la pregunta.

vida en la Sierra. Pero en realidad no hay nada de característico que el Che logre decir al respecto, salvo en la premisa donde declara que la definición de un papel militar para la mujer es necesaria para vencer la

«subestimación hacia ella que llega a convertirse en una verdadera discriminación en su contra... En la rígida vida combatiente, la mujer es una compañera que aporta las cualidades propias de su sexo, pero puede trabajar lo mismo que el hombre» (I, 131).

Las funciones que él les atribuye a estas futuras combatientes son las típicas de toda experiencia guerrillera hasta aquí realizada, obtenidas todas siempre y exclusivamente a partir de los papeles más tradicionales de la mujer, sin advertir la necesidad de crear nuevas ocasiones que rompan aquella jaula y liberen preciosas energías: las guerrilleras del célebre manual de Guevara son por lo tanto mensajeras, cocineras, instructoras de los soldados, asistentes sociales, enfermeras, artesanas y costureras. Tareas todas, concluye el Che, que deben desarrollarse en una atmósfera de recíproco respeto entre hombres y mujeres, en plena libertad de amarse y... «de contraer nupcias en la sierra y hacer vida marital».

Bien diferente es la concepción del papel de la mujer que el Che desarrolla en el curso de su reflexión más general acerca de la condición obrera en la fábrica y sobre las nuevas tareas del proletariado en la etapa de transición al socialismo.

No sólo Guevara abandona la pasada visión restringida y «feminista» acerca de la mujer guerrillera, sino que bajo el estímulo de la experiencia cotidiana llega también a formular algunos elementos embrionarios de un razonamiento de liberación femenina muy avanzado. Y esto debe ser entendido tanto con respecto a los niveles de conocimiento del problema por parte de sus compañeros y compañeras de partido, como respecto a las anticipaciones de temáticas que sólo el feminismo de los años setenta comenzará a desarrollar (y no siempre unánimemente).

Las primeras intervenciones al respecto, por parte del Che, ministro de Industria, llevan todavía e inevitablemente las huellas de *la temática emancipadora*, en lo que respecta al papel de la mujer obrera en la fábrica. Es el equivalente femenino del obrerismo ingenuo o del mecanicismo marxista-ortodoxo que hemos ya recordado. Pero al mismo tiempo, este tipo de reflexión por suerte no se detiene, va más allá de lo existente y cuando en marzo de 1963 el Che debe afrontar directamente algunos problemas de la mujer en el trabajo, lo hace en términos de una nueva y acrecentada madurez al respecto.

Es en una asamblea de la Textilera Ariguanabo y la ocasión es propiciada por la elección del grupo de obreros que han sido considerados merecedores de entrar en el partido. Guevara constata que de 197 hombres son sólo cinco las mujeres elegidas, muy por debajo de la presencia femenina en la plantilla. Denuncia el hecho y propone para el mismo dos explicaciones. En primer lugar una responsabilidad de las mismas mujeres que

«no se han desatado de toda una serie de lazos que las unen a una tradición del pasado que está muerto. Y, de esa manera, no se incorpora la vida activa de un trabajador revolucionario».

Y en segundo lugar un reflejo del conservadurismo de los hombres:

«el llamado sexo fuerte, considera que todavía las mujeres no tienen el suficiente desarrollo, y hacen valer la mayoría que tienen; en lugares como éstos se notan más los hombres, se hace más claro su trabajo, y de allí se olvida un poco, se trata subjetivamente el papel de la mujer».

Cita después un ejemplo de «estúpida discriminación» con respecto a una funcionaria del MININD, culpable sólo de tener un marido celoso. Sigue la parte más significativa del discurso, en la que por primera vez en la historia de Cuba se declara posible y necesaria *una liberación total de la mujer*, con una explícita referencia a su mundo interior y no solamente socioproductivo, y se atisba además un embrión de crítica a los nuevos mecanismos de opresión nacidos con la sociedad de transición, y que ya no pueden ser considerados como herencia del pasado. La intuición no es desarrollada hasta el final, pero queda en pie el hecho de que Guevara fue el primer marxista que vislumbró la existencia de una opresión de la mujer característica de la sociedad de transición, como distinta y cualitativamente diferente de la heredada de la sociedad capitalista.

«¿Qué indica esto? Simplemente que el pasado continúa pesando en nosotros; *la liberación de la mujer* no está completa, debe ser lograda su *libertad total, su libertad interna*, porque no se trata de una obligación física que se imponga a las mujeres para retrotraerse en determinadas acciones; es también el peso de una tradición anterior.

Y en esta nueva etapa que vivimos, en la etapa de la construcción del socialismo, donde *se barren todas las discriminaciones* y sólo queda como única y determinante dictadura, la dictadura de la clase obrera, como clase organizada...

Y el proletariado no tiene sexo; es el conjunto de todos los hombres y mujeres que, en todos los puestos de trabajo del país, luchan consecuentemente para obtener un fin común...

Pero, sin llevarnos a las tradiciones del pasado anterior al triunfo de la Revolución quedan una serie de tradiciones del *pasado posterior, es decir, del pasado que pertenece a nuestra historia prerrevolucionaria*» (VII, 41-42, cursivas nuestras).

En la empresa boliviana, del grupo muy restringido de colaboradores del Che, forman parte dos mujeres, ambas con cargos políticos y organizativos de primer plano. Cada vez que Guevara las nombra en su *Diario*, lo hace en función de las tareas a ellas asignadas. Tareas, repetimos, de grandísima responsabilidad.

A la primera, la boliviana Loyola Guzmán Lara, expulsada de la Juventud Comunista del PCB, la hace jefe de la red clandestina urbana. Es arrestada en septiembre de 1967. La segunda es una alemana de la ex RDA, de origen argentino, Haydée Tamara Bunke Bider, alias Laura Gutiérrez Bauer, comúnmente conocida como «Tania la guerrillera». Muere con el grupo de Joaquín en la emboscada de Vado del Yeso (Puerto Mauricio). Aunque encargada de funciones muy importantes en La Paz y fuera de Bolivia (Tania trabajaba en

el proyecto desde 1964-1965), se detiene en la guerrilla más tiempo del debido. Es otra contradicción inexplicable del caso boliviano, que la joven alemana paga con su vida.

11. Marta Rojas y Mirta Rodríguez Calderón, *Tania, la guerrillera inolvidable*, La Habana, 1970 (Milán, 1971).

Guevara rechaza durante semanas el creer en la noticia de su muerte, como si esto implicase algo irreparable en cuanto a los términos políticos-organizativos, e incluso humanos. En aquella compañera, quizás había vislumbrado por primera vez las cualidades de la «mujer nueva», la mujer del futuro.¹²

La amistad. Durante toda su vida, el Che le confirió a la amistad el sentido de un valor global, duradero y profundo. Lo demuestra la permanencia en el tiempo de sus dos amistades de la infancia (Pepe Aguilar y Alberto Granado) aún vivas y calurosas en el momento de su desaparición de Cuba.

12. El periodismo de segunda mano, siempre en busca del sensacionalismo morboso, no pierde la ocasión para anunciar una nueva «vicisitud amorosa» del Che, que trastornaría sus planes y arruinaría la empresa. Los más sofisticados, sin embargo, han ribeteado una *spy-story* entrelazada a la *love-story*, identificando en Tania una agente del KGB vinculada al doble juego y por lo tanto, una vez más, la causa de la derrota del Che.

En lo que respecta a la *love-story*, consideramos del todo carente de relevancia el asunto: ya sea verdadero o falso, pertenece al orden natural de las cosas. Nos sorprenderíamos de que un hombre como el Che no dejara traslucir nada al respecto en su *Diario*, que es sin embargo denso en cuanto a anotaciones personales. ¿Razones se vigilancia? ¿Y contra quién? ¿A quién podía interesarle un caso de amistad o de compañerismo, o de afecto, o de amor entre dos guerrilleros?

En lo referente a la *spy-story*, puede quedar en pie sólo la duda de si Tania era una doble agente (cubana y del KGB, o más exactamente de la Stasi germano oriental). Esta cuestión tendría su relevancia política. Hemos leído y releído atentamente las cartas escritas por ella a sus padres en los primerísimos años sesenta y hemos obtenido la certidumbre «matemática» de que Tania se consideraba vinculada en primer lugar a la Revolución cubana. Quizás no fue así al principio, pero a partir de 1963 no pueden haber ya dudas al respecto. La única duda que, sin embargo, nos queda a nosotros, y que transmitimos con toda honestidad al lector, es que un eventual residuo de fidelidad por su parte a los servicios de espionaje de Europa del Este pueda haberla hecho *inconscientemente* intermediaria de informaciones desviadoras para el Che: informaciones encaminadas quizás a hacer que las operaciones militares se iniciaran antes de tiempo, con el objetivo de hacer perecer precozmente el movimiento de guerrilla, junto con su incómodo dirigente. En espera de confirmaciones o revelaciones, que podrán provenir sólo de la apertura de los archivos soviéticos y germano-orientales, todas las historias noveladas de matriz periodística son consideradas como lo que son: baratijas. Baratijas de pésima aleación, encaminadas a engañar la memoria de una combatiente, haciendo hincapié como de costumbre en la «anomalía» de su calidad de mujer en medio de un grupo de hombres. Piénsese entonces en la otra categoría bien diferente con la que Hemingway afrontó un tema análogo en *Por quién doblan las campanas...*

Hasta aquí no habría nada extraño, si él no hubiese logrado después fundir aquel sentido romántico y «mediterráneo» de la amistad con los sucesos de la lucha en Cuba y las «desventuras» de su razón. Y en esto fue *comunista* –íntegramente– según la etimología latina del término.

Lo demuestran las páginas en las que evoca nuevamente dos grandes amistades nacidas con la política activa y en este sentido «ideológicas»: con Camilo y con *el Patojo*.

No reanudamos aquí, sin embargo, la cuestión de su relación con Fidel (afrontada en el cap. II), que fue un fenómeno mucho más complejo, contradictorio y global, para poder pertenecer a las simples categorías de amistad o compañerismo. Es uno de los casos en los que *histoire événementielle* y sentimiento se funden y se confunden, hasta producir conflictos de grandes personalidades, mezclas explosivas, de las que no faltan célebres antecedentes en la experiencia histórica de los movimientos revolucionarios: Robespierre y Saint-Just, Bakunin y Cafiero, Lenin y Trotsky...

Del sentido clásico de la amistad, para Guevara, hablan muchas biografías, sus cartas, el diario de viaje con Granado. Mientras que la reflexión acerca del papel de aquel sentimiento en la acción política, nace y se desarrolla a la par que su conciencia revolucionaria.

Las primeras referencias a la existencia de una moral comunista en la relación de amistad se remontan a la época de su entusiasta adhesión a los ideales del comunismo en Guatemala. Y es obviamente a su madre a quien él le comunica –aunque fuese con fines polémicos– el descubrimiento de aquella «nueva» versión de un antiguo sentimiento, en una carta de noviembre de 1954:

«Los comunistas no tienen el sentido que vos tenés de la amistad, pero entre ellos lo tienen igual o mejor que el que vos tenés. Lo vi bien claro a eso, y en la hecatombe que fue Guatemala después de la caída, donde cada uno atendía sólo el sálvese quien pueda, los comunistas mantuvieron intacta su fe y su compañerismo...».

Además, en una carta a su madre vuelve a tocar el tema, en julio de 1956. Es durante la huelga de hambre en la cárcel, que él realiza, como sabemos, con espíritu puramente altruista, para la liberación de sus compañeros (que después lo recompensarán no abandonándolo y logrando que lo liberen):

«En estos días de cárcel y en los anteriores de entrenamiento me identifiqué totalmente con los compañeros de causa. Me acuerdo de una frase que un día me pareció imbécil o por lo menos extraña, referente a la identificación tan total entre todos los miembros de un cuerpo combatiente, que el concepto *yo* desaparecía del todo para dejar lugar a *nosotros*. Era una moral comunista y naturalmente puede parecer una exageración doctrinaria, pero realmente era (y es) lindo poder sentir esa emoción del *nosotros*».

La experiencia de la Sierra no pudo dejar de reforzar el descubrimiento de esta nueva función del sentimiento de la amistad, favorecida obviamente por los sucesos de la guerra, lo cotidiano del contacto con la muerte, la inestabilidad de cualquier otra relación personal. Es sin embargo inevitable que en este período la amistad se haga *compañerismo*, y por lo tanto, necesidad de afecto y comunicación indistinta, extendible a quienquiera que comparta aquella dramática experiencia de vida y de lucha. La misma pierde así sus características de especificidad, de selección *ad personam* del objeto de amistad (o de amor, también), para hacerse norma de vida cotidiana, indispensable e inevitable para sobrevivir y no dejarse envolver por la angustia. Es éste, en realidad, el sentimiento de amistad del que habla el Che, en muchas páginas de los *Pasajes de la guerra revolucionaria* y sobre todo en *Guerra de Guerrillas*, en la parte dedicada a “El guerrillero como combatiente”.

Se trata de una concepción híbrida, entre espontaneidad y utilitarismo, que vista bajo un perfil ético, corre el riesgo de desnaturalizar el valor universal y desinteresado del sentimiento de la amistad, mientras que en el plano práctico aparece como algo claramente irrealizable. Mucho más coherente entonces, aunque infinitamente abstracta, es la formulación científica de aquella necesidad de armonía, de colaboración armada, que el Che elabora en un artículo de fría y extravagante técnica militar: “Solidaridad en el combate” (en *Verde Olivo*, 1960).

Las exigencias de la guerra y de la nueva economía no parecen, sin embargo, frenar completamente el desarrollo paralelo de la otra y más verdadera reflexión acerca de la amistad, aquella originaria formada con las primeras ideas en cuanto a los caracteres de una moral comunista.

Es otra vez a su madre a quien confía este estado de ánimo suyo el 2 de julio de 1959 desde la India, en su nueva calidad de embajador itinerante del Gobierno revolucionario cubano:

«En mí se ha desarrollado mucho el sentido del colectivo contrapuesto al individual; sigo siendo el mismo solitario de antes en busca de mi camino, sin ayuda personal, pero poseo ahora el concepto de mi deber histórico. No tengo casa, ni mujer (¡un mes antes se había vuelto a casar!), ni hijos, ni padres, ni hermanos, mis amigos son amigos mientras piensan políticamente como yo y a pesar de eso estoy contento, siento que soy algo en la vida, no sólo una potente fuerza interior, que siempre he sentido, sino también una capacidad de comprensión de los otros y un absoluto sentido fatalista de mi misión que me quita todo temor» (traducido de la edición italiana (*N. del T.*)).

Los años de la adhesión a la versión mecanicista y «ortodoxa» del marxismo marcan obviamente un estancamiento en cuanto a esta reflexión, volcándola junto con la mayor parte de los contenidos humanistas de su pensamiento. De lo anterior puede ser un típico ejemplo el artículo que publica en julio de 1961, en la revista del Ministerio de Trabajo, en el que llega además a anteponer –y por lo tanto a contraponer– «el cumplimiento de las leyes y los deberes revolucionarios a la amistad personal» (V, 208-209). Mientras tanto, en el pasado había siempre creído firmemente en la necesidad de una fusión inseparable entre aquellas dos expresiones diferentes de una *única* moral comunista, exaltando en ellas por añadidura la dinámica cualitativa y capaz de mejorar el desarrollo mismo del individuo.

Abandonaría nuevamente aquellas áridas posiciones institucionalizadoras en el ámbito de un estremecimiento mucho más profundo que todo su horizonte filosófico. De esto hemos ya hablado cuando citábamos la importancia para aquel paso teórico del nuevo descubrimiento del humanismo del joven Marx, de Mariátegui, de Aníbal Ponce.

Ahora podemos añadir también a Fidel Castro, que precisamente en el terreno de los valores humanistas ha logrado producir algunas de sus intuiciones más felices. Es el mismo Guevara el que, en mayo de 1963, reproduce en un artículo un largo párrafo de Fidel, dedicado a este tema, y en el cual se advierte también la presencia de razonamientos acerca de la ética hechos por Mariátegui y por nosotros ya recordados. Escribe

Fidel:

«¿Quién ha dicho que el marxismo es la renuncia a los sentimientos humanos, al compañerismo, al amor al compañero, a la consideración al compañero? ¿Quién ha dicho que el marxismo es no tener alma, no tener sentimientos? Si precisamente fue el amor al hombre lo que engendró el marxismo, fue el amor al hombre, a la humanidad, el deseo de combatir la desdicha... lo que hace que de la mente de Carlos Marx surja el marxismo... la necesidad histórica de la revolución social de la cual fue intérprete Carlos Marx. Pero, ¿qué lo hizo ser ese intérprete sino el caudal de sentimientos humanos de hombres como él, como Engels, como Lenin?» (VII, 12).

Los comentarios que Guevara añade a aquella cita de Fidel no se corresponden aún con el espíritu del párrafo, pero indican probablemente la reanudación de una reflexión antidogmática al respecto. Es en dicho contexto cuando Guevara se interesa, por ejemplo, por la experiencia de la amistad personal además de intelectual entre Marx y Engels (que encuentra una comprobación en la discusión efectuada en el MININD sobre la cuestión de la «mucama» de Engels de la que hemos ya hablado).

De aquí quizás también las páginas a modo de apéndice de los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, en las que evoca con emoción (mezclada, sin embargo, con instrumentales consideraciones políticas) la figura de un querido amigo guatemalteco, conocido en la época de Árbenz, con el que hizo las veces de fotógrafo en México y que regresó después para luchar y morir en su país. Con él compartió su casa, en Cuba, en los años después de la Revolución, «como correspondía a una vieja amistad», subraya el Che, recordando las cualidades humanas de Julio Roberto Cáceres Valle, apodado *el Patojo*:

«En este famoso oficio de revolucionario, en medio de luchas de clases que convulsionan el continente entero, la muerte es un accidente frecuente. Pero la muerte de un amigo, compañero de horas difíciles y de sueños de horas mejores, es siempre dolorosa para quien recibe la noticia y Julio Roberto fue un gran amigo» (II, 291).

Acentos análogos se encontrarán en el *Diario de Bolivia* (26 de junio de 1967) a propósito de *Tuma* (Carlos Coello), un oficial cubano unido al Che por una antigua amistad:

«Con él se me fue un compañero inseparable de todos los últimos años, de una fidelidad a toda prueba y cuya ausencia siento desde ahora casi como la de un hijo».

De *Rolando* (Eliseo Reyes Rodríguez), miembro del Comité Central Cubano y combatiente en la columna del Che desde los primeros días de la Sierra:

«Hemos perdido el mejor hombre de la guerrilla, y naturalmente, uno de sus pilares, compañero mío desde que, siendo casi un niño, fue mensajero de la columna 4, hasta la invasión y *esta nueva aventura revolucionaria*» (25 de abril, cursiva nuestra).

Y de *Ricardo* (José Martínez Tamayo), «un viejo compañero de aventuras en el primer fracaso de Segundo, en el Congo y ahora aquí» (31 de julio). El «Comandante Segundo» era el argentino Jorge Ricardo Masetti, periodista de la Revolución y creador de la agencia *Prensa Latina*. Otro querido amigo del Che, muerto en 1963 en el intento de crear un foco guerrillero en Salta, en el norte de Argentina.

Una lista, como se ve, de desapariciones cruentas que no pueden dejar de haber asociado, en el ánimo de Guevara, la idea de la amistad con la de la muerte, sobre todo en los últimos años de su vida: un sentido de lo trágico que resuena en los «cantos luctuosos» y en el «tableteo de ametralladoras» que cierran el mensaje a la Tricontinental.

Quizás también por esto nos parece que sus consideraciones más maduras y serenas con relación al tema de la amistad se ubican a mediados de los años sesenta, en coincidencia con la nueva liberación de recursos teóricos y la aparición de las grandes dudas problemáticas que tiene lugar en la época del debate económico. De lo anterior constituyen una clara confirmación las dos conmemoraciones de la figura de Camilo Cienfuegos, realizadas a distancia de pocos pero decisivos años una de la otra.

La primera se abre con la afirmación de que «más que mi compañero de lucha, de alegría y victorias, Camilo era de verdad un hermano».¹³

Pero el tono de la evocación es artificial, hecho de anécdotas y consideraciones retóricas, casi como para construir el marco para un cuadro oficial del célebre comandante, cuya «ideología socioeconómica» –se ve obligado a reconocer con disgusto el mismo Guevara– «no estaba perfectamente definida» (Camilo no era comunista y era muy desconfiado con respecto a la Unión Soviética).

La segunda evocación es del 28 de octubre de 1964 y se abre además con una declaración de sincera molestia con respecto a dichas ceremonias:

«El recordarlos años tras años en discursos va creando esa mecánica de que les hablaba; mecánica que, para los que han conocido íntimamente a Camilo, por ejemplo, como yo, choca» (VIII, 211).

La continuación del discurso es coherente con aquella premisa. Surge así un retrato mucho más auténtico de Camilo, con la indicación de sus defectos, de sus debilidades y la mención además de un papel desempeñado por él en los conflictos internos del grupo dirigente castrista. Y en este cuadro más real de la figura histórica del dirigente, encuentra también finalmente lugar una nota humana, hecha de emoción sincera y sufrida al mismo tiempo.

Camilo fue en efecto, para el Che, *un gran amigo y un gran compañero*: uno de los pocos que en su vida unificó aquellos dos aspectos, ciertamente el único que logró hacerlo tan intensamente. Es por lo tanto la ocasión apropiada para Guevara de responder al antiguo dilema del significado de la amistad en la moral comunista. El Che plantea efectivamente el problema, pero no lo resuelve.

Aquel dilema quedará por lo tanto sin respuesta (lo que no nos parece demasiado grave):

«Esa es la significación que tiene Camilo para nosotros. Difícil de expresar, difícil de mostrar ante ustedes, porque definir en lo

13. En *Che periodista*, La Habana, 1988, p. 276.

que vale *un compañero*, en lo que vale internamente para cada uno de los que tuvo alguna responsabilidad en la lucha revolucionaria y en el período de construcción, es algo muy difícil. Pero quería, simplemente, anotar ante ustedes, aunque fuera esa *significación interna, privada*, que tiene para mí, para muchos de nosotros, Camilo» (VIII, 215, cursiva nuestra).

Algunos meses antes, respondiéndole a una tal María Rosario Guevara, que desde Marruecos le pedía noticias acerca de sus antepasados, el Che dio otra definición de ser «compañeros», un poco retórica pero sugestiva. Y por ésto, probablemente, la misma adquirió una celebridad desproporcionada, a pesar de que resulta evidentemente incompleta en cuanto a las verdaderas ideas de Guevara al respecto:

«No creo que seamos parientes muy cercanos, pero si usted es capaz de temblar de indignación cada vez que se comete una injusticia en el mundo, somos compañeros, que es lo más importante».

En los primeros días de su «desaparición» de Cuba, el Che debe haber vuelto a reflexionar largamente sobre estos problemas. Es en efecto el momento del «adiós» obligado ante el cumplimiento de decisiones personales, estableciendo prioridades de orden afectivo y político, y más bien separando posteriormente estos dos mundos, ya que los mismos, a pesar de las esperanzas de Guevara, no pueden todavía coincidir.

El Che firma una serie de cartas fechadas en abril de 1965, con las que se despide de las personas más queridas que le quedan, alimentando en su fuero interno la convicción, brillante o quizás inconsciente, de que no volvería a verlas. Es la idea de la muerte la que inspira en él los acentos poéticos y más humanos de aquella serie irrepetible de testamentos epistolares.

Entre ellos está la célebre carta a Fidel, obviamente, pero, por otra parte, ninguna al resto de los comandantes que todavía vivían. Y está la igualmente célebre carta a sus padres, además de una para sus cinco hijos. Existen además una para Pepe Aguilar y otra para Alberto Granado, en forma de dedicatorias a libros. Esto es todo, y por el momento no se conocen otras (a parte de algunos meses después, a su hija Hildita).

Es evidente, por lo tanto, la naturaleza de la elección realizada en su ánimo, en el momento supremo del adiós: un regreso al mundo de los afectos más antiguos y más profundos. Más tradicionales también, como la familia y los amigos de la infancia que, al llegar a este punto, aparecen claramente (¿inexorablemente?) como los únicos amigos verdaderos que le han quedado.

A Pepe le envía una copia de los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, con una dedicatoria:

«Te dejo esto que espero que no sea el recuerdo póstumo; no es vanidad intelectualoide, un gesto de amistad, nada más. Hasta otra, si se produce. Un abrazo paterno. *Che*».

Le devuelve también *Le petit prince* de Antoine de Saint-Exupéry. Para rectificar las imprecisiones existentes al respecto, Pepe Aguilar nos escribió en tiempos recientes (9 de septiembre y 29 de octubre 1993), relatando su último fallido encuentro con el Che:

«Lo curioso de toda esta confusión sobre *Le Petit Prince* es que definitivamente yo le presté el libro al Che la última noche que lo vi. A los dos o tres días me llamó para decirme que le había gustado muchísimo y pedirme que fue a elegir una fotografía de las que habíamos hecho el domingo anterior, para mandar a la Argentina. Yo estaba trabajando en el ICAIC y le dije que no podía ir. Nunca más lo vi. Te imaginarás cuánto he lamentado todos estos años el no haber abandonado mi trabajo».

A Alberto le envía una copia de *El ingenio* (de Moreno Fragnals), con una dedicatoria muy bella, expresiva de un mundo concentrado de ideas, ilusiones y sentimientos. Probablemente sólo el amigo y compañero de los primeros vagabundeos azarosos podía comprender el estado de ánimo con el que el Che se disponía a emprender aquella última aventura:

«Mi casa rodante tendrá dos patas otra vez y mis sueños no tendrán fronteras, hasta que las balas digan, al menos... Te espero, gitano sedentario, cuando el olor a pólvora amaine. Un abrazo a todos, incluyeme a Tomás. *Che*».

3. Arte y cultura

«Todos y a todos los niveles hemos vuelto a los libros, los que ya creían haber pasado esa etapa, los que pensaban que nunca llegaría para ellos el momento de iniciarla» (*El Che en la Revolución cubana*, cit., III, p. 449).

Así comienza un discurso del Che a los obreros de una fábrica de barnices, en noviembre de 1961. Es el *Año de la Educación* que se encamina a su fin, con su campaña masiva de alfabetización. Fue también el año de Playa Girón.

Guevara no tiene responsabilidades directas en aquel plan de instrucción masiva revolucionaria, basado en la movilización de los estudiantes, en la práctica de la más pura voluntariedad. Pero se prepara –con los libros y con el estudio también– para 1962: será el *Año de la Planificación*, «su» año precisamente. Y no casualmente los discursos del Che para hacer propaganda a la alfabetización se transforman en general en apelaciones a la formación técnica, a la especialización, a la profesionalización de los cuadros.

En el primer bienio de la Revolución, no faltaron sus esporádicas intervenciones acerca de los temas de la cultura. Absolutamente personales, no reflejan posiciones oficiales del gobierno. Y éste, por su parte, no tiene una orientación precisa. Todavía no, por lo menos, hasta junio de 1961.

Con la carta de Ernesto Sábato, de abril de 1960, Guevara pone fin a una larga pausa en cuanto a la reflexión sobre temas de cultura, iniciada en México, y que había durado después casi cuatro años, por razones esencialmente militantes. En la Sierra, él realizó entre los combatientes una obra de divulgación sistemática sobre temas de cultura, pero no quedan huellas de una real y verdadera reflexión personal por parte suya. Relata en los *Pasajes de la guerra revolucionaria*:

«Era una parte de mi tarea diaria hacer explicaciones de tipo cultural o político a la tropa» (II, 43).

O en el episodio de *el Vaquerito*:

«Procedimos a su interrogatorio y a darle un rudimento de orientación política, tarea que frecuentemente me tocaba» (II, 76).

En la carta al escritor argentino, él toca una serie de problemas culturales, partiendo de la confrontación entre el papel de la vieja *intelligentsia* cubana y la argentina, dando así un impulso a la reflexión acerca de las responsabilidades del intelectual en la sociedad revolucionaria, de las que volveremos a hablar:

«Aquí (en Cuba) la forma de sumisión de la intelectualidad tomó un aspecto mucho menos sutil que en Argentina. Aquí la intelectualidad era esclava a secas, no disfrazada de indiferente como allá, y mucho menos disfrazada de inteligente; era una esclavitud sencilla puesta al servicio de una causa de oprobio, sin complicaciones; vociferaban, simplemente. Pero todo esto es nada más que literatura» (IX, 376).“

En este mismo período (primavera de 1960), se realiza la célebre visita de Sartre y Simone de Beauvoir a Cuba, destinada a dejar tras sí recuerdos, ilusiones, polémicas, un libro: *Huracán sobre el azúcar*. A medias

entre el reportaje periodístico, la nota de color y el ensayo antideológico, Sartre muestra en aquel trabajo el haber tenido tres interlocutores principales durante su intensa y apasionada permanencia en la Isla: Enrique Oltuski, el más joven de los ministros (Comunicaciones), destinado algunos años después a caer temporalmente en desgracia; Carlos Franqui (en aquella época director de *Lunes de Revolución*) que tuvo la iniciativa de invitar al filósofo francés y que «en desgracia» se encuentra todavía; y, finalmente, el Che. Un encuentro al que Guevara irá con la emoción que podemos imaginar, vista su constante y precoz admiración por la cultura francesa y por lo tanto inevitablemente también por Sartre. En el *Diario de Bolivia* (21 de marzo) se encontrará aún un último eco del acuerdo instintivo y recíproco que se instauró desde entonces con el genial teórico de una existencialista «filosofía del compromiso».

14. En *Ideologie*, op. cit., p. 139. De la carta de Sábato se habló en el cap.

I. El juicio que Guevara expresa en esta ocasión de los intelectuales cubanos antes de la Revolución parece demasiado esquemático. Probablemente él intenta referirse sólo a los intelectuales insertados en el aparato del viejo régimen, porque el mundo de la oposición y del «libre pensamiento» es atravesado, sin embargo, por fermentos culturales muy fuertes. De lo anterior hemos ofrecido una visión de conjunto en el cap. V de nuestra *Historia de Cuba*, op. cit.

Véase también Roberto Fernández Retamar, Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba, en *Casa de las Américas*, 40/1967, pp. 4-18.

A continuación lo que escribía Sartre de Guevara, en su libro sobre Cuba:

«Radical en sus decisiones, violento como un soldado en la ejecución, Guevara era el hombre más cultivado y, después de Castro, una de las inteligencias más lúcidas de la Revolución.

Lo he conocido: habría que estar loco para creer que la amabilidad y el humanismo que demuestra con sus invitados, los pide prestados los días de recepción. A pesar de su intermitencia, sus sentimientos son bien propios.»¹⁵

Le son formuladas preguntas muy precisas, sobre todo acerca del arte «social», del «realismo socialista» y del «destino» (en particular por Lisandro Otero). Son los problemas que los jóvenes escritores deben ya tener en cuenta diariamente. Sartre, aún sabiendo que aquellos esperan de él una explícita condena de los métodos y del arte del realismo socialista, tiende a ser evasivo. Él se oculta tras posiciones de crítica superficial y contradictoria con respecto a aquel fenómeno anormal de la cultura soviética, que alguien, sin embargo, está tratando de importar a Cuba, desde los primeros meses después de la Revolución.

En las palabras finales de su conferencia, Sartre reconoce implícitamente el no haber podido satisfacer las exigencias de sus interlocutores, pero parece igualmente enviarles, entre líneas, un mensaje de melancólica solidaridad:

«Ya he dicho que en mi calidad de escritor, que vengo de un país que está bien lejos de ser revolucionario y, por consiguiente, en cierta forma, el ciudadano es en él más desgraciado, pero eso facilita la causa del escritor, puesto que puede decir que no».

Para los escritores cubanos, por el contrario, los problemas apenas comenzaban. Por ejemplo, para el poeta Nicolás

15. «Huracán sobre el azúcar», en *Sartre visita a Cuba*, La Habana 1960, p. 128. Datos sobre los que reflexionar: la primera edición de aquel libro (10.000 copias) se agotó en seis meses y en 1961 hubo que tirar una segunda de 5 000 ejemplares. Para una pequeña isla no «alfabetizada» aún ¡no estaba mal! El libro contiene también un artículo escrito para el suplemento *Lunes de Revolución*, «Ideología y Revolución» y la «Entrevista con los escritores cubanos», de los que hablaremos ahora.

Guillén, un caso del que habla Guevara, en un discurso de agosto de 1960:

«Yo recuerdo en los primeros meses del año pasado, que el compañero Guillén llegaba de la Argentina. Era el mismo gran poeta que es hoy: quizás era el mismo de hoy. Sin embargo, era difícil para Guillén leer sus poesías, que eran las poesías del pueblo, porque aquella era la primera época, la época de los prejuicios. Y nadie se ponía a pensar nunca, que durante años y años, con insobornable dedicación, el poeta Guillén había puesto al servicio del pueblo y al servicio de la causa en la que él creía, todo su extraordinario don artístico. La gente veía en él, no la gloria de Cuba sino el representante de un partido político que era tabú. Pero todo aquello ha quedado en el olvido; ya hemos aprendido que no puede haber divisiones por la forma de pensar...» (IV, 184).

Las divisiones existen, sin embargo, y se refuerzan precisamente en el bienio de 1960-1961. Guillén

pertenece al viejo Partido Comunista y esto no se le perdona en los primeros tiempos de la Revolución. Pero después hay un vuelco en la situación y son los cuadros del PSP los que toman la ofensiva contra las manifestaciones de libertad artística y de independencia cultural, claramente incompatibles con los cánones del zhdanovismo de Moscú.

En junio de 1961 es convocada una serie de reuniones en la Biblioteca Nacional de La Habana, por iniciativa del Consejo de Cultura dirigido por Edith García Buchaca, una dirigente proveniente del PSP, ahora en primera fila en la batalla contra las nuevas tendencias artísticas y libertarias que están surgiendo en la sociedad revolucionaria cubana. A las reuniones asisten los principales dirigentes políticos (pero no el Che), el mundo del espectáculo y de la cultura completa. Como huésped extranjero está también Evgeni Evtushenko. Es puesto bajo acusación un documental –PM– por haber reproducido con excesivo erotismo y realismo las noches de carnaval en La Habana, la característica «negritud» de las fiestas afrocubanas. Pero el ataque es dirigido sobre todo contra el semanario *Lunes*, complemento cultural del diario *Revolución*, dirigido por Carlos Franqui.

Lunes ocupa efectivamente un lugar relevante en el panorama de la cultura cubana posrevolucionaria. Desde 1959 se había creado en torno a dicho semanario un amplio grupo de lectores, por la calidad de sus argumentos, por la apertura demostrada con relación a todas las corrientes literarias y artísticas más avanzadas en el mundo, y por el corte crítico de la mayor parte de sus artículos. Su colección de libros alcanzó tiradas muy altas e hizo conocer a autores como Borges, Brecht, Breton, Faulkner, Joyce, Orwell, Virginia Woolf y otros; mientras que en las páginas del periódico aparecen escritos de Trotsky acerca del arte, John Reed, Maiakovski, Camus, Sartre, Babel. En la redacción se destacan también los nuevos talentos literarios cubanos como Guillermo Cabrera Infante, Pablo Armando Fernández, Heberto Padilla, el poeta surrealista José Álvarez Baragaño. Participan también glorias nacionales ya consagradas como Alejo Carpentier o José Lezama Lima.

El ataque contra *Lunes* es llevado a cabo por otro comunista del viejo PSP, el director del ICAIC (el Instituto de Cinematografía), Alfredo Guevara. Con el estilo del más clásico zhdanovismo, él acusa a los redactores de la revista de desviación ideológica, revisionismo, antisovietismo y otros cargos similares. Por contumacia es criticado también el más importante pintor cubano residente en el extranjero –Wifredo Lam– uno de los viejos surrealistas del grupo de Breton (de 1938) y autor de cuadros célebres como *La jungla* e *Idolos*, en los que se funden violencia primitiva y refinada visión poética de la naturaleza y del mito.¹⁶

16. En los años sesenta, Wifredo Lam residió fundamentalmente entre París y Albisola Marina, cerca de Savona, en Italia. Su última visita a Cuba fue en la época de Batista. Regresará a Cuba después de la Revolución sólo en 1963 y después una segunda vez, con todos los honores, en 1966. Desde entonces la cultura de la Revolución cubana volvió a apropiarse de él oficialmente y con entusiasmo. Murió en París en 1982. (En esta nueva edición de nuestro trabajo hemos corregido algunos errores con respecto a la figura de Lam. Agradecemos las críticas fraternales que sobre este particular nos hizo Juan Inúrrieta, durante algunos años cónsul cubano en Italia y estudioso, en particular, de la obra de Lam. Fue él, entre otras cosas, quien nos donó una copia del libro de Antonio Nuñez Jiménez, *Wifredo Lam*, La Habana, 1982. Las correcciones aquí aportadas no se corresponden completamente con lo que le habría gustado al amigo Juan, pero seguimos manteniendo nuestra opinión acerca de las dificultades de relación encontradas por Lam en los primeros años de la Revolución, como lo indican inequívocamente además las fechas de sus viajes a Cuba).

La mayoría de las intervenciones se opone al acto de acusación del viejo grupo estalinista y defiende la importancia de la contribución –cualitativa y también de masa– dada por *Lunes* al desarrollo de una cultura revolucionaria en Cuba. El Che está ausente, pero aparte del apoyo político que en ese mismo período él le está dando a la inserción de los cuadros del PSP en el aparato estatal en construcción, en este hecho no habría podido estar de parte de ellos. Y en efecto, ya un año antes, en los días de la visita de Sartre, había aparecido en las páginas de *Lunes* una declaración suya, en la que reconocía a la revista el mérito de haber dado una importante contribución a la realidad cultural cubana.¹⁷

Por otra parte, sus ideas acerca del arte y la cultura –de las cuales ahora hablaremos– no le hubieran permitido ponerse a favor de dichos cuadros.

Entre los dirigentes políticos, la defensa más calurosa de las ideas de *Lunes* es efectuada por Haydée Santamaría –la heroína del Moncada–¹⁸ mientras que Fidel Castro está bien atento a no tomar una posición clara. Él pronuncia un discurso muy general sobre los derechos y deberes del artista en la nueva sociedad cubana, distinguiendo entre libertad *formal* (según sus palabras intocable) y *de contenidos* (que hay que someter por el contrario, a determinadas condiciones), y distinguiendo también entre artistas revolucionarios y los que no se sienten como tales, aún sin pertenecer al campo de la contrarrevolución.

A los segundos les hace una advertencia: «dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho»; un eslogan que, aunque repetido tres veces en el discurso, nun

1. 17. *Lunes de Revolución*, número especial de 28 de marzo de 1960. K. S. Karol afirma que la tirada del suplemento llegaba a 250.000 copias, como el diario. Con respecto a lo relacionado con *Lunes*, Karol se detiene ampliamente en *La guerriglia al potere*, op. cit., pp. 213-217. De esto habla obviamente también C. Franqui, con comprensible «vivacidad» polémica, en *I miei anni con Fidel*, op. cit., pp. 140-146.

2. 18. Después de la muerte de Guevara, Haydée Santamaría escribió unabellísima “Carta al Che”, publicada en *Casa de las Américas* (46/1968) y traducida por nosotros en *Conoscere il Che*, op. cit., pp. 118-119. Entre los máximos dirigentes de la Revolución, directora de la Casa de las Américas, fue también una de las personalidades culturalmente más abiertas en el grupo de los gobernantes cubanos. Su suicidio provocó una notable impresión.

ca se profundiza: ¿quiénes son los artistas revolucionarios? ¿El «dentro» incluye también el «delante» o el «demasiado delante»? Y sobre todo, ¿quién define los criterios que deben regular la expresión artística? ¿El Partido? ¿El ejército? ¿El Gobierno? (En 1968, por ejemplo, el ataque contra Padilla partirá de un artículo en *Verde Olivo*, revista de las Fuerzas Armadas). Aquel discurso¹⁹ deja sin respuesta a éstas y a otras importantes interrogantes, como se puede fácilmente verificar además confrontándolo con las preguntas más precisas y sustanciales dirigidas por los escritores cubanos a Sartre.

No obstante los reconocimientos elogiosos, *Lunes* se cierra (para evitar, se declara oficialmente, conflictos de competencia con la nueva Unión de Artistas y Escritores, fundada en agosto del mismo año). El filme *PM* es también sacado de circulación. Mientras Carlos Franqui será exonerado de la dirección de *Revolución* sólo en el verano de 1963, por el modo en que les es presentado a los lectores el viaje de Fidel a Moscú. El periódico desaparecerá definitivamente en 1964, fundido con el órgano de los viejos comunistas, *Hoy*, para formar el nuevo diario oficial del Partido, el *Granma*.

El Che no asume una posición explícita en cuanto a todo este asunto, ni siquiera en los años siguientes. A Carlos Quijano le escribirá en 1965:

«En nuestro país, el error del realista no se ha dado, pero sí otro de signo contrario» (VIII, 267).

En realidad, él tiende a minimizar lo sucedido, incluso a la luz del hecho según el cual, poco después del cierre de *Lunes*, son los partidarios del «realismo socialista» los que terminan en la mirilla de la represión. El año 1962 ve, en efecto, la lucha contra el «sectarismo», la liquidación del grupo de Escalante, una reducción efectiva de las miras hegemónicas de los viejos comunistas.

De esto también sacan efectos beneficiosos la cultura y la experimentación artística, que en Cuba explotan a media

19. Fidel Castro, *Palabras a los intelectuales* (30 de junio de 1961), publicado en folleto a cargo del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1961, Año de la Educación.

dos de los años sesenta en una girándula de creaciones extemporáneas, de «redescubrimientos» tan entusiastas como tardíos, y de auténtico libertarismo antidogmático, capaz de dejar sorprendido y confuso hasta al más prevenido de los visitantes. Para encontrar nuevamente un poco de aquella atmósfera es suficiente hojear algunas de las revistas significativas de aquella época –como *Casa de las Américas*, *Pensamiento crítico* y *Revolución y Cultura*. La cumbre de aquel proceso será el Congreso Cultural de La Habana, concebido cuando el Che estaba aún vivo y efectuado en enero de 1968. En su declaración final, entre otras cosas, aquel congreso identificará en

«Guevara... por sus cualidades de médico, de escritor y de pensador revolucionario, pero sobre todo por su estatura de guerrillero, la expresión mayor, más exacta, más pura del intelectual revolucionario».

Para votar por ella están los intelectuales «orgánicos» o «marginales» de medio mundo. Después, la cultura cubana experimentará una nueva etapa involutiva.

En el bienio de 1962-1963, las preocupaciones culturales del Che están relacionadas con dos aspectos cruciales de su compromiso intelectual (además de toda una serie de aspectos menores vinculados a la profesión, a la utilización de la técnica y a la investigación científica, de las que en parte se ha ya hablado).

Para el primero, Guevara parte lanza en ristre –real y verdadero moderno Don Quijote– *contra todos los intentos de falsificación de la realidad historiográfica*, de donde quiera que vengan y cualesquiera que sean sus motivaciones. Para el Che, el fin no puede justificar el método de la calumnia o de la adulación, de la mentira o de la simplificación, y esto como parte, no insignificante, de su razonamiento ético más general acerca de las características del intelectual revolucionario.

Él toca a menudo esta cuestión. Por ejemplo en la carta a Otero, ya citada, por su asunto personal, o en la carta de crítica a Franqui, como director de *Revolución*, en diciembre de 1962:

«Considero que la verdad histórica debe respetarse: fabricarla a capricho no conduce a ningún resultado bueno» (*Obras*, op. cit., II, p. 684).

O en la carta a Pablo Díaz González, del 23 de octubre de 1963:

«La primera cosa que debe hacer un revolucionario que escribe historia es ceñirse a la verdad como un dedo en un guante. Tú lo hiciste, pero el guante era de boxeo y así no vale. Mi consejo: relea el artículo y quítale todo lo que tú sepas que no es verdad» (IX, 381-382).

De forma complementaria a esta lucha por la verdad historiográfica está la sostenida por *la serenidad y la corrección en el debate*. También esta batalla se puede considerar «orgánica» ante la visión ética que del intelectual tiene Guevara, y los ejemplos no faltan. Obviamente, los anteriores se hacen más frecuentes cuando es el Che mismo el que se encuentra fuertemente involucrado en la polémica, como por ejemplo en el debate económico.

Además, él considera como parte de esta corrección la modestia y la seriedad con las que se le debe prestar atención a cualquiera que se comprometa en el campo cultural y considere que tiene algo que decir.

Estudiante, obrero, intelectual consagrado o simple aficionado, el interlocutor de turno logra indefectiblemente establecer un diálogo con el Che, aunque éste parece constantemente presionado por las múltiples actividades a las que se encuentra vinculado en los años del MININD. De lo anterior pueden ser un típico ejemplo todos los escritos en los que juzga o critica números de revistas, artículos o incluso manuscritos literarios que le fueron propuestos como lectura. Es en noviembre de 1963, por ejemplo, que le responde a un tal Juan Angel Cardí, que le envió algunos capítulos de nueve novelas inéditas. A pesar de tratarse del momento crítico de encauzamiento del debate económico, el Che logra igualmente hacerse una idea de aquel material y, habiéndolo encontrado de baja calidad, responde al desconocido autor con críticas muy fraternales. La carta concluye:

«Si esta observación le sirve para algo, me alegro, si no, no tome a mal mi franqueza. No sé cuál será su edad, ni su vocación de escritor; la única pasión que me guía, en el campo que usted recorre, es la de transmitir la verdad (no me confunda con un defensor a ultranza del realismo socialista). Desde este punto de vista lo veo todo. Lo saludo y le deseo éxitos en su peregrinación editorial» (traducido de la edición italiana (*N. del T.*)).

Véase también la carta a Eduardo Ordaz Ducungé, director del Hospital Psiquiátrico de La Habana, al que el Che no responde con la prosopopeya de un «colega» médico, sino con una frase jocosa, que podría haber hecho fortuna en la época de los *Cahiers du Surrealisme*:

«En serio, la revista está buena, la tirada es intolerable. Créemelo, porque los locos dicen siempre la verdad» (IX, 388).

La otra preocupación cultural del Che es la referida a la cuestión del *compromiso político del intelectual*. Implícitamente hace referencia a esto en casi todas sus principales obras políticas, pero desarrolla el tema de un modo más orgánico en el discurso correspondiente al Encuentro Internacional de Estudiantes y Profesores de Arquitectura, en septiembre de 1963. De esto hemos hablado haciendo referencia a la dinámica revolucionaria de los movimientos estudiantiles.

En el arquitecto, como en todo profesional del campo de la técnica y del saber, se funden, según Guevara, la cultura acumulada por la humanidad y la específica de un determinado período y un determinado pueblo. Todo esto hace que su obra sea insertada por definición en una sociedad específica, a la cual, aún queriéndolo, no se le puede dar la espalda. La apoliticidad es por lo tanto una abstracción y el compromiso, cualquiera que sea, está ya presente en la función misma del arquitecto, del intelectual, etc. Se plantea obviamente un problema de elección del fin hacia el que dirigir el compromiso, pero no se puede impedir que el mismo exista y se manifieste:

«Un hombre en la sociedad moderna es político por naturaleza...

La cultura es algo que pertenece al mundo, es quizás como el lenguaje, algo que pertenece a la especie humana» (VII, 115).

Según Allport, una de las razones por las que Guevara conquistó el afecto y la estima de los escritores latinoamericanos fue por su batalla *contra el realismo socialista*.²⁰

20. D. Allport, "No al realismo socialista", en *Che Guevara. Da Cuba al Terzo mundo*, op. cit., pp. 183-190.

Era toda la historia cultural y personal del Che la que lo empujaba hacia esta dirección, además del carácter polivalente y refinado de su formación intelectual. Pero esto no había bastado probablemente para defenderlo de las fortísimas presiones políticas que en Cuba se ejercieron en los primeros años en tal sentido, si no hubiese tenido también una ética propia como hombre de cultura, además de una fuerte carga de anticonformismo personal. ¿Cuántos intelectuales, sin embargo, incluso más preparados que él, abrazaron la causa del zhdanovismo es los años de la posguerra, por las ventajas materiales que obtenían de éste con la cultura oficial soviética y como acomodo ante las presiones del ambiente?

Al principio, por lo tanto, el Che no parece preparado culturalmente para afrontar el problema del realismo socialista y existió también en su vida un breve período de incertidumbre. Lo demuestra un artículo escrito para *Verde Olivo*, en noviembre de 1959, al regreso del país «sirena», entre los menos grises e incoloros de la Europa oriental de entonces:

«Yugoslavia, el único país comunista que hemos conocido, goza de una libertad de crítica muy grande... Mayor libertad existe en las artes, donde al lado de magníficas realizaciones realistas, en pinturas por ejemplo, hemos visto salas enteras de representantes de las últimas escuelas de arte moderno sobre las que no expreso opinión alguna porque, simplemente, no las entiendo; el mensaje que presumiblemente tienen no está al alcance de mi percepción» (En *Che Periodista*, op. cit., pp. 69-70).

Esta modestia en la valoración de sus propios recursos culturales recuerda, entre paréntesis, la manifestada por el Che en otras ocasiones en las que confiesa su ignorancia en el campo musical. Por ejemplo, en una carta de junio de 1964:

«Acuso recibo de los discos... Del contenido no hablo. De música no me está permitido dar ni siquiera una tímida opinión porque mi ignorancia alcanza los -273º».²¹

21. Traducido de la edición italiana (*N. del T.*). O en una conversación en el MININD, de marzo de 1965: «Me pidieron muchas noticias sobre una serie de orquestas, y yo a mi vez tuve que buscarla porque no estaba al corriente del movimiento musical en Cuba» (traducción de la edición italiana (*N. del T.*). Son además casi unánimes los testimonios acerca de su falta total de oído

Pero regresemos al realismo socialista. El Che analiza sus fundamentos y demuele la imagen propagandística de los mismos, en "El socialismo y el hombre en Cuba", de marzo de 1965.

Hemos ya reconstruido la estructura plana de aquel análisis, hasta su denuncia de toda forma de alienación que la sociedad de transición pueda heredar del pasado o produzca *ex novo*. Ahora la cuestión puede continuar desde el punto en el que el Che afirmaba que la liberación del hombre no pasa sólo a través del carácter social de las nuevas formas de trabajo, sino mediante «la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte».

Un proceso en verdad no simple ni lineal, ya que sobre los mecanismos mismos de la creación artística se asienta el peso de una tradición enajenante y autodestructiva de las potencialidades creadoras del individuo:

«Desde hace mucho tiempo el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho y más horas en que actúa como mercancía para resucitar en su creación espiritual.

Pero este remedio porta los gérmenes de la misma enfermedad: es un ser solitario el que busca comunión con la naturaleza. Defiende su individualidad oprimida por el medio y reacciona ante las ideas estéticas como un ser único cuya aspiración es permanecer inmaculado. Se trata sólo de un intento de fuga» (VIII, 264- 265).

El cambio de las condiciones materiales que se realiza en la sociedad revolucionaria hace finalmente

posible ade

musical: desde la simpática anécdota (en una fiesta de baile) que relata Granado en su libro, hasta las de sus familiares. Una «suerte» para el Che, que de esta forma nunca se dió cuenta de la decadencia y de las banalidades en el profesionalismo, con fines de espectáculo, de una gloriosa tradición de música popular cubana. Un proceso involutivo que se remonta a los primeros tiempos de la penetración masiva del turismo norteamericano y que no fue en verdad frenado por las nuevas músicas de la Revolución, calcadas en general del «sinfonismo de revista», digno de las peores escenografías de Hollywood. Pero, para ser sinceros, las cosas no habrían ido necesariamente mejor, para el Che, con corrientes contemporáneas de tangos, por él tan queridos, de su Argentina natal...

más una liberación del arte y de la cultura. Desvinculados de los mecanismos de la ley del valor, éstos pueden ahora ejercer toda su función histórica progresiva, sin volver a colocar al artista ante la alternativa de venderse o de ser triturado. El Che admite, sin embargo, que a esta alternativa los «talentos excepcionales» logran escapar incluso en la sociedad mercantil: es un reconocimiento implícito a la función universalizadora del genio, en el campo de la creación artística.

Hablando de *un arte que se contrapone a los mecanismos de la enajenación*, el problema que aparece en primer orden es obviamente el de la relación entre «libertad» e «investigación». Según Guevara existen tendencias a la simplificación que identifican la libertad con la «investigación artística». Pero ésta tiene límites –afirma él–, a diferencia de la libertad. Y son precisamente estos límites los que surgen de forma prepotente cuando uno se encuentra afrontando las verdaderas razones de la enajenación. En aquel punto, la ilusión de la fuga en la «angustia sin sentido» o en el «pasatiempo vulgar» ejerce toda su fascinación, sugiriendo muy concretamente el abandonar toda veleidad en la utilización del arte como denuncia.

También en la sociedad revolucionaria cubana, «el sentido del concepto *fuga* se escondió tras la palabra *libertad*» como «reflejo del idealismo burgués en la conciencia» (VIII, 265). En algunos países, afirma el Che refiriéndose al mundo soviético, se reaccionó ante estas tendencias pasando al extremo opuesto, al «dogmatismo exagerado»: es entonces que a la cultura transformada en tabú se le impone la obligación de reproducir a modo de especulación la configuración exacta de la realidad, aboliendo toda ulterior posibilidad de libre aspiración cultural,

«convirtiéndose ésta, luego en una representación mecánica de la realidad social que se quería hacer ver; la sociedad ideal, casi sin conflictos ni contradicciones, que se buscaba crear» (VIII, 266).

Ante la ausencia de energías creadoras y de artistas geniales, la tarea de resolver los problemas del arte fue asumida por el Partido, es decir, por *sus funcionarios*, continúa el Che, a los que se les asigna la tarea de «educar» al pueblo:

«Se busca entonces la simplificación, lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por lo tanto, no peligroso). Así nace el realismo socialista sobre las bases del siglo pasado» (VIII, 266).

El arte realista, afirma Guevara, nace, sin embargo, de la sociedad de clases del siglo XIX y lleva consigo las marcas del capitalismo, mientras que el arte del siglo XX expresa la angustia del hombre alienado.

Entre los dos males, no puede ser el realismo socialista la respuesta válida, pero es también cierto que las alternativas tardan en delinearse. No aparece por ejemplo la producción artística del mundo de la *libertad* y no aparecerá hasta que la sociedad no haya desarrollado las bases materiales de la misma. Y falta «un mecanismo ideológico cultural» que estimule la investigación, liberando al mismo tiempo al artista del pantano de las subvenciones estatales. Los errores del «mecanicismo realista» y del «decadentismo» se pueden por lo tanto evitar, según el Guevara visionario y utopista de esta parte final de su razonamiento acerca del arte, saltando a pie juntillas la herencia del siglo XIX y del XX, y apuntando decididamente hacia el hombre nuevo, el hombre del 2000, «el hombre del siglo XXI» (VIII, 272).

Esto se hace cada día menos irreal, según el Che, por la aparición de las masas en la escena social, el surgimiento de nuevas ideas, la creación de las posibilidades materiales para un desarrollo integral del individuo: un conjunto de factores que pone finalmente a la cultura al alcance de todos los miembros de la sociedad. Las posibilidades de que surjan artistas excepcionales aumentan, y aumentarán en gran medida

«cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión» (VIII, 268).

Es, como se ve, un himno final a la libertad de expresión artística, aunque el Che admite que la palabra puede pasar en este sentido a las nuevas generaciones, sólo si se evita que las mismas estén hechas de «asalariados dóciles al pensamiento oficial». En ese caso surgirán del seno de aquellas generaciones

«los revolucionarios que entonen el canto del hombre, del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Es un proceso que requiere tiempo» (VIII, 268).

Faltan dos cuestiones de detalle pero como veremos no insignificantes.

Al regreso de su último viaje oficial por África (a donde regresará dentro de poco secretamente), tiene lugar una conversación en el MININD. Es marzo de 1965, pocos días antes de su «desaparición». Queda el texto grabado, precioso no sólo por sus referencias políticas, sino también por las consideraciones que hace el Che con respecto a dos temas tocados en 1961 en la reunión sobre los problemas de la cultura en la Biblioteca Nacional.

El primero se refiere a la «negritud», la herencia de la tradición afrocubana:

«La cultura cubana, el modo de sentir cubano, reúnen de un modo verdaderamente vistoso las antiguas culturas negras... Hoy Cuba tiene un veinte-treinta por ciento de sangre negra, entre negros puros y sus varios matices. Por eso se dice que el que no tiene de *congo* tiene de *karabalí*...

También la música, naturalmente. El hecho curioso es que la música africana llegó a Cuba hace muchos años y, en parte, se transformó en el modo de sentir de la nación cubana. Después en los últimos años, volvió allá, como expresión nueva, e influyó profundamente a todos los países del África negra.

Esto demuestra cómo la integración cultural, en sus orígenes naturalmente, entre África y Cuba es notable, y la influencia africana en nuestra cultura es verdaderamente profunda» (traducido de la edición italiana (*N. del T.*)).

Cosas escritas y repetidas durante más de medio siglo por Fernando Ortiz en su enorme bibliografía sobre el africanismo cubano, pero que la cultura oficial de la época del «sectarismo» llegó a minimizar, hasta el punto de hacer retirar de circulación el documental *PM* del que se ha ya hablado. Guevara, a su manera, parece por lo tanto intervenir en aquel debate, aunque un poco... tardíamente.

La otra referencia, siempre en la misma conversación y en el mismo contexto de la negritud, se refiere precisamente al pintor Wifredo Lam, el gran surrealista cubano al que se ha hecho ya referencia y del que se descubre ahora que Guevara fue uno de sus admiradores:

«Creo que ustedes conocen al pintor cubano más famoso... No vive en Cuba, sino en Francia: Wifredo Lam. A Wifredo Lam se le puede encontrar en la cultura o en cualquiera de los países negros, representado por cualquier escultor o pintor africano, aunque la pintura en aquel lugar esté muy poco desarrollada (en él) todo es negro, cualquier deformación, o borrón, es decir, cualquier intento que el artista emprende en busca de nuevas formas. Todo esto forma parte precisamente de la pintura ritual, de la representación del ritual negro» (traducido de la edición italiana (*N. del T.*)).

Son observaciones muy cuidadosas que documentan un nuevo interés de Guevara además por las manifestaciones más complejas de la vanguardia artística, al contrario de lo que él mismo habrá afirmado en 1959, a su regreso de Yugoslavia, confesando que no comprendía el arte moderno y el abstracto.

Liberando el tema de posteriores superposiciones propagandísticas, ¿podemos decir que existe en los escritos del Che una definición *suya* característica del artista o del escritor?

A nosotros nos parece haber determinado una, artística por excelencia, en el lugar aparentemente más impensable (pero en el fondo, lógico, tratándose de Guevara): en el prólogo al libro del general Bayo, su maestro de guerrilla (que en esta ocasión es a su vez definido como un «moderno Don Quijote»). La ubicación es lógica porque, en el fondo, era precisamente en aquella figura laica y altanera, europea y republicana, donde a los ojos del Che podían confluír muchos de los elementos culturales y fisiológicos de su juventud, revividos por añadidura ahora en el contexto «socialista, tropical, indómito, ingenuo y alegre» de la nueva Cuba.²²

A la luz de lo que se ha dicho hasta ahora, la figura del «narrador» sacada de la tragedia griega e insertada en el párrafo que sigue, puede ser considerada como la mejor definición poética del papel que Guevara le asignaba al artista-in-telectual-escritor, comprometido, pero con instrumentos propios, en la lucha de las masas por el socialismo:

22. Esta bella definición está contenida en una carta del Che a Peter Marucci, director del *Daily Mercury* en Canadá, 4 de mayo de 1963.

«En el proceso revolucionario, como en los dramas antiguos, *el coro* –el pueblo– es el gran motivador de las situaciones y sirve de trasfondo ininterrumpido a las escenas en las cuales los actores individuales se suceden rápidamente sin dejar huellas. El gran motivador nos absorbe con su línea implacable y nos funde en la masa anónima. Hay veces sin embargo, que *algún narrador* aparece en escena y fija determinado aspecto y determinados personajes dentro del gran marco revolucionario. Así, en este libro, nos vemos de pronto retratados. Nos vemos como personajes, como una abstracción...».²³

Finalmente habría aquí que darle un vuelco al tema y hablar de cómo el arte, o mejor, el mundo del arte ha visto la figura del Che. Pero esto está fuera de las posibilidades de este trabajo y nos arrastraría a una búsqueda de contornos casi infinitos, en el tiempo y en el espacio. Podemos sólo indicar esquemáticamente algunas delimitaciones de campo: poesías, canciones, gráfica, fotografía y cinematografía.

Al día siguiente de la muerte del Che, algunos de los más célebres poetas del mundo escribieron poesías como recuerdo del guerrillero «heroico». Junto a ellos, obviamente, una multitud de aficionados, de hombres políticos, de compañeros anónimos conmovidos por el acontecimiento.²⁴ El argentino Julio Cortázar, que en 1964 dedicó un breve relato a la reconstrucción imaginaria del episodio de Alegría de Pío –*Reunión*–, escribió los versos probablemente más bellos.²⁵

Canciones originales –o sacadas de las poesías mencionadas– fueron escritas en todo el mundo y algunas son ya co

1. 23. «Los recuerdos convoco de las cosas que fueron», prólogo al libro del general Alberto Bayo, *Mi aporte a la Revolución cubana*, La Habana, 1960.

2. 24. Entre aquellos anónimos compañeros estábamos también nosotros, con los versos ingenuos que escribimos en aquella tarde lejana del 9 de octubre de 1967 y que a continuación traemos nuevamente: POR UN GUERRILLERO. *He visto llorar/prensa de sonidos/sudamericanos/La tristeza del sol que vibra/sobre el cañal/y en el matorral. /He visto llorar/al campesino/de Guatemala/al minero/de Boli-via/al obrero/de Brasil. /He visto llorar/de rabia/al esclavo del Norte/al ritmo del sangrar/re-belde/que tabletea/entre las selvas. /He visto llorar/a los hombres/de impotencia/fuera de la Sierra/y/donde el espíritu/de la vida/se encuentra a sí mismo/sin lágrimas/he llorado/con paso cadencioso/la muerte del Che.*

3. 25. “Yo tuve un hermano”. El texto en español y nuestra traducción están en *Conoscere il Che*, op. cit., p. 120.

nocidísimas. Algunos nombres y países de pertenencia: en primer lugar obviamente los inolvidables Carlos Puebla y Pablo Milanés (Cuba); Víctor Jara (Chile); Sergio Ricardo (Brasil); Colette Magny (Francia); Jesús Muñariz (España); Ivan della Mea, Sergio Endrigo (Italia); Rubén Ortiz (México); Ahmed Fouad Negm, Cheikh Imam (Egipto), Gabriel Aresti (Euskadi) y muchos, muchísimos otros.²⁶

En lo que respecta a la cinematografía, se remite a la sección específica de la bibliografía al final de este volumen.

Lo mismo es válido para la selección de fotografías allí comprendida y que lleva las firmas de artistas de la imagen como Osvaldo Salas, Alberto Korda y Raúl Corrales.

En cuanto a la gráfica, no bastarían las páginas de este libro para enumerar a todos aquellos que se han medido con el rostro del Che: se puede sólo afirmar sin titubeos que jamás algún rostro en el mundo –a excepción de los presuntos de Shidarta Gautama, y Jesús de Nazaret, llamado «el Cristo»– ha tenido la suerte de haber sido representado y reproducido de forma creadora a una escala tan amplia y tan significativa: y esto es válido tanto para la dimensión geográfica del fenómeno, como para su duración en el tiempo.

Por desgracia, es tal la celebridad visual de aquel rostro, y tan denso en sugerencias el mundo que el mismo evoca aún hoy, que también la gráfica publicitaria se apropió de aquella imagen desde los primeros momentos y no parece que quiera deshacerse de ella. La operación es ciertamente vergonzosa en cuanto a las intenciones, pero no se puede decir aún que sea totalmente negativa...²⁷

1. 26. No faltan grabaciones de las canciones dedicadas al Che y una co-lección de textos a cargo de Meri Franco-Lao y Fabio Pierini, *¡Hasta siempre!*, Roma 1977 (con texto original incluido). Está también la colección de *Poemas al Che*, Barcelona, 1976 y el número especial de *Casa de las Américas*, 46/1968.

2. 27. Una advertencia. *L'happening teatral Che!*, de Raphael Lennox (Contact Books, 1969), interrumpido por la Policía en New York en su primera representación, no tiene nada que ver con Guevara. Desde la primera aparición de este trabajo nuestro (1987)

hasta hoy (2003) se han producido en el mundo decenas de espectáculos dedicados al Che de buena calidad y centenas de mala. Hay nuevos documentales (por ejemplo el nuestro: *Ernesto Che Guevara. Hombre, compañero, amigo...*, de 1994), nuevas películas, nuevas canciones y varios *musicals* en varios idiomas. De todo esto sólo podemos avisar al lector. (Nota del 2003).

4. La ética del odio y del amor

Podemos tratar de acercarnos al tema a partir de aproximaciones sucesivas, utilizando el «archivo» de las ejemplificaciones simbólicas ya existentes, con la convicción de que cada frase dicha tenga un sentido para quien la dice y cada analogía, un valor para quien la formula. Y considerada la fragilidad del límite entre ética y sentimiento, cuando se habla del individuo –cualquier individuo, incluido el Che– se espera que la fuerza evocadora de las imágenes pueda sostener el andar cojeante de la razón.

Comenzamos por lo tanto por las figuras-símbolo de *amor* por la humanidad, con las que se asocia el mismo Guevara.

Poco importa la intensidad de la comparación o la fundamentación histórica del símbolo seleccionado. Se encuentra entonces, en primer término, a un *Ghandi* en el Ernesto que envía abrazos «para que sean divididos a derecha e izquierda entre los pobres burgueses que admiran mis empresas mahatma-gandísticas»,²⁸ en una carta a su madre de agosto de 1954; que firma como «*Shid-arta* Guevara» en una carta a su padre de febrero de 1956, en un momento todo lo contrario de «budista» de su vida; que se considera un *Don Quijote* a cada paso; que sonrío para sus adentros, en las páginas del diario boliviano, ante la idea de que los checoslovacos lo consideren como «un nuevo *Bakunin*»; pero que, en realidad, continuará considerándose durante toda su vida un *Barrabás* (el de Pär Lagerkvist, Nobel en 1951), condenado a andar siempre «contracorriente».

En el frente del *odio* el modelo es obviamente *Stalin*, desde la firma chistosa «Stalin II» (1954) en adelante. Pero forma parte del personaje. Es el intento de parecer consigo mismo duro y glacial más de lo necesario, por inseguridad, miedo a no tener la suficiente tensión interna para el camino que le espera. Es un poco como cuando escribe desde la cárcel en plena huelga de hambre:

«No soy Cristo y filántropo, vieja, soy todo lo contrario de un Cristo... por las cosas que creo lucho con todas las armas a mi alcance y trato de dejar tendido al otro, en vez de dejarme clavar en una cruz o en cualquier otro lugar».²⁹

1. 28. Traducido de la edición italiana (*N. del T.*).
2. 29. En *...Aquí un soldado de América*, op. cit., p. 140.

Sin embargo, es al área «crisológica» donde muchos no creyentes han ido a buscar luces para el análisis ético del Che. A veces entre los primeros mártires del verbo, como Eduardo Galeano que le reconoce tanta austeridad «que iguala, en cuanto a capacidad de sacrificio, a los *cristianos de las catacumbas*».

O entre los más coherentes ejecutores de aquel verbo, como el sacerdote guerrillero Camilo Torres, en una célebre confrontación; mientras que el rango de *Sir Galaad*, caballero del Santo Grial, le es conferido por I. F. Stone que, no satisfecho, le reconoce también la pureza de Shelley en la humanidad de sus intenciones.²⁹

Y realmente, aquel inclinarse suyo para abrazar a los leprosos, aquella indignación suya ante cada injusticia cometida en el mundo (como le escribe a María Rosario Guevara), aquel paso de la cura de los cuerpos con la medicina a la cura de las almas con el socialismo, animan a establecer la comparación con los grandes santos de la cristianidad. ¿Y san Francisco? ¿Será posible que no le haya venido a la mente a nadie el más político y el más humano de los santos «revolucionarios»?

Nils Castro, profesor universitario mexicano, se confiesa impresionado por el episodio del «cachorro asesinado», por el que Guevara sufre y no se perdona, en los *Pasajes de la guerra revolucionaria*. Y como muchos, también él aprecia otra imagen concerniente a esto: el «soldadito boliviano». Una escena que viene del *Diario*, traducida después en versos de Guillén, musicalizada y cantada maravillosamente por Paco Ibañez:

«A las 17 un camión del ejército, el mismo de ayer, con dos soldaditos envueltos en frazadas en la cama del vehículo. No tuve coraje para tirarles y no me funcionó el cerebro lo suficientemente rápido como para detenerlo, lo dejamos pasar».³⁰

30. Eduardo Galeano, «Che Guevara: el Bolívar de nuestro tiempo?», demarzo de 1966, publicado nuevamente en *Monthly*

Review (edición italiana), 10/1969, p. 21.

Manuel Maldonado-Denis, "Ernesto Guevara y Camilo Torres: revolucionarios por convicción", en *Casa de las Américas*, 47/1968, pp. 4-16. I. F. Stone, "The Spirit of Che Guevara", prólogo a la edición inglesa de *Guerrilla Warfare*, New York, pp. IX y XI. 2. 31. *Diario de Bolivia*, 3 de junio de 1967. El artículo de Nils Castro, «Che Guevara e la maniera contemporánea de amare», está en *Ideologie*, 11/1970.

Serían aún muchas las anécdotas y los episodios de humanitarismo, por ejemplo, hacia los prisioneros capturados en la Sierra en Cuba o en la misma Bolivia; el hecho de prestar asistencia médica incluso a los enemigos heridos, el arriesgar continuamente su vida para la salvación de los demás. Y todos confirman la inmediatez de esta instintiva *bondad* guevariana.

Pero a su lado campea la figura del *justiciero*. Los desertores, los violadores, los irresponsables, los bandidos: es una larga lista de fusilamientos, ejecuciones primarias dictadas por un tribunal «guevariano» que pronto se convertirá en el terror de la Sierra. Hay además un falso fusilamiento de tres calaveras, tres necios: «simbólico», lo llama en los *Pasajes*, «simulacro de fusilamiento» (II, 163). Un gesto muy grave, por el cual todavía el Che trata de justificarse retrospectivamente: lo obligó a esto la necesidad histórica...

No tiene, sin embargo, el ánimo de un Robespierre y de su cosecha pone sólo la convicción de estar abriendo el camino al triunfo futuro de una verdadera justicia. En marzo de 1964 confesará a una argentina:

«Sí, ya sé que he mandado fusilar. Es menos repugnante que hacer vigilar, perseguir, condenar por razones que sólo atañen a la vida privada».³²

Hay ejecuciones que él trata de evitar y otras que lo conmueven. De esto habla en *Pasajes de la guerra revolucionaria*, sin hipocresía retrospectiva, y sólo para responder a preguntas que le formula su conciencia:

«Fueron capturados un par de chivatos... El espectáculo de los dos hombres implorando clemencia era realmente repugnante y a la vez lastimero, pero las leyes de la guerra, en esos momentos difíciles, no se podían desconocer y ambos espías fueron ejecutados al día siguiente» (II, 93).

32. Por una conversación sostenida con María Rosa Oliver, "Solamente un testimonio", en *Casa de las Américas*, 47/1968, p. 94. ¿Es quizás una referencia a la persecución de los homosexuales cubanos? ¿O una polémica con un carácter más general contra los métodos de persecución de los partidos estalinistas?

Escenas inolvidables también para el Che, ya que hablando de ellos aún seis o siete años después, él recuerda todavía los nombres de las víctimas y las circunstancias psicológicas de muchas ejecuciones. A algunos les hace además un tardío reconocimiento militar, valorando su dignidad ante la muerte: es el caso de Eutimio Guerra, el primer delator descubierto y fusilado en la Sierra. Pero a pesar de la emoción del recuerdo, Guevara no retrocede ni un ápice en cuanto a la validez histórica de aquellos actos de justicia sumaria y repite acentos de sus grandes predecesores jacobinos, cuando declara:

«Estuvo tan entero frente a la muerte y fue tan claro el reconocimiento de la justicia del castigo que nosotros pensamos que su fin no fue denigrante; sirvió de ejemplo, trágico es verdad, pero valioso para que se comprendiera la necesidad de hacer de nuestra Revolución un hecho puro...» (II, 165).

En los últimos tiempos de la guerra revolucionaria y en los primeros años del nuevo gobierno, la propaganda en el extranjero se ensañó particularmente con éstos y otros aspectos de la personalidad del Che, para hacer de ellos un *símbolo de ferocidad*.³³ Los acontecimientos ulteriores de la Revolución cubana, sin embargo, demostrarían que el suyo no era fanatismo de «justiciero», sino sólo rigurosa y calculada disciplina, que debía ser impuesta a sí mismo y a los demás.

Él advierte el paso de la contradicción en la que el hombre se mueve *en el gran proceso histórico de conquista de la paz con los métodos de la guerra*. La humanización de los medios no parece aún posible, por el atraso de cultura y de fuerzas a disposición del proyecto revolucionario. No cree por otra parte en la versión estalinista de la vieja teoría de que el «fin justifica los medios», independientemente de los ejemplos históricos que tiene ante sus ojos y que durante un determinado período él también había admirado. Quizás ésta es otra de las razones por las que se salva del fanatismo que contagia como siempre a los «compañeros de la última hora», en particular a los cuadros del viejo PSP.

33. En contra de la «leyenda de la ferocidad del Che», habla largamente Sergio de Santis, en su monografía sobre «Guevara», en *I protagonisti della Storia universale*, Milán, 1971.

En la Cuba victoriosa, después de las grandes campañas de expropiación –de las que dependen para el Che las bases materiales del proceso puesto en movimiento por las armas–, él será un campeón de la tolerancia, del debate franco y leal, y ahora y siempre de la disciplina en la ejecución. Y bien, aquella misma disciplina que en los asuntos militares él lleva a categoría universal y en la economía la transforma en racionalización, le parece gris conformismo en las actividades expresivas del hombre. Una enésima aparente contradicción, ante la que él reacciona insistiendo más pesadamente aún en la necesaria firmeza de los principios ideológicos.

En 1960, en *Verde Olivo*, trató de unir en el terreno de la táctica militar “Moral y disciplina de los combatientes revolucionarios”: título de un artículo en el que se distinguía entre «una moral en cuanto al sentido ético de la palabra» y otra «en su sentido heroico», una «moral de lucha». Y la disciplina debería fundir a ambas en el ámbito de una concepción ultradeterminista del hombre y de la relación entre los hombres. De poco servía el hecho de que el apreciara él distinguirse de los «régimenes militaristas» (I, 237). *Militarista*, en todo el sentido de la palabra, era sin embargo, el conjunto de sus afirmaciones. Pero era aquella al mismo tiempo una etapa en la que el odio no podía dejar de prevalecer sobre cualquier otra concepción del amor. La agresión contra Cuba adquiriría por primera vez desde los inicios de la Revolución formas muy concretas, y el retroceso en cuanto a una especie de rigidez mental, aún antes que institucional, parecía casi inevitable.

Cuatro años después, en las conversaciones en el MININD, volcará completamente aquella ecuación soldadesca y restrictiva de la ética, precisamente comenzando a no aceptar los métodos estalinistas, a su vez «productos quizás, de la moral de un momento de lucha, que era particularmente rígido».

Sin embargo, de aquella mezcla original de ética y pragmatismo, de ideas humanistas y militarismo, algo se le quedará pegado para siempre. La guerrilla continuará siendo hasta el final, para él, el campo privilegiado del choque entre las fuerzas del bien y del mal, como había ya dicho en 1959, respondiendo a la pregunta «¿Qué es un guerrillero?»:

«El guerrillero es un reformador social. El guerrillero empuña las armas como protesta airada del pueblo contra sus opresores, y lucha por cambiar el régimen social que mantiene a todos sus hermanos desarmados en el oprobio y la miseria. Se ejercita contra las condiciones especiales de la institucionalidad de un momento dado y se dedica a romper con todo el vigor que las circunstancias permitan, los moldes de esa institucionalidad» (I, 195-196, cursivas nuestras).

«Será una lucha a muerte». Es el odio el que organiza en *Guerra de guerrillas* y se convierte en teoría militar. A aquel libro le siguen el enfrentamiento directo con el imperialismo en Playa Girón, la crisis de los misiles, el peligro vivido de una catástrofe nuclear. El odio se hace entonces político. Con la lectura de Fanon, finalmente, se hará filosófico y se vertirá además en la problemática económica del subdesarrollo.

A medida que las posiciones antimperialistas del Che van madurando y asumiendo formas cada vez más avanzadas en el plano del internacionalismo, se transforma también la dimensión originaria del odio de clase. Guevara se ensimisma en el odio de los pueblos neocoloniales, marginados y embrutecidos por la relación de dependencia. Algo de grandioso y de trágico al mismo tiempo le parece que tengan en los medios desesperados («deshumanos», diría Bordiga), con los que los mismos buscan las vías de su propia humanización. Está Fanon en el camino hacia el Congo, y está también el ejemplo cruento y angustioso del espíritu de sacrificio con el que afrontó masacres y torturas el pueblo argelino. Guevara sabe muy bien que a tanto no se ha llegado ni siquiera en Cuba.

De allí la fusión, ya irreversible, entre odio y antimperialismo, que explotará en el mensaje a la Tricontinental:

«El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal» (IX, 369).

Once años antes habían aparecido todas las premisas psicológicas de aquella universalización política del tema del odio, cuando desde la cárcel 915 de julio de 1956) escribía a su madre:

«Lo que realmente me aterra es tu falta de comprensión de todo esto y tus consejos sobre la moderación, el egoísmo, etc., es decir, las cualidades más execrables que pueda tener un individuo. No sólo no soy moderado sino que trataré

de no serlo nunca, y cuando reconozca en mí que la llama sagrada ha dejado lugar a una tímida lucecita votiva, lo menos que pudiera hacer es ponerme a vomitar sobre mi propia mierda».

Sin embargo, sólo pocas líneas después, aparecía la otra cara de su prometida (y después mantenida) intransigencia. La moral del *altruismo*, que se tornará en *amor* por los oprimidos, después en *espíritu de sacrificio* y finalmente en disposición personal al *martirio*:

«En cuanto a la llamada al moderado egoísmo, es decir, el individualismo ramplón y miedoso... debo decirte que hice mucho por liquidarlo, no precisamente a ese tipo desconocido, menguado, sino al otro, bohemio, despreocupado del vecino y con el sentimiento de autosuficiencia por la conciencia equivocada o no de mi propia fortaleza».

Los años de permanencia del Che en Cuba son un continuo desfilar de pruebas de aquella admiración por los otros y de anulación de todo interés egoísta por sí mismo. Lo dicen sus escritos, lo confirman todos los que lo conocieron y que trabajaron a su lado. Guevara llegó a considerar el amor como un bien colectivo demasiado precioso para derrochar cuotas del mismo por muy pequeñas que fueran hacia sí mismo o hacia otros individuos aislados. El amor era elevado a método de transformación social, que a su vez produciría otro amor, otra abnegación y niveles siempre más altos en la superación de sí mismos. Él llegó a teorizar no sólo sobre el desinterés económico del revolucionario con respecto a sí mismo –algo que prácticamente se da por descontado en la filosofía del Che– sino también con relación a la familia, los hijos y las personas más queridas: lo que no significaba amarlas menos, como hemos visto, sino sólo de un modo diferente.

Estos sentimientos de amor se hacen definitivamente teoría en “El socialismo y el hombre en Cuba”:

«Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por *grandes sentimientos de amor*. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se le contraiga un músculo.

Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que *idealizar ese amor a los pueblos*, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita...

Hay que tener *una gran dosis de humanidad*, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en *extremos dogmáticos*, en *escolasticismos fríos*, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque *ese amor a la humanidad viviente* se transforme en hechos concretos, en actos que sirven de ejemplo, de movilización» (VIII, 269-270, cursivas nuestras).

Habiendo partido del *odio*, endógeno en cuanto a la denuncia antimperialista y fisiológico para la lucha guerrillera, la concepción social del Che arriba por lo tanto nuevamente al *amor* por la humanidad, que fue el acicate inicial de su vagar por el mundo, de su radicalización existencial. Este himno final a la función social del amor revolucionario es escrito mientras viaja por África, en los mismos días en los que prepara el discurso de Argel: es decir, su declaración de odio, más apasionada y madura por las responsabilidades históricas del imperialismo en lo que respecta al hecho de mantener el atraso y la dependencia. Una coincidencia temporal y geopolítica en la que se puede encontrar una prueba ulterior del carácter complementario con el que odio y amor se funden en la concepción ética y filosófica de Guevara.

En Bolivia ofrecerá una última síntesis eficaz sobre este tema al grupo de los combatientes agrupados en torno a él, una noche después de la cena en un momento de reflexión íntima y colectiva (8 de agosto de 1967):

«Es uno de los momentos en que hay que tomar decisiones grandes; este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres; los que no puedan alcanzar ninguno de estos dos estadios deben decirlo y dejar la lucha».

5. Utopía y distopía

Humanismo revolucionario y dialéctica de la liberación concluyen, para Guevara, allá donde comienza el futuro...

Es sólo una fórmula, pero nos permite insertar la contribución ética y teórica del Che en la historia de la utopía contemporánea, sin distorsiones ni malentendidos.

En aquella historia él ocupa un lugar con todo merecimiento, pero esto no significa que al mismo tiempo sea evidente la calidad de su ubicación. Demasiadas banalidades fueron también escritas al respecto, a menudo bajo el efecto de una momentánea euforia.

El concepto mismo de «utopía» por otra parte, se somete ya desde hace más de un siglo a tales y tantos acomodamientos, que sería posible hacer entrar en él todo lo que exhale, aunque sea a lo lejos, una vaga fragancia de irrealidad: mejor aún si la misma va unida a una semejanza literaria con lo esotérico. El misterio, la sangre, catarsis... son los ingredientes de novela gótica que no se ahorró tampoco el Che. Y no por casualidad la atención de la prensa se ensañó con los últimos meses de su vida, en busca como siempre del sensacionalismo, de la identificación emotiva, del simbolismo fílmico, de la ilusión utópica y ordinaria precisamente.³⁴

34. (Escribimos la nota que sigue para la primera edición del libro en 1987). La cadena de las «revelaciones» no parece destinada a interrumpirse. El último eslabón está todavía fresco de la imprenta: *La guerrilla inmóvil*, de Gary Prado, un general boliviano jubilado, en aquella época capitán, que tomó parte en la matanza del Che y que hoy explota aquel raro «privilegio» para volver al asunto, asegurando nuevas «revelaciones». El libro «le dará mucho dinero y ya se está agotando», nos informan en la presentación de un diario italiano. La misma periodista anticipa el plato fuerte, en el libro del general asesino (no se olvide que el Che fue asesinado en frío, estando prisionero), a propósito de la «maldición del Che que golpeará a todos los responsables directos de su muerte». Un poco como Tutankamón, debería pensar en este punto el lector, según lo programado por este tipo de innoble prensa.

Desde entonces, otros militares que participaron en la captura y en la muerte del Che pensaron publicar sus propias memorias. Por ejemplo, en Estados Unidos (1989) la autobiografía del cubano agente de la CIA, Félix Rodríguez, *Shadow Warrior*. Efectivamente presente en una foto-recuerdo junto al Che que está a punto de ser asesinado, el mismo declara hoy el «haber sentido pena» por el Che. Pero piensa... Son fuentes sospechosas, animadas hoy por fines que con Guevara tienen bien poco que ver y en todo caso imposibles de comprobar a decenios de distancia de los acontecimientos. La utilidad de los mismos para el estudioso es por lo tanto casi nula. (Nota de 1993).

«Porque realmente de Ernesto Guevara nunca se podrá hablar en pasado.» Lo dijo Fidel Castro, en la transmisión por radio y televisión del 15 de octubre de 1967. Y es de Inti Peredo, el último de los tantos otros compañeros de armas, la definición: «Che: hombre del siglo XXI».³⁵

«El Che, hombre del futuro...». Fue el homenaje más difundido entre los tantos que le fueron rendidos en todo el mundo, en los primeros días después de su muerte. Pero a casi treinta años de distancia no basta todavía. En el fondo, se podría objetar, un pedacito de aquel futuro lo hemos ya recorrido y surge inevitablemente la pregunta de si permanece aún íntegro el valor universalizador de su mensaje. Esto es en efecto lo que se espera de aquellas grandes anticipaciones de la mente humana, que andan bajo el nombre de *utopías*: no profecías, sino valores, indicaciones de método, elementos constituyentes de una nueva concepción del mundo, visiones (o, si se prefiere, fugas de la realidad, negaciones de la existencia, esperanzas, ilusiones...).

Puede haber una fuerte carga de utopía en la acción y en el ejemplo de vida de un hombre, pero el paso del tiempo la coloca forzosamente en un determinado punto de las exigencias de registro histórico. El mundo de los signos –desde la palabra escrita hasta el modelo proyectual– viene así en primer plano y permite a la posteridad el poder leer entre líneas, entre las estructuras de una obra arquitectónica o entre las notas de una composición, el significado anticipador de una determinada utopía. El mensaje por lo tanto aparecerá inevitablemente confiado a algo tangible o legible, como pueden serlo un poema homérico, un diálogo platónico, un evangelio, una novela fantástica, una descripción minuciosa de cualquier

35. Es el título del capítulo final de su libro sobre la guerrilla boliviana, *Mi campaña con el Che*, op. cit., p. 60. Inti Peredo se encontraba con Guevara en la emboscada de la Quebrada del Yuro, pero logró salvarse con un grupo de otros cinco guerrilleros. Habiendo nuevamente entrado de forma clandestina en Bolivia, fue muerto el 9 de setiembre de 1969, a la edad de treinta y dos años. En el *Diario* del Che se encuentran apreciaciones muy positivas con respecto a él y a su hermano. Por ejemplo, en el resumen de agosto de 1967: «Hay que considerar que despuntan cada vez más firmemente como cuadros revolucionarios y militares Inti y Coco». «ciudad del sol», un sistema filosófico o social, o un modelo urbanístico, un experimento pedagógico, una sinfonía coral, un filme fantapolítico...

En una época dominada por el lenguaje de los signos, incluso la utopía debe encontrar el camino del arreglo y marchar por los raíles de una materialidad signica. Y ya que vivimos también en una época en la que, como ha sido dicho (W. Benjamin), la obra de arte ha alcanzado el nivel de sumáxima capacidad de reproducción, es inevitable

que el valor de una utopía se mida a escala de masa. Las «Islas del sol» de cualquier moderno Yámbulo exigirían en primer lugar, hoy en día, el ser reconocibles, traducibles y por lo tanto, en este sentido, también perceptibles en vivo.

Hay aquí un componente espectacular del mensaje utópico en nuestra época que habría hecho horrorizarse a Tommaso Campanella, Francis Bacon o Thomas More, pero que se ha transformado ya irremediabilmente en uno de los parámetros objetivos de definición de la utopía.

Todo esto es válido también para la contribución de Guevara a una moderna formación del pensamiento utópico. Calidad y cantidad se mezclan en su vicisitud práctico-teórica, produciendo para la Historia un depósito de experiencias intelectuales, elaboraciones éticas y emblemas personales, como nunca se habían fundido en una sola personalidad en el transcurso de los últimos decenios. Se podrá discutir si Guevara parecerá todavía, una vez avanzado el 2000, como «un hombre del siglo XXI», pero es cierto hasta ahora que lo fue plenamente para el siglo XX: un siglo del que encarnó las aspiraciones y las esperanzas más vivas y avanzadas.

La contribución del Che a la historia de la utopía se coloca obviamente en el campo del pensamiento «político» y «social» en el más amplio sentido de la palabra. Y ésta es ya una distinción del utopismo novelesco o literario, metaproyectual o de la ciencia-ficción. Y se ubica en la tradición *de las grandes utopías del socialismo*, cuyos predecesores son desde hace tiempo indicados –por convención, aunque un poco sumariamente– en las figuras de Owen, Fourier, Saint-Simon, Weitling, Cabet, Bellamy, Morris, y después además, para el que sabe entender, también en Marx y en todo el desarrollo ulterior del utopismo «marxiano».

Si hay una característica que pone en común al Che, a Owen y a Fourier es, en todo caso, su aspiración pragmática, es decir, el intento realizado en vida de aplicar las ideas y el mensaje que transmitirá a las generaciones futuras. Y ésta, sea dicho francamente, es una considerable diferenciación con gran parte del utopismo marxista que lo precedió.

A Fourier lo aproxima además su fuerte carga subjetiva, su atención convencida y continua atribuida al papel de las pasiones humanas en la construcción del proyecto social. Pero a diferencia del extravagante inventor de la *Théorie de l'at-traction universelle*, Guevara consideró también a sí mismo como parte del proyecto y aplicó ante todo a su persona sus criterios de acción-transformación que consideraba indispensables para la humanidad. Lo demostró en la práctica como bien sabemos, y lo llevó además a la teoría, como lo atestigua entre muchos otros, este párrafo de “El socialismo y el hombre en Cuba”, que contiene la más explícita declaración programática del utopismo guevariano:

«El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es *una aspiración subjetiva y no sistematizada...*

Conocemos nuestras limitaciones. Haremos el hombre del siglo XXI *nosotros mismos*.

Nos forjaremos en la acción cotidiana, creando un hombre nuevo con una nueva técnica» (VIII, 267, 272 cursivas nuestras).

En realidad, es el conjunto del razonamiento ético y social encerrado en aquel escrito, el que constituye la más perfecta síntesis de la utopía de Guevara. El mismo incluye en cada caso los elementos más significativos de su intensa esperanza proyectual. En este sentido constituye *el texto utópico por excelencia* del Che, y en la escala de aquella dimensión sónica de la que se hablaba, representa el punto de partida para una auténtica reconstrucción histórico-científica de su pensamiento. Quizás el diseño del hombre nuevo no aparece en este artículo lo suficientemente sistematizado –como declara el mismo Guevara–, pero en relación con lo que nos interesa basta ya que haya sido aquí formulada semejante exigencia de sistematización. Es en efecto en el plano de las «aspiraciones subjetivas» –ahora con palabras del Che– donde se mide en una dimensión de época el alcance efectivo de una utopía y no en la perfección de las estructuras en las que se apoya el modelo. Más bien, a menudo es precisamente esta «perfección» (ilusoria) la que hace caduco el modelo mismo e imposible de extender su significado. Ha sido éste el destino de muchas utopías milenaristas producidas en el «otoño» de nuestro medioevo. Y será siempre éste el límite impasable, que impedirá el poder insertar en la verdadera historia de la utopía todos los pasados y futuros exponentes de formas más o menos descubiertas de «ingeniería social»; en el camino de los mismos, por otra parte, está puesta como una piedra la denuncia preventiva, la utopía de signo negativo (la llamada «*distopía*»), como la contenida en el célebre *New Brave World* de Thomas Huxley, o en el igualmente admirado, y a menudo incomprendido, *1984* de Orwell.

En la amplia obra de Guevara no faltan obviamente anticipaciones o fragmentos de la síntesis de discurso

ofrecida en el artículo escrito para el seminario *Marcha*. Muchos lo hemos ya recordado en nuestro trabajo, pero aquí queremos citar uno de los más significativos y expresivos, sacado de una intervención de febrero de 1963, en la que se repiten entre otras cosas algunas de las más célebres páginas «utópicas» contenidas en *El Capital* de Marx:

«La máquina debe tomarse por todos los obreros con un sentido de liberación de su fuerza. La máquina se pone al servicio del hombre cuando se anula la explotación del hombre por el hombre.

Y nosotros estamos buscando eso: buscando *que la máquina se convierta en un instrumento de liberación del campesino*, que le permita tener más tiempo libre, que le permita tener más tiempo para educarse, para desarrollarse en todos los sentidos, para lograr lo más pleno que nosotros tenemos para lograr, que es *el hombre desarrollado al máximo*, la aspiración por la cual todos nosotros luchamos.

Ese hombre *del futuro* que tendrá que ser un hombre de corazón tan sencillo como el hombre de hoy, *tan puro*, pero, además, un hombre capaz de realizar *las atracciones mentales más grandes* para ir descubriendo nuevas cosas que vayan poniendo *la naturaleza a disposición de la humanidad*, en beneficio de la humanidad» (VII, 36, cursivas nuestras).

Como se ve, la utopía puede aún presentarse en los umbrales de la conciencia cultural moderna como ingenua evocación de míticas edades de oro, sueño que se repite de un imposible regreso al estado de naturaleza, donde solamente reaparece como posible la formación de un hombre «de corazón simple y puro», como el indicado por Guevara. Un mito que en la tradición occidental, encuentra su plena y madura formulación en el padre del moderno pensamiento radical, político y pedagógico: nos referimos obviamente a Rousseau. Pero en este punto es necesario abrir un último paréntesis.

La verdadera fuerza del pensamiento utópico en nuestra época no reside en una presunta linealidad de sus anticipaciones más optimistas. Esto significaría, en resumidas cuentas, traducir su función en una apología más refinada, pero igualmente tranquilizadora, como la que todo régimen produce en su interior para autojustificarse. Una dimensión de pura y simple imaginación escatológica privaría a la utopía de su componente de rechazo al sistema y, por lo tanto, de toda vivacidad cultural o potencialidad revolucionaria.

Sin embargo, ya en los albores del capitalismo, en sus primeras etapas de crecimiento dominadas comprensiblemente por el más rosado optimismo, el pensamiento utópico desarrolla también su crítica a las ilusiones aparentemente más realistas, contraponiéndolas a un realismo de signo contrario, tan exasperado a veces que parece estar en los límites de lo surreal. Se debilita la fuerza de atracción de la utopía positiva y se desarrolla, sin embargo, la de signo negativo, el presagio pesimista acerca de los destinos del sistema, destinado a oscurecerse y a profundizarse con el tiempo. Es ésta, que se define comúnmente como «distopía», para entender la proyección de un modelo de funcionamiento negativo de la esperanza proyectual del hombre, una especie de utopía volcada.

Serán las contradicciones internas inherentes al modelo de desarrollo de la naciente burguesía industrial las que producirán posteriormente y alimentarán la crítica literaria y filosófica hacia la falsa racionalidad del sistema. Y en aquel contexto cobran fuerzas las obras maestras de la literatura distópica del siglo XVIII: Mandeville, Swift, Prévost, Sade, Tiphaigne. Un diseño cultural que continúa en el siglo XIX, cuando el gusto por la sátira y la parodia se sustituirá por la crítica radical de los fundamentos mismos del sistema, de sus mitos de desarrollo ilimitado, de su utilización deshumanizante del maquinismo industrial.

Y así, mientras que por una parte nacen las utopías del socialismo, de las que ya se ha hablado, por el otro, se desarrollan también las distopías adversas a la ilusión tecnológica. Una crítica, sin embargo, obsérvese bien, *interna* al modelo de desarrollo de la ciencia y de la técnica, aunque se critican las finalidades sociales del mismo. Es una amplia literatura que va desde el *Libro de las máquinas* (en *Erewhon* de Samuel Butler) hasta *La máquina del tiempo* de H. G. Wells, divulgándose después y diluyéndose en lo masivo de la narrativa de ciencia-ficción.

Con el siglo XX, y analizando siempre a grandes rasgos, el razonamiento distópico suplantarán íntegramente al utópico tradicional, en la dirección del catastrofismo más oscuro respecto a la propia época. Un fenómeno por otra parte casi inevitable en un siglo marcado por guerras mundiales, por el advenimiento de los más despiadados totalitarismos, por la destrucción sistemática de la dimensión fantástica y más genuinamente creativa del hombre. El catastrofismo distópico de nuestro siglo se encamina por lo tanto esencialmente por tres líneas: 1) como anticipada denuncia de una difusión planetaria de totalitarismo, 2) alarmada apelación contra la amenaza de la destrucción nuclear, y 3) crítica amarga de los procesos de

«unidimensionalización» del hombre.³⁶

Estos tres aspectos están presentes en el pensamiento de Guevara, van a su lado y se entrelazan con las formulaciones más explícitas de su utopía positiva. No logran sobrepasar a esta última, pero ciertamente la animan, la «dialectizan», haciéndola de este modo realmente actual. El utopismo del Che no es estático, no es unívoco, y precisamente en su versión trágica del destino de la sociedad, en el presente

36. La literatura al respecto es ilimitada. En Italia es historia relativamente reciente el interés por tales problemáticas. Sin embargo, éste fue el suelo, sino el país, en el que encontraron una cuna muchas de las más audaces utopías de la antigüedad (en la Magna Grecia platónica, obviamente) y en el medioevo. Para ampliar y documentar los temas aquí apenas tocados es aconsejable el libro, a cargo de Arrigo Colombo y del grupo de investigación sobre la utopía de la Universidad de Lecce, *Utopia e distopia*, Milán, 1987 y de Silvia Rota Ghibaudi, *L'utopia e l'utopismo*, Milán, 1987. Disgusta constatar, sin embargo, que en ninguno de los dos trabajos se menciona la contribución del Che. Son «inadvertencias» que ocurren hasta en las mejores... universidades.

sistema de producción de los hombres y de las cosas, logra obtener un antídoto contra aquella intoxicación «realista» y burdamente «positivista» que parece acompañar inevitablemente cada intento de construcción del socialismo. Utopía y distopía se funden por lo tanto en las imágenes más vivas de su mensaje, contribuyendo al mismo tiempo a formar el cuadro de referencia por su visión brillantemente anticipadora de la dialéctica histórica y del futuro del hombre.

En lo que respecta al pensamiento de Guevara acerca del *totalitarismo* no hay mucho que añadir a lo que ya se ha dicho a propósito de la batalla contra la burocracia. Es esta última, en efecto, la que encarna la amenaza totalitaria en las sociedades que se liberaron del capitalismo y que por el aislamiento en que viven están obligadas a asumir formas de gobierno y de gestión autoritarias y rígidamente centralizadas. No hay utopía o distopía explícita por parte del Che al respecto, porque él se encuentra directamente afrontando el problema concreto y por lo tanto se ubica en un terreno igualmente práctico de oposición y de denuncia. Decimos que la lucha inmediata contra la amenaza de una transformación burocrática de los relevos del poder, lo absorbe de un modo tan directo que no deja espacio para proyecciones de futuro de aquella misma amenaza. Este empeño práctico, sin embargo, no le impide manifestar, con imágenes expresivas, el espíritu que anima la distopía a lo Orwell del «Gran Hermano». Por ejemplo, en “El socialismo y el hombre en Cuba” puede verse una apelación explícita, cuando lanza el llamado: «No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial» (VIII, 268).

En cuanto al segundo aspecto –*la catástrofe atómica*– no hay dudas de que la misma está más que presente en la conciencia del Che que vive al respecto una experiencia de terror de masa, inmediato y directo en la crisis de los misiles de 1962. El pueblo de La Habana, en aquellos días, danza frenética-mente en el Malecón, pero se trata claramente de un exorcismo patético, inolvidable en su melancolía. En el manifiesto político que Guevara escribe en aquellos mismos días, “Táctica y estrategia”, habla así del mismo:

«Es el ejemplo escalofriante de un pueblo que está dispuesto a inmolarse atómicamente para que sus cenizas sirvan de cimiento a las sociedades nuevas» (IX, 233).

Como se ve, también en el lenguaje Guevara realiza una vívida fusión de utopía clásica y distopía, reflejando así no solamente un estado de ánimo efectivamente vivido, sino también un interés más vasto en cuanto a la problemática de la catástrofe atómica. Son los años de *Has Man a Future?*, un libreto de Bertrand Russel contra la amenaza nuclear, que se añade a tanta otra literatura en circulación.³⁷ (Destinada a Russel irá una última breve señal de reflexión del Che, en su *Diario de Bolivia*).

Más adelante, en el mismo artículo, Guevara vuelve a la posible catástrofe nuclear. Pero los términos son ya explícitamente los de la amenaza de un posible holocausto:

«¿Seguirá el imperialismo perdiendo una a una sus posiciones o lanzará, bestial, como lo amenazó hace poco, un ataque nuclear que incendie al mundo *en una higuera atómica*?

No lo podemos decir. Lo que afirmamos es que tenemos que caminar por el sendero de la liberación, aún cuando éste cueste *millones de víctimas atómicas*» (IX, 239-240, cursivas nuestras).³⁸

Finalmente, la *unidimensionalización del individuo*, es decir, su embrutecimiento en cuanto al trabajo, la deshumanización de su vida social, la conversión en mercancía de cualquier posible expresión creadora suya. Ignoramos si el Che tuvo la posibilidad de conocer y apreciar la obra de Marcuse, el autor de la crítica más radical a los fundamentos del proceso de producción del hombre «unidimensional». Lo cierto, sin embargo, es

el contrario.

Marcuse apreció altamente el mensaje de Guevara y esto tuvo lugar en base a una real comunidad de ideas e intuición

1. 37. Entre los últimos años cincuenta y los primeros años sesenta se verifica también el mayor florecimiento de novelas dedicadas al horror y a la inminencia de una catástrofe nuclear. Son casi exclusivamente autores de lengua inglesa, como J. G. Ballard, J. Christopher, P. K. Dick, J. Wyndham, B. Malamud, K. Vonnegut, etc.
2. 38. A principios de 1989 fue desencadenada una campaña internacional por parte de Estados Unidos, encaminada a hacer creer que, en la Crisis de Octubre, Fidel Castro presionaría a los soviéticos para que lanzaran los cohetes atómicos desde Cuba y comenzar así una guerra nuclear. Era basura.

nes.³⁹ Para persuadirnos de lo anterior, basta la siguiente descripción del hombre «civilizado» contenida en “El socialismo y el hombre en Cuba”:

«Desde hace mucho tiempo el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho y más horas en que actúa como mercancía para resucitar en su creación espiritual. Pero este remedio porta los gérmenes de la misma enfermedad: es un ser solitario el que busca comunión con la naturaleza... La angustia sin sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana» (VIII, 265).

Esta visión se fundamenta, para el Che, en la convicción de estar asistiendo a una real y verdadera descomposición del hombre moderno, en sus dimensiones humanas y culturales. En otro lugar él le llama a esta situación morbosa «decadentismo», pero la esencia de la cuestión sigue permaneciendo idéntica. La catástrofe inminente, verdadera e irreversible que amenaza a la humanidad es para el Che *la conversión en mercancía del mundo de la libre expresión del individuo*. En el mismo artículo, Guevara indica una línea de trabajo y de búsqueda que pueda oponerse a este proceso degenerativo. Está obviamente en la dirección de un hombre integral y polivalente:

«Se trata, precisamente, de que el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad».

En junio de 1963, en su primera intervención en el debate económico, después de haber exaltado el papel de la ciencia y de la técnica en la edificación de una nueva sociedad más justa y racional, equilibró aquel comprensible entusiasmo, con el siguiente llamado a las exigencias y al destino del hombre:

39. Durante un determinado período las revistas cubanas más des-prejuiciadas dedicaron a Marcuse una notable atención. *Revolución y Cultura*, por ejemplo, publicó amplios extractos de obras del filósofo alemán, junto al texto de un debate efectuado en México con André Gorz y Serge Mallet. Véase el n° 12/1968 de la revista dirigida por Lisandro Otero, pp. 41-79.

«Sin olvidar, claro está, que el ser humano, razón de ser de nuestra Revolución y nuestros afanes, no puede reducirse a una mera fórmula y sus necesidades serán cada vez más complejas, desbordando la simple satisfacción de las necesidades materiales.

Las distintas ramas de la producción se irán automatizando, aumentando inmensamente la productividad del trabajador y el tiempo libre será dedicado a tareas culturales, deportivas, científicas en su más alto grado y el trabajo será una necesidad social» (VII, 106).

«Podemos ver el hombre nuevo que va naciendo..., el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte». Son las anticipaciones más explícitas contenidas en «El socialismo y el hombre en Cuba». Es la impaciencia del visionario, que sabe que está en el camino correcto y no tolera retrasos en el proceso de producción de esta nueva masa de hombres, «más libres porque son más plenos, y más plenos por ser más libres». Por otra parte para Guevara:

«el esqueleto de nuestra libertad completa está formado, falta la sustancia proteica y el ropaje; los crearemos».

¿Cómo? Con la lucha desesperada y hasta la última gota de sangre que el Che imagina, describe, organiza, realiza personalmente:

«Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio. Nuestro sacrificio es consciente; cuota para pagar la libertad que construimos» (VIII, 272).

Aún un entrelazamiento de utopía y distopía, de futuro y catástrofe, de libertad y de sangre. Son las últimas partes de la síntesis utópica guevariana, que no concluye sin embargo en el escrito. Guevara impulsa la aspiración al rescate humano, a la «redención» (como dirá en el mensaje a la Tricontinental) más allá del límite de la utopía literaria y social, dando lo mejor de sí –mente y cuerpo– a la realización práctica de aquella utopía.

En esto se asemeja a una fila reducidísima de profetas, pensadores y visionarios. Viene a la mente inmediatamente Tommaso Campanella, su «conjura» de 1599, las torturas y la cárcel que sufrió su cuerpo, su deducción del «comunismo» a partir de las funciones síquicas del hombre que ideó su mente y después transfirió a la *Civitas solis* (La Ciudad del Sol).

Y viene a la mente Gracchus Babeuf, el primer gran «ejecutor» de la utopía comunista. Podríamos ampliar la lista, pero no mucho. Porque son pocos los individuos de cuyos nombres la historia registra la memoria, que han unido la audacia de la utopía social por ellos propagada, a la audacia de la voluntad de realización. Se podría decir que sólo en este tipo de pioneros de la esperanza y del progreso, el utopismo avanza hasta el límite extremo de hacerles considerar como *realmente realizable* el proyecto social y, por lo tanto, el combatir y morir por dicho proyecto.

Retrospectivamente se podrá a veces descubrir el profundo realismo incluso de aquellas perspectivas aparentemente utópicas, pero siempre con la coletilla de un «a condición de...». En dicha condición se juega en efecto aquel tanto de casualidad histórica, de cálculo imposible de las probabilidades, que torna la historia misma y el futuro en algo no predeterminable, incognoscible sino *post-factum*, por lo tanto cautivante: algo que vale la pena vivir... aunque sea para morir.

Y lo anterior conduce inevitablemente a considerar la *dimensión estética* en la concepción de la utopía de Guevara y en la disponibilidad al sacrificio para su realización. Una dimensión que debe ser entendida en el mejor sentido de la palabra, como expresión y creación a su vez de cualidades, de valores humanos, de aquellos «sentimientos de amor» que, para Guevara, debían guiar al verdadero revolucionario.

Y es de éste más amplio universo de discurso que se saca el emblema, mucho más que de la fría lógica del razonamiento, que se encuentra pues en la base de toda moderna utopía comunista digna del nombre. Y el emblema es por su naturaleza «espectacularidad de masas», es mensaje, es producción de otras ideas, de otros utopistas y, para Guevara, de otros combatientes:

«bienvenida sea la muerte, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas...».

El mensaje a la Tricontinental concluye con imágenes de muerte –«regada con nuestra sangre»– cantos luctuosos y tableteo de ametralladoras, que recuerdan la «barbarie» que cuesta incluso la liberación del hombre.

De nuevo utopía y distopía, por lo tanto, y también razonamiento político e indicación programática. De nuevo grandes ideales, pero referidos a los dramas concretos del planeta en aquel inicio de 1967 –año del que el Che no vería el final, sin poder imaginar las tempestades de las que sería portador al año siguiente...: 1968.

De nuevo, y sobre todo, el compromiso práctico del individuo Guevara que llevaba así a su realización un razonamiento parcialmente escrito acerca de la relación teoría-práctica, pero íntegramente «inscrito» en el transcurso de su existencia. «Utopía» y «política de la utopía»... sueño y realidad... esperanza y repulsión... Un conjunto de contradicciones que desde la cultura del siglo XX se transfirieron a un único individuo, anticipando en la expresión de su pensamiento las grandes ilusiones y las sombrías perspectivas del siglo XXI.

¿Se puede resumir en pocas líneas el contenido y el significado histórico del mensaje de Guevara?

Sí, ciertamente. Y una vez más con sus mismas palabras sacadas de la llamada a los jóvenes de mayo de 1964:⁹⁹

«Porque el socialismo... no se ha hecho simplemente para tener nuestras fábricas brillantes, se está haciendo para el hombre integral, el hombre debe transformarse conjuntamente con la producción que avanza y no haríamos una tarea adecuada si solamente fuéramos productores de artículos, de materia prima y no fuéramos a la vez productores de hombres.

Aquí está una de las tareas de la juventud, impulsar, dirigir con el ejemplo la producción

del hombre del mañana, y en esa producción y en la dirección está incluida la producción propia...».

40. "Los jóvenes y la revolución", VIII, 79.